LA *MARQUISE* DE DIOS
O
LOS PSEUDOPAPAS
BAJO LA ANUNCIACIÓN

Patricio Shaw

ÍNDICE

LA *MARQUISE* DE DIOS O LOS PSEUDOPAPAS BAJO LA ANUNCIACIÓN Patricio Shaw....1
ÍNDICE 2
PRÓLOGO 4
Comentario de Dom Guéranger a la lectura del profeta Isaías (26, 1) del domingo «Lætare» 4
Composición de lugar 5
Audiencia enfocada, y la alegoría de la marquise 7
Los grandes temas de este ensayo 10
I. PARTE: LA ANUNCIACIÓN EN SU VIRTUD PRIMERÍSIMA LLENADORA DEL MUNDO 14
El relato histórico 14
El perfume, el «no sé qué» y el encanto de la Anunciación y Encarnación 14
La reduplicación interna del Avemaría: invocación y petición 16
Los próceres directamente asociados a la Encarnación y Anunciación 18
Ecuaciones varias en el número de Avemarías del Rosario 21
Los dos modos maravillosos que el Avemaría nos lleva a aplicarle 24
La triple paz que propone María 25
II. PARTE: LA ANUNCIACIÓN EN SU INTERACCIÓN CON EL BIEN Y EL MAL 27
Anunciación, alma y corazón 27
La Convolución Católica presentada por varios autores católicos 33
Conceptualización de la Revolución Anticatólica 40
La dirección primera, extroversa, de la Revolución Anticatólica 43
La dirección segunda, introversa, de la Revolución Anticatólica 44
Breve historia de la Revolución Anticatólica 46
La trampa espacial centrífuga y materialista 51
Aspecto clave de la Revolución Anticatólica: pensar según el propio antojo. 53
El caso especial del abominable Nestorio 55
Breve historia de los designios convolucionarios de Dios 60
La Convolución Católica ideal desde el nacimiento hasta la adultez 68
El emblema central-circunferencial entre grandes pensadores 71
La restauración convolucionaria aprovecha el dinamismo grandísimo del «ordo inversus» ..123
La renovación convolucionaria es infinitamente más sabia que la innovación revolucionaria 126
Reflexiones sobre la «Recirculación» en Mariología 127
La amable y vital preposición «con» 128
La solución convolucionaria de Nuestro Señor Jesucristo 130
La Oración Pascual de Cristo al Padre, y la Convolución 131
Supra-Convolución quieta y móvil de María tras concebir a Dios 133
Parte de la Convolución Católica es sacar enseñanzas de la Revolución Anticatólica 142
Aprovechamiento convolucionario de la primera vía tomista: Primer motor 144
Aprovechamiento convolucionario de la segunda vía tomista: Causas eficientes 145
Aprovechamiento convolucionario de la tercera vía tomista modificada. Incluyendo premisas de Fe, no demuestra la existencia de Dios, sino la necesidad de la Convolución Católica. 146
Aprovechamiento convolucionario de la cuarta vía tomista Gradación de los seres 147
Aprovechamiento convolucionario de la quinta vía tomista Orden del universo 148

La Convolución como remedio contra la Revolución Anticatólica es posible a almas que no han hecho especiales progresos ascético-místicos 149
Relación del católico respecto de la Revolución Anticatólica: ¿sin, fuera, o contra? 150
Algunos corolarios de lo anterior....152
Cristo, Sujeto Primero de las cualidades católicas y convolucionarias....153
Diferentes modos como, según Aristóteles, cosas y personas cristianas y anticristianas pueden llamarse contrarias....154
III. PARTE: LA ANUNCIACIÓN EN SU VIRTUD NOVÍSIMA ELIMINADORA DEL PSEUDOPAPADO....156
La Iglesia está rodeada del círculo perfecto y final de la doctrina apostólica....156
Para ser papa se requiere quererlo....158
María, el ente, las cuatro notas eclesiales, y el Innombrable de Roma 160
Infalibilidad de la Iglesia....163
La triple potestad inherente a la Iglesia....164
Encarnación e Iglesia....165
La Anunciación Angélica rectamente expandida por la suppositio de la Casa de Jacob, sólo resulta en papas verdaderos....166
Los falsos papas sólo resultarían de una «Anunciación Angélica» inverosímilmente blasfema por una suppositio imposible de la Casa de Jacob. 167
Consecuencias finales....167

PRÓLOGO

Por eso te pongo por delante el dulcísimo nombre de María;
porque como nombre de luz descubre los engaños y astucias del demonio.
(San Gabriel)[1]

Comentario de Dom Guéranger a la lectura del profeta Isaías (26, 1) del domingo «Lætare»

¡Oh, santa Iglesia romana, ciudad de nuestra fuerza!

Nos ven tus hijos reunidos dentro de tus muros, en torno a la Tumba del Pescador, el príncipe de los apóstoles, cuyas reliquias sagradas proteges en su santuario terrenal, y cuya enseñanza inmutable te ilumina desde el cielo.

Sin embargo, ciudad de la fuerza: es por el Salvador que viene, que tú eres fuerte. Él es tu pared, porque es el que rodea, con su tierna misericordia, a todos tus hijos; Él es tu baluarte, ya que es por lo que tú eres invencible, y que todos los poderes del infierno no tienen poder para prevalecer contra ti.

Abre tus puertas anchas: que todas las naciones pueden entrar en ti; todos aquellos que son amantes de la santidad y guardianes de la verdad.

¡Que el viejo error, que se levanta contra la fe, pronto desaparezca, y la paz reine en todo el orbe!

¡Oh santa Iglesia Romana! pon tu confianza en el Señor; y Él, fiel a su promesa, hará humillar delante de ti a los altivos que te desafiaron, y las ciudades orgullosas que estaban en contra de ti.

¿Dónde están ahora los que se jactaban de que te habían ahogado en tu propia sangre? ¿Dónde los emperadores, que se arrogaban de violar la virginidad inviolada de tu fe? ¿Dónde los herejes, que, durante los últimos siglos de tu existencia, han asaltado cada artículo de tu enseñanza? ¿Dónde los príncipes ingratos, que quisieron hacer un esclavo de ti? ¿Dónde el imperio de Mahoma, que tantas veces se ha desatado contra ti? ¿Dónde los reformistas, quienes se empeñan en dar al mundo un cristianismo, en el que tú no fueras mediadora? ¿Donde los sofistas más modernos, cuya filosofía asentaron como un sistema, y fue un fracaso, y ahora es una ruina? ¿Y los reyes que alentaban al tirano sobre ti,

Mientras tanto, tú, oh Santa Iglesia de Roma, construida sobre la roca inamovible, seguirás tan tranquila, tan joven, tan sin arrugas como siempre. Tu camino a través de todas las edades de este mundo, será el del hombre justo; has de ser Iglesia inmutable, como lo has sido durante 18 siglos, mientras que todo lo demás bajo el sol ha caído en el cambio.

¿De dónde esta estabilidad sino de Aquel que es la verdad y la justicia? ¡Gloria a Él en ti! Cada año, Él te visita; cada año, Él trae contigo nueva regalos, con que tú vas feliz

[1] Fray Pedro de Santa María, y Ulloa, O.P., *Arco Iris de Paz*.

> por tu peregrinación en esta tierra; y hasta el final de los tiempos, Él te visite, y te renueva, con el poder de esa mirada con que Pedro fue renovado, como lo hizo con la siempre gloriosa Virgen, que es el objeto de tu más tierno amor, después de lo que tú das testimonio de Jesús mismo.
>
> Oramos contigo, Iglesia, nuestra Madre, con esta, nuestra oración: «Ven, Señor Jesús!» en la noche, sí, y temprano en la mañana.

Composición de lugar

Acabamos de seguir una descripción explicativa y figuración exclamativa de la enormidad divina que reside en lo *católico*. Lamentablemente lo católico y la representación religiosa vaticana son interpretados hoy, con diferentes grados de adecuación y acierto, por las multitudes yertas en un tremendo e innegable caos doctrinal. Caos que lleva a muchos a llamar «católico» lo que es parodia e inversión del concepto, y a ver al Vaticano como lo que no es más: Santa Sede de Santos Papas, norma próxima de lo católico.

El caos doctrinal que la gran mayoría de católicos desdichados sufren ahora, explotó en el *conciliábulo* vaticano II que sólo implementó el plan perverso que los enemigos de la Iglesia venían preparando desde los años 20 al tergiversar el monje Lambert Baudouin el Movimiento Litúrgico nacido del genio de Dom Guéranger y de la indomable energía de San Pio X. A esto se añadió la corriente más generalizada de la «nueva teología» representada por muchos monstruos más[2].

Y es así cómo en el discurso inaugural del conciliábulo vaticano II, Juan XXIII formuló tres objetivos para su sínodo de asaltantes:

1. Una adaptación optimista al mundo —del que escribe el apóstol Santiago que querer ser su amigo es ser enemigo de Dios[3], y cuyo amor dice San Agustín que «no tiene ojos invisibles»[4]: lo cual lo dice todo.
2. Un abandono del lenguaje teológico claro —y la aplicación de un lenguaje que cayera bien a las multitudes modernizadas y descristianizadas de mentalidad carnal y cómoda, y sedujera a católicos tibios o desorientados o sedientos de novedades conceptuales con las cuales ser fácilmente «más inteligentes que los católicos de antes», sin chocar de entrada abiertamente contra los católicos fieles tradicionalistas.[5]

---

[2] Henri de Lubac, Pierre Teilhard de Chardin, Hans Urs von Balthasar, Yves Congar, Karl Rahner, Hans Küng, Edward Schillebeeckx, Marie-Dominique Chenu, Louis Bouyer, Jean Daniélou, Pierre Ganne, Jean Mouroux y Joseph Ratzinger el futuro antipapa.

[3] Sg 4, 3.

[4] *Tratado 74 sobre el Evangelio de San Juan.*

[5] Aquí viene a propósito citar la Carta LXXXII de San Jerónimo a Teófilo obispo alejandrino sobre Juan de Jerusalén:

«Ud. emplea a sabiendas términos ambiguos y sentencias cuidadosamente balanceadas para no condenar a otros [los origenistas] ni repudiarnos a nosotros [los católicos]. Pero Ud. sabe que no corresponde a una fe pura y confesión abierta buscar artificios o rodeos. Lo simplemente creído debe ser profesado con igual simplicidad. Por mi parte, yo podría gritar, como si fuera entre las espadas y los

3. La eliminación de las condenas —en lenguaje bíblico, el arrojamiento de las ovejas a los lobos devoradores y la negación de la misma Iglesia, que desde el principio condenó la infidelidad y expulsó a los incrédulos. Por cierto, la Iglesia floreció en proporción a la aplicación del «dogma de la intolerancia», es decir, de la necesidad de creer en la Iglesia, para salvarse, individual y socialmente el individuo y, socialmente la sociedad.

El lenguaje del conciliábulo vive en muchos textos ambiguos con algunas aristas conservadoras; sin embargo, para probar la nefanda culpabilidad y radical anticatolicidad de la Nueva Roma, es decir, de los jefes de Estado vaticanos *de facto* seductores posteriores a la muerte de Pío XII y sus adeptos, basta mostrar una sola herejía clara en los documentos del conciliábulo. Aquí la tenemos, y además, blasfemia:

> En todo el concilio ve la obra del Espíritu Santo, que actúa también fuera de los límites de la Iglesia católica, para la santificación de todos los cristianos en las respectivas Iglesias y comunidades eclesiales. Por eso hay que decir que, a pesar de sus defectos, estos elementos no carecen de importancia en el misterio de la salvación: el Espíritu Santo no desdeña usarlos como medios de salvación.[6]

Como la Nueva Roma es harto conocida por su sumo aprecio de religiones acatólicas, y como en la nueva era del ecumenismo, es decir de la unidad sin verdad, muchos no conocen más la doctrina de Fe sobre la necesidad que tiene todo individuo de la Iglesia Católica para lograr su salvación, en este solo ejemplo se ha de mostrar la falsa «fe» neorromana, que sólo es el abandono de la Fe dictada y ordenada por Dios mismo, como dicta infaliblemente Pío XI:

> Tales tentativas no pueden, de ninguna manera obtener la aprobación de los católicos, puesto que están fundadas en la falsa opinión de los que piensan que todas las religiones son, con poca diferencia, buenas y laudables, pues, aunque de distinto modo, todas nos demuestran y significan igualmente el ingénito y nativo sentimiento con que somos llevados hacia Dios y reconocemos obedientemente su imperio.
>
> Cuantos sustentan esta opinión, no sólo yerran y se engañan, sino también rechazan la verdadera religión, adulterando su concepto esencial, y poco a poco vienen a parar al naturalismo y ateísmo*;* de donde claramente se sigue que, cuantos se adhieren a tales opiniones y tentativas, se apartan totalmente de la religión revelada por Dios.[7]

Este espíritu demoníaco tiene orígenes oscurísimos, retrotraídos al Liberalismo, y antes al Iluminismo y antes al Protestantismo y antes a conspiradores agentes del «misterio de iniquidad»[8] del que ya hablaba el Apóstol: abandono de la Fe verdadera por sujetos flojos y corrompidos cuya hez ha venido trabajando a una con los peores

---

fuegos de Babilonia: 'Por que la respuesta evade la pregunta? ¿Por qué no hay declaración franca y abierta?' Juan teme todo, pesa todo, vacila sobre todo: como si estuviera tratando de caminar sobre mazorcas.»

[6] Decreto «*Unitatis redintegratio*» del conciliábulo vaticano II, 1964. La página web vaticana, avergonzada o asustada, *borró de mala fe* ese párrafo de las traducciones del decreto, pero mantuvo el original.

[7] Encíclica «*Mortalium animos*».

[8] 2 Tes 2, 7.

exponentes del talmud y del satanismo para tantear y en lo posible asaltar puestos clave de la política, cultura y economía, e infiltrar católicos fingidores, pseudocarismáticos, entre masas ignorantes así como en las estructuras escarpadas y vigiladas de la Iglesia a la que antes, al contrario, donde y cuando Ella tomaba infalibilidad activa de la unión a un verdadero Vicario de Cristo, no podían hacer errar.

Todas las lágrimas del universo no bastarían para llorar lo que aún era futuro: el momento larguísimamente esperado por los enemigos de la Iglesia, el momento en que hicieron plegar la Liturgia a las exigencias del falso apostolado, ya sin la barrera divina del verdadero Papado que los detuviera, abrieron la institución vaticano-mundial a la infiltración y el avance de las ideas modernistas en la mente de malos sacerdotes, obispos y cardenales hasta lograr sentar colegiadamente en la Silla de Pedro a individuos comprometidos, más que en ser fieles a Jesucristo y su Santa Iglesia, en impulsar la destrucción —en lo posible— de la Iglesia imponiendo el modernismo religioso. Esta conducta sólo les quita potestad papal pues los pone como movilizadores de almas hacia una dirección religiosa contraria a la querida y dada por Cristo. Dicho modernismo religioso, previamente condenado por San Pio X, terminaría por reconocer a los enemigos seculares de la Iglesia como «nuevos amigos», amén de dar pie o impulso a todas las impiedades, blasfemias, desacralizaciones, y herejías que hoy, los jerarcas modernistas, abusando de su puesto y de su ficticio poder caducado, inculcan a la grey católica una espiritualidad deforme, poniendo gravemente en riesgo la salvación de sus almas.

La Iglesia Católica, Madre y Matriz de todo lo católico, tal como fue elogiada por Dom Guéranger, conserva toda su *comprehensión* lógica, es decir, todas sus notas distintivas, pero ha perdido drásticamente *extensión* lógica, es decir, seres en quienes ellas se dan.

Audiencia enfocada, y la alegoría de la marquise

Este trabajo va dirigido especialmente a personas de recta fe católica que tengan buenos conocimientos de filosofía y teología. Los argumentos aquí expresados se sostienen en citas importantes de grandes sabios por lo que quizá sea un poco difícil al público en general comprenderlos. Hemos citado pocos versos en inglés y francés, que huelga comprender.

La intención de este trabajo es demostrar cómo hay un eje de continuidad católica dinámica, transhistórica, diacrónica, entre la Antigüedad y los tiempos presentes, de un polo a otro, primero creciente en volumen y luego decreciente, con un «ecuador» máximo en el siglo XIII. Esta continuidad se da entre, por un lado el hecho de que Dios enviara al Ángel del Cielo a María para proponerle… ¡compartir su Hijo como Hijo! formando la Cabeza de Iglesia que se haría invisible, y, por otro lado, en los tiempos presentes de la Gran Tribulación[9], el hecho de que, haciendo eco de que «la senda de los impíos terminará en la perdición»[10], expulsará Dios la Pseudo-capitalidad visible de

[9] Mt 24, 21.
[10] Sal 1, 6.

la Iglesia al infierno por la Virtud de María, para imponer (por lo que la misma creación suspira) re-formar la actualmente deformada Capitalidad visible de la Iglesia. Hablaremos de esto en la I. y III. Partes. En la II. Parte, nos adentraremos en el complejo tema de la Convolución Católica con su contrapartida o «sombra» de la Revolución Anticatólica; además, en la categoría metafísica de accidente de relación de contrariedad, para reforzar el tema del triunfo mariano adjuntándole explicaciones metafísicas sucintas sobre los modos como el hombre se porta bien o mal con Dios, para triunfar o perecer con dicho celestial triunfo.

La Historia de la Cristiandad hasta ahora puede visualizarse como una «*marquise*», figura tridimensional que resulta de rotar una «*vesica piscis*». Esta es la intersección ovalada de dos puntas resultante de dos círculos cada uno de cuyos centros es atravesado por la circunferencia del otro círculo. Simboliza a Nuestro Señor Jesucristo como la «intersección» entre los círculos humano y divino. Si se la hace rotar en torno de su eje, se genera un cuerpo tridimensional muy emparentado con la esfera y del cual cada corte transversal es un círculo con el mismo centro, aunque con circunferencia nula-creciente-plena-menguante-nula. La Historia de la Cristiandad comienza en una punta de dicho cuerpo, el polo de la Cabeza divina de Nuestro Señor de donde a medida que pasan las generaciones fluye fuerza divina creciente hasta el máximo ancho de la enorme y complejísima *marquise* de 2000 años. Con esto parecen relacionarse las palabras gabriélicas ya citadas, pero que reiteramos por su importancia y por su afinidad o paralelismo con otras que copiaremos enseguida:

> Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.[11]

Desde el máximo ancho del cuerpo histórico precioso, comienza a decrecer también por generaciones hacia un mínimo punto, el polo de los pies de Nuestro Señor, con lo cual parecen relacionarse las palabras davídicas:

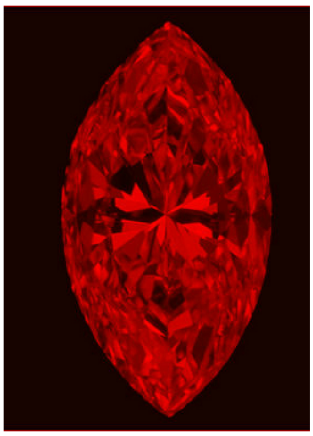
> El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, mientras que yo pongo a tus enemigos por tarima de tus pies. De Sión hará salir el Señor el cetro de tu poder; domina tú en medio de tus enemigos. Contigo está el principado el día de tu poderío, en medio de los resplandores de la santidad; de mis entrañas te engendré, antes de existir el lucero de la mañana.[12]

Algunos ven un milenio entre la entronización política de la Iglesia Católica con Constantino en los albores del siglo IV (312), y la destronación de la misma en los albores del siglo XIV con la bofetada de Anagni (1303). Los príncipes quisieron no sólo mantener sino aumentar su autoridad; los súbditos a su turno trataron de debilitarla, se impacientaron y se hastiaron del yugo; se hace una fermentación entre la cabeza y los miembros: se separan, se irritan, y, recíprocamente debilitados, el cuerpo se disuelve y cambia de forma. Esto ocurrió en Europa, por primera vez histórica de modo conjunto y calculado, muy poco después del auge histórico, imposible de datar, pero que sería en

[11] Lc 1, 31-33.
[12] Sal 110. 1-3.

tiempos de San Luis rey de Francia (1214-1270) y Santo Tomás de Aquino (1225-1274. El primer polo de *la maravilla del llenamiento*, contenido en la Anunciación y Encarnación, tiene como opuesto el polo de *la abominación de la desolación*, contenida en la retirada de la Autoridad Vicaria terrena del Verbo Encarnado y en su suplantación por una «autoridad» ficticia productora de infinitos males. Pero el primer polo —un punto tangencial— y *todo el cuerpo de la marquise* excluye el segundo polo —otro punto tangencial—, según veremos en la III. Parte.

La naturaleza del corazón de la *marquise* de la Cristiandad, corazón que es la Iglesia, repele el Anticatolicismo que juró picarla y aniquilarla. La *marquise* diacrónica mencionada, «está» (porque en algunos casos estuvo) compuesta de naciones enteras alguna vez radiantes, instituciones —de manera especial y en lugar nuclear la Iglesia Católica, «Cristo comunicado», organizaciones, familias, y finalmente individuos —especialmente papas y santos— que son como diminutas *marquises* atómicas, o células básicas componedoras de la *marquise* grande y completa, y están puestas en tensión entre los polos superior de vida e inferior de muerte.



Señalemos que la forma de la Cristiandad que ha pulido e iluminado a la *marquise*, es indestructible. Tomemos la enseñanza del Doctor Angélico.

> La forma substancial se pierde sucesivamente si se considera la alteración precedente, y que aquello que se corrompe, ello se corrompía y se corromperá, y con todo la forma substancial no disminuye. En cuanto a la caridad, así es como ella se pierde por veces poco a poco, de considerarse si disposición precedente que conduce a la pérdida. Y decir que la caridad, porque se corrompe, es sujeto de corrupción, es completamente falso. Porque no se dice que la blancura o alguna forma se corrompa por ser ella misma sujeto de corrupción, sino que el sujeto de la blancura es sujeto de corrupción en cuanto cesa de ser blanco. Asimismo, también hay que decir que si se toma la corrupción de la forma en sí, en cuanto está en el término del movimiento, es lo mismo ir corrompiéndose y estar corrompido en el primer instante, como es idéntico ir iluminándose y estar iluminado. Ahora bien, al primer momento en que una realidad está corrompida, ella no existe más. Y es por eso que la caridad, cuando se corrompe, no existe más.[13]

[13] *De Malo*, q. 7 a. 2 ad 7.

Los grandes temas de este ensayo

En sentido general y remoto, María es el centro de este estudio, ya que será nuestra Santísima Madre la que aplastará en definitiva la cabeza de la serpiente que hoy por hoy tiene en crisis a la catolicidad. En sentido especial y próximo, La Salutación Angélica es una parte doblemente polar de este estudio, de coronación a la Cabeza de la Cristiandad y de autodefensa a sus Pies, ya que son esas palabras las que, infaliblemente dichas como enunciado e infaliblemente por cumplirse como promesas de Dios Padre, contienen el poder lógico y teológico para reparar el mundo y voltear de cabeza a los audaces intrusos del *aparente* Solio de Dios en la tierra *ya mismo* en la argumentación y, también *ya mismo* en la seguridad de que ocurra otro tanto *en un momento venidero* en los hechos. También en sentido especial y próximo, será medio centro de este estudio la Convolución Católica que imita lo escrito sobre la Santísima Virgen: «María conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón»[14]. Y por fin, como otro medio centro de este estudio, tendremos que vérnoslas con la Revolución Anticatólica.

La salutación angélica y el pseudopapado tienen algo más en común, y muy interesante: ambos fueron declarados por el mismísimo San Gabriel. En efecto, el futuro Anunciante de la Encarnación del Verbo, explicó visiones al santo profeta Daniel, que profetizó la abolición del sacrificio perpetuo[15], el abatimiento del lugar de su santificación, y el levantamiento de un tirano de terrible astucia religiosa[16] que lo asolará todo y exterminará a los santos. También Daniel profetizó, instruido por San Gabriel, la abominación de la desolación[17] a la que se referiría muchos siglos después Nuestro Señor Jesucristo[18] y en la cual otros quince siglos después el Papa Pablo IV, en su bula *Cum ex apostolatus*, vio la instalación de un hereje, enemigo radical del Bien de la Iglesia Universal, en el solio pontificio:

> más decidida debe ser la providencia para impedir que falsos profetas y otros personajes que detentan jurisdicciones seculares no tiendan lamentables lazos a las almas simples y arrastren consigo hasta la perdición innumerables pueblos confiados a su cuidado y a su gobierno en las cosas espirituales o en las temporales; y para que no acontezca algún día que veamos en el Lugar Santo la abominación de la desolación, predicha por el profeta Daniel

La abominación de la desolación está entre nosotros y los nuestros, emparentada, aunque a pesar suyo, con el aburrimiento radical, la desesperación, la ansiedad religiosa, la total pérdida de significado del universo como un todo y de nuestra vida en él: esto pone la existencia misma en cuestión por conciencia de nuestra radical contingencia y precariedad aparentemente no socorrida por una estructura que, llamada católica, que era foco de maravillas, y que, en aparente identidad de ser deducida de la identidad de lugar y apariencias, ha lanzado al mundo como una

---

[14] Lc 2, 19.
[15] Dan 8, 11.
[16] Dan 8, 23.
[17] Dan 9, 27.
[18] Mt 24, 15.

inmunda cloaca todo lo más burlesco al catolicismo. Sólo se resuelve por esclarecimiento teológico serio del cual goza todavía una minoría pequeñísima.

Pero retornemos a temas más gozosos y consoladores. [19]El «*Fiat*» de la Virgen María tuvo como inmediata consecuencia un acontecimiento en la naturaleza del ser humano, algo ontológicamente del todo nuevo. Y la Redención mediante Cristo importa primariamente al individuo y lo afecta donde no llegan ni la historia ni la naturaleza exterior: en el medio agraciado de su propio corazón *aún en medio de la tragedia de la usurpación romana universal*. Las palabras con que Cristo se entrega totalmente a la voluntad del Padre, *aún en cuanto a la dispersión y masacre de su rebaño*, constituyen el segundo «*Fiat*» de la economía de la salvación del hombre, el cual fue la consecuencia de aquel primer *Fiat* del ser humano en la figura de María. Cada individuo humano está comprehendido en el sacrificio del Dios-Hombre, a condición de que como persona, *pase lo que pase en Roma*, se esfuerce por alcanzar en humildad y amor la gracia de la Redención que Cristo le abrió. En la coyuntura causal real del doble «*Fiat*» de Madre e Hijo, todas nuestras categorías cotidianas ganan una significatividad trascendente, otro «tenor» y una mayor amplitud, *y, tratándose de la brutal privación del orden católico en gran parte del mundo, ganan una promesa de significado y salida*. El entendimiento y el corazón del hombre se encuentran conjugados en una armonía de paz, y así reciben el misterio del Ser que, extendido por el suelo, *en prefigura de la situación del católico fiel actual*, rogó por la salvación del mundo.

Cristo, la única persona de doble naturaleza divina y humana y con ello Redentor de los hombres, existe en toda su plenitud y *realidad* humana. No es mera «conciencia». La Redención no es una mera renovación de conducta y conciencia; es ante todo el acto que apunta al comienzo del *ser* humano mismo, a la *restauración* de la ley originaria de su nacimiento. Este renacimiento es un acontecimiento del todo real y esencialmente trasciende toda mera «renovación moral». De los delirios hermenéuticos modernistas-existencialistas resulta la actual incapacidad de redescubrir la verdadera imagen inicial del hombre y de la humanidad. Hemos simplemente perdido la frescura y la capacidad de asombro felizmente permanente de una contemplación siempre activa y siempre nueva de la *realidad* infinita del Dios Creador. ¡Y no sólo eso! El hombre, por lo demás, ni siquiera puede en absoluto captar el fondo de las cosas y de los seres. Congelado e insaciable en una ciencia que sólo desea lo nuevo rastreado por el suelo, nunca se encuentra con aquel misterioso acto de armonía y amor que estuvo en un «*Fiat*» al principio de la Creación y se consumó en el primer «*Fiat*» de la Virgen María. Este drama inaudito y único de nuestra Redención con la concepción virginal de María y la agonía mortal de Jesús en el huerto de Gethsemaní y su muerte en la cruz sacudió por entero el mundo, la naturaleza, y el hombre presente. Este misterio irrumpió en la historia con una realidad tan explosiva, que echa por tierra, entonces como hoy, toda mera subjetividad. *Y echará por tierra, seguro, el drama inaudito y único de la presente Gran Tribulación*.

[19] Los siguientes dos párrafos están en buena parte tomados y traducidos de *Die Wahrheit in Bedrängnis*, de Bernhard Lakebrink.

Este paralelismo puede comprenderse a la luz del Salmo I.[20]. Pondremos la hermosa versión de Fray Luis de León:

1. Es bienaventurado
varón, el que en concilio malicioso
no anduvo descuidado,
ni el paso perezoso
detuvo del camino peligroso;
y huye de la silla
de los que mofan la virtud y al bueno,
y juntos, en gavilla,
arrojan el veneno,
que anda recogido en lengua y seno.
2. Mas en la ley divina
pone su voluntad, su pensamiento,
el día cuando inclina
y el claro movimiento,
lo escuro de la noche en ella atento.
3. Será cual verde planta
que a las corrientes aguas asentada
al cielo se levanta
con fruta sazonada,
de hermosas hojas siempre coronada.
Será en todo dichoso,
seguro de la suerte que se muda.
4. No así el malo animoso,
cual si el viento sacuda
la paja de la era muy menuda.
5. Por esto al dar la cuenta,
la causa de los malos, como vana,
caerá con grande afrenta
allí la cortesana,
santa nación huirá de la liviana.
6. Porque Dios el camino
sabe bien de los justos, que es su historia;
del otro desatino
de la maldad, memoria
no habrá, como de baja y vil escoria.

Aquí se expresa el afecto del hombre que eleva los ojos a todo el estado del mundo y considera cómo algunos avanzan y otros decaen, y cómo todos coinciden en buscar la felicidad, pero difieren en el trayecto a ella y en su fin, pues algunos llegan y otros no. En el proceso de los malos, David pareciera implicar a los malditos pseudopapas neomodernistas, que: 1º deliberan ir a la cátedra llamada «de pestilencia» como de una enfermedad infecciosa; 2º ponen consentimiento y ejecucion diciendo «en la vía de los pecadores», esto es, en la operación. 3º dicen pues «de los impíos», porque la impiedad es pecado contra Dios, y «de los pecadores» contra el prójimo «y en la cátedra», que es inducir a otros a pecar, desde un sitial tenido por divino lo cual es pésimo. Luego el Salmista toca el proceso de los buenos: «sino que tiene puesta toda su voluntad en la ley del Señor, y está meditando en ella día y noche» —como era el caso de María Santísima en el momento de recibir la embajada de San Gabriel. La

[20] Comentario de Santo Tomás de Aquino.

felicidad del hombre está en Dios. Y el trayecto recto a la felicidad consta en la voluntad y en el intelecto, como lo indica el versículo citado.

¿Cómo terminarán los sufridos pero fieles sedevacantistas y otros justos? ¿Cómo terminarán los malditos pseudopapas? El justo «será como el árbol plantado junto a las corrientes de las aguas [*de la gracia*], el cual dará su fruto en el debido tiempo [*cuando sea el tiempo de obrar y servir a la restauración de la Autoridad apostólica*], y cuya hoja [*de las buenas obras*] no caerá nunca; y cuanto él hiciere tendrá próspero efecto». «No así los impíos, no así; sino que serán como el tamo o polvo que el viento arroja de la superficie de la tierra. Por tanto no prevalecerán los impíos en el juicio; ni los pecadores estarán en la asamblea de los justos. Porque conoce el Señor y premia el proceder de los justos; mas la senda de los impíos terminará en la perdición.»

Trataremos primeramente de la Anunciación Antigua en sí misma. Luego, de la Convolución Católica —iniciada en la Anunciación— y la Revolución Anticatólica —culminada en el Pseudopapado Neomodernista. Por último, de la Anunciación trans-histórica aplicada al Presente Pseudopapado Neomodernista, sobre y contra el cual tiene una invencible fuerza refutadora en los argumentos, y la tendrá devastadora en los hechos. Así, todo este ensayo es una convolución católica que parte del polo inicial de la Anunciación Angélica, hace convolución «descendente» bimilenaria a lo largo —o «a lo curvo»— del mismo tema «convolución» —del cual la Revolución Anticatólica es sólo la sombra— y, llegada al polo final de la Abominación de la Desolación, hace una instantánea convolución «ascendente» de allí polo inicial con enriquecimientos temáticos. Esto tiene paralelismo con la Vida, Muerte, Descendimiento, Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo.

I. PARTE:
LA ANUNCIACIÓN EN SU VIRTUD PRIMERÍSIMA LLENADORA DEL MUNDO

El relato histórico

- **Isaías**: Sabed que una virgen concebirá y tendrá un hijo, y su nombre será Emmanuel, o Dios con nosotros.[21]
- **San Lucas**: […] envió Dios al ángel Gabriel a Nazaret …
- **San Gabriel**: Dios te salve, ¡oh llena de gracia!, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres. [**Santa Isabel**: y bendito es el fruto de tu vientre[22]] […] ¡Oh María!, no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Sábete que has de concebir en tu seno, y tendrás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin. […] El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por esta causa el fruto santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios.
- **María**: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.[23]
- **San Juan**: Y el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros.[24]
- **La Iglesia**: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

El perfume, el «no sé qué» y el encanto de la Anunciación y Encarnación

El Beato Raimundo Lulio, en su libro *Del gentil y de los tres sabios*, habla metafóricamente de una fuente en medio de una selva que regaba cinco árboles. El tercero de ellos tenía cuarenta y nueve especies de flores en las que estaban escritas combinaciones entre las siete virtudes increadas del primer árbol —bondad, grandeza, eternidad, poder, perfección, sabiduría y amor— y la negación de los siete pecados capitales. Entre todos los árboles, éste se apropia dos especiales condiciones. La Primera condición es que las virtudes increadas divinas no son para nada concordes con los vicios. La segunda condición es que conviene afirmar todo aquello por lo cual las divinas virtudes sean demostradas más fuertemente y mejor al humano intelecto por los vicios, y que conviene negar todo aquello que sea contrario a la antedicha mayor significación y que haga que las virtudes y los vicios se contraríen menos entre sí.

---

[21] Is 7, 14.
[22] Lc 1, 42.
[23] Lc 1, 26ss.
[24] Jn 1, 14.

Cristo exhala de por sí el perfume divino de la sabiduría de Dios, con la que se identifica.[25] En el libro del Eclesiástico, la divina sabiduría se simboliza en un conjunto de perfumes[26], así también es Cristo, Sabiduría de Dios.

La fragancia del Hijo de Dios es también la del Espíritu divino. Y bellamente San Pedro lo llamó óleo de alegría, para que nadie lo considere una criatura. Pues la naturaleza del óleo es tal que no hay manera de mezclarlo con un líquido de otra naturaleza. El mismo perfume material vertido sobre Cristo en cuatro ocasiones simboliza en los evangelios al Espíritu Santo. Con el ungüento del Espíritu, «el perfume de la mezcla de muchas gracias, el Dios Padre Todopoderoso ungió al verdadero príncipe de los sacerdotes». El perfume precioso del Espíritu de Cristo no sólo le unge a Él, sino que llena con su olor balsámico toda la casa de la Iglesia, morada del Espíritu.

Tanto en la Biblia como en la historia de la espiritualidad resultan evidentes los sentidos simbólicos del perfume relacionado con la divinidad: la alegría espiritual, el lenguaje del amor (en el que cada variedad es como una palabra de amistad y afecto), la manifestación de una presencia sagrada, la oración u ofrenda y la santidad.

San Juan de la Cruz, buen conocedor de los símbolos religiosos, sabe cómo el Espíritu de Dios perfuma con su presencia al hombre interior y a sus virtudes. En la estrofa 18 de su *Cántico* exclama:

> ¡Oh ninfas de Judea!,
> en tanto que en las flores y rosales
> el ámbar perfumea,
> morá en los arrabales
> y no queráis tocar nuestros umbrales.

Luego, en su comentario aclara el Santo el alcance de sus símbolos.

> Las flores, como habemos dicho, son las virtudes del alma; los rosales son las potencias de la misma alma: memoria, entendimiento y voluntad, las cuales llevan en sí y crían flores de conceptos divinos y actos de amor y las dichas virtudes. En tanto, pues, en estas virtudes y potencias del alma… *el ámbar perfumea*. Por *ámbar* se entiende aquí *el divino Espíritu del Esposo* que mora en el alma; y perfumear este divino ámbar en las flores y rosales es derramarse y comunicarse suavísimamente en las potencias y virtudes del alma, dando en ella al alma perfume de divina suavidad.

Sobre la flor perfumada de amor y justicia, dice el Beato Lulio, a quien poco antes seguíamos de cerca:

> Si el Hijo de Dios asumió carne humana, el divino Amor infundió e imprimió en el hombre la concordancia y justicia más fuerte y expresamente de cuanto las habría infundido si no se hubiera encarnado; y como la justicia es un bien y la injuria un mal, y como el divino amor es mejor demostrado por una mayor justicia que por una menor, y además, como la esperanza, fe, caridad, fortaleza, prudencia y templanza mejor concuerdan por una mayor justicia que por una menor, y contradicen más fuertemente

[25] Éste y los siguientes seis párrafos están resumidos del artículo «Perfume de Dios: el Espíritu» de Ceferino Santos.

[26] Eclo 24,20.

> los vicios por una mayor que por una menor justicia, por lo tanto, según las condiciones de este Árbol, el Hijo de Dios ha sido concebido del Espíritu Santo. Si no lo hubiera sido, la flor antedicha habría contradicho las antedichas condiciones del Árbol.

Y esta flor de amor y justicia, que con divina intensidad huele a vida y salvación para algunos y sus obras, huele a muerte y condenación para otros y las suyas. ¡Para los unos y para los otros, en sentido contrario, es «un no sé qué»! ¡Es para el justo viador el prototipo del «no sé qué», por lo cual el semi-conocimiento, sea entrevisión de la libertad, del tiempo, o del número infinito, tiene siempre algo de divino![27] El encanto es el no-sé-qué activado.

Pero también dice el profeta Ezequiel:

> He aquí el día, he aquí que ya llega, el exterminio viene ya, la vara del castigo floreció […][28]

Pues bien, *flor* es el significado de Nazaret, la ciudad de Galilea adonde el ángel Gabriel fue enviado por Dios. Uno puede encontrar algo así como las semillas del pensamiento de Dios, de alguna manera caídas del cielo a la tierra, en las palabras pronunciadas de lo alto a los patriarcas y en las promesas hechas a ellos, como que de estas preciosas semillas está escrito: «De suerte que si el Señor Dios de los ejércitos no hubiese conservado alguno de nuestro linaje, hubiéramos corrido la misma suerte de Sodoma, y en todo semejantes a Gomorra»[29]. Ahora bien, esta semilla ha florecido en las maravillas que aparecieron cuando Israel salió de Egipto, en las figuras y emblemas de su viaje por el desierto, más tarde en las visiones y predicaciones de los profetas, y en el establecimiento del reino y el sacerdocio hasta Cristo que con razón se puede considerar como el fruto de esta semilla y estas flores, de acuerdo con las palabras de David: «Por lo que derramará el Señor su benignidad y nuestra tierra producirá su fruto».[30] La quintaesencia por así decir de estas flores, es María, Primer Perfume Consolador y Santificante de la Verdadera Iglesia, a la que Ella da su Fruto como Principalidad. Ella es un perfume de pureza —«*Mater purissima*»—, de prudencia superlativa —«*Virgo prudentissima*»—, y de poder —«*Virgo potens*»—, que es la confusión de sus enemigos empedernidos y conjurados.

La reduplicación interna del Avemaría: invocación y petición

Los títulos en que se funda la eficacia de la intercesión mariana que pedimos son tres: Santa María, Madre de Dios; que ruegue por nosotros como Santa; que ruegue por nosotros como María; y que ruegue por nosotros como Madre de Dios. Todos estos títulos declaró el Ángel en su embajada, con la misma distinción y por el mismo orden. Primero el de Santa: «Llena de gracia»[31]; después el de María: «Oh María! no

---

[27] Vladimir Jankélévitch, *Le Je-ne-sais-quoi et le Presque-rien*.
[28] Ez 7, 10.
[29] Is, I, 8.
[30] Ps 84, 12.
[31] Lc 1, 28.

temas»[32]; y últimamente el de Madre de Dios: «tendrás un Hijo, y será llamado Hijo del Altísimo»[33]. Siendo altísimos en nuestra Señora los tres títulos de Santa, María y Madre de Dios, ¿qué altura harán multiplicados, y qué cuestiones podrían suscitar comparados? Cada título por su camino y en su línea comprehende en grado altísimo las perfecciones de todos. El de Santa, porque la santidad de María es la mayor después de la de Dios. El de María, porque este Nombre es el mayor fuera del de Dios. Y el de Madre de Dios, porque la Dignidad de la Virgen, sacando la de Dios, es la mayor.

Según el Padre portugués jesuita Antonio Vieyra, hay una correlación curiosa, invertida, entre las partes del Avemaría y las del Padrenuestro:

No hay otro bien en este mundo que sea verdaderamente bien, sino la gracia de Dios; ni otro mal que sea verdaderamente mal, sino el pecado. Por estos dos artículos de Fe se ata el fin del Padrenuestro con el principio del Avemaría. ¿Cómo comienza el Avemaría? «Dios te salve, ¡oh llena de gracia!»[34]. No hay otro nombre más majestuoso con que saludar a la Reina de la creación, porque en la gracia, de que está llena, se incluye todo el bien, así como en el pecado, a que nunca estuvo sujeta, se libró de todo mal. Y para que nadie dude que este mal de que pedimos a Dios nos libre, es todo el mal, y no hay otro, oigamos al mismo Maestro, que así nos enseñó a pedir, y cerró todas las otras peticiones con esta, como la llave más importante de todas. En aquella misteriosa oración que hizo Cristo a su Eterno Padre después de la última Cena, recomendando mucho, debajo de su divina protección, a los Discípulos, de quien se apartaba, la cláusula con que remató la recomendación fue esta: «No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal»[35].

Fiat voluntas tua sicut in cælo et in terra	**Libera nos a malo**	**Ave gratia plena**	Sancta
Adveniat regnum tuum	Ne nos inducas in tentationem	Dominus tecum	Maria
Sanctificetur nomen tuum	Dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.	Benedicta tu in mulieribus et benedictus fructus ventris tui	Mater Dei
Pater noster qui es in Cælis	Panem nostrum quotidianum da nobis hodie	Jesus	Ora pro nobis peccatoribus nunc et in hora mortis nostræ

[32] Lc 1, 30.
[33] Lc 1, 31-32.
[34] Lc. 1, 28.
[35] Jn 17, 15.

Los próceres directamente asociados a la Encarnación y Anunciación

De Cristo dice San Gabriel que se sentará en el trono de David su padre, en la tribu de Judá, pero reinará eternamente en la duodenaria casa de Jacob, patriarca muy anterior a David, y padre de su ancestro Judá. David fue un tipo de Cristo y de San Pedro. Nació en Belén y de sí mismo cantó: «Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió, ¡oh Dios!, el Dios tuyo con óleo de alegría, con preferencia a tus compañeros».[36] Por lo que también es llamado Cristo. Como venció a Goliath, Cristo al diablo. La tribu de David fue la de Judá, de la que descendió la Sagrada familia, y que junto con la tribu de Benjamín, fue la única en conservar la verdadera Fe en tiempos del cisma de las diez restantes tribus. David, al ser ungido rey, es figura de quienes son elegidos prelados[37], y su tez rubicunda y bella mirada y decorosa cara, denota que el pastor debe ser ferviente en la obra, bello de mirada por sublime contemplación y de cara decorosa por la inefable belleza de su caridad. Estas tres cosas las requería Cristo de Pedro cuando le dijo tres veces: «¿Me amas?»[38].

Si las maravillas de la naturaleza son llamados del Llamador a nosotros, mucho más lo son las maravillas de la Historia Sagrada. En el Centro de esta, el mismo Llamador se hace Llamado para maximizarnos la atracción hacia Él a quien habíamos abandonado. Y la Iglesia misma es un Llamado Perfecto del Llamador y una extensión suya y un cuerpo de su cabeza.

El Avemaría es la primera palabra evangélica dirigida a la primera persona del Nuevo Testamento; la primera palabra evangélica anunciada a la tierra; el Evangelio del Padre Eterno a la Virgen; el Evangelio que resume las grandezas de Jesús y María.

El Arcángel San Gabriel en realidad es el segundo serafín más alto por orden jerárquico después de San Miguel; son llamados «arcángeles» no por pertenecer a ese coro poco alto, sino por ser «ángeles principales». Es notorio que lo primero que San Gabriel le dice a Nuestra Señora es un vocativo: «Salve, llena de gracia». No tiene sujeto ni predicado ni por ende tampoco verbo. Es un reconocimiento tan deshecho en humildad de parte de San Gabriel, nuestro Maestro, que evita formar un juicio, evita «com-poner» (poner conjuntamente mediante la cópula «eres» el sujeto, aún tácito, «tú» con el predicado «llena de gracia» estando ambos conjuntísimos de antemano) y suspende la función intelectual del *juicio* a fuerza de *reverencia* y *admiración*. San Gabriel la suspende para que la realidad ardiente que expresaría con él domine todo el vocativo y lo domine a todo él por el vocativo y le suspenda la misma facultad de la afirmación óntica. En el original, no figura «Salve, llena eres de gracia» sino «Salve, Llena de Gracia».

«¡Ave, oh Tú que por ser Tú, la Gracia te llena!» es muy inferior a decir: «¡Ave, oh Tú que por estar Llena de Gracia, eres!» La segunda fórmula se parece mucho más a la del Evangelio según San Lucas. De las dos fórmulas la segunda sobresale mucho.

---

[36] Ps 44, 7.

[37] *Sylva allegoriarum Sacræ Scripturæ mysticos ejus sensus, et magna etiam ex parte litterales complectens*. Auctore Fratre Hieronymo Laureto Cervariensi, Monacho Benedictino in Cœnobio Montisserrati, et Abbate Monasterii S. Fœlicis Guixolensis. Primus tomus. Barcinone, 1696

[38] Jn 21, 15ss.

Por la primera, Nuestra Señora está llena de Gracia, lo cual no es poco. Pero por la segunda, Nuestra Señora tiene un ser lleno de gracia, y no un mero atributo aún pleno, y ese ser, le atrae indecibles dignidades que se adjuntan a la plenitud de la gracia. Las palabras de la continuación del Saludo del Embajador Celestial rellenan el vacío de sujeto aún tácito, de cópula, y de predicado, quedando la Anunciación susceptible de esta paráfrasis: «¡Dios te salve, María, que por Llena de Gracia: (1) eres tal que el Señor Mismo Ser Subsistente está contigo, y (2) eres bendita y bendito es el fruto de tu vientre que has de concebir en tu seno y tendrás de hijo llamado Jesús, y (3) será grande, y llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.»

Un exceso puede darse de dos modos: uno en el género, que es significado por el comparativo o superlativo y otro fuera del género, que es significado por la adición del prefijo «*super*—», como cuando decimos que el fuego excede en un exceso de calor en el género, por lo que se lo llama calentísimo; en cambio el sol excede por un exceso fuera de género, por lo que no se lo llama calentísimo sino supercaliente, porque en él el calor no está del mismo modo, sino de un modo más excelente. Y aunque estos dos modos de exceso no con compatibles en las cosas causadas, sin embargo en Dios se dice a la vez que es bellísimo y superbello; no porque lo sea en un género, sino porque a Él se le atribuyen todas las cosas que son del género que sea.[39] La Virgen en cuanto individuo del género y especie humanos, es Agraciadísima hasta la plenitud absoluta; pero puede llamarse en sentido oblicuo Superagraciada por su absoluta indefectibilidad moral y su condición de Madre de la divina gracia, y Engendradora de otros Cristos.

SALVE DECUS HUMANI GENERIS, SALVE VIRGO DIGNIOR CÆTERIS, QUÆ VIRGINES OMNES TRANSGREDERIS ET ALTIUS SEDES IN SUPERIS. O MARIA!

La «fuga» de la proposición al simple y humilde vocativo es una entrega total a María en cuanto tan llena de gracia, que su plenitud de gracia casi está arriba y antes de su ser y da razón de éste. En todo caso su existencia κεχαριτωμένη[40] está por encima de que una grandeza de lenguaje que sólo cabe en una salutación supra-óntica se contraiga a una afirmación insinuadamente impresa de algo de un «yo» creado —aún angélico—. La salutación sin sujeto ni predicado «Salve, Llena de Gracia», no expresa un acto de composición hecho por el intelecto, aunque lo contenga sobreexcedente; es un saludo a Alguien a quien se saluda como a quien es κεχαριτωμένη, pero que lo es tanto, que eso que es casi superaría al serlo, casi superaría a su ser. Está implicada, como de «menor dimensión» la afirmación y proposición «Salve, tú eres llena de gracia», con sujeto y verbo, y con un atributo lógico puesto en lugar de un vocativo. Lo primero en menos palabras implica lo segundo de más palabras, y añade algo con su omisión expresa del (comparativamente tibio) «(*yo* constato y juzgo que) eres»: entrega total: «Eres Llena de Gracia pero casi tienes más de eso que de ser, y ay de quien insinuara que algo de tu ser no tuviera gracia plena». La direccionalidad y referencialidad hacia María llegan a la plenitud en el mismo acto lingüístico de saludársela como *ya hecha y pasada al ser* llena de gracia, y como en quien *no cabe descubrir esos atributos que deberían darse por sobreentendidos*. Sólo

[39] Santo Tomás de Aquino, *In De divinis nominibus*, cap. 4 l. 2

[40] Llena de gracia.

más tarde San Gabriel pasa a hacer afirmaciones que son lógicamente forzosas, pues no puede usarse el vocativo para una tercera persona («el Señor»).

Sobre todo en oraciones, los vocablos puestos en vocativo, tienen un valor singularmente superior a los puestos en nominativo, pues por los primeros se habla, como a una segunda persona presente, a un Interlocutor divino o sagrado y el lenguaje sale del corazón como flechas inflamadas salientes de llagas abiertas de amor. En cambio los vocablos puestos en nominativo los habla de manera comparativamente fría la mente a sí misma con respecto de terceras personas o a temas. Quiso Dios Padre que aquel que nació de su Corazón antes de todos los siglos, hiriera de amor el corazón angelical de San Gabriel disponiendo que su κεχαριτωμένη (como, obvia y necesariamente, su Χαίρε[41] inicial fuera absolutamente vocativo, y con ello, dirigido a María, mariocéntrico.

¡Interesante diálogo como ninguno en la Historia! Según Diógenes Laercio, los diálogos platónicos se dividen en instructivos (que tienen por objeto la enseñanza de la verdad) e inquisitivos (que tienen por asunto el arte de descubrirla); los instructivos se subdividen en teóricos y prácticos, y los teóricos en metafísicos y lógicos. Por su parte, los diálogos inquisitivos se subdividen en ejercitativos (pertenecientes a ejercicios intelectuales) y combativos, y los ejercitativos, en mayéuticos (extractores de ideas latentes) y tentativos. Todo indicaría que el Diálogo iniciado por el Arcángel es altamente instructivo-teórico-metafísico. ¿Qué de más metafísico que la toma por el Mismo Ser Subsistente, del espécimen inmaculado de la perfección del ser participado? Empero, también pudieran encontrársele notas de inquisitivo-ejercitativo-tentativo. La Santísima Virgen recibe instrucción teórico-metafísica sobre Ella misma (a la que responde primero con silenciosa turbación y gran perplejidad), y sobre el Grandísimo Misterio de la Encarnación a punto de operarse en Ella misma. Más indirectamente, ella recibe una latente inquisición en la que el Ángel pone en ejercicio la tentativa, no elaborada por disciplina mental suya, sino dictada por Dios para llevarla a asentir. *Por añadidura este diálogo tiene una característica única: además de ser metafísico y tentativo, es engendrador de Dios:* ***teogónico***[42].

San Bruno expone:

> Oíd, oh Virgen, al Ángel; recibid lo que os dice y anuncia en la mente y en las entrañas, y no dudéis que el Hijo que ha de nacer de Vos, haya de entrar en Vos por los oídos. ¿Por qué? Porque ese Hijo, que ha de ser vuestro, es la Palabra del Padre; y la puerta y el camino por donde entran las palabras, son los oídos: «Porque es Palabra, y la vía de las palabras es el oído».[43]

Y el magnífico predicador jesuita portugués Antonio Vieira deduce:

> Sucede en nuestra meditación, para admirable prueba de lo que decimos, lo mismo que al Eterno Padre en la producción del Verbo Divino. El Verbo Divino, que es la Eterna Palabra de Dios, ¿de qué modo es parece que sale de la boca del Eterno Padre: «Yo

[41] ¡Salve!

[42] Engendrador de Cristo.

[43] D. Bruno, Sermo 4. de Annunciatione.

> salí de la boca del Altísimo[44]? No puede haber semejanza, ni propiedad más propia. Contempla el Eterno Padre dentro de sí mismo la esencia, los atributos, las perfecciones, y todos los otros Misterios de la Divinidad, que solo él comprehende; y de esta contemplación comprehensiva con que Dios piensa en sí y se conoce y se ve, nace el Verbo Divino, que es la Palabra de Dios, y todo su decir: «Así puede entenderse que en Dios *decir* sea *ser pensando,* en cuanto que la Palabra de Dios es concebida con la intuición del conocimiento divino»[45], dice Santo Tomás. Pues así como de la comprehensión con que Dios contempla intuitivamente los Misterios de la Divinidad se produce y nace el Verbo, así de la meditación con que nosotros, en la parte mental del Rosario, contemplamos los Misterios de la Humanidad unida a la misma Divinidad, nace el Verbo, y Palabra de Dios, con que interiormente nos habla, y nosotros interiormente concebimos, y oímos mentalmente: *los que escuchan la palabra de Dios*[46].

En las ciencias exactas sucede algo analógico. En cierto modo de un mero pensamiento o de una fórmula matemática o ecuación, es posible extraer como por un milagro creador, una figura sensible, un ente, por ejemplo una parábola, una elipse o una espiral que se extiende al infinito. Además es posible indicar con seguridad el comportamiento de tales figuras, de las líneas o superficies torcidas en cualquier punto, aún en las distancias infinitas inaccesibles, y en principio también es pensable descubrir, a partir de las formas y procesos de la naturaleza, a partir de las trayectorias de las constelaciones y a partir de las formas de las flores y hojas, la ley formativa que les subyace, y fijarla mediante los símbolos matemáticos de una ecuación. Esto también es una especie de reproducción: que la forma ganada de una ecuación sea una representación de la ley que le subyace, y por ende también cada formación resultada de una ecuación debe contener y representar esta ley de su generación en todas sus partecitas más mínimas como una «totalidad». Si se toma el Avemaría como la *ecuación divina* que represente la ley que subyace a toda la Humanidad del Verbo, se puede atisbar algo de la enormidad del poder y valor de esa oración bien rezada. La Virgen misma la llamó ante el Beato Alano de la Rupe, «reparadora de todo el mundo».

Ecuaciones varias en el número de Avemarías del Rosario

Santo Tomás daba también razones por las que explicaba el significado místico del número 150, que es el de las Avemarías del Rosario distribuidas en misterios, y del número 153, que es el del total de Avemarías del Rosario.

En el proemio a su comentario de los Salmos, Santo Tomás dice:

> Hay ciento cincuenta salmos, y esto conviene a un misterio, porque este número se compone del setenta y ochenta. Por el siete, del cual toma su nombre el setenta, está significado el curso de este tiempo que se da en siete días; y por el ocho, de donde toma su nombre el ochenta, está significado el de la vida futura. En efecto, según la Glosa, la octava pertenece a quienes resurgen, y significa que en este libro se tratan las cosas que pertenecen al curso de la vida presente y a la gloria futura.

---

[44] Eclo. 24. 5.

[45] *Suma teol.*. I-34-1 ad 2.

[46] Lc 11, 28.

Y en su comentario a los 153 peces de la pesca milagrosa, el mismo Doctor afirma:

> Nadie puede llegar a la patria sino por la observación del Decálogo, ni puede éste ser observado sino por la septiforme gracia del Espíritu Santo. Pero se lee que la santificación ocurrió por primera vez el séptimo día. Diez más siete son diecisiete. Y si uno calcula en un orden de progresión por el que primero tome uno más dos que suman tres; y tres que suman seis, y cuatro que suman diez, y cinco que suman quince, y así sucesivamente sumando diecisiete veces el número inmediato superior, se llega al total de ciento cincuenta y tres.
>
> También puede explicarse de otro modo. Los discípulos a quienes Cristo apareció eran siete. Multiplicando siete por siete (que son los dones del Espíritu Santo) se suman cuarenta y nueve, que, si se les suma uno para significar la unidad de la perfección en la que deben estar los hijos de Dios que obran por el Espíritu Santo, dan cincuenta. Si este número se multiplica por tres y se suma tres para significar la fe en la Trinidad, que consiste en la confesión del corazón, de la boca y de la obra, resulta ciento cincuenta y tres. Porque los que son perfectos por los siete dones del Espíritu Santo y están unidos en la fe de la Trinidad, llegan al Padre.

En la antepenúltima de sus *Ochenta y tres cuestiones diversas*, comentando sobre varios aspectos teológicos de Cuaresma y de Pentecostés, San Agustín escribe:

> El número cincuenta simboliza la ciencia que comprende tanto la condición temporal cuanto la eterna regeneración […] Entonces, puesto que no harán falta sostenes materiales, la fe y la sabiduría estarán contenidas en el ánimo. Puesto que al ánimo se atribuye, como se ha dicho, el número tres, multiplicamos por tres el cincuenta y tenemos ciento cincuenta. A este número se añade la Trinidad, porque toda la perfección está consagrada en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo y así se tiene ciento cincuenta y tres…

Notamos algo más. ¿Casual o causal? El número de letras del Avemaría en ortografía latina medieval es de 153+1:

> Aue maria gracia plena dominus tecum benedicta tu in mulieribus et benedictus fructus uentris tui.
>
> sancta maria mater dei ora pro nobis peccatoribus nunc et in hora mortis nostre.

La primera mitad tiene 88 letras y la segunda 66: ambas son múltiplos de 11

(El uso del vernáculo no desvaloriza el Rosario, pero el uso del latín establece la continuidad y unión espiritual «a una voz» con todas las generaciones que lo han recitado en el curso de los siglos, y con los principales Portavoces de la Iglesia.)

El número 153 tiene muchas asombrosas propiedades matemáticas y geométricas a las cuales pueden suponérseles sentidos dictados por el mismo Dios, por ejemplo:

> 1+2+3+4+5+6+7+8+9+10+11+12+13+14+15+16+17 = 153. Esto ha sido observado por Santo Tomás. Este es un «número triangular». Si se pone un punto, y debajo suyo, a igual distancia, dos puntos, y debajo de ellos, también a igual distancia, tres, y así sucesivamente hasta llegar a los diecisiete, se tendrá un triángulo con diecisiete puntos en cada lado, y ciento cincuenta y tres puntos en total.
>
> En la serie de números hexagonales, 153 está en la 9ª posición: 1, 6, 15, 28, 45, 66, 91, 120, 153, 190, 231, 276, 325 etc. O bien, 9 x 17 = 153.

1 + 1x2 + 1x2x3 + 1x2x3x4 + 1x2x3x4x5 = 153

$12^2 + 3^2 = 153$.

$1^3 + 5^3 + 3^3 = 153$. Es el primer número de los llamados *pluperfect digital invariants*, que resultan de sumar sus dígitos potenciados a la cantidad de dígitos.

Los días de vida mortal de Cristo son 12.140 = 153 x 80.

Si se toma cualquier número múltiplo de 3, se lo lleva a la suma de los cubos de sus dígitos, y se repite este proceso con cada resultado, siempre se concluye en el número 153.

Si sumamos 1 a 15 obtenemos 154. Multipliquemos ahora 154 por 17; eso nos da el valor de una constante matemática natural, trascendente e irracional; 154 x 17 = 2618, o sea, la constante φ^2 multiplicada por 1000, que no es otra que el célebre Número de Oro (también natural, universal, trascendente e irracional, de valor numérico aproximado (1,618033…: la mitad de la suma de 1 más la raíz cuadrada de 5) multiplicado por sí mismo y por mil, a lo cual se suma mil).

La raíz cuadrada de 153 da en efecto 12.36: es el doble del inverso del Número de Oro —o sea, 1 dividido por φ (o 1/1,618) de valor numérico aproximado: 0.618033…, multiplicado por 10. O bien la raíz cuadrada de 5 (√5) a la que se sustrae la unidad, a la inversa de lo que acabamos de hacer recién, y multiplicada por 10, como sigue : √5 = 2,236, de donde 2,236 - 1 = 1,236, y 1,236 x 10 = 12,36, y 12,36 x 12,36 = 153

José Jazan y Jean Rollet hablan del «hombre factorial». Calculan la cantidad de combinaciones sensoriales posibles al hombre en 153, que evalúan 5! + 4! + 3! + 2! + 1! = 153.

La suma de los divisores —partes alícuotas— de 231, da de resultado 153: 1+3+7+11+21+33+77 = 153.

Todos los grupos del orden 153 son abelianos. Un matemático trata de encontrar por qué:

$153 = 3^2 \cdot 17$ so lets assume there are s_3 3-Sylow-Subgroups and s_{17} 17-Sylow-Subgroups. We know that $s_3 \mid 153$ so $s_3 \in \{1, 3, 9, 17, 51, 153\}$ and $s_{17} \in \{1, 17, 51\}$. Due to the rule that the number of p-Sylow-Subgroups s must satisfy

$$1 + pk = s$$

for some $k \in \mathbb{N}_0$. That leaves $1 = s_3 = s_{17}$. Is that correct? Now those two Subgroups H_3, H_{17} are cyclic and abelain. How do I draw a conclusion about all possible groups of order 153 with this information?

Sobre una esfera, 15 grandes círculos que se cortan de 5 a 5 bajo ángulos de 36° (1/10 del ángulo máximo), determinan un ensamblaje de triángulos equiláteros, rombos y pentágonos todos regulares que forman una red pentagonal.

La proporción entre ancho y largo de la intersección de dos círculos de los cuales el centro de uno está en el perímetro de otro, es la raíz cúbica de 3, número que Arquímedes llamaba *medida del pez*, y este número se aparta apenas en dos cienmilésimos de 265 (53 x 5) dividido por 153.

El poliedro uniforme es aquél cuyas caras son polígonos regulares y que es isogonal, es decir, que por todo par de vértices hay una isometría del poliedro que transforma uno en

otro. El dodecaedro romo, el gran icosidodecaedro romo, el gran icosidodecaedro, y el gran icosidodecaedro retro-romo, tienen 150 aristas, que es el número de Avemarías de los 15 misterios del Rosario. Además, sus 60 vértices y 92 caras (pentagonales y triangulares) suman 152. Si consideramos el centro como un vértice más, la suma de caras y vértices da 153, número total de Avemarías del Rosario.

Los dos modos maravillosos que el Avemaría nos lleva a aplicarle

Ponderado lo que dice el Avemaría queda por ponderar el modo como lo dice. La sabiduría perfecta y consumada —dice San Agustín[47]— no sólo consiste en las cosas que se dicen, sino en el modo con que se dicen: no sólo en el *quid*, sino en el *quo modo*.

Hay dos modos de primor como rezamos el Avemaría. El primero es que lo hacemos sin pedir nada determinado. Y este es el modo como debemos orar a Dios, como dice Sócrates: no se ha de pedir cosa alguna determinadamente, porque mejor sabe él lo que ha de dar, que nosotros lo que debemos pedir: «Abandónate todo al arbitrio de los Celestiales, porque quienes suelen fácilmente dispensar los bienes, también pueden elegir los más aptos»[48]. No ha de ser de Dios sólo el dar, sino también el elegir. Esperando de Él la merced, suponemos su liberalidad; dejándola en su elección, honramos su sabiduría. Y así hacemos cuando oramos a la Madre de Dios; pedimos que pida, mas no decimos lo que ha de pedir, para que así como la intercesión ha de ser suya, sea también suya la elección. Pedir con este primoroso modo, no sólo es pedir, sino juntamente dar. Pedimos la intercesión y damos la elección. En la intercesión que pedimos, reconocemos en la Madre de Dios su dignidad; en la elección que cedemos, renunciamos en la misma Señora nuestra voluntad. Excelente lugar de David: «Sé, pues, obediente al Señor, y preséntale tus súplicas»[49]. Pues quien ora, y pide a Dios, ¿no se sujeta a Él? Cabe distinguir. Si pide lo que quiere, sujétase en parte, y en tal caso no es perfecto súbdito, porque usa de su libertad; pero si pide sin decir querer tal o cual cosa, entonces se sujeta enteramente, y se hace súbdito de Dios, porque renuncia en Él su voluntad.

¿Por qué en el Avemaría pedimos a María que pida, y no que mande, como bien pudiera hacerlo? Este es el segundo modo de primor con que nos empeñamos más en estimar toda merced y favor que alcancemos por intercesión de esta Señora. Toda merced pedida por quien la puede dar, aunque tenga igual precio dada, merece mayor estimación por pedida. La segunda razón porque en el Rosario pedimos a la Madre de Dios, no que dé, sino que pida, es mucho más alta y de mayor fondo. Pedimos a esta Señora que ruegue cuando la llamamos Madre de Dios, porque si María, engendrando a Cristo, dio a Dios el ser humano, rogándole le da el Divino, cuanto se lo pueda dar una criatura. Pero si hay cosa que pueda dar Divinidad de algún modo, al interlocutor y al locutor mismo, es el rogar. Dijo el poeta Marcial:

---

[47] Aug. Ep. *Ad Demetriad*.

[48] Valerio Maximo.

[49] Ps 36, 7.

> El que esculpe o figura rostros sagrados de oro o mármol, él no los hace dioses; el que ruega es el que los hace dioses.[50]

Y así como por la oración de María el Verbo mudo se hizo habla humana, por el verbo de María el hombre profano se hizo oración divina.

La triple paz que propone María[51]

María inicia una paz perfecta entre Dios y los hombres, que pasará a la verdadera Iglesia, aunque ésta esté reducida a un pequeñísimo rebaño: paz estable, decente y fructuosa. Porque una paz inestable es un mero ardid; una paz indecente es una mera afrenta; una paz infructuosa es una mera ruina —y pura inestabilidad, indecencia e infructuosidad transmite la Iglezuela Postcatólica a los suyos y al mundo entero que toma por suyo.

La paz **estable** que en el día eterno del Avemaría se asienta entre Dios y los hombres, es paz eterna, porque tal es el fundamento en que estriba. Las paces que hacen los hombres entre sí, se fundan en necesidad; esta paz se funda en amor; y sola la paz fundada en amor es paz segura; que paz que estriba en fuerza de necesidad, es paz sospechosa. Esta paz de Dios con los hombres es como la paz de David con la casa de Nabat su hijo y ancestro de María: «el Señor Dios le dará el trono de su padre David». Viene Dios Hijo con todos los poderes de Dios Padre, para tomar el asiento de David; y se multiplicará su imperio porque asentará una paz que nunca tendrá fin. Podría preguntarse qué gran promesa es sentarse en el trono de su padre David para aquel que está sentado sobre los querubines[52], a quien el profeta vio sentado sobre un solio excelso y elevado[53]. Pero conocemos otra Jerusalén mucho más noble y rica que aquella donde reinó David: Dios le dio la sede de su padre David cuando éste dijo: «Mas yo he sido por él constituido rey sobre Sión, su santo monte, para predicar su ley»[54]. Queda más abiertamente expresado al decir el profeta *sobre Sión*, no *en Sión*, que es donde reinó David. Sobre Sión está el reino de aquél de quien está dicho por el mismo David: «Juró el Señor a David esta promesa, que no se retractará: Colocaré sobre tu trono a tu descendencia»[55]; de quién también está dicho por otro profeta: «Su imperio será amplificado, y la paz no tendrá fin; se sentará sobre el solio de David»[56]. Por doquier se lee «sobre». Así, pues, el Señor Dios le dará la sede de su padre David, no típica sino verdadera, no temporal sino eterna; no terrena sino celeste: la Iglesia

---

[50] Martialis. *Lib. 8*. Epigr. 24.

[51] Hemos tomado la doctrina de las tres cualidades de la paz, y varios párrafos de este encabezado, del Marial predicado por el R. P. Fray Isidoro de Jesús María, ex provincial de su provincia de San Nicolás de Recoletos Descalzos de N. Padre San Agustín de la Ciudad de Manila en las Islas Philipinas. Salamanca 1741.

[52] Sl 79, 2.

[53] Is 6, 1.

[54] Sl 2, 6.

[55] Sl 132, 11.

[56] Is 9, 6.

Militante y Triunfante. Ésta se desprende, anticipamos, del «*Ave Maria*» y del «*Ecce ancilla Domini*».

Vimos que toca a esta paz ser **fructuosa**. Lo será sin falta: «a quien pondrás por nombre Jesús […] y reinará en la casa de Jacob», por la que se entiende la Iglesia de Dios. Llamaráse nuestro Príncipe de paz **Jesús**, esto es Salvador; porque es condición de este tratado que se encargue de reñir todas las batallas y encuentros de su Pueblo, y sacarlo del todo a paz, y salvo. Y será su reinado en la casa de Jacob, esto es, como el de Jacob, que nunca supo que era ser vencido; de cuatro pendencias que tuvo, siempre salió vencedor. Antes aprendió a vencer, que a vivir, porque había de vivir para reinar. Jacob en hebreo significa «Suplantador», y feliz es quien suplante al diablo de su corazón. Instrúyenos aquí Cornelio Alápide: La casa de Jacob es la Iglesia[57], o el pueblo fiel, que otrora, en tiempos de nacer Cristo, eran los hijos y descendientes de Jacob. ¿Por qué se llama «familia de Jacob» sino «casa de Jacob» aquella en la que Jesús reinaría? Para indicar cinco cosas: una peculiar providencia, el depósito de los tesoros de los Sacramentos y los dones del Espíritu Santo, la inhabitación y compañía perpetua de Cristo, la unión y familiaridad con nosotros, y, tristemente, la poquedad de los inquilinos. Dios dio a Cristo este reino de la Iglesia en acto primero en su Encarnación, en acto segundo lo inició Cristo por su predicación, seguidamente fue promovido por la predicación de los Apóstoles, fue implantado por la Crucifixión, fue llevado a perfección tras la Resurrección, la Institución del Papado, la Ascensión y la Sacramentación, y quedará completamente consumado y glorioso tras el Juicio Universal en el Cielo.

Vimos que la paz abierta por el Avemaría es estable por el trono de David, de quien Jesucristo es el Hijo por excelencia, y fructuosa por la casa de Jacob, de quien Jesucristo es una reduplicación, pues, próximo a la muerte, demostró a sus doce discípulos, como a hijos, su ardentísimo amor; queda pues, para ser cabal, que sea una paz **decente**. ¡Y vaya si lo es! En el Gran Día del Avemaría la logramos tan grande, que podemos resumirla en que ella nos es ofrecida por Dios con condición y confirmación del desposorio indisoluble del Padre con la naturaleza humana y de Cristo con la Iglesia, supeditado al virtuosísimo consentimiento de María misma. ¡Cómo no habría decencia, pura decencia y super-decencia, en la plenitud de la Gracia y en la Maternidad Divina! Han corrido ríos de exquisita tinta sobre este tema a lo largo de los siglos. Nos limitaremos a insertar palabras de Dante al respecto:

> Virgen y madre, la hija de tu hijo,
> Alta y humilde como no hay criatura,
> Del acuerdo eternal término fijo!
> Tú ennobleciste la humanal natura,
> Tanto, que en su grandeza el Hacedor,
> No desdeñó encarnar su propia hechura.
> Se reanimó en tu vientre el santo amor,
> Y á su calor, en paz eternamente.
> Ha germinado esta divina flor.[58]

[57] Beda, Tito y otros.

[58] Dante, *Divina Comedia*, *Paraíso*. Canto XXXIII, 1ss.

II. PARTE:
LA ANUNCIACIÓN EN SU INTERACCIÓN CON EL BIEN Y EL MAL

Anunciación, alma y corazón

Hablábamos de cómo el Avemaría hace jaque mate al Pseudopapado en línea recta diacrónica de la punta superior a la inferior de una *marquise* vertical. Ahora abordaremos el cuerpo de la *marquise* puesto entre dos puntas. Abordaremos un movimiento infiel a Dios, envolvente a la vez que subversivo, y un movimiento fiel a Dios perfectamente centrado y parejo que es expansión del mismo Dios. Es necesario captar la importancia de *hacer de nosotros mismos otras tantas Avemarías vivientes* —y por ende, otros tantos jaques mates vivientes al Pseudopapado. Ahora bien, el Avemaría —y su maravillosa potenciación y politematización, el Rosario— tiene todos los rasgos de una convolución en el sentido que trataremos. Se trata de unificar en torno del centro del corazón —sede de Dios mismo— la razón dispersa, lo cual se da en la pureza de la mente iluminada por la Gracia de Dios. Nuestro Señor decía: «Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón»[59]. Pero si el tesoro de uno está en el centro del corazón, el corazón está en lo principal suyo y no puede desear más. Si en cambio el tesoro del alma está en las cosas cuyo apego niega a Dios, allí está ella, y según donde esté, así será.

El corazón no es una parte del alma, no es su centro que se insinúa como por así decir de manera paulatina y difusa hacia adentro. Tomado en su dimensión inmaterial, el corazón es la sede de la voluntad (y eventualmente del coraje), de la emotividad profunda, así como, no en último lugar, de la conciencia y sindéresis (y eventualmente de la intuición profunda tributaria de la sabiduría). Esto reluce muy especialmente en la Sagrada Escritura, donde corazón —לב/*lev*— en cuanto conciencia es lo más secreto e inaccesible de sus pensamientos y designios, a lo que sólo Dios llega. En cuanto sede de la conciencia y voluntad, es el lugar del discernimiento y de las decisiones y por lo tanto de la responsabilidad. Dios ve la duda en el corazón de los ingratos y lo hiere profundamente la ingratitud de los agraciados. En cambio el alma —נפש/*néfesh*— forma del cuerpo, es débil, es el asiento de los sentimientos pasionales. Expresa la psíquico y la personalidad, y está relacionada al aire que entra y sale de los pulmones. El espíritu está pronto (en el *lev*) pero la carne (el *néfesh*) es débil. El alma es influenciable, alterable e impulsiva por nuestros comportamientos, pensamientos, maneras de reaccionar o de actuar ante una situación o persona. La persona que vibra por el alma, vibra en función de lo conocido, de la experiencia. El alma es tridimensional a diferencia del corazón que es puntual en último análisis. De hecho, el alma es universal y es en cierto sentido todas las cosas, aunque no puede nada sin el corazón. Jesús en el Huerto dice a los Apóstoles «mi alma» (*néfesh*) «está triste hasta

[59] Mt 6, 21.

la muerte». Pero su corazón (su *lev*), está adherido a la voluntad del Padre. Y la decisión inquebrantable y la voluntad filial de su corazón se sobrepone a las angustias de la muerte.

Lev y *néfesh* están en armonía, y el *lev* gobierna al *néfesh*. Es capaz de preguntarle: «¿Por qué estás triste alma mía?» y es capaz de consolar a su alma invitándola a la esperanza del bien arduo pero seguro: «Espera en Dios, que volverás a alabarlo»[60].

Pondremos a continuación dos maneras de ver el alma y el corazón de sendos autores italianos, talentosos y en parte acertados, aunque existencialistas.

> El mar es la metáfora del corazón como la tierra lo es del alma, porque a diferencia del alma, que de nacimiento está en perpetua busca de preservación, en el corazón vive el ansia de tierras aún no descubiertas que sólo el mar puede conceder a quien no teme el abierto sin-confines de aquellos espacios sin meta donde ni siquiera el tiempo conoce otra señalización si no la que ofrecen la luz y la oscuridad: la luz del mediodía que borra todas las sombras y la oscuridad de la noche donde la luna difunde su rayo sólo para desconcertar con las sombras.
>
> Aquí aparece cuán estremecedor *y arrebatador* es el infinito *Ser pensante y providente*, y con él la libertad soñada antes de que la última cadena nos soltase de la tierra; ahora que no existe más ninguna tierra, sino sólo el más sediento de los elementos, el más hambriento, el más pavoroso, el más misterioso [y el más obsequioso]: el mar.[61]
>
> ———
>
> El «alma» como lugar de la razón calculadora y disyuntiva (verdadero-falso, sí-no, eficaz-ineficaz…), es lo antitético por excelencia del corazón. Pero configurada como espacio virginal, abismo metafísico de las aceleraciones[62] y desaceleraciones, del contraerse y del distenderse[63] de la *maravilla divina de la* existencia y en definitiva de la apertura del sentido con que significar las cosas *vividas bajo Dios y en Él*, pues, no según una aséptica racionalidad, sino según un Sentido ulterior *que ilumina la misma racionalidad*, el corazón es el mismo pronunciarse del alma en cuanto rabiosamente hambrienta de absoluto y de cosas últimas *y por ende de Dios*, continuamente alimentada de la inquietud que desde siempre habita a quien navega hacia «tierras desconocidas».

---

[60] Salmo 42.

[61] Galimberti.

[62] La aceleración existencial es una temporalidad limitada, un juego capital que suscita el deseo de intervenir para mejorar la situación o evitar consecuencias negativas. Se habla de urgencia cuando el tiempo presiona. Presiona cuando se quiere ganar tiempo, cuando el tiempo está contado o cuando no se tiene ya tiempo. Cuando el tiempo es contado, las intervenciones más significativas son por cierto las que permiten precisamente la creación de significado: son los actos de comunicación. La desaceleración existencial es el proceso de salida, de retorno, de dicho estado de presión.

[63] La aspiración a la expansión de la propia existencia y al franqueamiento de límites, es una profunda impulsión del movimiento hacia lo divino, como el eco de la ausencia de Dios implantado en el mundo y en los seres del mundo. La tradición con las inmemoriales, probadas, y eternas razones que la asisten, considera el hecho mismo de la existencia de los límites como la expresión de lo incompleto del Universo en relación a Dios, el Absoluto y el Uno, más allá de todos los límites. La contracción existencial es el descanso justo en este proceso, o su negación perpetua egoísta. Esto vale también especialmente para la referencia al corazón-mar de Galimberti.

> El corazón, entonces, no se desune del alma, en la medida en que el pensamiento meditativo —la racionalidad— encuentra y acoge la afectividad en aquella suprema síntesis que es la inteligencia afectiva o emotiva, donde la mente corrobora al corazón y el corazón fecunda a la mente a lo largo de las inquietas vías que nos conducen al Sentido último de la existencia.[64]=*Dios*

Ambas visiones ganan mucho iluminadas por la Fe, como lo hemos mostrado con añadiduras puestas en bastardillas.

—Ya se vea en él, con algún acierto, metafóricamente el mar, o el órgano de pronunciaciamiento del alma inquietísima por decir sus hallazgos y sus búsquedas límites, en el corazón modernos científicos han redescubierto la importancia para los pensamientos virtuosos; haciéndonos recordar la «oración del corazón» del monasticismo oriental. Sobre ella hay tesoros escritos en tiempos de los Padres griegos, por ejemplo las siguientes palabras iniciales de un libro de San Hesiquio del Sinaí (†380), uno de los «Santos Népticos» (o vigilantes), lleno de virtudes católicas.

> 1. La vigilancia es un método y ciencia, que con la ayuda de Dios, libera totalmente al hombre de los malignas palabras y pensamientos, de las acciones y obras malvadas y viles, si el hombre continúa la aplicación de este método espiritual durante mucho tiempo con buena gana, disposición y ánimo. La vigilancia regala también el conocimiento seguro del Dios ininteligible, en la medida de lo posible, y la revelación de los divinos y ocultos misterios. Con la vigilancia, el hombre consigue cumplir todos los mandamientos del Antiguo y Nuevo Testamento; ella también proporciona todos los bienes de la vida del futuro siglo. La vigilancia es, principalmente, sanación, limpieza, claridad e ilustración del corazón, es la pureza que por su excelencia y belleza, o mejor dicho, la que a causa de nuestra negligencia se ha hecho tan rara entre los hombres y los monjes de hoy. La vigilancia, Cristo la bendice con estas palabras: «Bienaventurados y felices los sanos, limpios y puros del corazón [o los que han hecho la catarsis, la sanación y limpieza de su corazón de cada mancha del pecado], porque ellos contemplarán y verán a Dios[65]. Al ser así, ella tiene un gran valor para adquirirla. La vigilancia cuando permanece mucho tiempo en el hombre, se convierte en conductor, guía en una vida correcta, justa y agradable a Dios; esto es también el sello de la contemplación. Ella también nos enseña dirigir correctamente las tres partes de la alma, es decir, la racional, la irascible y la concupiscible, y a guardar con seguridad nuestros sentidos, incrementando día a día las cuatro virtudes generales al que las posee (prudencia, justicia, templanza, fortaleza).[66]

—Como decíamos, en notoria analogía con doctrinas antiquísimas, modernos científicos[67] han venido explorando los mecanismos fisiológicos por los cuales el corazón se comunica con el cerebro, y han descubriendo que el corazón es un centro de procesamiento de información altamente complejo y auto-organizado con su propio «cerebro» funcional que se comunica íntimamente con el cerebro craneano y lo influye poderosamente. Las conexiones nerviosas de los centros emocionales a los cognitivos son más que las inversas. Esto explica el tremendo poder de las emociones y

---

[64] Fabio Gabrielli.

[65] Mt 5, 8.

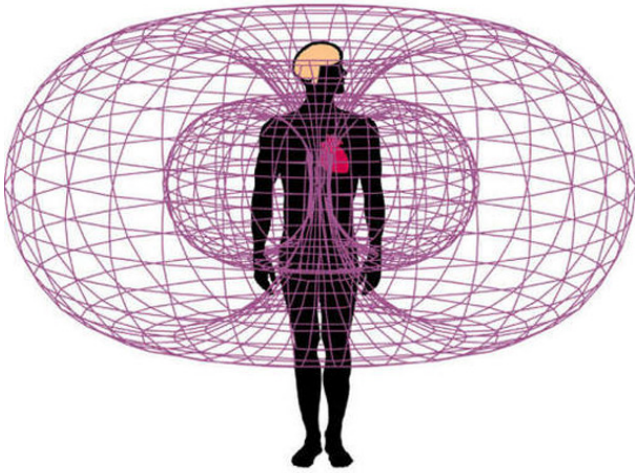
[66] 203 Palabras sobre vigilancia, hesiquia, y oración del corazón o de Jesús.

[67] Heart Math Institute.

pasiones, buenas y malas, apacibles o atormentadas, con respecto al pensamiento desnudo. Una vez que alguien experimenta una emoción, ésta se hace un poderoso motivador de futuros comportamientos, de manera de afectar acciones de momento a momento, actitudes, y frutos a largo plazo. La experiencia pasada construye dentro de nosotros un conjunto de patrones familiares, que quedan establecidos y mantenidos en las redes nerviosas. Las contribuciones al cerebro desde ambientes tanto externos como internos contribuyen a mantener estos patrones. Éstos terminan siendo escritos en el circuito nervioso y forman un telón de fondo de «normalidad» contra el cual el individuo compara las nuevas informaciones o experiencias. Conforme con este patrón, cuando una contribución externa o interna difiere lo suficiente del patrón familiar de referencia, esta «discordancia» o apartamiento de lo familiar explica la generación de sentimientos y emociones. Los patrones fisiológicos de fondo con los que nuestro cerebro y cuerpo se hacen familiares, son creados y reforzados por nuestras experiencias y el modo como percibimos el mundo. Por ejemplo, una persona que vive en un ambiente que continuamente dispara sentimientos de enojo, miedo, odio o desesperanza, probablemente se familiarizará con tales sentimientos y con sus contrapartidas nerviosas y hormonales. Intervenir a nivel emocional suele ser el modo más eficiente de iniciar un cambio en patrones y procesos mentales. Los individuos pueden ganar sobre el proceso de incrementar la coherencia en los sistemas mental y emocional y entre ellos, más control consciente de lo que comúnmente pudiera creerse. Si alguien altera su estado emocional por la focalización convolucionaria en el corazón y la práctica sostenida y voluntaria de sinceros actos de amor, admiración o ternura inocente, o humildad o paciencia, modifica la contribución del corazón al cerebro e influye, aún a nivel meramente natural, sobre su modo de pensar y ser.[68] Estos interesantes descubrimientos científicos recientes corroboran doctrinas ancestrales sobre el corazón y se prestan para ser elevados al plano sobrenatural. Santo Tomás de Aquino reconocía que «El alma, aliento de vida, está en todo el cuerpo, y principalmente en el corazón»[69]. El campo eléctrico del corazón es unas 60 veces mayor que el del cerebro. Además, el campo magnético producido por el corazón es más de 5.000 veces más fuerte que el generado por el cerebro, y puede detectarse a metros del cuerpo, en todas las direcciones, en forma geométrica de toro, anillo gruesísimo con apenas un «pasadizo» central vertical, perfectamente convolucionario.

[68] Este párrafo toma nociones de: Heart Math Research Center, *Science of the Heart.*

[69] *Summa theol*. I-91-4 arg. 4



Por la experiencia, progresan la ciencia y el arte en el hombre. *La experiencia*, dice Polo, y con razón, *ha creado el arte; la inexperiencia marcha a la ventura.* El arte comienza, cuando de un gran número de nociones suministradas por la experiencia, se forma una sola concepción general que se aplica a todos los casos semejantes. […] el conocimiento y la inteligencia, según la opinión común, son más bien patrimonio del arte que de la experiencia, y los hombres de arte pasan por ser más sabios que los hombres de experiencia, porque la sabiduría está en todos los hombres en razón de su saber. El motivo de esto es que los unos conocen la causa, y los otros la ignoran.[70]

Una deliciosa obra barroca flamenca, semejante a otras de su ámbito, se llama *Escuela del Corazón*[71], y fue reproducida con versos ingleses diferentes a principios del siglo XIX[72]. Habla sobre la negrura y fealdad inverosímiles del corazón todo apartado de Dios y todo oscurecido en su sindéresis oscurecida, el cual, tras obstinada y loca resistencia, termina doblegándose a Dios, representado como un Ángel:

[70] Aristóteles, *Metafísica*, Libro I°, Traducción castellana de Francisco Larroyo.

[71] *Schola Cordis sive aversi a Deo cordis ad eumdem reductio, et instructio*. Por Benedictus Haeftenus. Verdussen, 1629

[72] *The School of the Heart or the Heart (of itself gone away from God) Brought back again to him and instructed by him*. Por Francis Quarles. Londres 1823.

The bane of kingdoms, world's disquieter,
Hell's heir apparent, Satan's eldest son,
Abstract of ills, refin'd elixir,
And quintessence of sin, ambition,
Sprung from th'infernal shades, inhabits here,
Making man's heart its horrid mansion,
Which, tho' it were of vast extent before,
Is now pufft up, and swells still more and more.

La razón se enceguece a una con el corazón, sede de la voluntad. Le propone un falso bien y ella lo abraza y mueve la razón a confirmarla. Pero la verdadera «experiencia de adentro» es muy consciente de que, cuando la mente se retira del hálito laico y carnal —retiro que es la convolución de la mente que se adentra en esfuerzos circulares concéntricos en el fondo del corazón— allí se encuentra con la gracia del Santo Bautismo y la Confirmación en el llamado altar del templo del alma. Esto es perfectamente consonante con el Avemaría, por la cual, al saludar lleno de admiración a la Llena de Gracia, y al estar el Señor con nosotros para acompañar tierna y entrañablemente a aquella con quien el Señor está, y al ser benditos por bendecir a Ella y al fruto de su vientre, en cierto modo revivimos la Gracia bautismal y renunciamos reiteradamente a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y a la vez nos convertimos en Avemarías o mejor dicho en una sola grande Avemaría. Esto sólo, si no lo estropeamos demasiado con infidelidades, debería por su propio poder preparar el jaque mate *fáctico* del Pseudopapado que ya lo sufre *lógico* en la continuación de la parte de la Anunciación que rezamos en el Avemaría.

¡Estamos ordenados a cosas internas, hechos para ellas! Lejos de ellas, sólo encontraremos nuestra desgracia sin fin! Dice el Doctor Angélico:

> El fin es la operación propia de cada ser, pues es su segunda perfección; por eso, lo que está bien dispuesto para su propia operación se llama virtuoso y bueno. Mas la operación propia de la substancia intelectual es el entender. Luego el entender es su fin.

> Por lo tanto, lo que sea perfectísimo en esta operación, eso será el último fin, sobre todo en aquellas operaciones que no están ordenadas a cosas externas, como en el entender y el sentir.[73]

En el interior del alma, no automáticamente, sino ascéticamente, mediante ejercicios de oración mental, se alcanzan gracias, y energías sobrenaturales. De su desborde ha de resultar la vida activa y combativa del católico.

La Revolución Anticatólica asaltante, vaciadora y envenenadora de miles de millones de corazones, no ha de amedrentar al católico movilizado y abastecido por la misma Vida divina, pues, como enseña Santo Tomás:

> Lo continente es tomado por aquello que excede según la cantidad. Porque todo excedente según la cantidad contiene en sí aquello a lo que excede.[74]

La Revolución Anticatólica tendrá la fuerza bruta, los puestos clave, y aún mil poderosos virus subculturales tóxicos dirigidos contra el alma, pero el alma católica tiene a Dios, y contiene por superioridad a la Revolución Anticatólica. Cuando fue el Gran Diluvio, las aguas cubrían casi toda la tierra, menos la cumbre del Monte Ararat, el cual, solo, superaba y contenía la desolación líquida que lo rodeaba.

La Convolución Católica presentada por varios autores católicos

La Convolución Católica tiene lo perfecto de la circulación que es la uniformidad, sin lo imperfecto suyo que es la mutación, por eso la Convolución Católica es *intransmutable*[75]. Así lo explica el Doctor Angélico citando al Pseudo-Dionisio:

> Hay un movimiento imperfecto que existe en potencia y tal es el movimiento de las cosas corporales en cuanto salen de la potencia al acto; otro movimiento es perfecto, en cuanto la misma operación del existente en acto, permaneciendo en el operante, se llama movimiento, como sentir, entender y querer. Es connatural al alma entender tomando de las cosas exteriores que son multiformes y divididas, por lo que en esta toma no puede advertirse la circularidad de su movimiento, sino más bien en que se retraiga de las cosas exteriores: por lo primero, tornada a sí misma; por lo segundo, elevada a la consideración de las virtudes angélicas; y por lo tercero, hasta el mismo Dios. El movimiento circular del alma es por el que ella desde las cosas exteriores entra en sí misma y allí se mueve en círculo uniformemente según sus fuerzas intelectuales. Esta convolución dirige la virtud del alma para que no yerre, porque es manifiesto que el alma, discurriendo de una cosa a otra como del efecto a la causa, o de algo similar a otro tal, o del contrario al contrario, raciocina múltiplemente. Pero toda esta raciocinación se discierne por la resolución a los primeros principios en los que no cabe errar y por los cuales el alma es defendida contra el error, porque los mismos primeros principios con conocidos por una simple intelección sin discurso, y por eso, por su uniformidad, la consideración de ellos se llama convolución circular. Así pues, por esta convolución, primeramente ella se congrega hacia sí misma, considerando lo que tiene en su naturaleza para conocer; seguidamente, ya hecha uniforme, se une per esta

---

[73] Summa contra gentiles, III, 25.

[74] Sententia Metaphysicae, lib. 5 l. 17 n. 1

[75] Santo Tomás de Aquino, *In De divinis nominibus*, cap. 4..

> suerte de convolución, y unidas sus fuerzas, es conducida a lo Bello y Bueno que es Dios, que está sobre todas las cosas existentes y es máximamente uno e idéntico y es sin principio e interminable. Como todos estos rasgos son de la razón del círculo, por eso la circularidad del movimiento del alma se completa en ser ella conducida a Dios.[76]

Algo inferior a la convolución en nobleza es el movimiento *helicoidal* (o espiralado) del alma:

> En cambio el alma se mueve helicoidalmente en cuanto es iluminada por conocimientos divinos según su propiedad, y esto no intelectual y singularmente, sino razonable y difusamente, esto es, discursivamente y difundiéndose por las cosas diversas. Esto el alma lo hace como con operaciones mezcladas —pues en cierto modo se mezcla a las cosas en cuanto se difunde a las cosas diversas por conocer— y transitivas, transcurriendo racionalmente de una cosa a otra.[77]

Ínfimo en rango es el movimiento *rectilíneo*:

> Al alma le es connatural entender rectilíneamente recibiendo de las cosas exteriores que son multiformes y están divididas, por lo que no es en esta recepción que puede atenderse la circularidad de su movimiento, sino en su retracción de las cosas exteriores a sí misma, a los ángeles, y al mismo Dios. […] Se echa de ver una deformidad en el alma según la aprehensión varia y multiforme de cosas diversas. El alma se mueve rectilíneamente cuando no entra en sí misma de modo de obrar por una intelectualidad simple, lo cual pertenece a su movimiento circular, sino que avanza hacia las cosas exteriores que están alrededor suyo. De allí debería (y suele no hacerlo, N. del T.) partir como de algunos signos varios y múltiples, para elevarse a contemplar las cosas simples y unidas.[78]

He aquí dos rosetas medievales, una suiza con cuadrados hábilmente mezclados con círculos y otra francesa flamígera puramente curva. Auque las dos son de gran belleza, y más vistas de adentro con sus respectivas vidrieras, la segunda parece toda ella más dictada por la caridad sobrenatural desde el corazón, que por la razón influida por un ideal sobrenatural, como la primera. La línea recta enmarca, frena, escalonea, y dirige entre dos puntos. La línea curva simétrica y calculada con forma de llama, sólo inspira un lance directo y ondulado del alma a Dios.

---

[76] Ibid.

[77] ibid.

[78] Santo Tomás de Aquino, *In De divinis nominibus*, cap. 4.

La alegoría del movimiento circular concéntrico o convolución está conectada con supremas cuestiones de teología, mística, protofilosofía, ontología, epistemología y psicología, sobre todo en la doctrina neoplatónica católica con su máximo exponente en el Pseudo-Dionisio, citado con frecuencia por Santo Tomás. Tan grande y suprema es esta manera de convolución, que Pseudo-Dionisio ya la había atribuido nada menos que al mismo Dios, en los siguientes términos:

> […] por un lado ellos [los sagrados escritores] Lo llaman [a Dios] Objeto de Amor y anhelo como quien es Bello y Bueno, y por otro lado lo llaman Anhelo y Amor como quien es la potencia motriz que lleva todas las cosas hacia Sí, que es el único último Bello y Bueno —sí y aun más, como quien es […] un Movimiento de simple anhelo, que se mueve a sí mismo, que actúa por sí, preexistente en el Bien y desbordando desde el Bien a la creación y que una vez retorna al Bien. Y en esto el Anhelo divino muestra especialmente su naturaleza sin principio ni fin, dando vueltas en círculo perpetuo por el Bien, desde el Bien, en el Bien y hacia el Bien, con revolución sin errar, sin variar jamás su centro o dirección, perpetuamente avanzando y permaneciendo y retornando hacia Sí.[79]

Mil años más tarde, en el seno de una misma Iglesia Universal, el grandísimo San Ignacio de Loyola, él mismo, tuvo la siguiente visión apuntada en su diario:

> Al *Te igitur* [Prefacio de la Misa] sentiendo y viendo, no en escuro, mas en lúcido y mucho lúcido, el mismo ser o esencia divina en figura esférica un poco mayor de lo que el sol parece, y desta esencia parecía ir o derivar el Padre, de modo que al decir: *Te, id est, Pater*, primero se me representaba la esencia divina que el Padre, y en este representar y ver el ser de la santísima Trinidad sin distinción o sin visión de las otras personas, tanta intensa devoción a la cosa representada, con muchas mociones y efusión de lágrimas, y así adelante pasando por la misa, en considerar, en acordarme, y otras veces en ver lo mismo, con mucha efusión de lágrimas y amor muy crecido y muy intenso al ser de la santísima Trinidad, sin ver ni distinguir personas, mas del salir o derivar del Padre, como dije.[80]

---

[79] Pseudo-Dionisio, *Los nombres divinos*, IV, ¶ 14.

[80] *Diario Espiritual*, jueves 6 de marzo de 1544.

Y Juan Kepler comentaba sugestivamente:

> El Padre en el centro, el Hijo en la superficie, el Espíritu Santo en la relación del centro al contorno. Y si bien el centro, la superficie y el intervalo sean manifiestamente tres, así y todo no hacen más que uno, tanto, que no cabe siquiera concebir que falte uno sin que todo sea destruido.[81]

Entonces, la Convolución, ¿es en círculos, o en curvas infinitamente variadas, como parecen ser las de los electrones en torno de su núcleo? Esto último le daría infinita variedad y virtual esfericidad en su infinita movilidad, sin dispersarla. Lo veríamos en el siguiente ejemplo:

> La experiencia mística de San Pablo de la Cruz (†1775) es significativa, expresada en un lenguaje simbólico signo de un *surplus* psíquico: Dios es «abismo profundo», «inmenso mar» y «océano desmesurado», y el alma una mariposilla que gira alrededor de la lumbre divina» en la que debe operar un aniquilamiento y abismamiento en Dios.[82]

La Convolución cuadra perfectamente con la doctrina bonaventuriana de la correspondencia refleja del ejemplo del mundo sensible con el ejemplar del suprasensible. También cuadra con sus leyes inversas de perfección con respecto a lo puntual: en el mundo sensible la perfección aumenta hacia afuera y hacia arriba según la amplitud esférica; en el suprasensible ella aumenta hacia el centro infinitesimal e inespacial. Nos lo elucida San Buenaventura:

> Volviendo atrás, concluyamos: porque el ser purísimo y absoluto —el ser «*simpliciter*»— es primario y último, por eso es el origen de todas las cosas y el fin que todas las consuma. Porque es eterno y enteramente presente, por eso contiene y penetra todas las duraciones, cual si fuera su centro y circunferencia. Porque es simplicísimo y máximo, por eso se halla todo dentro de todas las cosas y todo fuera de todas ellas, «viniendo a resultar, por lo mismo, la esfera inteligible, cuyo centro está por doquier y cuya circunferencia en ninguna»[83]. Porque es actualísimo y enteramente inmutable, por eso, «permaneciendo estable, da movimiento a todas las cosas». Porque es perfectísimo e inmenso, por eso está dentro de todas las cosas, pero no incluido; fuera de todas las cosas, pero no excluido; sobre todas las cosas pero no levantado; debajo de todas las cosas, pero no postrado. Porque es uniquísimo y omnímodo, por eso es todo en todas las cosas, por más que éstas sean muchas y El uno solo; y esto porque, a causa de su unidad simplicísima, por su verdad purísima y su bondad sincerísima, encierra en si toda virtuosidad, toda ejemplaridad y toda comunicabilidad. Y por eso todas las cosas son de Él y son por El y existen en El, siendo como es omnipotente, omnisciente y omnímodamente bueno, el que ve perfectamente ese ser es feliz, conforme se dijo a Moisés: «Yo te mostraré todo bien.»[84]

¡De pura y superlativamente uno, Dios es todo! ¡Cuánto hay para meditar aquí!

---

[81] *El misterio cosmográfico*. 1596

[82] Stefano de Flores, *La Santísima Trinidad misterio de vida*.

[83] Pascal, por anonadamiento ante el Infinito, invierte la fórmula aplicándola al hombre: «En la esfera infinita de lo infinitesimal, es centro es lo que no está en ningún lado y la circunferencia es lo que está en todas partes».

[84] *Itinerarium mentis ad Deum*, V, 8.

Trae máxima adecuación con Dios la alegoría puntual, interior y central, que explica a Dios como Principio y Centro del círculo del Ser, de quien todo depende; como Espíritu Puro —un punto no puede tener sustancia material—; como inmensurable y como uno. Entre las imágenes corpóreas el punto (o «chispa pura») es la que más conlleva espíritu, y transporta el conocimiento de lo no mensurable a lo inconmensurable e infinito. también es más perfecto —o simplemente es perfecto y definitivo— el movimiento intelectual y espiritual del alma hacia Dios, que es omnipresente, central e inespacial. Trátase de una convolución espiritual teófila centrípeta, determinada, recogida y vuelta a Dios, Ser por esencia y Principio del bien. Lo describe muy bien un autor alemán medieval, Harphius:

> El alma es llamada espíritu según las fuerzas superiores, por las que se aproxima tanto a Dios, y se le une tanto por la íntima contemplación, que a veces ella se hace un mismo espíritu con Él. Porque el espíritu divino tiene un cierto respecto continuo y eterno hacia lo íntimo de nuestro espíritu. Y por el contrario nuestro espíritu tiene por naturaleza un respecto eterno de creación hacia su origen, esto es, hacia el espíritu divino, respecto que no cesa siquiera en los condenados. Y este respecto, cuando fuere proseguido perfectamente por la contemplación actual, entonces será uno con el divino el espíritu nuestro. Y éste a veces es llamado mente, como que ésta por sus fuerzas le es interior y lo sobrepuja, porque en la mente las fuerzas están unidas como en su origen de donde efluyen como los rayos de la rueda solar y a donde refluyen. Y en aquel centro del alma es donde reluce la verdadera imagen de la Trinidad, y es tan noble, que ningún nombre le conviene propiamente, bien que se manifieste por circunlocución en muchos nombres. Por lo tanto, para que esta mente o ápice de la mente o centro de la misma alma se renueve felizmente, las mismas fuerzas que se llaman espíritu han de ser reflejadas hacia el seno interior de la mente, y la mente misma ha de ser reconducida a lo íntimo suyo, a saber, a Dios que allí mismo yace suavemente: y esto por simple intención, pura dilección e intención actual desnuda o libre de toda mezcla.[85]

El movimiento por el cual el alma se acerca de Dios es uno de concentración que se cumple en el interior de ella misma. Lo explica otro escritor místico, siglos posterior, el inglés Peter Sterry:

> Hay una fuente de vida de donde, en un círculo sin límite y en un abismo sin cabos, brotan incesantemente formas de maravillosa belleza […] El alma da vueltas en torno de esta profundidad del Espíritu divino, no de alguna manera corporal o local, sino como un espíritu envuelve otro, sin circunscripción, extensión ni distancia. El alma, sin limitación ni adecuación, contiene en su unidad y en su centro esta maravillosa profundidad del Espíritu divino, […] como la unidad de su unidad y el centro de su centro.[86]

Yendo un punto más adelante, nos encontramos no sólo con la paradoja lógica que sitúa el infinito en lo finito; también se presenta la paradoja moral que pone el extremo de la grandeza en el de la humillación. Atravesada la distancia abismal de Dios a

---

[85] *Theologiæ Mysticæ D. Henrici Harphii Theologi Eruditissimus Ordinis Minorum ac rerum divinarum contemplatoris eximii. Permissu Superiorum. Brixiæ MDCI. Libri secundi Pars V. Collatio II*.

[86] *A Discourse on the Freedom of the Will*. Londres, 1675.

hombre, se hace familiar la distancia de hombre a muerto, y de muerto a descendido al punto más estrecho e inmundo del universo. Escribe nuevamente San Buenaventura:

> La superficie de la tierra no es adonde Cristo vino solamente: es la profundidad del centro, las entrañas del centro y el corazón de la tierra son donde obró nuestra salvación; porque, después de la crucifixión, su alma descendió a los infiernos y restauró los vacíos de las sedes celestiales. Este centro profundo es donde está la salvación, porque quien se aparta del centro de la humildad, está perdido.[87]

Uno de los más apasionados poemas sobre el círculo encarnado es el del Jesuita inglés Richard Crashaw, *A Hymn for the Epiphany*:

> To thee, thou Day of Night! thou East of West!
> Lo, we at last have found the way
> To thee, the world's great universal East,
> The general and indifferent day.
> O little All, in Thy embrace,
> The world lies warm and likes his place;
> Nor does his full globe fail to be
> Kissed on both his cheeks by Thee;
> Time is too narrow for Thy year,
> Nor makes the whole world Thy half-sphere.

Pero Dios no solamente tiene y besa el mundo. No contento de ser en centro y la circunferencia del universo, a partir de su propio centro, anima y puebla de manera fecundísima el espacio contenido por su circunferencia. Este aspecto es comentado por el conceptista español Alonso de Bonilla:

> Es Dios la original circunferencia
> de todas las esféricas figuras,
> pues cercos, orbes, círculos y alturas
> en el centro se incluyen de su esencia.
> De este infinito centro de la ciencia
> salen inmensas líneas de criaturas,
> centellas vivas de las luces puras
> de aquella inaccesible omnipotencia.
> Virgen, si es Dios el centro y el abismo,
> de donde salen líneas tan extrañas,
> y vuestro vientre a Dios incluye dentro,
> vos sois centro del centro de Dios mismo,
> y tanto, que al salir de esas entrañas
> se hizo línea Dios de vuestro centro.[88]

Siglos más tarde, el especialmente brillante cardenal de Bérulle nos transmitió esta doctrina:

> Dios es una esfera admirable, no sólo en el sentido en que la misma luz de la filosofía pagana lo ha reconocido, sino en un sentido mucho más alto y elevado, que la luz de la fe nos enseña y revela. Porque Dios es una esfera en su esencia, en su conocimiento y en su providencia, que tiene su descanso en su propio centro, y no tiene movimiento más que en sí mismo (si podemos usar este término hablando de un ser perfectamente

[87] *In Hexaëmeron*.

[88] *Nuevo jardín de flores divinas*. Baeza, 1617.

> inmutable); porque al no haber en este ser divino —que es todo acto, todo espíritu y todo inteligencia— más que la vista que él tiene de sí mismo y de las cosas creadas, la vista y el conocimiento que tiene de sí mismo es la emanación del Hijo, y la vista que tiene de sus criaturas es el tema de su disposición y el establecimiento de su providencia, es decir que la primera vista da origen a sus emanaciones, y la segunda da lugar y materia a sus consejos. En lo uno y en lo otro vemos que Dios es como un círculo admirable; porque las emanaciones divinas, así como proceden de Dios, así terminan en Dios en la producción del Espíritu Santo, que es Dios como el Padre y el Hijo que lo producen; y los consejos de Dios, así como parten de Dios, retornan a Dios en la deliberación que él sostiene de unir una esencia creada a una persona increada, y de establecer en el mundo esta admirable unidad que es el centro y el último punto que detiene y termina todos sus consejos.[89]

Las palabras[90] que San Pío X, «*Ignis ardens*», dirigió a la Acción Católica de entonces como reparadoras y solucionadoras de la Revolución Anticatólica, pueden aplicarse hoy, en todo menos en la pretensión legal, por cualquier católico:

> Anchísimo es el campo de la Acción Católica, pues ella de suyo no excluye absolutamente nada de cuanto en cualquier modo, directa o indirectamente, pertenece a la divina misión de la Iglesia. Muy fácil es descubrir la necesidad del concurso individual a tan importante obra, no sólo en orden a la santificación de nuestras almas, sino también respecto a extender y dilatar más y más el Reino de Dios en los individuos, en las familias y en la sociedad, procurando cada cual, en la medida de sus fuerzas, el bien del prójimo con la divulgación de la verdad revelada, con el ejercicio de las cristianas virtudes y con las obras de caridad o de misericordia espiritual o corporal. Este es aquel andar según Dios, a que nos exhorta San Pablo, de suerte que le agrademos en todo, produciendo frutos de buenas obras, y creciendo en la ciencia divina: *«Para que andéis de una manera digna del Señor, procurando serle gratos en todo, dando frutos de toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios*»[91].

El «campo anchísimo» puede comprenderse como la esfera del mundo circundante vista teocéntricamente. El Pontífice continúa:

> […] la Iglesia, en el largo curso de su historia, ha demostrado siempre y en todo caso, con toda claridad, que poseía una maravillosa virtud para adaptarse a las variables condiciones de la sociedad civil, de suerte que, salva siempre la integridad e inmutabilidad de la fe y de la moral, salvos también sus sacratísimos derechos, fácilmente se adapta y se ajusta, en todo cuanto es contingente y accidental, a las vicisitudes de los tiempos y a las nuevas exigencias de la sociedad. La piedad, dice San Pablo, es útil para todo, pues posee promesas divinas, así en orden a los bienes de la vida actual como a los de la futura[92].
>
> Ante todo ha de quedar bien grabado en lo más profundo del corazón que es inútil el instrumento, si no se ajusta a la obra que se trata de realizar. La Acción Católica […], puesto que intenta restaurarlo todo en Cristo, constituye un verdadero apostolado a honra y gloria del mismo Cristo. Para bien cumplirlo, se requiere la gracia divina, la cual no se otorga al apóstol que no viva unido con Cristo. Sólo cuando hayamos formado la

[89] *État et grandeurs de Jésus-Christ*, ch. IV, ¶ 10.
[90] Encíclica «*Il fermo proposito*».
[91] Col. 1, 10.
[92] I Tim. 4, 8.

> imagen de Cristo en nosotros, entonces podremos con facilidad comunicarla, a nuestra vez, a las familias y a la sociedad. Por cuya causa, los llamados a dirigir o los dedicados a promover el movimiento católico han de ser católicos a toda prueba, convencidos de su fe, sólidamente instruidos en las cosas de religión, […] de piedad genuina, de firmes virtudes, de costumbres puras, de vida tan intachable que a todos sirvan de eficaz ejemplo. […] Tal es la voluntad de Dios, decía San Pedro a los primitivos fieles, que obrando bien tapéis la boca a los hombres ignorantes: *«Tal es la voluntad de Dios, que, obrando el bien, amordacemos la ignorancia de los hombres insensatos».*[93]
>
> Es, por lo tanto, de perentoria necesidad que la Acción Católica, aprovechándose del momento oportuno, saliendo a la palestra con gallardía, presente su solución y la haga valer con una propaganda firme, activa, inteligente, disciplinada, tal que directamente se oponga a la propaganda de los enemigos. Es de todo punto imposible que la bondad y la justicia de los principios cristianos, la recta moral profesada por los católicos, el pleno desinterés de las cosas propias, no deseando clara y sinceramente sino el verdadero, sólido y supremo bien del prójimo, en fin, la evidente capacidad de promover mejor que otros los verdaderos intereses económicos del pueblo; es imposible, repitámoslo, que estos motivos no hagan mella en el entendimiento y corazón de cuantos los oyen, y no acrecienten las filas, hasta formar un ejército fuerte y compacto, dispuesto a resistir valientemente a la corriente contraria, y hacerse respetar por el enemigo.

Esto es congregar y «convolucionar».

> Pero la posibilidad de esta benigna concesión Nuestra ha de poner a los católicos en la obligación de prepararse cuerda y seriamente, para la vida política, cuando a ella fueren llamados. […] Al mismo tiempo se tendrán que inculcar y seguir en la práctica los demás principios que regulan la conciencia del verdadero católico. Porque el verdadero católico ha de tener presente, ante todas las cosas y en cualquier coyuntura, que ha de portarse como tal acercándose a los empleos públicos y desempeñándolos con el firme y constante propósito de promover, según su posibilidad, el bien social y económico de la patria, particularmente del pueblo, conforme a las máximas de la civilización puramente cristiana, y de defender al mismo tiempo los intereses supremos de la Iglesia, que son los de la religión y de la justicia.

Conceptualización de la Revolución Anticatólica

Introductoriamente aclaremos que la palabra «evolución» con el significado de «proceso de cambio gradual que se da en una estructura, institución, sujeto, artefacto, producto, etc., especialmente cuando va de un estado más simple a uno más complejo», es ambigua. Aunque su gradualidad la oponga a lo repentino de las grandes y marcadas revoluciones históricas, a menudo es Revolución en cámara lenta. En cosmogonía y biología es falsa y se usa de escudo del ateísmo. En lo estructural e institucional sólo vale en cuanto es homogénea y no heterogénea, e incorpora y eventualmente refina los valores sanos del pasado, que en nuestra coyuntura histórica son los católicos, y antes de ellos, los grecorromanos. Pero una tal «evolución» —por ejemplo, la evolución de la devoción eucarística desde la Antigüedad hasta Pío XII— no se distingue de la Convolución Católica. *Después de Dios, debemos todo al pasado*,

[93] I Pet. 2, 15.

incluido el lenguaje, el intelecto y la admiración juntamente con sus contrapartidas de la inteligibilidad y admirabilidad del universo; también, como fruto, el amor, el emprendimiento, las leyes ordenadas que aún rigen; y con ello, todo lo principal nuestro.

Un ejemplo ideal de evolución homogénea desde el bien hacia el mayor bien nos la describe León XIII:

> Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. En aquella época la eficacia propia de la sabiduría cristiana y su virtud divina habían penetrado en las leyes, en las instituciones, en la moral de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad. La religión fundada por Jesucristo se veía colocada firmemente en el grado de honor que le corresponde y florecía en todas partes gracias a la adhesión benévola de los gobernantes y a la tutela legítima de los magistrados.[94]

Definimos la Revolución Anticatólica así:

CORRUPCIÓN SÚBITA O PAULATINA Y MÁS O MENOS DURADERA, EN LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS, ECONÓMICAS O SOCIALES DE UNA NACIÓN O DEL MUNDO MISMO, O EN SUS PERCEPCIONES, INTELECCIONES Y VOLICIONES COLECTIVAS, ESPECIALMENTE EN DETRIMENTO DEL LEGADO DE CRISTO Y DE SU IGLESIA.

Advirtamos que el simple término «revolución» proviene del sustantivo latino «*reuolutio*» y éste del verbo «*reuoluo*».

El prefijo inseparable «*re*—», muy frecuente en latín y en las lenguas romances y el inglés, varía exuberantemente en sus significados, o en sus incidencias sobre el significado de la raíz a la que precede. Es propio de la rama latina de la familia indoeuropea y podría provenir del indoeuropeo **wret-*, forma metatética de **wert*, «volver», forma extendida de *wer-2*. De la composición del prefijo latino «*re*—» se deriva «*retro*—».

La raíz «*uoluo*», en cambio, es más unívoca. Se deriva de **welw-*, forma extendida de la raíz indoeuropea *wel-2* y denota siempre movimiento circular: dar vueltas, girar, rodar, rodear o enrollar. De aquella antigua raíz se derivan también muchas palabras griegas y germánicas.

Precedido de «*re*—», el movimiento circular de «*uoluo*» toma un carácter de repetición o de oposición. El significado originario de «*reuolutio*» fue el físico de «vuelta (de uno mismo) al punto de origen», y de reacción: «vuelta (de cosas por alguien) en sentido reactivo». De aquí se derivó un sentido figurado de «cambio en las cosas humanas», «cambio considerable en el gobierno de un Estado». Ambos significados son todavía moralmente neutros.

La acepción de «Revolución» como algo injusto, destructivo y anticatólico, está tomada directamente de la Revolución francesa para referirse por sinécdoque a toda la corriente de disolución del Orden católico comenzada varios siglos antes en la decadencia de la Edad Media. Es verdad que «Revolución» en este contexto se suele aplicar al breve, rápido y radical movimiento de inversión de poderes y valores a fines

[94] Encíclica «*Rerum novarum*».

del siglo XVIII en Francia. También puede usarse, por amplia extensión al pasado y futuro y al mundo entero, en el sentido de un movimiento circular —por global, por abarcador, por últimamente descentralizador y porque «da vuelta» el orden civil. Se trata aquí de una revolución espiritual teófoba centrífuga a la par que envolvente social indeterminada y a la vez odiosa, dispersa y vuelta contra el Ser fuera de todo principio rector. Es que cuando la sociedad peca, ama un falso bien que Dios no le hace amar por una impresión invencible y deja de buscar el verdadero bien e inutiliza los movimientos que Dios imprime en ella; ahora bien, cuando la sociedad ama únicamente o contra el orden bienes particulares, recibe de Dios tanta impresión de amor como si no se detuviera en esos bienes

Por puesto, por función y poder dentro del alma humana, el amor es la fuente de todas las acciones, también de las malas y de las pésimas. El potencial o caudal de fuerza, vida y amor que recibe y tiene la sociedad, Dios lo quiere y lo hace inmenso, y lo quiere conforme a Su Voluntad. Pero la sociedad donde prevalece el espíritu revolucionario anticatólico quiere lo contrario, y vuelve ese inmenso potencial para el mal y el caos. «Gira» fuera de su centro divino y contra él. Nos encontramos con ello ante un acerbo y espantoso misterio de iniquidad social, política, compleja e histórica, cuya problemática presencia y actividad será sin embargo eternamente pretérita y está reservada para el período finito de la existencia humana.

Surge una pregunta muy oportuna: ¿Cómo la Revolución Anticatólica, además del movimiento volteador, tiene uno circular, si el círculo se considera la figura perfecta? A esto se responde que la «circulación» del mundo que hace la Revolución Anticatólica, se debe a la misma esfericidad de aquél, no es en torno de ningún centro, ni es necesariamente en círculo máximo ni aún en círculo perfecto como acto propio suyo. De los demonios el exorcismo del final de la Misa dice que «andan dispersos por el mundo». A esto se añade la consideración importantísima de que la Revolución Anticatólica ha sido traída al entorno de la tierra *por la violencia* (sobre todo de la masonería) contra la naturaleza del hombre, y así, tanto esté quieta como movilísima, lo está por la fuerza y contra las cosas.

La Revolución Anticatólica viene de una minoría de corazones especialmente corruptos que la desbordan y aplican a su entorno: ellos le dan su principal fuerza. En la mayoría, en cambio, dicha convulsión opera de afuera hacia adentro. La Revolución Anticatólica sólo tiene en común con la Convolución Católica el hecho de que en una de sus acepciones «da vueltas» en torno de algo, más exactamente el hombre y la tierra, pero no hay uniformidad ni cohesión en su giro, y aquello que se mueve en torno del hombre y la tierra no es en sí mismo circular, sino amorfo o bestial.

> Sed sobrios, y estad en continua vela; porque vuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente alrededor de vosotros, en busca de para que devorar.[95]

Espantosamente, los peores y más encarnizados revolucionarios no sólo han sido devorados sino que ellos mismos devoran almas en cuanto pueden. Estas palabras de la oración a San Miguel Arcángel (Serafín) del exorcismo de León XIII nos enseñan con qué y quién y en qué grado tenemos que vérnoslas:

---

[95] 1 Pedro 5, 7.

> Pelea en este día la batalla del Señor, junto con los santos ángeles, igual que combatiste al líder de los orgullosos ángeles, Lucifer, y a su hueste apóstata, quienes no tuvieron poder para resistirte y tampoco hubo ya lugar para ellos en el cielo. Esa cruel serpiente antigua, llamada el diablo o Satanás, que seduce al mundo entero, fue arrojada al abismo junto con sus ángeles. Mira, este enemigo primitivo y asesino del hombre ha tomado fuerza. Transformado en un ángel de luz, anda alrededor del mundo con una multitud de espíritus perversos, invadiendo la tierra para borrar el nombre de Dios y de Jesucristo, apoderarse, asesinar y arrojar a la eterna perdición de las almas destinadas a la corona de la gloria eterna. Este malvado dragón vierte, como la inundación más impura, el veneno de su malicia en los hombres de mente depravada y corrupto corazón; el espíritu de mentira de impiedad, de blasfemia, y de aire pestilente de impureza, y de todo vicio e iniquidad.

El mismo Santo Padre explica[96]:

> El humano linaje, después que, por envidia del demonio, se hubo, para su mayor desgracia, separado de Dios, creador y dador de los bienes celestiales, quedó dividido en dos bandos diversos y adversos: uno de ellos combate asiduamente por la verdad y la virtud, y el otro por todo cuanto es contrario a la virtud y a la verdad. El uno es el reino de Dios en la tierra, es decir, la verdadera Iglesia de Jesucristo, a la cual quien quisiere estar adherido de corazón y según conviene para la salvación, necesita servir a Dios y a su unigénito Hijo con todo su entendimiento y toda su voluntad; el otro es el reino de Satanás, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que, siguiendo los funestos ejemplos de su caudillo y de nuestros primeros padres, rehúsan obedecer a la ley divina y eterna, y obran sin cesar o como si Dios no existiera o positivamente contra Dios. Agudamente conoció y describió Agustín estos dos reinos a modo de dos ciudades contrarias en sus leyes y deseos, compendiando con sutil brevedad la causa eficiente de una y otra en estas palabras: Dos amores edificaron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios edificó la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial.[97]

Como remedio contra esto, el Santo Padre recomienda desenmascarar a los enemigos de la Iglesia, e

> inducir a las muchedumbres a que se instruyan con todo esmero en lo tocante a la religión, y […] que en escritos y sermones oportunos se explanen los principales y santísimos dogmas que encierran toda la filosofía cristiana.[98]

El sano recogimiento y el acertado esclarecimiento personal de cada ciudadano, contra la masificación despersonalizante, acercaría toda la sociedad al bien, a su «quasi-synderesis» que queda sepultada en la masa.

La dirección primera, extroversa, de la Revolución Anticatólica

Las muchas anomalías que afectan al mundo de hoy en el orden moral, social, político y cultural, se explican como múltiples defectos de la condición fundamental del ser finito y contingente encarnado y sujeto al espacio y al tiempo, y además inclinado al

---

[96] Encíclica «*Humanum genus*».

[97] San Agustín, *De civitate Dei*. 14, 17.

[98] Encíclica «*Humanum genus*».

mal como consecuencia del Pecado Original. Esas anomalías, en la medida y manera libre en que ocurren, tienen su origen en la condición fundamental del ser finito y contingente, desde donde influyen y determinan en gran medida las cualidades y actividades comunes y públicas del hombre contemporáneo.

Aquí notemos bien que la Revolución Anticatólica no es un mal que surge simultáneamente del centro de todas las almas a la faz de la tierra, sino un mal que del centro de las almas de una minoría humana surge a la faz de la tierra, y que de ésta penetra hacia el centro de la mayoría restante, que no emanaría ese mal de sí misma si no le fuera propuesto y hasta impuesto. Es un agua putrefacta que brota de algunos puntos para luego penetrar al resto; es una corriente general, pero no un manantial individual universal. Es necesariamente superficial y circular, no puntual y profunda. Podemos presentar una alegoría y hasta una muestra en miniatura muy representativa y candente: un grupo de comensales sentados en una mesa redonda mantendrían una conversación vana y degradante. Dicha conversación sería a la vez un lazo, un círculo, una corriente, un lenguaje y un microcosmos dinámico y superficial, que no existiría sin una pluralidad humana casual y caótica, quedando por cierto bien poco de lo «perfectivo» del círculo. La conversación no existiría en cada comensal individual, sean cuales fueren sus fallas morales, sin su reunión con los restantes, al contrario del círculo que no cambia según el sujeto sino según la razón, y que es indivisible en acto. En cierto sentido tampoco se desarrollaría en lo más profundo de cada alma, sino fuera y lejos de ello; no tendría una raíz íntima: más bien la habría cortado y perdido. Tendríamos allí una buena analogía, en proporciones minúsculas, de la Revolución neopagana, «con-versación» donde los comensales son la mayoría de la Humanidad y la mesa es el mundo. ¡Qué contraste abismal con aquello que podía decir San Pablo a los filipenses: «*nostra autem conversatio in cælis est*»[99].

Los desempeños volubles y revolubles de las lenguas explican mucho de la Revolución Anticatólica y fueron causa de terribles cataclismos duraderos y de baños de sangre. Oigamos al último Papa:

> Así que veis cómo la lengua no custodiada se convierte en fuente de discordia y de males; y cómo ella da el modo exacto por el que a veces prorrumpen aquellos trastornos por los cuales la sociedad entera queda sacudida por largo tiempo […] Intelectos sensatos no han dudado en afirmar que las imprudencias de palabras y de juicios realmente dio no leve causa a las violencias que acompañaron el movimiento tan complejo de la Revolución Francesa, facilitando penetrar en el pueblo aquellos principios y aquellas doctrinas de las cuales con tanta ligereza se complacía el mundo elegante de entonces.[100]

La dirección segunda, introversa, de la Revolución Anticatólica

La Revolución Anticatólica no sólo tiene un movimiento extroverso y uno circular, sino también uno de encogimiento, y hace de *cerco* maldito que obstaculiza seriamente el acceso más allá: «en muchas escuelas a menudo se desprecia o se ignora a Cristo,

---

[99] Flp 3, 20

[100] Pío XII, Audiencia General del 19 de agosto de 1942

se restringe la explicación del universo y del género humano al cerco del naturalismo y del racionalismo.»[101] Ella rodea la tierra, la envuelve, la invade, la exprime, ***la vacía***, en lo cual puede entenderse alegóricamente como circular. Además, busca dar vuelta lo que queda de orden natural y sobrenatural en el mundo. Es, pues, de máxima importancia y utilidad teórica y práctica consignar que la corrupción de la naturaleza social humana que va en dirección extroversa de una raíz a muchas ramas, avanza *también*, en una nueva dirección introversa, desde las ramas hacia la misma raíz de donde partió primero.

Las propiedades fundamentales de la civilización son las primeras, mas también las últimas en corromperse. Esto se debe a su grandeza y su vigor intrínseco. Si el sol sufriera una pérdida de energía, su debilitamiento precedería a una glaciación mortífera general; mas su propia extinción total la poscedería.

Monseñor Miguel de Andrea nos da otra metáfora que viene muy a propósito para explicar este punto de vista importante:

> En la medida que desaparece la Religión, el arrepentimiento cesa. El mal se viste primero, como una túnica. Después se bebe como el agua. Y al fin penetra los huesos como el aceite. Se adquiere el hábito de faltar a la virtud, de faltar a la palabra, de faltar al honor, sin sentirse reo de injusticia. Es el estado más desesperante a que puede llegar la humanidad, porque en esas condiciones no reacciona. Y cuando ya no reacciona, se muere; y hoy se muere; mejor dicho: ¡se mata, porque ella misma se desangra![102]

La religiosidad y la intelectualidad—la contemplación—son el fundamento de todo hombre, de toda civilización y, con la infusión divina gratuita de la Religión Revelada, *a fortiori* lo son de la Civilización Cristiana. De la corrupción de esas facultades fundamentales se sigue la corrupción de la moral, de la cultura y de la política y de todos los hábitos y actividades del hombre actual revolucionario anticatólico como una enfermedad se extiende de una raíz a las ramas. Y es aquí donde importa hacer la observación adicional de que esa enfermedad *retorna* de las ramas a la raíz, es decir, de las actividades, ámbitos y cualidades del hombre a sus facultades fundamentales y, dentro de estas mismas de lo menos profundo a lo más profundo. Este reflujo nos enseña dos cosas importantes:

1. Cómo aquellas cosas que en otro sentido tienen razón de ramas adquieren ahora razón y función de raíces segundas, que importan mucho como fundamentos segundos de la Revolución anticristiana, divididos en dos clases:
    a. subjetivos-internos: los hábitos individuales
    b. objetivos-externos: la constitución natural del mundo y cultural de la sociedad.
2. Cómo aquello mismo que en otro sentido tiene razón de raíz primera—el alma en cuanto sujeto—adquiere a su turno razón de punta final.

---

[101] Pío XII, encíclica «*Sertum lætitiæ*».

[102] *El Evangelio y la actualidad*. Sermón dominical pronunciado en la Parroquia de San Miguel Arcángel, Buenos Aires, el domingo 8 de octubre de 1939, decimonono después de Pentecostés. Editorial Difusión.

Del lado temporal de tan triste fenómeno dan algún indicio las afirmaciones de algunos autores posmodernistas de que, tras haber asistido a una subjetiva «muerte de Dios», la Humanidad está asistiendo finalmente a una «muerte del hombre» objetiva. Y es verdad que el hombre en su esencia metafísica de animal racional se ha convertido en una especie en extinción.

Breve historia de la Revolución Anticatólica

Nuestro Señor Jesucristo, antes de ascender al Cielo, dejó fundada y organizada en la tierra la Santa Iglesia Católica, a la que dejó sus divinas enseñanzas, los frutos infinitos de su Pasión y la promesa de la asistencia suya y del Espíritu Santo hasta el fin de los tiempos. Desde aquellos albores, la Iglesia enfrentó y venció muchos y grandes disturbios. Pero ninguno de ellos puede compararse al ataque que ella viene sufriendo desde el siglo XIV. En aquellos días fue levantado a un puesto de eminencia político-cultural el rechazo radical a las enseñanzas del Evangelio. Este rechazo por necesidad lógica debía extenderse también a los numerosos, profundos, vivos y abarcadores desarrollos y aplicaciones que esas enseñanzas tuvieron durante toda la Edad Media. Consecuentemente se fue desmontando la civilización medieval tearquizante y se desataron torrentes de corrupciones en la cultura y moral y de ilegitimidades y cataclismos en la política. Llamado por varios autores, desde el siglo XIX, *la Revolución Anticatólica*, o simplemente *la Revolución*, ese ataque y esa dirección del mundo culmina en las circunstancias en que vivimos hoy, intrínseca y fundamentalmente contrarias a Dios y a Su Voluntad revelada y explícita. Al mismo tiempo, esta dirección ha venido produciendo resultados y situaciones de disfunción y degradación de la naturaleza humana individual y social presentes a muchas más inteligencias que aquella implicación teológica. Muchas escuelas de pensamiento e ideologías deben doblegarse a la evidencia y estar contestes en el carácter marcadamente anormal y fallido de la civilización actual. Así ocurre con los hediondos pseudopapas, que tuvieron más protagonismo que Stalin en dañar a la Cristiandad, y sin embargo suelen echar lágrimas de cocodrilo ante la devastación de la que fueron coautores.

La destrucción longeva y todavía en curso importa, pues, a todo ser humano; más a todo cristiano y católico; y máxime a quienes tienen la triste fortuna de conocer en algo las implicaciones metafísicas y teológicas de este estado de cosas. El ánimo e intelecto católicos pueden y deben desvelarse ante esta trágica situación y preguntarse por su mejor remedio.

Su estudio es doblemente difícil:

- **Objetivamente**. Trátase de un espíritu globalmente envolvente y radicalmente influyente, antiguo, establecido, que afecta a toda la inmensa complejidad de la vida mental humana en cogniciones, emociones y reacciones y suscita en ella profundos y vigorosos hábitos de estructura. Dicho espíritu se ha venido mostrando indeterminado, corruptor, portador y transmisor de caos y ceguera; exacerba consciente e inconscientemente un amplio espectro de sensaciones, mutaciones y efectos. Y sobre todo: dicho espíritu influye por idiosincracia radical para que se

ignore, niegue, reprima, denigre, corroya o excluya las mismas bases de un examen opositor católico o de simple teología natural.

- **Subjetivamente**. Es un estado de cosas y un proceso a la vez irracional, negativo y relativo en sus caracteres y no tiene, propiamente hablando, bases ni leyes últimas. Se yuxtapone y entrelaza con las leyes de la naturaleza y el Orden del universo. Es una corrupción constante, multímoda, antinatural e imprevisible, y opera también en medio de grupos y productos culturales elaborados, refinados y pacíficos. Y sobre todo: aún tomada de objeto externo de estudio, sus causas deficientes se pierden en los abismos de las voluntades subjetivas humanas. Dudosamente pueda sacarse a luz el *modo y la constitución intrínseca*, debiendo el intelecto humano conformarse con sacar a luz la *esencia* de lo agredido, el *modo extrínseco* de esa agresión y su *gravedad moral intrínseca*.

Comienzo remoto de todo este mal humano social. La raíz de los males del mundo —esto es, el origen de los mismos, pues causa eficiente primera no tiene— no es otra que la raíz del mal en general. Y esta raíz ni es psíquica, ni humana, ni mala. Es la imperfección inevitable de lo creado, privación respecto de nada constituido, simple límite del bien que no viola ninguna exigencia. La condición del ser creado que opone a su identidad una alteridad que él no es, lo expone a decaer. Los tomistas llaman a esta carencia interior *potencialidad*: aquello que se podría tener y no se tiene, y aquello que se tiene pero podría no tenerse. Esto da lugar a todas las pérdidas y rupturas. Todo aquello a lo que falta ser, puede faltar, puede fallar y puede caer en falta. La integridad perfecta y subsistente, causa de toda seguridad, supone una plenitud de ser que no existe ni puede existir sino en Dios. —No hay mal en ser *solamente* lo que se es, sino en serlo *defectuosamente*, dejando así de estar íntegramente constituido y mantenido en su naturaleza propia de ser. Pero el paso del primer caso al segundo siempre es posible.[103]

En los seres finitos libres, la defectibilidad implica la pecabilidad. En el plano social, ella implica la separabilidad del orden sobrenatural y natural, la potencialidad de revolución perversa, lo que podría, si se quiere, denominarse en un sólo término: «subvertibilidad». Esta existió siempre en la Cristiandad. No se realizó en el siglo cuarto de un emperador apóstata y de reyes y obispos arrianos; no en el décimoprimero del colosal cisma bizantino; tampoco en el décimotercero de albigenses, averroístas y emperadores anticlericales. Sí se realizó por primera vez en el décimocuarto para luego agravarse sin cesar hasta el vigésimo. La pecabilidad social radical, o «subvertibilidad» es una cuestión tremendamente compleja en cuanto a sus leyes y condiciones, pero tiene su origen en la pecabilidad individual, y ésta en la defectibilidad del ser que se debe a otro.

Si quisiéramos remontarnos más atrás aún en esta cadena: el debernos radica en el acto creador de Dios; si Él no nos hubiera creado no existiríamos ni nos deberíamos —no seríamos defectibles ni perfectibles, simplemente porque no seríamos—; El acto por el que somos a su vez radica en Dios mismo, Quien nos revela así de modo especial

[103] Dios mismo no tiene el poder de eliminar esa *potencia* en el ente cuya naturaleza la exige necesariamente, pues una tal eliminación es intrínsecamente contradictoria. Esto es un misterio impenetrable de Su Voluntad y de Su Amor.

Su Majestad, Su Poder, Su Sabiduría y Su Bondad. (A éstas añádase Su asombrosa Humildad al librarse a Sí mismo al fracaso —relativo y provisorio, pero real— en muchos casos inevitables que se desprenden de comunicar Él Su inteligencia y Su libertad fuera de Sí.) Así llegamos a los siguientes corolarios: Los males del mundo tienen su primera *raíz u origen* en la criatura; su primera *razón* en Dios mismo (como la sombra la tiene en la luz); Dios no tenía por qué comunicarse fuera de Sí; una vez que decidió hacerlo, sólo podía hacerlo saliendo de Sí mismo, y todo lo que es externo al Mismo Ser Subsistente lleva aparejado el no-ser. Por supuesto, hay que complementar esta afirmación con otra igualmente importante: Si Dios se ha comunicado fuera de Sí, era bueno y digno de Él que lo hiciera; Y si era bueno y digno de Él hacerlo, era bueno y digno de Él todo lo que eso requería. Y aquí está incluida Su previsión y permisión de todas las consecuencias inicuas menores y particulares que desaprueba infinitamente, entre las que ocupa un puesto espectacular la Revolución Anticatólica que Lo ataca directa y declaradamente.

Así, pues, las muchas anomalías que afectan al mundo de hoy —psicológicas, familiares, educativas, culturales, sociales, morales, políticas, y religiosas— son otros tantos defectos de la condición fundamental del ser finito y contingente, que se ha alejado de Jesucristo y de su Iglesia. Decía el Padre Hilaire:

> El mal no es de ahora: se remonta a la época del Renacimiento. Hace trescientos años, la educación, la legislación, la filosofía, las mismas artes, todo fue paganizado. Al Evangelio lo sustituyeron. San Agustín, Santo Tomás de Aquino y los Padres de la Iglesia fueron expulsados de los colegios y de las universidades. A la libertad cristiana se la sustituyó con el cesarismo antiguo. El paganismo en la educación y en las leyes trajo consigo el paganismo en las costumbres y la disminución de la fe. El resultado fue la espantosa convulsión que se llama *Revolución*.[104]

Comienzo próximo de todo este mal humano social. El hombre en cuanto creado se encuentra en un egreso de Dios. El fin del hombre en este estado es el regreso a Dios por la especulación y el amor. Muchas virtualidades buenas que el hombre tiene por naturaleza y puede desarrollar por hábito lo ponen, de un modo imperfecto, en el camino de regreso a Dios.

Históricamente las sociedades y civilizaciones humanas presentan dos coyunturas del egreso de Dios (o disgregación moral radical contra Dios, o revolución o disvolución) y una del regreso a Dios (o congregación moral radical en Dios, o Convolución) por parte del hombre individual. Cada una de ellas está decidida activamente por pocos hombres individuales con gran poder político y cultural, y pasivamente por la opción de muchos más hombres individuales con poco o ningún poder político y cultural. Dichas tres coyunturas son:

- **El paganismo antiguo (área superior de la *marquise*)**. Mantenía simultáneamente importantes egresos de Dios e importantes —si bien rotundamente imperfectos e insuficientes— regresos a Dios que lo preservaban de una ruina moral radical y completa como la de nuestros días. *El paganismo antiguo obstruía por modo consecuente e inintencional el regreso del hombre a Dios.*

[104] *La Religión demostrada*.

- **El Catolicismo (área central de la *marquise*)**. Mantiene, encauza, perfecciona y completa todos los regresos a Dios que están presentes en el hombre, le otorga nuevos y los principales regresos a Dios que están ausentes en él, y deshace en el hombre todos sus egresos de Dios. *El Catolicismo comprende todo el regreso del hombre a Dios, comprende el regreso más perfecto y eminente del hombre a Dios, y lo trasciende infinitamente.*
- **El neopaganismo anticatólico (área inferior de la *marquise*)**. Priva a sus adherentes de todos los regresos, aún imperfectos e insuficientes, a Dios, pervirtiéndolos en egresos de Dios, y mantiene, fomenta y multiplica en ellos todos los egresos de Dios. *El neopaganismo anticatólico obstruye por modo antecedente e intencional el regreso del hombre a Dios.*

Por el análisis anterior vemos que hay dos formas históricas de egreso de Dios de muy desigual gravedad, una anterior al regreso católico, que en parte contiene una aptitud para recibirlo, y otra posterior al regreso católico y que consiste en la aversión y negación total del mismo. La solución de este egreso sigue siendo el Catolicismo cuya fuerza salvífica lo excede infinitamente.

Prius salvatur in posteriori. Lo primero es salvado en lo posterior. La cultura natural se salvó en sobrenatura, gestándose así, paulatina y parcialmente, una cultura sobrenatural. Al ser atacada desde la cultura misma la sobrenatura que la había salvado, se decretó la pérdida de la cultura. La humanidad precatólica está «soltera» de Dios. La humanidad católica está «casada» con Dios. La humanidad poscatólica está divorciada de Dios.

Nunca se exageraría la referencia fundamental que tienen las antiguas nociones filosóficas del ser por un lado y el devenir y su gran variante el parecer por el otro, a las virtudes y pecados de individuos y civilizaciones enteras. Esta importancia se ha ido elucidando de modo creciente en la Historia a partir de la decadencia de la Edad Media y la eclosión del Renacimiento neopagano. Los hombres comenzaron a oponer la razón y la fe y a excluir a Dios de la especulación racional con el peligroso nominalismo de Ockham. Éste niega el valor de las ideas generales, en las cuales no ve sino rótulos aptos para resumir series de experiencias sensibles. Sólo contempla la experiencia, y en los conceptos no ve más que vocablos. Una grave brecha se produce en el edificio teológico y filosófico al abogarse el escepticismo en metafísica y el fideísmo en religión. La fe se presenta como un «golpe de estado» en la vida intelectual del hombre. Automáticamente nace el individualismo o personalismo, anormalidad que ataca los ideales comunes del orden social y del mismo saber. El nominalismo de Ockham que excluyó a Dios de la especulación racional negó el origen extramental de los universales llevó al cartesianismo y sus dos vertientes: empirismo e idealismo. El primero tiene su punto de partida y todo su ámbito de encierro en la movilidad perpetua de las apariencias sensibles y de los hechos de conciencia —y así, quiera que no, en accidentes y no en sustancias. Esta disposición, luego creencia, llevó a negar las *cosas* para sólo admitir *acciones*, y definir lo real no por lo que es, sino por lo que se va haciendo. Esta doctrina debió conducir a la negación del primer principio del ser bajo ambas sus fórmulas, afirmativa y negativa (identidad y no-contradicción). Conviene mencionar también otro afluente del siglo XV, anti-aristotélico y de coloración

turbiamente neoplatónica que propendía a asimilar el ser, si no en el devenir, sí en un iluminismo subjetivo reacio al ponderable ser concreto y que no resiste firmemente a la Revolución «Enemiga del Ser». Guarda cierta similitud con este afluente la vertiente idealista del racionalismo cartesiano. Ambas vertientes cartesianas se reencuentran y unifican en el ingenioso y venenoso Kant. La razón de la bondad ética de las acciones humanas se va corriendo paulatinamente de la norma universal a la persona individual, que termina acaparándola y decidiéndola por completo. En nuestro siglo han contribuido a introducir esta ponzoña en las estructuras de la Iglesia Católica, Jacques Maritain con referencias y atuendos tomistas[105], y Karl Rahner con espíritu existencialista y menos escrúpulos[106]. El culto obnubilado del devenir empírico objetivo y del pensar empírico subjetivo contra el ser propiamente dicho, es el culto de lo indeterminado contra lo determinado y, en el fondo, del no-ser contra el ser y de la radical negatividad espiritual contra Dios. En la historia de este culto se suceden: el idealismo absoluto de Hegel, el anti-intelectualismo de Nietzsche, el marxismo, el positivismo, el psicoanálisis freudiano, el americanismo anti-contemplativo, el pragmatismo, el inmanentismo, la filosofía de la acción, el vitalismo de Bergson, el existencialismo, el *aggiornamento*, y todas las modalidades de relativismo intelectual, religioso y moral y de base historicista, psicológica y sociológica. Esta enfermedad intelectual histórica presenta su paroxismo en el estructuralismo anárquico y el posmodernismo escéptico de las postrimerías del siglo XX. Esta doctrina debió conducir a la negación del primer principio del ser bajo ambas sus fórmulas, afirmativa y negativa (identidad y no-contradicción). Conviene mencionar también otro afluente filosófico no muy conocido del siglo XV, anti-aristotélico y de coloración turbiamente neoplatónica que propendía a asimilar el ser, si no en el devenir, sí en un iluminismo subjetivo reacio al ponderable ser concreto y que no resiste firmemente a la Revolución, «Enemiga del Ser».

Muy en contraste con la armonía y bonhomía del siglo XIII, el XIV fue un siglo atormentado de pesimismo, acosado por la muerte, hasta histérico; en él tuvo auge la brujería, la secta fanática de los flagelantes y las danzas de la muerte. También —y esto es crucial— se destacó por la malevolencia y la saña fratricida —y hasta matricida (contra la Iglesia). Así lo muestra la bofetada de Anagni al Papa por Felipe el Hermoso (¡nieto de San Luis!) en 1303, el Cautiverio de Aviñón, la sangrienta, prolongada y multinacional Guerra de los Cien Años, los estragos de Anjou y Aragón en su disputa por el sur de Italia así como los horrores de la guerra civil en el norte de esa península, y otros disturbios y hostilidades en España, el Sacro Imperio, Escandinavia y otras partes de Europa[107]. Hasta en un plano puramente físico el siglo XIV fue atravesado por la Peste Negra. El carácter visceralmente anticatólico de dichos odios se desprende

[105] Refutado por el Padre Julio R. Meinvielle en su *Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana*., por el Padre Louis Lachance y por Charles de Koninck.

[106] Desenmascarado por el Cardenal José Siri en sus *Riflessioni sul movimento teologico contemporaneo* y por Bernhard Lakebrink en *Die Wahrheit in Bedrängnis.*

[107] En el canto XIX de su *Paraíso*, Dante acusa a los siguientes regentes cristianos europeos: Alberto de Austria, Felipe el Bello de Brancia, Eduardo I de Inglaterra, Fernando IV de Castilla, Wenceslao IV de Bohemia, Carlos II de Nápoles, Federico II de Sicilia, Santiago de Mallorca, Dionisio el Agrícola de Portugal, Akon VII de Noruega, Esteban II Milutino de Rascia (parte de Serbia, Bosnia y Croacia).

largamente de los Sagrados Evangelios y de innumerables textos y ejemplos católicos, también precisamente medievales —quizá por eminencia San Francisco de Asís.

SE ABANDONÓ LA CONTEMPLACIÓN. Se redujeron al agotamiento las nutrientes del PENSAMIENTO y de la VIDA. Hasta entonces el grueso de la actividad intelectual y moral de los hombres se aplicaba a contemplar verdades superiores: sólo una punta afloraba en producciones teológicas, filosóficas, literarias o artísticas. Tras un punto crítico, los hombres inauguran una actividad inusitadamente intensa y variada. Si en los siglos anteriores el anhelo prioritario de la sociedad y de los individuos era *transmitir* un patrimonio, el nuevo gran anhelo general que nace, queda y crece es el de *realizar*. La *RENTABILIDAD* es el nuevo *Leitmotiv*, ídolo y sustituto. La contemplación personal no productiva va cediendo a la explotación sistemática de los recursos personales. Se arrancará a la razón humana todo lo que pueda sacársele, aun sin miramientos; se explotará la inteligencia sin nutrirla, quitándosele vida más que dándosela. Así se ha llegado al agotamiento, vacío y desolación actuales de todo el desenvolvimiento humano. Un resultado trágico: el ser humano en cuanto *homo sapiens* ha casi desaparecido de la faz de la tierra, porque arrojó, resistió o ignoró las propiedades que lo harían apto para la reflexión racional más alta.

La trampa espacial centrífuga y materialista

Para los antiguos y mucho más aún para los medievales, la dimensión simbólica de la vida y de la realidad inscrita en la naturaleza, analizada en forma sinelíctica o convolucionaria, era aceptada como procedencia divina, es decir que se tenía una perspectiva diferente de la estructura del interior del hombre y sus convoluciones. Pero a partir del nuevo conocimiento científico moderno experimental y materialista, todo esto pasó a ser solo una mal llamada «materia prima».

La Revolución Anticatólica influye envolventemente, pero paradójicamente para que las almas se des-centren gravemente, apartándose así de la luz de la conciencia y de la agudeza del intelecto. Para esto la Revolución Anticatólica provoca una *fascinación espacial* con graves y enfermizas pérdidas para el mayor mundo espiritual del alma. El espacio es el límite de la materia, y la materia es el límite de la inteligibilidad del ser, es principio de división interior, de alienación, de inconsciencia y de opacidad.

El espacio es el ámbito y la condición del desarrollo de la *actividad transitiva* que sólo existe dirigida hacia lo otro. El espacio contiene, mide y extiende —*cuantifica*— la materia y multiplica pasivamente las formas frente al intelecto humano: se las presenta, pero limitadas y atenuadas, y para que las *abstraiga*, para que las *aprehenda*. El «mundo exterior» sólo vale y sirve al hombre por el «contenido» inteligible que lleva y extiende. Por su espacialidad es estéril, y hasta engañoso y nocivo; es cantidad y posibilidad de cantidades y cambios cuantitativos, cuya explotación desmesurada, como se da en el mundo moderno, provoca efectos psíquicos nefastos. Hay una correlatividad espantosa, un apareamiento monstruoso, entre lo peor del mundo y lo peor del hombre que hace al mundo más y más mundo en todo lo hipócrita, devorador y letal.

Por otra parte, la *actividad inmanente* que comporta la autopresencia del sujeto y es exclusiva de los seres espirituales, encuentra un obstáculo en la materia —y con redoblada razón en el espacio, «patria» y «reunión» de toda la materia—, y sólo ocurre en el estado y la medida en que el sujeto domina la propia materialidad. Así encarará bien o mal el vacío de cualidad, inteligibilidad y contemplabilidad del espacio.

La sistemática e infatigable Revolución Anticatólica va más lejos aún en la *espacialización* del hombre contemporáneo: le inculca una fijación *intelectual* en el espacio. Ella permite y ofrece de manera especialmente intensa y profunda el trágico acople del principio ontológico restrictivo «materia» con el sufijo ideológico «ismo». Los antiguos paganos y los católicos medievales admiraban un mundo cualitativo; los post-católicos hacen bando aparte y se hartan y embotan de espacio y cantidad, llegando al *supermaterialismo* masivo y sistemático de la actualidad.

No por nada advertía el último papa:

> El hombre moderno […] está más expuesto a volverse siervo de la naturaleza, puesto que, a diferencia del antiguo que le estaba sujeto por ignorancia y debilidad, él está sometido a su fuerte presión en virtud de un vasto conocimiento y aplicación de sus energías, y por ende está también sometido a prestarle casi el culto de la adoración y gratitud por las maravillas que percibe en ella y los beneficios inmediatos que él saca de ella.[108]

Aquí recordamos estas palabras del Divino Maestro:

> El que no está por mí, contra mí está; y el que conmigo no recoge, desparrama.[109]

Esto significa, según en magnífico exégeta jesuita Cornelio Alápide, que quien no se adhiere a Cristo —lo cual veremos que sólo puede darse por convolución espiritual— desparrama por completo, se aleja de su Redentor, y se encamina a la dispersión con Satanás. Santo Tomás de Aquino, a su vez, explica el pasaje diciendo que, por el solo hecho de que Dios es el fin natural al que tiende todo, es fuerza que quien no esté con Él, esté separado de Él, y se entiende que la separación ha de ser creciente y contraria.

Citaremos a continuación palabras del Pastor Angélico Pío XII contra el llamado «espíritu técnico», que es la Revolución Anticatólica llevada especialmente lejos en el Occidente «desarrollado».

> La mente que se deja seducir por la concepción de la vida moldeada según el «espíritu técnico», permanece insensible y despreocupada y, por consiguiente, ciega ante aquellas obras de Dios, de naturaleza totalmente diversa de la técnica, como son los misterios de la fe cristiana. Aun el remedio mismo, que debería de consistir en un redoblado esfuerzo para extender la mirada más allá de las barreras de las tinieblas y para despertar en el alma el interés por las realidades sobrenaturales, lo hace ineficaz, ya desde el principio, el mismo «espíritu técnico», puesto que priva a los hombres del sentido crítico a causa de la singular inquietud y superficialidad de nuestro tiempo; defecto que deben desgraciadamente reconocer como una de sus consecuencias aun los mismos que verdadera y sinceramente aprueban el progreso técnico. Los hombres

[108] Pío XII, Radiomensaje de Navidad de 1957 —el último suyo.
[109] Mt 12, 30.

> imbuidos del «espíritu técnico» difícilmente encuentran la calma, la serenidad y la interioridad necesarias para poder reconocer el camino que conduce al Hijo de Dios hecho hombre.
>
> Y aún son menos aptos para comprender y estimar los altísimos misterios de la vida y de la economía divina, como, por ejemplo, el Misterio de Navidad, en el que la unión del Verbo Eterno con la naturaleza humana cumple realidades y grandezas muy diferentes de las que considera la técnica. Su pensamiento sigue otros caminos y otros métodos, bajo la sugestión unilateral del espíritu técnico que no reconoce y no aprecia como realidades sino lo que se puede expresar con números y con cálculos utilitarios. Creen que así descomponen la realidad en sus elementos, pero su conocimiento no pasa de la superficie y sólo se mueve en una dirección. Es evidente que quien adopta el método técnico como único instrumento en la búsqueda de la verdad, debe renunciar a penetrar, por ejemplo, en las profundas realidades de la vida orgánica, y más aún en las de la vida espiritual y en las realidades vivientes del individuo y de la sociedad humana, porque no pueden formularse con expresiones cuantitativas.

Aspecto clave de la Revolución Anticatólica: pensar según el propio antojo.

Santo Tomás distingue[110]:

1. Si tenemos en cuenta la inteligencia con relación a su propio objeto, o sea lo verdadero, en su universalidad, ella **no** depende de la voluntad, que no podrá en absoluto dictarle sus juicios sin una condenable intromisión, y así deberemos declarar que, propiamente hablando, el pensamiento **no** es libre. Está determinado forzosamente por su objeto; su perfección es alcanzar lo verdadero, ser atado por ello. Ella no lo hace: lo ve tal como es. Aristóteles dice incluso «*intelligere est quoddam pati*» (entender es un cierto padecer). El intelecto que ignora es la tabula rasa en la que no hay nada escrito; su perfección consiste a abdicar de este estado de indeterminación e independencia para fijarse en la verdad. Considerar el yugo de la verdad como cadenas odiosas, es desconocer el mecanismo de la inteligencia y su finalidad.
2. Si ahora consideramos la inteligencia como algo determinado, como una potencia concreta, entonces ella cae bajo el objeto de la voluntad que se dirige hacia todo bien y puede desear tal acto de la facultad intelectual: así es como el ejercicio del pensamiento es libre. No lo sería, sin embargo, si el objeto estuviera actualmente presente y se impusiera a la intelección, como sucederá en el cielo con la visión beatífica.

Salvo este caso excepcional, el pensamiento es libre en su ejercicio en el sentido de que podemos pensar o no pensar, pensar en tal cosa o en tal otra; pero el pensamiento no es libre respecto de su objeto; está determinado forzosamente por lo verdadero y por las leyes de la mente. De esto se enteraron por triste trasgresión racionalista nuestros primeros padres:

> Sabe Dios que en cualquier tiempo que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores de todo, del bien y del mal.[111]

---

[110] Ver *De Anima* 3-5-2

Démonos cuenta, aún caídos, de lo que ellos desatendieron, aún libres: una necesidad doble, externa e interna, pesa sobre nosotros (repetimos: lo verdadero y las leyes de la mente). No hay que quejarse: dicha necesidad es la que nos mantiene en la esfera de la verdad, como la gravitación nos junta con el planeta en el que vivimos. *El Ser nos llama de continuo a la Convolución cuyo ideal o flor es la oración mental.* David nos proporcionó la antítesis del racionalismo de Adán y Eva:

> Aparta mis ojos para que no miren la vanidad; haz que viva siguiendo tu camino o ley santa.[112]

La Revolución Anticatólica, iniciada alrededor del año 1300, fue una pésima corrupción de lo óptimo. La Europa Convolucionaria Católica respiraba Fe y se regía por la Fe, pero la Fe viva lleva como por impulsión forzosa a la oración, aunque en algunos casos a continuación lleve a obras buenas externas que desbordan de ella. Quienes estaban llenos de oración o la tenían en todo su entorno, al desinteresarse de ella, sólo podían caer en el librepensamiento más grosero, cínico y antinatural. Mucho puede decirse sobre aquel trágico fenómeno corruptivo. Daremos una cita de León XIII:

> El naturalismo o racionalismo en la filosofia coincide con el liberalismo en la moral y en la política, pues los seguidores del liberalismo aplican a la moral y a la práctica de la vida los mismos principios que establecen los defensores del naturalismo. Ahora bien: el principio fundamental de todo el racionalismo es la soberanía de la razón humana, que, negando la obediencia debida a la divina y eterna razón y declarándose a sí misma independiente, se convierte en sumo principio, fuente exclusiva y juez único de la verdad. Esta es la pretensión de los referidos seguidores del liberalismo; según ellos no hay en la vida práctica autoridad divina alguna a la que haya que obedecer; cada ciudadano es ley de sí mismo. De aquí nace esa denominada moral independiente, que, apartando a la voluntad, bajo pretexto de libertad, de la observancia de los mandamientos divinos, concede al hombre una licencia ilimitada. Las consecuencias últimas de estas afirmaciones, sobre todo en el orden social, son fáciles de ver. Porque, cuando el hombre se persuade que no tiene sobre si superior alguno, la conclusión inmediata es colocar la causa eficiente de la comunidad civil y política no en un principio exterior o superior al hombre, sino en la libre voluntad de cada uno; derivar el poder político de la multitud como de fuente primera. Y así como la razón individual es para el individuo en su vida privada la única norma reguladora de su conducta, de la misma manera la razón colectiva debe ser para todos la única regla normativa en la **esfera** de la vida pública. De aquí el número como fuerza decisiva y la mayoría como creadora exclusiva del derecho y del deber.[113]

En mayor prueba de los presupuestos convolucionarios, el Sumo Pontífice afirma que la vida pública es una *esfera*, de manera que es un tipo de esfera tal que en ella lo divino está en el centro, y los individuos, corporaciones, medios de comunicación masiva e instituciones deben convolucionar en torno de la Iglesia y en torno de la Ley Revelada, que es lo mismo. Pero hacen todo lo contrario… Un gobierno no se degenera nada por estrecharse (=convolucionar): más bien por aflojarse. Porque no se estrecha sino permaneciendo más estrechamente adherido, en el intelecto y la voluntad

---

[111] Gn 3, 5.

[112] Gn 118, 37.

[113] Encíclica «*Libertas*», 1888

de sus representantes, a las leyes y en ellas a Dios Centro, y esta adhesión íntima es el bien y la gloria de un gobierno. Su vigor subsiste en tanto que mantenga el orden y la equidad. Pero cuando se aparta de las leyes, cuando rompe los lazos a los que está esencialmente adherido, entonces se afloja y allí comienza la disolución del cuerpo político, la Revolución Anticatólica.

¡Ojalá la licencia ilimitada concedida a cada cual fuera todo, mientras se guardaran las normas de la convivencia! Pero por lógica, dentro de la multitud desenfrenada «básica» en las malas ocurrencias, habrán casos de especial perversidad y poder que trabajarán para corromper a cada desenfrenado y hacerlo «extremo», sobre todo en la lujuria y blasfemia. Comentaba San Pío X:

> A favor, pues, del poderoso dominio de los que yerran y del incauto asentimiento de ánimos ligeros se ha creado una como corrompida atmósfera que todo lo penetra, difundiendo su pestilencia.[114]

La corrupción y pestilencia de los peores representantes de la Revolución Anticatólica se percibe en el juicio que una monumental enciclopedia de fuerte influencia masónica hizo de los «ultramontanos», o sea, católicos verdaderos, fieles sin ambages a la Roma eterna:

> Ellos crean un Estado dentro del Estado; como aquellas termitas que roen los edificios, ellos minan lenta pero seguramente el país entero. Es el enemigo mortal de la democracia, tanto más terrible cuanto que se esconde, tanto más hábil cuanto que no amenaza: reza. Su figura gesticula una sonrisa, él desprende no sé qué perfume piadoso de sacristía **que asquea**.[115]

El caso especial del abominable Nestorio

La primera gran herejía contra la Santísima Madre de Dios fue la de Nestorio, salida a luz como un pretendido intento de hacer el impenetrable misterio de la Encarnación tan inteligible, que nunca más pudieran los fieles sentirse en aprietos teológicos al respecto y nunca más se levantaran herejías contra él. El gran atractivo del nestoriano era la facilidad de concebir un hombre poseído por Dios, y la dificultad de imaginar un hombre-Dios. Propugnó la canonización de San Juan Crisóstomo, y difundió su herejía con gran belleza de tropos, profusión de citas bíblicas y apariencia de piedad, escondiendo todos sus errores detrás de habilidosos sofismas: un cristiano ignorante podía tomar las palabras de Nestorio como muy ventajosas para Jesucristo. Fue, pues, un maestro de los homenajes altisonantes, pero mal fundados y en el fondo nulos, a Nuestro Señor, como los que en la decadencia de la Edad Media abrirían un abismo en Europa y siempre fueron atributo de la Cristiandad en estado de decadencia.

¡Y este Anticristo fue puesto en el alto solio del Patriarcado de Constantinopla en 428 desde donde difundiría su pernicioso veneno de manera más desenfrenada, envalentonada y segura!… Es muy ventajoso para el católico conocer el nestorianismo. *Fue la única vez que la historia quedó interrumpida por la explicación de un dogma*, y

---

[114] Encíclica «*Pascendi*».

[115] *Grand Dictionnaire Universel* dirigido por Pierre Larousse, entrada «*ultramontanisme*». París, 1880.

éste ciertamente tiene por qué llamar la atención. Porque, ¿qué sabía el cristiano, si ignoraba lo que se debatía en pro y en contra de la divinidad de Jesucristo, sin la cual no hay Cristianismo?[116] ¿Y qué razón de ser tiene la Historia y el Universo sin Cristianismo?

A continuación damos el horroroso Credo que Nestorio quiso desde el principio que fuera suscrito por todos, y cuyo autor fue Teodoro de Mopsuestia. Más tarde fue llamado *la fuente del nuevo judaísmo*, porque trata a Jesús de Nazaret a la manera de los judíos que lo reconocen por hijo de María y de ningún modo por hijo de Dios. El Credo comienza diciendo que hay que creer en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Explica los atributos de cada una de las tres personas, y enseguida, llegando a Jesucristo, dice:

> Hay que saber que es un hombre semejante a nosotros al que Dios Verbo se juntó de cierta manera inexplicable: de tal suerte, sin embargo, que él quiso que este hombre muriera como los demás. Pero a continuación lo resucitó, lo llevó consigo al Cielo, y lo situó a la diestra de Dios; tanto es así que como él está elevado por encima de todo Principado, Potestad, Dominación, Virtud, por encima de todo lo que es y que será alguna vez, es justo que toda criatura lo adore como a aquel que se encuentra juntado inseparablemente a la naturaleza divina; puesto que es en vista de Dios, y con relación a Dios que se lo adora. Y esto no es reconocer dos Señores, ni dos Hijos de Dios, puesto que no hay más que un solo Hijo de Dios POR ESENCIA, a saber, Dios Verbo, Hijo único del Padre, de quien ESTE HOMBRE recibe por comunicación el nombre y los honores de Hijo de Dios, como quien participa de la Divinidad por la CONJUNCIÓN que tiene con el Verbo. Similarmente, es sólo Dios Verbo que es ESENCIALMENTE Señor, pero ÉSTE participa de esta calidad por la ligazón que tiene con el Verbo. Así, no reconocemos ni dos Señores ni dos Hijos de Dios, puesto que siendo el Verbo manifiestamente el único Señor e Hijo de Dios por su propia esencia, aquel a quien tomó consigo para trabajar por nuestra salvación, es honorado, en virtud del lazo inseparable que lo junta al Hijo y al Señor, con el nombre y la calidad de Hijo y Señor, no en la manera como cualquiera de nosotros en particular es hijo de Dios conformemente a la doctrina del Apóstol que dice que somos varios los que portamos la calidad de hijos, pero de una manera que le es propia y singular, a causa de la SOCIEDAD y de los LAZOS que él tiene con Dios Verbo: de suerte que siendo Hijo y Señor por participación, en eso mismo hace ver que esta calidad de Hijo es una calidad única, y que es imposible concebir ni dos Hijos ni dos Señores: es, pues, similarmente en vista del hecho de que él está juntado con el Verbo que hacemos de este hombre el objeto de nuestra fe, de nuestra confianza y de todos nuestros pensamientos. Es por ello que toda criatura lo adora a causa de la relación que tiene con Dios.
>
> Decimos, pues, que no hay más que un Hijo y Señor, que es Jesucristo, por quien todas las cosas han sido hechas. Y diciendo esto concebimos PRIMERA Y PRINCIPALMENTE a Dios Verbo, que es Hijo de Dios y Señor por esencia; pero concebimos TAMBIÉN SIMULTÁNEAMENTE lo que él tomó consigo, a saber, Jesús de Nazaret, en quien Dios derramó la unción de su espíritu y su virtud. Lo concebimos —digo— como participante de la calidad de Hijo y de Señor a causa de la estrecha CONJUNCIÓN que hay entre él y Dios Verbo.

[116] El arrianismo estrictamente no negaba la divinidad del Hijo, sino que la constituía en un segundo orden a la del Padre

Así, Dios Verbo y Jesús de Nazaret serían dos personas realmente tan diferentes como un hombre lo es de otro. Se ve al hijo de María asociado al Hijo único del Padre, revestido de su poder, de su dignidad, de todos sus títulos; pero ahí mismo lo vemos declarado no ser el Hijo único del Padre, puesto que el asociado no puede ser el mismo que el que asocia, y quien dice SOCIEDAD dice necesariamente dos personas, que, es verdad, pasarán por uno en las cosas civiles y morales, pero no en las acciones y propiedades *físicas* o sustanciales y propias del *individuo*.

Insinceros y astutos, cuando se les pedía explicaciones sobre el tipo de unión que existía entre Jesucristo y Dios, se quejaban de que se sospechara de ellos porque no podían explicar un misterio incomprensible, y decían que debía bastar que admitieran entre las dos naturalezas una unión inefable más estrecha que la de un amigo con su amigo, la de una esposa con su esposo, la de un obrero con su instrumento, la del hombre con sus vestiduras, la del templo con la Divinidad que habita en él, la del profeta con el espíritu del que está poseído. Ante la objeción de que esos ejemplos no denotaban verdadera unidad, decían que Jesús de Nazaret era un hombre poseído por Dios, que actuaba por la impresión del Verbo, que había establecido su morada en él, y que en cierto modo se había revestido de él a fin de manifestarnos su gloria a través de un velo de carne a quien él había elegido para que fuese el instrumento de nuestra salvación y amado con preferencia a todas las demás criaturas, y que se había dado a esta humanidad santa por como un esposo a su esposa.

Juzgando que dos hipóstasis perfectas, vale decir, la humana de Jesús y la divina del Verbo, se hubieran reunido en una común persona o «πρόσωπον», el arrogante heresiarca negó aquella admirable unión sustancial de las dos naturalezas que llamamos hipostática; por tanto enseñó que el Unigénito Verbo de Dios no se había hecho hombre, mas se hallaba presente en la humana carne por su inhabitación, por su beneplácito y por la virtud de su operación. De aquí que no se debiera llamar a Jesús Dios, sino «Θεόφορος» o sea Deífero o Portador de Dios, por modo no muy desemejante a como los profetas y los demás santos pueden llamarse deíferos, esto es, por la gracia divina concedida a ellos.

De estas perversas máximas de Nestorio se infería deber reconocer en Cristo dos personas, una divina y otra humana; y de ahí se descendía necesariamente que la Bienaventurada Virgen María no era verdaderamente Madre de Dios, o sea «Θεοτόκος» sino más bien Madre de Cristo hombre, o sea, «Χριστοτόκος».

A la pregunta: «*¿El Hijo de María es Dios?*» respondían con evasivas, pero puestos en la obligación de definirse, daban una respuesta negativa —y herética y blasfema. Torcían una gran cantidad de pasajes bíblicos para justificarse.

Una de las *Cantigas de Santa María* decía en castellano antiguo: «Maldito sea quien no loare a aquella que tiene en sí todas las bondades». De la misma época, un himno inglés expresaba con dulzura, cuando el inglés se pronunciaba más a la francesa: «*There is no rose of such virtue as is the rose that bare Jesu*».

Es blasfemísimo negar la Maternidad Divina de María, pues niega a Dios el haber traído a la existencia a una criatura que excede al universo conocido más de lo que el universo conocido excede a una pizca de polvo que flota en un espacio luminoso. Es

blasfemísimo de parte de un ser humano negar la Maternidad Divina Mariana, pues es negar el Principio del mundo re-creado y deificado, y negar el claro contenido de la Anunciación Angélica, que es Palabra de Dios que permanece eternamente. Y es blasfemísimo negar la Maternidad Divina de Nuestra Señora, porque con ello se atacan varias letanías lauretanas, varias invocaciones de la oración *akathistos* y todas estas maravillas desplegadas por Pío XII:

> ¿Quién se atreverá a dudar de que aquélla que es más pura que los ángeles, y que fue siempre pura[117], que estuvo en todo momento, sin excluir el más mínimo espacio de tiempo, libre de cualquier clase de pecado? […] este singular privilegio, a nadie concedido, lo obtuvo [María] de Dios precisamente por haber sido elevada a la dignidad de Madre suya. Pues esta excelsa prerrogativa, declarada y sancionada solemnemente en el Concilio de Éfeso contra la herejía de Nestorio[118], y mayor que la cual ninguna parece que pueda existir, exige plenitud de gracia divina e inmunidad de cualquier pecado en el alma, puesto que lleva consigo la dignidad y santidad más grandes después de la de Cristo. Además, de este sublime oficio de la Virgen, como de arcana y purísima fuente, parecen derivar todos los privilegios y gracias que tan excelentemente adornaron su alma y su vida. Bien dice Santo Tomás de Aquino: «Puesto que la Santísima Virgen es Madre de Dios, del bien infinito, que es Dios, recibe cierta dignidad infinita»[119]. Y un ilustre escritor desarrolla y explica el mismo pensamiento con las siguientes palabras: «La Santísima Virgen… es Madre de Dios; por esto es tan pura y tan santa que no puede concebirse pureza mayor después de la de Dios»[120].

A la pretensión del nestoriano de que Jesús Hijo de María sólo era un hombre deificado, el brillante y eximio San Cirilo Patriarca de Alejandría (gran vencedor de Nestorio) planteaba cuatro preguntas: 1. En qué consiste aquella deificación. 2. Sobre qué está fundada. 3. Hasta dónde ella eleva al Hijo del hombre. 4. Qué precio dio a su sangre. —En esta interrogación cuaterna el hereje sólo veía abrírsele cuatro abismos que no le dejaban de qué agarrarse.

Nestorio fue condenado en 431 en el Concilio de Éfeso, ciudad donde vivió la Virgen Santísima en tiempos apostólicos. La herejía quedó conjurada, pero Nestorio quedó impune y hasta mezclado con verdaderos fieles, y durante más de un largo siglo el Imperio Romano de Oriente gimió bajo una seguidilla interminable de intrigas doctrinarias, persecuciones, y derramamientos de sangre.

Otro prominente nestoriano se levantó ya en el segundo milenio: Abelardo, abusador de la dialéctica y negro y espantoso padre de la inmensa corriente revolucionaria, aún amplísimamente vigente, que dio en llamarse *racionalismo* y *librepensamiento*. Para Abelardo, la proposición «Dios es un hombre, un hombre es Dios» era una mera expresión metafórica que no había de entenderse literalmente. La conclusión lógica de la teoría de que Jesús de Nazaret era un mero *hábito* de Dios Verbo, era la proposición aniquiladora «Cristo en cuanto hombre no es algo». La humanidad asumida como vestidura no es nada esencial o sustancial en Cristo; de lo

---

[117] Bulla dogm. *Ineffabilis Deus*, passim.

[118] Cf. Pius XI, Enc. «Lux veritatis«: AAS 23(1931)

[119] Cf. *Summa theol*., I-25-6 ad 4.

[120] Cornelius a Lapide, *In Matth*., I, 16

contrario el Logos habría cambiado. Este neo-nestorianismo fue condenado por Alejandro III en 1177. Abelardo vomitó muchas herejías más; San Bernardo de Clairvaux lo pinta en los rasgos más horribles y comunica al papa que él hizo con Arnaldo de Bresse un complot secreto contra Jesucristo y contra su Iglesia, que persigue a la Iglesia de manera tanto màs peligrosa cuanto más escondida y secreta; es el perseguidor de la fe, el precursor del Anticristo. Abelardo fue un precursor del lema del repugnante Bergoglio de la misericordia incondicional que virtualmente disuelve la justicia: «He pagado una vez en Cristo por mis pecados, no es justo que pague de nuevo». Abelardo no solamente promovió el pensamiento «fuerte» (para practicar la convicción soberbia y desviarse y desviar a otros), sino también el pensamiento «débil» carente de convicción, y esto mismo en la Fe, la segunda parte de cuya definición apostólica[121] cambió de «el fundamento [*o firme persuasión*] de las cosas que se esperan, y un convencimiento de las cosas que no se ven» por «apreciación de las cosas que no se ven».

Abelardo renació en Ockham que fue mucho menos contenido. De Ockham vino Descartes, de Descartes Kant, de Kant Hegel, de Hegel Marx, y de Marx Lenín, el Gulag y una inundación de sangre. A eso lleva el «simpático y sano» librepensamiento que se pasa sin Dios…

Y si buscamos nestorianismo en el tercer milenio, lo encontraremos donde menos corresponde. Ratzinger se expresó como un nestoriano precisamente delante del santuario austríaco mariano de Mariazell el 8 de septiembre de 2007:

> aquí encontramos a Jesucristo, en quien Dios está con nosotros.

Se cuidó de hablar según el dogma católico y decir que Jesucristo *es Dios* con nosotros, como ya lo anunciara Isaías, que aparece al pie de la columna de la Inmaculada en la Plaza de España en Roma.

El «Padre» Nestorio es por excelencia EL GRAN BLASFEMADOR HISTÓRICO DE LA MADRE DE DIOS, gran enemigo de Ella como Satanás —socio de Satanás, y Anticristo por divisor de Cristo:

> y todo espíritu, que desune a Jesús , no es de Dios; antes éste es espíritu del Anticristo, de quien tenéis oído que viene, y ya desde ahora está en el mundo.[122]

El nestorianismo, notoria expresión de la Revolución Anticatólica suspendió en cierto modo el tiempo por su inmensa peligrosidad para la Cristiandad, y si se le hubiera dado libre curso, habría causado estragos incalculables en un tema que nos queda por ver: la Convolución Católica. Y el nestorianismo es una burlesca negación y negativa burla a las divinas palabras gabriélicas reparadoras de todo el mundo.

---

[121] Hb 11, 1.

[122] 1 Jn 4, 3.

Breve historia de los designios convolucionarios de Dios

Ante todo queremos descargarnos de la eventual acusación de que «vemos y queremos ver círculos por todos lados». Vemos círculos en lo principal y más viviente, y recordamos que en el círculo se inscriben innumerables figuras poligonales planas, y en cuanto a la esfera, inclusive figuras poligonales curvas, y el globo terráqueo es el ámbito de innumerables figuras de la naturaleza viviente e inerte, así como de producciones del arte humano. *Hay muchos todos que no son esféricos, pero el todo de todos los todos, es esférico*.

A causa del omnipresente exceso esférico, la esfera sólo puede ser dividida por arcos de grandes círculos en 4, 8 o 20 triángulos equiláteros, en 6 cuadriláteros de ángulos de 120° y en 12 pentágonos regulares. Observemos la «amistad» que parecería existir entre la esfera y el número Trino: o bien ella es dividida igualmente en múltiplos de 3, o bien es dividida igualmente en triángulos. Aunque seis triángulos no se pueden ensamblar en la esfera como en un plano para formar un hexágono, se puede agrandar a voluntad el ángulo del triángulo equilátero extendiendo su superficie, y se puede ensamblar en torno de un punto: tres triángulos equiláteros con ángulos de 120°, cuatro triángulos equiláteros con ángulos de 90° y cinco triángulos equiláteros con ángulos de 72º. *La configuración de la esfera es simple en su plenitud, pero no es «tonta»…*

El mundo es el conjunto de todos los cuerpos que Dios creó y que nos muestran todos los días su Majestad y Poder. No todos los cuerpos que componen el Universo son de una misma naturaleza: los hay luminosos y opacos, sólidos y fluidos. Todos estos cuerpos guardan entre sí una relación y disposición particular que no es fácil de conocer a una mente tan limitada como la humana; porque al ser el mundo una obra o por mejor decir un juego de la mano del Ser Supremo, que pudo disponer sus partes a su agrado y ordenarlas en una infinidad de maneras diferentes, su nombre y su orden no podrían sernos conocidos por ninguna razón tomada de la naturaleza de las cosas en sí mismas; además Dios no nos reveló este orden. Sólo nos queda la mera experiencia para juzgar, entre las diferentes maneras que Dios pudo elegir, cuál parece la más conveniente.

Huelga acusar la curvatura de la esfera de «afinidad» con la «caída» curvilínea desde la direccionalidad o rectilineidad sobre todo morales o por doblegamiento a un poder superior maligno. Eso está pésimo, como el caso contrario del allanamiento de lo justamente curvo por conveniencia o debilidad. Pero en el caso del círculo perfecto, no es símbolo ni ocasión de «doblez», sino que todo lo contrario, lo es de rectitud por 360º y por la manutención de un diámetro super-rectilíneo que separa dos semicírculos iguales. De hecho, una línea recta puede comprenderse como un desarrollo de una larga línea curva envuelta sobre sí misma como un carretel o como una semi-circunferencia vista de afuera. Un cubo podría representarse en una pequeña, virtualmente plana fracción de superficie esférica con poquísima distorsión, «desarmado» en sus seis lados como una cruz plana. En cambio por mínimo que sea un cubo, no puede en uno o varios lados de él representarse una esfera sin distorsión grandísima. «La esfera habla un lenguaje superior». Es verdad que si una línea que representa lo moral o racionalmente debido se convierte en una fracción de

circunferencia, se da un mal; pero también si una circunferencia es «cortada» en un punto y convertida en una curva mayor, es decir, paradójicamente, menos curva. Es indispensable la existencia de lo justamente rectilíneo a la par de lo justamente curvo y a su servicio. Nos basta pensar en los rayos del círculo y el eje de la esfera con sus polos. ¡Las estrellas-guías son circulares! ¡Y lo es el horizonte, con sus cuatro puntos en cruz! Y para Parménides, la Verdad y el Ser mismos (¿qué de más direccional?), son «bellamente circulares»[123]. Casi podría decirse que la línea recta, agradable al Diablo según el erudito y entendedor demonólogo Egon von Petersdorff, es un mal necesario: —para unir dos puntos con la mayor rapidez y menor longitud (pero sin orbitar en torno de un tercer punto), —para establecer grados, —para requerimientos elementales de la ley de gravedad y de la mejor distribución de compartimientos. El cuadrado, propio de obras humanas racionales, es inferiormente complementario del círculo soberano. La línea recta horizontal de gran longitud produce el mal de atraer la mirada hacia los exteriores lejanos, separando el alma de su conciencia. El círculo es la distancia más larga de un punto a sí mismo—y en eso mismo es su aventura y creación más hermosa, que lo agranda a medida de la mayor amplitud de la curvatura y la distancia del centro absoluto idealizante… El círculo sólo puede hacerse por la fijeza de un punto de referencia en continua igual distancia con el cual un punto se mueve; y se mueve «sacudiendo» doblemente la inercia: en un movimiento de alejamiento inicial de sí, y en un movimiento de curvatura, dirigidos por un punto fijo: combinación que permite «ir sin irse». El punto opuesto *per diametrum* es la distancia más larga del círculo descripto por el punto a éste mismo. ¡Qué diferencia entre un recorrido circular y uno cuadrado hecho de cuatro segmentos y cuatro «vueltas de esquina» abruptas, y esto sin ningún centro rector, sino de afuera!

Más fundamental: El círculo es anterior a la línea y la define y califica, y no a la inversa.

El citado sabio alemán que se especializo en ángeles malos para desenmascararlos y por la gloria de Dios, erró encontrando el arte católico ideal en el barroco y no en el gótico, alegando que el primero hacía máximo uso de las curvas y el segundo, en cambio, en su elevación columnada hacia lo alto, claramente hacía uso de rectas. Olvida el detalle de que el gótico avanzado es un cántico a la luz y a la altura, y de que sus rectilíneas exaltan mejor sus curvas proporcionadas por elevarlas derecho, que cuanto las curvas caóticas y caprichosas del barroco puedan exaltarse unas a otras. Pero acertó en afirmar que la línea recta es en el mundo producto de la razón humana planificadora: aún cuando los pasos del hombre persiguen un objetivo directo y buscan el camino más corto —como en los escalones de las iglesias—, nunca salieron rectilíneamente, sino que suelen ir en curvaturas mayores o menores. China y Tibet fueron tradicionalmente reacios a las líneas rectas, como queridas por los malos espíritus.

Hasta los pitagóricos del siglo VI a. C. veían «en lo ilimitado/indefinido […] lo recto/par, imperfecto y malo», en cambio «en lo limitado/definido […] lo no-recto/impar, perfecto, divino».

---

[123] Frag. B VIII, *passim*.

Bernardin de Saint-Pierre afirmaba:

> De todos los movimientos, el más agradable es el movimiento armónico o circular. La naturaleza lo difundió en la mayor parte de sus obras, y hasta hizo susceptibles de él a los vegetales arraigados a la tierra. Nuestras campañas nos ofrecen frecuentes imágenes suyas cuando los vientos forman sobre las praderas largas ondulaciones semejantes a las olas del mar; o cuando agitan suavemente, sobre las cumbres de las montañas, las altas cimas de los árboles, haciéndolos describir porciones de círculo. La mayor parte de los árboles forman grandes círculos jugando en los planos del aire, y se complacen en trazar allí una multitud de curvas y espirales.[124]

La esfera, por su unidad y simplicidad, es la figura geométrica más llena de ser. Santo Tomás explicaba:

> Cuanto más simple algo es, tanto menos limitada es su virtud, y por ende a más se extiende su causalidad.[125]

Definimos la Convolución Católica así:

MOVIMIENTO CIRCULAR INTROVERSO EN EL ORDEN CREADO PERSONAL QUE, TRASCENDIENDO LO MATERIAL Y ESPACIAL, REALIZA EL HECHO INESTIMABLE DE LA REUNIÓN Y UNIFICACIÓN ARMÓNICA DE LOS PODERES ESPIRITUALES DE LA CRIATURA HACIA DIOS.

En nada se aviene esto con el egocentrismo, el hinduismo, el cartesianismo o una «huida de las cosas» según el idealismo alemán, sino todo lo contrario. En efecto, no es una introversión dirigida a sí misma en cuanto sujeto, potencia y recipiente (en nada de esto en cuanto tal encontraría gran cosa), sino que, partiendo de su imprescindible recogimiento interno ordenado, y olvidada de sí, se dirige a lo ajeno y objetivo, que no puede captarse por primera vez de otro modo que por los sentidos. Así pues, la misma Convolución requiere una atenta extroversión sensorial, también ella convolucionaria en cuanto total y armónica. La Convolución no es paranoica y obsesiva por monótona, pues nada dice que sea monótona como tampoco dispersa ni irregular: por lo pronto, sigue al Bien, y el Bien no es monótono. No es una «manía de círculos», sino un seguimiento inteligente y significativo por parte de uno o más de ellos, de los primeros principios «quieto por infinitamente rápido, por adelantarse a la sucesión de partes que vienen en fila en los movimientos ordinarios»[126]. Y no hay que olvidar que la Convolución es una metáfora tridimensional de algo sin dimensiones reales, y representa el movimiento fiel del alma y pensamiento en torno de los primeros principios, nada más, nada menos.

> Embelleciendo el primer cerco eterno,
> Gozan de diferente dulce vida
> Cerca ó lejos del soplo sempiterno.
> Es la esfera en que giran más tendida,
> Y las vistas, tan solo son el signo
> De la primera celestial subida.

---

[124] Œuvres.

[125] *De Veritate*, q. 7, a. 8

[126] Père Yves de Paris, *Morales Chrétiennes*.

Y con este lenguaje te designo
Lo que por sensación el hombre aprende
Y que es materia de intelecto digno.[127]

La Convolución, sin ser vista, marca el funcionamiento de la vista. Todo lo que vemos pasa a través de un pequeño orificio —la pupila— a una concavidad semiesférica que es la retina, y de allí, de modo que la ciencia no ha descifrado aún, al sistema nervioso. La Convolución, sin ser oída marca también el funcionamiento del habla y del sonido. Es capaz de reducir largas sentencias a pocos conceptos, y una sinfonía a un instante, como en una concentración circular, y de estos a uno sólo.

A la objeción de que la Convolución Católica se aparta de una vida simple y normal, respondemos:

«Si no quieres Convolución Católica, tu vida no girará en torno de tu único centro en el que llevas grabada la ley eterna de la que no tienes escapatoria. Tu vida será desgarrada y anormal. La centella del alma necesita inflamarse constantemente con el ejercicio del amor; por su parte, el entendimiento debe ir al estudio y penetración de los valores avivado por el fuego de amor de la voluntad. La inteligencia y la voluntad viven del entusiasmo que el alma toda sienta por los valores, y a su vez acrecen, con su actividad moral, la potencialidad y la riqueza de amor en el fondo del alma. Tu vida no tiene, fuera de tu propio centro, ninguno otro connatural en torno del cual girar, y andarás disperso como Caín. Peor, tu dinamismo interior girará, como en espantosa parodia de centro unificador de la vida, en torno de tu voluntad torcida.»

San Bernardo[128], basándose en San Pablo[129], considera sobre la naturaleza de Dios que su longitud es su eternidad, tan extensa, que permanece firme e indivisible sin extensión de lugar ni de tiempo. Su anchura es su caridad, que no puede terminarse, pues es eterna, y mira a los buenos y malos como obras de su mano, que no excluye de sus beneficios comunes. Su altura es su poder, y su profundidad es su sabiduría, que marchan a paso parejo: si la sublimidad de su poder no puede ser comprendida, la profundidad de su sabiduría no puede ser sondeada. El afecto santo hace al santo, y es doble. El temor respetuoso y filial del Señor es una afección santa, y con estas dos alas el alma fiel aprieta, embraza, tiene y comprehende a su señor. Y ciertamente la afección del temor responde a la altura del poder y a la profundidad de la sabiduría, y la afección del amor conviene a la longitud de la eternidad y al ancho de la caridad de este Ser soberano. Tendríamos, virtualmente, una dimensión de temor respetuoso de Dios que cumplir en rayo interiorizante hacia un centro sapientísimo y también en rayo ascendente hacia un polo potentísimo, y dos dimensiones de amor filial de Dios en plano en cuatro puntos cardinales —correlativos a las dos aurículas y dos ventrículos del corazón— recorridos circularmente: su eternidad y su amor. ¿Qué representaría el polo restante: quizás la unión con el cuerpo? No podemos saberlo todo…

Vayamos, pues, a nuestro tema.

---

[127] Dante Alighieri, *Paradiso*, Canto IV, 34ss.

[128] Lib. 5. *De consid*. c. 13.

[129] Ef 3, 18.

[130]Cuando la divina sabiduría sacó de la nada la pletórica y espectacular Creación, debió darle una dirección que no podía serle inmanente. Él mismo en cuanto glorificado fue el fin primero y supremo de todo lo hecho.

El universo en su instinto innato de glorificar a Dios buscó la forma mejor y más adecuada de hacerlo: todos los seres individuales juntarán y apretarán todo su poder como en un punto. Este uno, que lleva en sí lo más selecto de todo orden, fuerza y don, aparecerá entonces en nombre y por encargo de toda la creación ante aquel que cuanto es de sí, con toda su plenitud, es el uno simplísimo y único. Este representante del universo se consagrará y entregará a sí mismo al Señor, y consigo le consagrará y entregará el universo. Así deberían colocarse las cosas, por naturaleza. *Comienza la Convolución en el deseo unánime del Universo de un representante que glorifique al Hacedor.*

Dios creó el alma humana. El hombre en su corporalidad es el sublimado, la corona de la creación material inferior, su representante por naturaleza y nacimiento. El alma, a su vez, como espíritu incorpóreo, autónomo y personal es por su parte en cierto sentido el representante del mundo superior y puro de los espíritus. Así pues, en la conjunción de cuerpo y espíritu el hombre completo es la suprema maravilla de la creación.

Entonces, ya que el universo mira a elegir un enviado apropiado y despacharlo al Altísimo, el mismo universo ahora necesita seguir los pasos de Dios a través de su trabajo de días. Y entonces encuentra un centro según el cual todos los órdenes de la creación gravitan, al que cada grado le imprimió su signatura y le dio un diploma. Por eso el hombre puede ponerse al frente y hablar y obrar en nombre de todos, y además *debe* hacerlo. *Comienza una Convolución universal en torno del ya existente hombre glorificador de Dios.*

El proceso del empuje ascendente de la materia hacia un punto de encuentro a partir de las aguas fluctuantes hasta el ser humano, no está concluido con la persona del hombre. El segundo acto del drama ocurre en el interior del hombre. Su característica posición como nudo de dos mundos, uno inferior y otro superior, encuentra su imagen, su repetición, en su propio ser.

Ocurra lo que ocurra en el ser humano, en lo inferior como en lo superior, amor o dolor, obrar o sufrir, encuentra entrada y salida y resonancia en las cámaras del misterioso músculo que es el *corazón*. Ningún otro órgano del cuerpo es tan vital. En él se concentra toda la vida natural y espiritual del hombre, y por consiguiente el corazón es el punto central y representante de todo el hombre, del microcosmos, como este microcosmos lo es del universo. Así las cosas, el corazón humano aparece como el punto central, lo más exquisito y el representante del universo potenciado al cuadrado, y en consecuencia tiene el derecho y el deber de entrar en juego y obrar en nombre del universo. Él es, casi podríase decir, el universo «*in nuce*», en una nuez, y por ello debe tomar responsabilidad de su tarea y encargo del universo: el justo homenaje de Dios. *La Convolución universal en torno del hombre glorificador de Dios se concentra en lo*

[130] Inspirado en parte en *Das Herz des Gottmenschen im Weltenplane*, del Revdo. J. M. Pörtzgen, Tréveris, 1890.

central en torno de lo cual todo lo suyo también gravita. Como colocadas en un amplio teatro redondo, miran al corazón los seres todos desde la muda piedra con su ansia inconsciente hasta los más altos espíritus, como si todavía estuvieran detenidos en su *hosanna*. De todos los confines del amplio Reino de Dios, de lo alto, ancho y profundo acuden en masa, y conceden entonces al corazón humano el título de *Duque de la Alianza* que debe llevar el homenaje. Dios mismo le exige un compromiso radical y factual.

Empero, si el homenaje del representante de toda la Creación ha de caracterizarse como digno de Dios, de alguna manera lo imperfecto y finito debe ser reajustado para una prestación infinitamente alta y valiosa. Lo cual sólo puede darse si un infinito se asocia al finito de tal manera que la propiedad del primero también lo sea del segundo. Pero no hay nada infinito sino lo *divino*. Una tal asociación encuentra manifiestamente su punto de conexión más natural y más apropiado en el hombre, el sublimado de la Creación, más exactamente en el corazón humano, el punto central de la personalidad humana. Entonces en el corazón humano se encuentran por un lado los caminos que la eterna sabiduría transita en lo bajo de la creación, para formarlo como la flor del universo, y por otro lado las altas avenidas que ella mantiene arriba, en el decreto de la divina Encarnación.

Entonces el ansia del universo y los derechos del Altísimo encuentran su plena satisfacción. Un tal corazón es el jefe de coro llamado y apropiado, que comienza el *Alleluia* en el concierto del universo y en bienaventurado final lleva el apremio amoroso de la criatura a adentrarse en el regazo del eterno amor. *Las criaturas ya no hacen Convolución en torno del simple hombre en cuanto glorificador de Dios, sino en torno del Dios-Hombre, a la par glorificador y glorificado.*

Jesús en el estado y la subsistencia de su Encarnación es un abismo de maravillas, un mundo de grandezas, un mundo de eminencias, rarezas y singularidades: *es el centro, el círculo y la circunferencia de todas las emanaciones de Dios fuera de sí mismo*. Es la obra maestra de Dios y la obra en la cual, saliendo fuera de sí mismo, él mismo agota su grandeza, su poder y su bondad, y en la cual él mismo se encierra para hacer parte de su obra, por así decir, para levantarla por encima de todas las obras de sus manos y para dignificarla y deificarla por sí mismo.[131]

Los himnos de alabanza que *este* Corazón en la cumbre de todos los seres presenta al *Señor* por excelencia, son dignos de un Dios. Más no puede exigirse, más no puede rendirse. En efecto, dicho Corazón es por un lado flor y representante de toda la Creación, el centro de gravedad inmóvil de sus esfuerzos comunes y por otro lado es el punto hacia el cual Dios mismo, por su parte, dirige y recoge su infinito poder, como los rayos del sol se reúnen en el foco de la lupa. Es el *Ideal* de Dios, en el que la absoluta Forma opera en conjunción con la flor de toda la materia. Este pequeño contenedor, de tamaño pequeño para la estatura humana, es el taller, cuyo sencillo latido lleva a cumplimiento el trabajo gigantesco de una infinita glorificación de Dios.

Para este Corazón fue hecho lo que fue hecho, y ha acontecido lo que ha acontecido. Lo creado y lo divino, la materia *per eminentiam* con la forma *per*

[131] Cardenal De Bérulle, *États et grandeurs de Jésus-Christ*.

eminentiam unificadas por la mano de Dios: he aquí el gran «sacramento» de la primera Creación. Es *la idea de la Creación y el corazón divino*. «*Venite adoremus*», vale para los amigos. ¡Y vosotros, sus enemigos, mejor cuidaos!

El pecado en su naturaleza íntima es negación, *revolución* de la voluntad creada contra la voluntad expresa de Dios. Éste habla: «Debes», y aquél se niega. Dios prohíbe: «No debes» y la criatura replica: «Lo hago igual». Si la voluntad creada no desiste de esta contradicción en un cambio de actitud y en un arrepentimiento, entonces para hacerse valer y alcanzar su malvado fin en lo posible, debe voltear la voluntad divina que se le interpone en el camino. *La armoniosa Convolución queda ampliamente destrozada y hecha Revolución disgregadora y volteadora.*

Y como estaba en los planes de Dios que el pecado, el misterio de la iniquidad, se revelara y desplegara de lleno en su horror de acuerdo con todos sus instintos internos y todos sus desarrollos externos, para que *su* misterio, el misterio del Corazón de Dios, también triunfase de lleno sobre aquél, así fue como el alto Señor realmente doblegó su noble cabeza a la arrogancia del pecado. Bajo sus violentos golpes murió como Dios-Hombre. Es así como el pecado es, teórica y prácticamente, asesinato de Dios, real y horroroso.

Como asesinato de Dios, el pecado es lo más grande y clamoroso que se pueda pensar de opuesto al deber de la criatura de glorificar debidamente al Creador. Si ya antes de todo pecado esto no era posible a la criatura finita ni con el despliegue de todas sus fuerzas, ahora, después del pecado, quedó suprimido aún lo poco que le era posible, y la carencia natural se convirtió en deuda sobrenatural. Así es como el Dios-hombre, que debía obrar esa glorificación perfectamente, encontró en el camino un nuevo arduo trabajo: el de levantar el mundo de la caída y volver a colocarlo en la gran procesión de la transfiguración. Y la parte del león en este trabajo gigantesco también recayó sobre el *Corazón* del Dios-hombre. La misión llena de amor bienaventurado que le había sido proporcionada en el plan de la creación, se tomó, bajo la presión del oscuro misterio, la forma de doloroso y sangriento esfuerzo redentor, para expiar misericordiosamente una culpa infinita.

Hubo de llegar el Cordero. La consumación del gran plan de Dios debió venir de un *Corazón* mediante la Redención, como había salido de un corazón la agresión contra el mismo. En el Corazón divino recayó como peculiarísima tarea la ejecución de la obra de la Redención, y eso precisamente por su posición en el plan de la Creación, que sin la Redención no podía ser llevada a su fin. *Ocurre la nueva, misericordiosísimamente redoblada Convolución Cristocéntrica Recolocadora, de la cual Cristo es el Centro Inmóvil y el Manantial Siempre Vivo.*

Por siglos triunfa el Cristianismo no sólo en numerosísimas almas, sino en las más poderosas e influyentes: la Convolución Católica ha afectado los mismos fundamentos del orden social; la Ciudad respira oración. Pero llega el infeliz día de la Revolución Anticatólica Desafiadora. Hay una verdad estremecedora en que la Revolución Anticatólica es una rebelión incomparablemente mayor que la de civilizaciones o etnias paganas que se apartaron, en mayor o menor medida, de la ley natural del corazón. Es un rechazo social total dirigido contra el Dios encarnado, conocido y presente y contra Sus Leyes y Bienes sobrenaturales desplegados a la vista, por parte de naciones que

habían sido transfiguradas por la Sangre de la Nueva Alianza. Es un rechazo contra Nuestro Señor Jesucristo mucho peor que el de los mahometanos, por ejemplo. En muchas partes de Sus revelaciones a Santa Brígida, Nuestro Señor Jesucristo acusa a los malos cristianos como peores y más hirientes hacia Él que Su propio pueblo que Lo crucificó desconociendo Su Divinidad. Para el cristiano, no hay ideal humano en abstracción de Cristo y el Evangelio. Los últimos medievales y los renacentistas desafiaron un Evangelio ancestral, ubicuo, floreciente en legados y ejemplos.

¡Terrible! Tenían bastantes pruebas de que la más subida imagen de la perfección humana es el Hijo de Dios hecho hombre, prototipo de toda criatura. Ante esa imagen, que había derramado luz, vida, dulzura, belleza, entusiasmo y vigor por Europa durante un milenio, sólo una vanísima y vil locura pudo tratar de abandonarla, y sólo una maldad muy radical, total y cumplida pudo tratar de destruirla. Ese pecado fue castigado con nuevos pecados y degradaciones culturales, con nuevas conspiraciones e infiltraciones y con la obra maestra de las tinieblas que fue la ocupación de la Santa Sede con extinción del verdadero papado y mimetización del mismo para propagar toda clase de suciedades y abominaciones religiosas. En la Edad Media el orden natural había quedado tan sujeto y unido al sobrenatural, que la sociedad no podía mantener aquél tras quebrar éste iluminativo y perfectivo los dirigentes temporales y espirituales y las mayorías; debió, pues, quebrar el orden social natural con tanta perversidad cuanta podía haber adquirido por su ingratísima y sacrílega quiebra del orden social sobrenatural.

Pero aún a esto Nuestro Señor Jesucristo y su Santa Madre Señora Nuestra oponen nuevas Convoluciones —la Evangelización de América y Filipinas, el Concilio de Trento, la orden jesuita, la devoción al Sagrado Corazón— y tienen reservada una global y total para un futuro que no conocemos…

Finalmente, la bienaventuranza eterna misma es convolucionaria. ¡Horrorizaría llamarla «contrarrevolucionaria»! Vayamos a Dante:

> Interpoladas, como en flor las flores,
> Y el Punto, aquella multitud volante,
> No me impedía ver sus resplandores;
>
> Porque la luz divina y penetrante
> En los orbes, según cada uno es digno,
> A eclipsarle, jamás nada es bastante.
>
> Aquel reino seguro y tan benigno.
> Habitación de antigua y nueva gente.
> Sólo en un punto ve de amor el signo.[132]

La filosofía aristotélico-tomista, enteramente integrada en la Convolución Católica e inspirada por ella, al paso que conoce y conquista el ser en la identidad y la permanencia y a través de la condición —indispensable al hombre mortal— del devenir, también enseña que el ser en cuanto tal, principio de todo bien y regla de todo conocimiento y de todo orden, no puede pasar a la nada de la inestabilidad y de la historia, del devenir y de las revoluciones: «*Ens non generatur nec corrumpitur per se,*

[132] Dante, *Paradiso*, Canto XXX.

sed per accidens, inquantum hoc vel illud ens corrumpitur vel generatur» (el ser no se genera ni se corrompe en cuanto tal, sino sólo accidentalmente, esto es, en cuanto que se genera o se corrompe esto o aquello)[133]. Una tal filosofía se alegra del sol cuando está en el mediodía y sabe que su salida y su ocaso deben ser inferiores al mediodía precisamente porque están a su servicio. La filosofía del ser también sabe que el Ser propiamente dicho tiene carácter de presente y por eso mismo se presta muy bien para dar el nombre de Dios:

> Dijo Moisés a Dios: «Y bien, yo iré a los hijos de Israel, y les diré: «El Dios de vuestros padres me wha enviado a vosotros.» Pero si me preguntaren: «¿Cuál es su nombre?» ¿qué les diré?» Respondió Dios a Moisés: *Yo soy el que soy*.[134] — אהיה אשר אהיה

La Convolución Católica ideal desde el nacimiento hasta la adultez

Estas son las etapas de la adquisición, por parte de un niño bien vigilado, de la conciencia de sí mismo que le hace posible la Convolución Católica. Si él después la practique, es otra cuestión.

- Confusión. Nacemos desconcentrados, totalmente confusos con nosotros mismos, y en una palabra, «desconvolucionados», llenos de inocencia, pero también de ignorancia e impotencia.
- Diferenciación (a partir de los 0-2 meses). En una siguiente etapa, hasta los dos meses, se da una diferenciación puramente perceptiva entre el «sí mismo» y el entorno. *Convolución perceptiva.*
- Posicionamiento (a partir de los 2-4 meses) de la propia persona en relación al entorno. Se detecta sistemáticamente la conexión entre los movimientos reflejos y el movimiento propio. La percepción ya es un ser autónomo al que el entorno puede influenciar. *Convolución locativa.*
- Identificación (a partir de los 18-24 meses). Primera afirmación de la imagen del espejo como «yo». Visión externa del cuerpo sentido «de adentro». Comienzan las emociones relacionadas al sí mismo, y a la conciencia moral, como el orgullo y la vergüenza. *Convolución emotiva.*
- Permanencia (a partir de los 3-4 años) del sí mismo. Identidad propia sobre espacio y tiempo. Capacidad de reconocer e identificar en imágenes. Superación de la sincronía del tiempo. Primera percepción del Ser como objeto de conocimiento y amor: *Convolución ya operativa* (¡tan temprano!)
- Consciencia del yo meta-cognitiva (a partir de los 4-5 años). Observación de la propia persona a partir de la visión de otros. Se funda la comprensión de un mundo hecho de «otros» que siguen normas. Las emociones relacionadas al sí mismo ganan desarrollo, y pueden y deben tratarse para la formación de *la cultura de Dios* y *la cultura de la interioridad religiosa*. A esta edad el niño ya puede ser llevado a adorar el Santísimo Sacramento.

---

[133] *Summa theol.* I, 16, 8, ad 2,

[134] Ex, III, 13.

El sentimiento de ser tenido en cuenta y llamado como hijo de Dios sienta las bases para que el niño desarrolle un sentimiento de la propia vocación, respete a otros seres humanos, y *oriente su comportamiento según normas, sobre todo religiosas, internalizadas*. El sentimiento de la propia vocación, avanza en su afirmación cuando junta y contiene la actitud vocacional en una duradera concentración emocional y sinderética. Para tener desde niño una adecuada apreciación realista, humilde y ordenadamente contrita de sí mismo, deben asentarse valores y metas reconocidamente lejanas, y el conocimiento de Cristo y del pecado original. La conciencia y la metaconciencia del niño están doblemente sometidas a sus padres o tutores. Primero, porque su autoridad se funda legítimamente sobre la ley natural y está confirmada por la revelación sobrenatural; y segundo, porque la conciencia tiene necesidad en mil casos de la ayuda de los padres o tutores y de su autoridad para la recta formación de su juicio.

Con el desarrollo de la autopercepción, también la conciencia escala un nivel, porque ahora hay una percepción simbólica de los propios sentimientos. El primer requisito para la formación de la conciencia es el celo por la verdad y el estudio diligente de la ley y de los valores morales. Y la conciencia, por su naturaleza, exige un guía y maestro: Dios lo colocó en las leyes naturales y en las leyes de la gracia, por Cristo, la Iglesia y los santos. A su vez, la verdadera autoridad exige esencialmente una conciencia, por medio de la cual se constituya en guía y autoridad moral del hombre, pues sólo por medio de la conciencia puede el hombre sentirse obligado moralmente. Éste es el comienzo de un viaje monumental a niveles siempre más altos de la percepción reflexiva de sí mismo absolutamente y ante el bien moral. Similarmente, la conciencia general se ensancha y con ello aparece un nivel perfectamente nuevo de conciencia sobre el cual se posibilita la observación de sí mismo. Pero sin el desarrollo de cosas tan importantes como la percepción de sí mismo, el equilibrio emocional, la disciplina y sobre todo la religión sobrenatural, el niño más dotado puede desperdiciar por completo su potencial. Para conservar y perfeccionar la conciencia, no basta al niño el estudio amoroso ni el firme propósito de obedecer siempre al bien: la humildad es indispensable, aun desde el punto de vista puramente natural, supuesto que está siempre en vía de progreso, sin llegar nunca al estado perfecto. Además, la revelación divina le propone una perfección altísima, cuya realización siempre está por debajo de lo que de ella conoce, que en su caso es poco. Cuando los niños aprenden a internalizar un repertorio de valores; cuando saben a qué vale la pena aspirar; y cuando mantienen críticamente su propio camino a la vista iluminada por la Fe e influida ya por la oración, se facilita la observación de sí mismo: nombrar sentimientos en vez de actuarlos. Esto posibilita trasladar el propio sentir hacia adentro de otros y cumplir expectativas —sobre todo las de Dios, si sus educadores le dieron enseñanzas sobre Él.

En nuestras sociedades occidentales actuales en que la religión, la tradición y la autoridad han venido sufriendo un retroceso muy importante desde el siglo XVIII, parece imperativo destacar el aporte de la educación transpersonal-teologal que es la educación de toda la persona en su globalidad, como venida de Dios, sostenida por Dios, destinada a Dios y centrada en Dios, en torno de quien está llamada a ser católicamente convolucionaria. En esta perspectiva, se guía al niño hacia el despertar

religioso y se le fomentan varios caminos de hallar a Dios mediante instrucciones y sugestiones: cuestionarse a sí mismo, explorar la experiencia consciente, buscar sentido, probar los límites externos, controlar las fronteras y las profundidades de sí mismo —y nunca dejarlo confundido o con hambre intelectual. Esta forma de educación es católica y a la vez intelectualmente rigurosa. Proporciona al niño armas para combatir en la vida pero además lo orienta hacia la transcendencia. Expone al joven a percibir con asombro, humildad, gratitud y compromiso el misterio que está en el centro de su corazón.

La educación transpersonal-teologal tiene su dinamismo y su especificidad de aspectos complementarios y paradójicos puesto que reconoce a la vez individuo y sociedad, libertad y responsabilidad, claridad y misterio, tradición pura e innovación continuadora. Esta corriente transpersonal-teologal remite a una visión profundamente católica, contemplativa y sacrificada de la vida.

El concepto reciente de metacognición[135] —que puede equipararse al centro asintóticamente intenso de la esfera del alma— remite a la idea de distanciamiento, retroceso, toma de conciencia del propio proceso de aprendizaje que incluye sus estados emocionales y sociales que le están vinculados: «la santa indiferencia» jesuita. La autoconciencia es el objeto que patrocina la capacidad de reflexión: es claro, entonces, que debe integrársele de entrada el concepto de metacognición. En efecto, ésta —emparentada a la *sindéresis* escolástica— es necesaria para explicar el acceso a lo que Dios puso de mejor en uno mismo, y reanudar la aptitud de la propia marcha hacia el alcance de objetivos al servicio de Dios. El proceso reflexivo puede llevar al individuo a reanudar el dominio de sí mismo, la procura de su santificación, el cuidado de su aprendizaje, la prosecución de buenos galardones y la conservación de su vida católica. Gracias a este proceso consciente, él mismo, siguiendo la Gracia de Dios, en lo posible se presta desde adentro para ser construido.

Los pensamientos comunes que fluyen durante el día son de tipo cognitivo y deben haber sido encauzados hacia la eternidad. Los pensamientos acerca de los pensamientos comunes son de tipo metacognitivo y pueden ser momentos de éxtasis, o de remordimiento.

Las metacogniciones —que podrían llamarse «flashes de sindéresis» o «relámpagos del propio centro» y que ya hemos definido pero lo reiteramos en otros términos— consisten en los conocimientos logrados por la introspección y la evaluación de las características de una tarea o virtud, por ejemplo. Resumidamente, es lo que es necesario saber de la tarea a realizar o virtud a practicar: procedimientos que deben seguirse para llegar y saber lo que es necesario conocer de sí mismo y de las propias competencias para realizar la tarea o practicar la virtud. Por otra parte las metacogniciones son aprovechadas con el fin de ejercer una asunción consciente del proceso de aprendizaje al Sol de Dios. Se trata de la empresa de control de las propias actividades cognitivas, en otras palabras, la autorregulación de los propios procesos cognitivos. Se puede decir que la metacognición se activa por medio de un diálogo del alma consigo misma y con Dios. En ese momento, el aprendiz es consciente de sus

[135] metacognición: advertencia de los propios procesos pensativos.

experiencias metacognitivas, y éstas le sirven de intercambio de información y le permiten orientar y ajustar su proceso cognitivo en función de su autoretroacción.

Hay que comprender la metacognición en referencia a una larga tradición filosófica que transporta la idea de conciencia para definir lo que es pensar, es decir, un pensamiento que se piensa al mismo tiempo que piensa el mundo. *Y la conciencia remite a la capacidad de reflexión, una capacidad que coloca al sujeto en el corazón de sus aprendizajes y de su lectura de la realidad y de la verdad de ésta*. En este sentido, el aprendiz se ve como fabricante auxiliar de su saber, lo que le confiere un grado de autonomía en su desarrollo.

La primera dimensión relativa a los metaconocimientos o metacogniciones remite a los conocimientos que el individuo desarrolla en un proceso de introspección consciente, intensamente influida por la meditación y por los sedimentos inestimables de la oración mental. Se trata de toma de conciencia con relación a distintos temas. Los principales son: Dios, la persona, y tres tipos de estrategias que deben estar presentes al alma con Dios de principio y fin: las estrategias cognitivas, las estrategias motivacionales, las estrategias de gestión de las emociones. Máxime deben estar teologizados los objetivos que deben lograrse.

Para desarrollar la capacidad de autoevaluación, autocrítica y contrición con un método metacognitivo, importan mucho los mecanismos de regulación, es decir, la capacidad de oración mental, anticipación, control, ajuste, autocorrección y autodisciplina del sujeto. La realidad es que al principio un tercero activaría los mecanismos, el docente por ejemplo, para ser dichos mecanismos activados progresivamente por el propio niño a medida que evoluciona su sindéresis. Esto guarda relación con el «método preventivo» de San Juan Bosco. Esta capacidad de volver de nuevo sobre los propios errores se desarrolla con la edad. El niño se haría cada vez más responsable en la toma a cargo de su funcionamiento, siguiendo un proceso gradual de interiorización de las funciones metacognitivas esenciales para el desarrollo de toda clase de competencias, comenzando por las religiosas, morales y afectivas. Así pues, el aprendiz se vuelve cada vez más eficaz en la localización de pecados, pero también en la instauración de estrategias combinadas de corrección.

El emblema central-circunferencial entre grandes pensadores

i. Introducción

Esta sección será por lejos la más grande del ensayo, y para ella en más de una ocasión tomaremos datos y consideraciones del espléndido libro *Les Métamorphoses du cercle*, del talentoso crítico literario y filósofo belga Georges Poulet.

«Dios es una esfera (intelectual) cuyo centro está en todos lados, y en ninguno la circunferencia suya», dice la clásica y célebre definición medieval. No podemos menos que hacer convoluciones: girar u orbitar en torno de un centro predominante de interés. Convolucionaremos según estemos dispuestos y ordenados, y lo estaremos según seamos: Luego, nuestra «esfera» será, para bien o para mal, un otro yo nuestro, una

fórmula de cada uno de nosotros llevada al acierto o al desacierto. Santo Tomás explica qué sucederá en qué caso:

> Como quiera que Dios es el primer principio del movimiento de todos los seres, algunos de entre ellos son movidos por Él de tal modo que también se mueven a sí mismos, como aquellos que están dotados de libre albedrío. Si estos seres permanecen en la disposición y el orden debidos para ser movidos por Dios, seguirán acciones buenas que se retrotraigan totalmente a Dios como a su causa. Pero si, al contrario, faltan al orden debido, sigue una acción desordenada, que es la del pecado; y así, lo que allí hay de acción, se retrotrae a Dios como a su causa, pero lo que hay de desorden o deformidad, no tiene a Dios por causa, sino al solo libre albedrío.[136]

Lo tremendo es que la acción desordenada en cuanto acción recibe impulso de Dios mismo, único que da forma al alma. De allí se sigue el horror del pecado —de interferirlo a Dios mismo con desorden y deformidad—; el horror, con ello, de todas las muchas y variadas convoluciones fallidas del hombre en torno de sí mismo o de un bien aparente, individual o colectivo; y por último el horror de las pretensiones del hombre que busca centralidad sin el concurso de Dios y fantasea y hace mucho de aberrante con el mundo.

Se podría objetar que algunos no tienen ningún centro bueno ni malo, eficiente ni deficiente: aquellos cuya ambición es la de la hoja muerta, que consiste en volar al viento. Pero ellos mismos tienen como centro moral descentrado la inercia y la muerte.

Hay una ley implacable, que todas las cosas y ocurrencias de nuestro alrededor muestran regir hasta alturas infranqueables contra las cuales el hombre no puede sino quebrarse. Esta ley es que la libertad del hombre se inscribe en su dependencia. Pero lo que es necesario añadir inmediatamente, es que, así como la libertad pierde queriendo luchar contra esta verdad, también gana sometiéndosele.

En efecto, esta dependencia con relación a la naturaleza de las cosas y a Dios que la estableció y que se la debía, lejos ser el límite de nuestra libertad, se convierte entonces en su carrera. Porque, ¿cuál es el medio de nuestra dependencia? Es él mismo Dios, es la perfección sin término ni límite, es el infinito. Y nuestra libertad, ¿en qué consiste entonces? En desplegarnos en este medio, en hacernos participar en la naturaleza misma de Dios, en hacernos dioses, como se dijo: *Ego dixi, dii estis*.

¡Ciertamente! ¡he aquí una singular dependencia, que nos asigna por prisión el infinito! ¿Quién no ve que una tal dependencia es la esfera misma de la libertad, de la máxima libertad concebible, que es un reino, y el Reino de Dios, del cual sólo somos los feudatarios para convertirnos en los consortes?

Fuera de esta esfera, que es la esfera de la verdad, el bien, de la belleza, de la vida, del ser, y por así decir el océano sin orilla donde vivimos, nos movemos y nos desplegamos, ¿que puede pasar a ser nuestra libertad? Obviamente, sólo tiene por parte lo contrario, el no-bien, la no-verdad, el no-ser, el *no* en todo, que es el límite más apretado, o más bien el escollo inevitable e ineludible de toda libertad: el mal, lo falso, lo feo, la muerte, la nada, todo lo que no es Dios, es decir, todo lo que no es, o que sólo

---

[136] *De malo* q. 3 a. 2 co. Traducción nuestra.

es para el suplicio de una lucha horrible en la que se perece eternamente. Tales son todos los centros de convolución extraños al de Dios. ¡Todos! En cambio, dentro de la esfera intelectual divina, todos los puntos son centro, todo movimiento es bueno.

Lamentablemente, la esfera hace tiempo dejó de contar, entre las clases cultas europeas, como la forma intelectual cierta del mundo y como el emblema de la omnipresencia de Dios —*a fortiori* de su obra en la que se auto-incluye: la Humanación— para quedar en mero *esquema mental*, categoría práctica según la cual el hombre sale de su soledad puntual.

La circunferencia es uno de los primeros modelos interpretativos gracias a los cuales el hombre organiza su hábitat, desde que él se preguntó por su identidad, su lugar y su tiempo. La esfera y el círculo corresponderían a una necesidad psicológica primordial de *orientación*. No obstante, una y otro dan orientación *ante rem*[137], *in re*[138], y no *post rem*[139]. Mal puede orientar algo que ha sido mentalmente *fabricado* por los hombres con pura posterioridad al entorno cuya espacialidad necesita un parámetro previo con que medirse, dirigirse y definirse. La misma correspondencia perfecta entre el círculo o circunferencia orientadores, por un lado, y la necesidad de ser orientado, por otro, destroza el mismo sofisma que se quiere insinuar: que ambos emblemas geométricos fueron inventados para el mejor manejo de la vida. La circularidad y esfericidad son eternas y necesarias por confesión de quienes pretenden hacer de la necesidad de ellas un argumento contra su objetividad. La eternidad y necesidad del círculo se afirma por el mismo hecho de que la imaginación moderna retoma la antigua figura del Todo en modelos holísticos y hasta panteístas. Supuestamente desaparecida la verdad y el sentido mismo del mundo, *hizo falta* reparar esta *herida* inventando nuevos «mundos» subjetivos conscientes de su diferencia y de su separación con respecto de la realidad total… Parecen las bellotas que comía el hijo pródigo entre los cerdos…

Dios sigue siendo el Centro por excelencia del hombre porque se dice que una cosa—algo que tiene entidad—es el centro cabal de otra cuando la primera es la que imprime a la segunda el ser, el poder, y todas las perfecciones, y cuando la primera es a la que están referidos y de la que dependen todos los movimientos de la segunda. Por eso se entiende esta «Cosa» divina como un punto que comanda a la «cosa» humana. Ahora bien, esto podría entenderse de una cumbre; no obstante, por ser omnipresente, la Primera «Cosa» es más íntima a toda cosa que cuanto toda cosa sea íntima a sí misma. De la divinidad de la «Cosa» que nos ha impreso el ser, y de la espiritualidad, libertad e inmortalidad nuestras, se deduce no sólo la obligación que tenemos nosotros de rendir culto al Ser Divino, sino la de dar por sentado que si Él nos ha hecho, nos ha hecho para que nos movamos hacia Él, y que no puede menos que haber dictado desde el principio, aunque en tres etapas —la primitiva y mosaica que son provisorias, y la cristiana que es definitiva—, el modo como debemos movernos a Él, que sólo puede ser uno e infalible. Desconsiderar todo esto y separarse de Dios siendo uno alguien que piensa y quiere, o no buscar a Dios con fervor, y hacer de todos

[137] Antes de la cosa, anteriormente a la realidad y al hombre.

[138] En la cosa, intrínsecamente a la realidad.

[139] Después de la cosa, posteriormente a la realidad y por añadidura a ella por el hombre.

modos bando aparte, es matar la vida de Dios en uno mismo, en cuanto depende de uno, y es morir uno mismo en el más horrible y completo de los sentidos. *Dios es el Centro.*

¡Dios mismo ha convolucionado, en cuanto Humanado! Y así ha descrito una circunferencia que desde un punto de vista menor está contenida en otra a la que contiene desde otro punto de vista mayor. La Creación contiene al Verbo Humanado en cuanto Hombre; pero el Verbo Humanado en cuanto Dios contiene y sostiene la Creación. Dice el cardenal de Bérulle:

> Y en cierto modo el Verbo eterno vuelve a entrar en sí mismo de una manera que es propia y particular de su persona, cumpliendo felizmente este misterio y terminándolo divinamente con su propia subsistencia. […] Y contemplando esta obra nosotros vemos, seguimos y adoramos al Dios eterno, tanto saliendo fuera de sí mismo como volviendo a entrar en sí mismo […] de donde se sigue que Dios, en la circunferencia de sus obras, y en el movimiento de sus consejos, es como una Circunferencia admirable que se forma, terminando en el mismo punto del cual partió al comenzar.[140]

ii. China

Los taoístas tienen enseñanzas originales, que en parte podrían retrotraerse a una Religión Primitiva, pero que muestran huecos mortales grandísimos como la negación de la personalidad y cualquier paradigma moral en el «Principio», la pretensión de unirse al centro divino vaciándose de conocimientos e intereses y carente de todo cuerpo de datos revelados que brinden al intelecto razón, retransmitida a la voluntad, para esa unión, y la negación de la Providencia, entre otros errores. Las ideas taoístas sobre circunferencia y centro, con una marcada nostalgia por el centro como lugar divino, inmutable e iluminativo, parecen reflejar un esquema profundamente grabado en todo hombre. Lao Zi veía mucho divino en el centro de la circunferencia de las mutaciones, pero no veía lo divino sin lo cual nada divino tiene razón de ser: Dios.

Uno de los símbolos más empleados por el taoísmo, así como por muchas otras doctrinas tradicionales, es el de la «rueda cósmica», cuyo movimiento es la figura del cambio continuo a que están sujetas todas las cosas manifestadas. La circunferencia gira alrededor de su centro, símbolo de la inmutabilidad absoluta del Principio. Este centro es el equivalente del «motor inmóvil» (ὃ οὐ κινούμενον κινεῖ) de Aristóteles; dirige todas las cosas por su «actividad inactiva» 爲無爲 (*wei wu-wei*), que, aún no estando manifiesta, o más bien por no estarlo, es realmente la plenitud de la actividad, puesto que es la del Principio del que se derivan todas las actividades particulares. Sólo que el motor aristotélico *mueve* al mundo, y el principio *dao* de Lao Zi, se queda congelado. Es lo que Lao Zi expresa en estos términos: «El Principio está siempre sin actuar, y sin embargo todo es hecho por él» (¿cómo?). El contradictorio maestro chino distinguió el 道 (*dao*)—el principio primordial, el todo, la unidad, la fuerza que evoluciona en dos períodos de 陰陽 yin y yang, progresión y regresión; y el 氣 (*qi*), el soplo primordial, materia sutil, sustrato de las evoluciones, progresiones y regresiones. El principio no tenía principio. Fue siempre, y de por sí. Fue antes que el soberano (el Sublime Soberano, el Dios de la religión primitiva, rechazada en su totalidad por esta

[140] *De l'État et des Grandeurs de Jésus-Christ*, Discours IV, § X.

sola afirmación).… El sabio perfecto, según la doctrina taoísta, es el que llegó al punto central y allí permanece indisolublemente unido con el Principio (¿con qué parte del intelecto y la voluntad?), participando de su inmutabilidad e imitando su «actividad inactiva» (¿Nada más?): «El que llegó al máximo de vacío —dice Lao Zi—, aquél se fijará firmemente en el descanso… Retornar a la propia raíz (es decir, al Principio, a la vez primer origen y último fin de todos los seres), es entrar en el estado de descanso». El «vacío» en cuestión aquí, es el desapego completo respecto de todas las cosas manifestadas, transitorias y contingentes, desapego por el que el ser escapa a las vicisitudes de la «corriente de las formas», a la alternancia de los estados de «vida» y «muerte», de «condensación» y «disipación» (Aristóteles, en un sentido similar, dice «generación» y «corrupción»), pasando de la circunferencia de la «rueda cósmica» a su centro, designado a su vez «el vacío (el no-manifestado) que une los rayos y hace de ellos una rueda». «La paz en el vacío —dice Lao Zi— es un estado indefinible; no se la toma ni da; algunos llegan a establecerse en ella». (¿Qué paz tendría en el vacío un ser hecho para ver, amar, y diluirse, no por cierto en un vacío, sino en el Océano superabundantísimo de Dios?) «Al que permanece en el no-manifestado, todos los seres se manifiestan… Unido al Principio, está en armonía, por él, con todos los seres. Unido al Principio, conoce bien por las razones generales superiores (¿cómo lo sabe, y cómo puede garantizarlo?), y no usa ya, por lo tanto, sus distintos sentidos para conocer en particular y con todo detalle. Solo el espíritu restablecido en el estado de simplicidad perfecta puede alcanzar la verdadera razón de las cosas en la contemplación profunda». En lugar de aprender, hay que vaciarse. Actuar contraría el curso natural de las cosas. ¡Nada de leyes, nada de reglas! Seguir el instinto innato: ese es el camino.

iii. Edad Media

Para el hombre medieval, imbuido de realidades divinas inmutables, todo está en todo, y lo máximo en lo mínimo. Bien al final de la *Divina Comedia*, cuando Dante describe el momento en que fija la mirada sobre el Punto divino, comenta:

> Un instante fue en mí los mil letargos
> De veinte y cinco siglos de la empresa
> En que Neptuno vio la sombra de Argos.[141]

Aún desmedidamente inflada en su duración, la más gloriosa empresa que haya quedado en el recuerdo humano no es nada en comparación del instante en que, a pesar del tiempo y el olvido, uno recuerda haber visto a Dios. Pero por un juego de palabras audacísimo, Dante en ese pasaje confunde deliberadamente dos puntos y dos instantes. En aquel punto de duración humana es cuando precisamente fue concedido a Dante aprehender el punto divino, el punto de la eternidad. Por consiguiente, llegado al término de su largo periplo, Dante llega a un punto que es a la vez el punto divino y el punto donde él aprehende lo divino. El objeto último del poema ya no es un objeto alrededor del cual uno gira y hacia el cual uno tiende; es un objeto que uno posee, un punto con el cual uno coincide. Y si uno coincide con él, es porque ahora él ya no es un

[141] *Paraíso* XXXIII, 94-96.

objeto exterior y lejano. El punto divino es el centro mismo del alma, es Dios interiormente poseído en un momento humano.

Aquí bien puede verse en Dante la expresión velada pero sobrecogedora de una doctrina que exactamente en esa misma época adquiere en el pensamiento místico toda su fuerza. Dios es un punto porque es centro, no sólo del universo, sino del alma. La sindéresis, el ápice de la mente, el fondo del alma, la chispita, todas estas expresiones empleadas a profusión por los místicos, significan que lo máximo está en lo mínimo, la intimidad de la esfera divina en la pequeñez infinitesimal del centro, y que este centro es el mismo del alma. Puesto que Dios es una esfera inmensa cuya plenitud está insinuada y ansiada por un centro que se reencuentra por todas partes, el alma es un centro que insinúa y ansía esta esfera, como un punto ansía un punto de alcance y de expansión que esté extendido como superficie infinita equidistante.

Todo viaje místico es un viaje interior cuyo término final es un Dios en el que el alma se adentra, porque se adentra en sí misma. Todo el viaje de Dante, todo aquel poema, no constituyen sino los movimientos sucesivos por los que el espíritu accede por fin a un lugar y a un momento donde ya no hay movimiento, ni sucesión, ni dimensión. Entonces el extremo de la grandeza coincide con el extremo de la pequeñez.

En Belén, el Centro divino viviente y reinante también tiene su lugar dentro de una esfera hueca cuya circunferencia cerrada y oscura es de roca, acaso para enfatizar la realidad de que Él y María son nuestro Todo abierto aún en lo cerrado, y de que nada se interpone entre Ellos y nosotros. Y acercarnos sólo exige algo de nosotros: un acto volitivo. Y esa imagen de un encierro tan abridor (por contraposición a la apertura cerradora del pluralismo y ecumenismo) nos transporta a un bellísimo himno católico oriental:

> Hoy la Virgen da a luz al Superesencial y la tierra ofrece una cueva al Inaccesible: los ángeles con los pastores lo glorifican, los Magos viajan con la estrella: porque por nosotros nace un joven Niño, el eterno Dios.[142]

De la centralidad de Dios, el Siervo de Dios Jean de Saint-Samson, carmelita ciego, músico y autor de libros, saca conclusiones de un vertiginoso perfeccionismo y estupefaciente fervor: las perfecciones son circunferenciales comparadas con el centro del Amor Sumo que las «sobrepasa por dentro» infinitamente:

> Vosotros veis suficientemente cómo me alejo de toda la circunferencia del espíritu, es decir, de todo lo que pertenece a la eminente vida moral, a fin de traeros al espíritu de Dios y estableceros en él como en vuestro propio centro natural, sobrenatural y eterno.[143]

La dedicación consciente y calculada a una eminente vida moral inevitablemente obrada por el espíritu humano con la mejor intención, sería como «polvo cósmico envolvente» de una galaxia infinitamente grande y con un Centro-Foco infinitamente ardiente de Amor.

---

[142] Kontakion de Navidad del Rito bizantino.

[143] Jean de Saint-Samson, *Le Miroir et les Flammes de l'Amour divin*. Cap. IV. Sección III.

Y sin embargo, esa circunferencia era tan perfecta para el Filósofo pagano, que en el viaje interiorizante o centralizador la situaba en un centro final que coincidía con la circunferencia inicial de Saint Samson:

> Lo que sucede sin intentarlo el agente se llama fortuito, casual y, en contados casos, accidente; pero el mal no es fortuito ni casual, ni ocurre pocas veces, sino siempre o casi siempre, pues en la naturaleza toda generación va acompañada de corrupción. Además, en quienes obran voluntariamente, el pecado es frecuente, «por lo difícil que es obrar virtuosamente, como lo es el alcanzar el centro de un círculo», según dice Aristóteles en el libro II de la Ética. Luego no parece que el mal provenga sin ser intencionado.[144]

¿Cómo pueden comprenderse en este contexto las palabras de Pío XII: «el amor de Dios no niega ni destruye la naturaleza, sino que la perfecciona y exalta a una esfera superior, donde la caridad de Cristo y el latido humano se encuentran, donde la caridad santifica el latido, y juntamente se unen y abrazan»?[145] ¿No somos puntos de polvo de una circunferencia tridimensional miserable en busca del que es nuestro único y ya presente propio Centro misericordioso, y el Corazón de nuestro corazón? ¿No agravaríamos todo yendo a otras esferas, aún superiores, saliéndonos de nuestro centro divino? —Esto se explica por la paradoja de que esas mismas esferas superiores están presentes en el Centro inmaterial e infinitamente abarcador. Y visto así, ¡cuánto dista de ser indiferente volar hacia el Todo y desapegar las propias preocupaciones de las contingencias fugaces del mundo, y elevar la mente de las solicitudes materiales que amenazan con embotar el espíritu e impedir su vuelo a más excelsas esferas! Allí cada cosa se colorea de eternidad, y, vigoroso y potente, se expande el anhelo hacia una visión más integral, armónica y unitaria de la vida individual y social.[146]

La eternidad, hemos visto, es contemplada como una esfera cuyo centro es un momento eterno y cuya circunferencia contiene la totalidad de los tiempos (y para muchos intérpretes de la alegoría, también del espacio). Y veamos también lo que aporta el Aquinate a este inagotable tema:

> La eternidad está presente a cualquier tiempo o instante de tiempo. El círculo puede servir de ejemplo: un punto determinado de la circunferencia, aunque sea indivisible, no coexiste juntamente con otro cualquier punto por su posición, porque la continuidad de la circunferencia resulta del orden de las posiciones; en cambio, el centro situado fuera de la circunferencia es opuesto directamente a cualquier punto determinado de ella.[147]

Pero si todas las cosas coexisten en Dios, no es sólo por ser pensadas por Él y estar confundidas en Él. Dios, además de ser centro de conocimiento, lo es de poder. Cuando Dante describe el Punto divino al que todos los tiempos están presentes, adjunta que de éste punto «la luz irradia» y «el cielo y la naturaleza dependen». Esta dependencia es ontológica. El cielo, la naturaleza, la creación entera en su despliegue

---

[144] *Contra Gentiles* III cap. 5-6 n. 2.

[145] Audiencia general del 25 de marzo de 1942.

[146] Pío XII, Discurso a los participantes del Congreso Internacional de Filosofía, 20 de noviembre de 1946.

[147] *Contra Gentiles* I, cap. 66.

espacio-temporal, sólo existen porque en todo lugar y tiempo los hace existir la acción de un centro creador.

Dante y otros autores atribuyen al Punto divino connotaciones trinitarias. Dios es un centro único de actividad, pero esta actividad es la misma que opera la generación del Verbo y la espiración del Espíritu Santo. Mario Victorino, un maestro de San Agustín, había usado esta imagen en un escrito anti-arriano donde describía al *Logos* —idéntico al Uno y sin embargo distinto de éste— con una esfera cuyo diámetro fuera tan pequeño que la circunferencia coincidiera con el centro, en cuyo caso «los extremos y el centro están uno en otro; […] lo que existe simultáneamente, sin distancia, constituye la esfera primera, perfecta, única de su especie; todas las demás esferas no hacen sino acercársele»[148].

En el centro y círculo divinos del guijarro que, recién caído en una superficie de agua serenísima, forma círculos concéntricos crecientes, cabe ver la figuración de la acción interna de la Trinidad (en el centro y los dos primeros círculos). Pero también cabe ver una prefiguración del movimiento externo pero no menos circular por el que esta actividad divina se propaga hacia fuera para rodearse de una nueva serie de círculos, que son los de la creación. La creación es la obra común de las tres personas; indefinidamente se perpetúa en ella el misterio de sus operaciones. Así, cada punto del espacio y del tiempo son el lugar y momento eterno en que el Padre cumple con engendra al Hijo y entrambos reflejados amorosamente uno en el otro, con espirar al Espíritu Santo.

En cuanto circunferencia infinita, la eternidad es el círculo más vasto posible de duración; en cuanto centro de esta circunferencia, ella es el punto fijo, el momento único, que está simultáneamente en relación con todos los puntos circunferenciales de esta duración. Quien quiera, pues, abarcar en pensamiento las dos propiedades contradictorias de la eternidad divina debe, en cierta manera, proyectar su espíritu en dos direcciones opuestas. Debe expandir su imaginación sin medida; debe también contraerla al extremo. Debe identificarse con la inmensa circunferencia que abarca todas las duraciones, pero también con el punto central que excluye toda duración. Este doble movimiento de la mente nos aparece en Dante:

> Del centro al borde, y desde el borde al centro,
> Muévese el agua en el redondo vaso,
> Según se impulse desde fuera ó dentro.

iv. Renacimiento

Para Dante, como más tarde para Thomas Traherne, la esfera divina de la Creación era maravillosa; pero estaba compuesta de maravillas permanentes, y que por lo demás sólo se revelaban al viajero cuando él dejaba precisamente de viajar, para inmobilizarse en la contemplación de las bellezas eternas. Con Traherne se produciría exactamente lo contrario. El *se movería* en la esfera de las maravillas; él cambiaría, pues, constantemente el centro de la misma, y, de golpe, a sus ojos, la haría cambiar constantemente de aspecto. ¡Pobre iluso! La no tan hermosa creatividad inagotable de

[148] *Adversus Arium*, lib. I. 60; PL 8, c. 1085

tu generación barroca prepararía al mundo una *esfera de pesadillas*. Y Dante… ¡ay! no se expandiría por muchas generaciones el anillo de su ascendencia intelectual sobre la Europa culta. Rota la Edad Media teocéntrica, estremece que el punto divino final de Amor de la *Divina Comedia* de Dante, encuentre su exacto inverso en el punto «divino» inicial de fuerza del poema *Microcosmos* de Mauricio Scève. El Dios Causa Final es reemplazado por el Dios Causa Eficiente. ¿Importa? Sí… Las cosas del mundo como causas eficientes hacen las cosas que hacen y no otras porque una causa final las mueve, las «atrae» a hacerlas. Por eso solo, la causa final es superior a la eficiente. Sólo la causa final es la fuente fundamental del cambio. Para Aristóteles la causa final era la más importante en cuanto a la explicación de *cómo portarse en el mundo*. Dante hablaba sobre cómo llegue el hombre a Dios, Scève se contenta, mezquino y corto de caridad, con conjeturar sobre cómo haya salido el mundo de Dios. Pero pretende que su poesía sea «energética» y en ella las realidades mentales salgan unas de otras como las realidades físicas supuestamente surgieron unas de otras creadas por Dios.

¿Scève platónico? Pero si ignora que Platón[149] se ríe con ganas de los que, como Demócrito, quieren explicar el universo por la causa material y la eficiente… ¡sin la inteligencia!…

Más interesante que Scève en este mismo período es el católico flamenco Guy Le Febvre de la Boderie, que incluye este resumen final de una demostración de la existencia de Dios a partir de la observación de lo mutable y lo inmutable de la «*grand'Boule*» del Universo:

> Et vu qu'il n'y a rien enclos en la grand'Boule
> (Sinon ces Éléments) qui se change et s'écoule,
> S'ensuit que la Pensée, et libre jugement
> Ne peut être changé par aucun changement:
> Partant conclure il faut, si son essence est telle,
> Que toujours, en tout lieu, elle est toute immortelle.
> Et puisqu'elle est vraiment, ou de soi-même elle est,
> Ou quelque prime Essence à la faire se plaît:
> Que si elle est de soi, jamais elle ne fine
> Ne commençant jamais: partant elle est divine.
> Mais si c'est un ouvrage, il n'est pas sans Auteur:
> Et donc il est un DIEU admirable en hauteur.[150]

De todos los escritores francófonos, La Boderie multiplicó como ninguno las variaciones sobre el tema del punto y círculo paradójicos divinos. Daremos un ejemplo que remite expresamente al lector al *Parménides* de Platón:

> Ô le spectacle heureux! ïo, ïo, que j'entre
> En l'infini profond qui tourne dans son centre
> Son centre meut en lui, et il ne se meut point
> Ce qu'on dit l'Univers de son Centre est le Point

---

[149] *Fedón*, 100.

[150] *L'Encyclie,* cercle 1er.

> Et comment est-ce donc que dans soi se replie
> Le non-encerclé Cercle encerclant l'Encyclie?[151]

En el infinito todo punto es centro y el universo es todo centro. En cada punto ínfimo del espacio el alma humana puede constituirse como el centro de este espacio y servirse de éste como de un trampolín para alcanzar y aprehender el todo. Centro del mundo a analogía de la divinidad, el pensamiento humano puede, también a analogía de la divinidad, propagar excéntricamente su influencia, como hemos dicho. Es la imagen misma que usa La Boderie:

> Ainsi bien que du Coeur et du Centre du monde
> L'âme bouille et sourgeonne, et s'inspire à la ronde
> Parmi les intestins et membres du grand Corps
> Emboités l'un dans l'autre, et tous entre eux retorts :
> Et bien que maint Esprit chantourne en son couvercle
> Comme la dormante eau peu à peu, cercle à cercle,
> Par le jet d'un caillou commence d'ondoyer,
> Et de là plus au loin pli sur pli déployer :
> Ou comme du gosier la voix articulée
> Est en l'air spacieux au compas tortillée :
> Sans l'aide toutefois d'un Moteur plus caché,
> Cercle spirituel à nul corps attaché
> Dont le centre est partout, et la circonférence
> N'en est en lieu qui soit (telle est la différence
> De l'Âme avecques lui) l'Âme n'irait courant
> Les pores entrouverts du Monde envigorant.[152]

El mundo es entonces un campo abierto que el hombre invade con su pensamiento. La Boderie no quiere invadirlo, o en sus palabras, «emprender una carrera vigorizando los poros entreabiertos del mundo», sino movido por Dios (y para Dios) —y por ende, también limitado por Dios. Pero otros van tomando desmedida conciencia del poder que poseen y del que creen poseer de enviar una fuerza salida de ellos a un espacio que recorren por oleadas sucesivas, dejándose descender por el peso de la tierra sobre los sentidos contra el peso de la Gracia sobre el espíritu. Es un segundo Pecado Original: la Cristiandad recomienza, bien determinada y aplicadamente, en su conjunto complexional y su dirigencia político-cultural, a querer «ser como dioses» —pero ahora al lado de la Redención. Expliquémonos. Para el hombre es una precariedad y un peligro estar unido a sí solo que es su principio de extravío y muerte; Nuestro Señor vino para unirlo, en Él y su Humanidad, a la Divinidad. Tomamos aquí algunas palabras de Malebranche:

> Adán no estaba separado de sí mismo, y considerándose gustaba una alegría o dulzura interior que le hacía *sentir* que su perfección natural era la causa de su felicidad presente. Porque la alegría parece seguir de la vista de nuestras propias perfecciones naturalmente e independientemente de toda otra cosa, porque no pensamos sin cesar en aquel que sin cesar obra en nosotros. O bien Adán, teniendo un cuerpo, gustaba, cuando lo quería así, en el uso actual de las cosas sensibles, placeres que le hacían

[151] *L'Encyclie*, cercle 7ème.
[152] *L'Encyclie*, cercle 6ème.

> *sentir* que los cuerpos eran su bien. El sin duda *conocía* que Dios era su bien, pero no lo *sentía* […] El *sentía* también que los objetos sensibles eran su bien: pero no lo *conocía*, pues nadie puede conocer lo que no es. [… Así,] su sentimiento disminuía la vista clara de su mente por la que conocía que Dios era su bien. Y el sentimiento confunde el conocimiento, porque modifica la mente y comparte su capacidad que es finita. Así Adán, que conocía claramente todas estas cosas, debía incesantemente estar en guardia.[153]

Europa pasó de cuidarse —en unión de almas casi desunidas de sí mismas, y unidas en sentido y mente a Dios— a descuidarse, y reunir almas unidas principalmente a sí mismas y a lo sensible —a lo terreno y a lo nulo— de manera ingratísimamente potenciada por las mismas adquisiciones de siglos de Fe y de Obra reformadora y transformadora de la Iglesia, sobre las cuales apoyó una jactancia mayor que la de Adán sin ellas… y esa jactancia la fue convirtiendo en *nuevo sistema de vida y pensamiento*, lleno de soberbia y sensualidad, que se iría multiplicando por sí mismo *como círculos concéntricos expansivos*. ¿Qué puede cortar este horrible proceso degenerativo? —Un remedio por desgracia tan poco aplicado como fácilmente aplicable: LA ORACIÓN.

Algunos vuelven a la humildad y a la Convolución Católica para decir por una vez algo sensato sobre el círculo teologal: Lo divino no es solamente el centro de nacimiento del universo o del pensamiento humano; también es el eje y la causa de su giración. Centro en cuanto objeto deseado, el Amor es circunferencia en cuanto movimiento eterno de deseo en torno de este objeto deseado. Así lo hace decir Jean de Sponde a Urfé:

> El aire, es mi voluntad, que libre en su poder, entorno de mi fe va moviéndose siempre.[154]

Otro poeta renacentista, el jesuita Lemoyne, tiene como imagen favorita la del mar, pero de un mar por así decir central, hacia el cual todos los ríos convergen y donde se pierden. Esta vuelta y reabsorción en el centro divino se hizo uno de los temas preferidos de la mística francesa del siglo XVII. Como para Ruysbroek y san Juan de la Cruz, el movimiento esencial del alma es el paso de la periferia al centro, la desaparición progresiva de todas las características de superficie, la simplificación del alma, el hundimiento de ésta en una desnudez central donde no hay más que Dios.

San Juan de la Cruz canta:

> ¡Oh llama de amor vivo que tiernamente hieres de mi alma en el más profundo centro!

El mismo santo, en el admirable comentario que da de estos versos desarrolla la doctrina del centro:

> En las cosas, aquello llamamos centro muy profundo que es a lo que más puede llegar su ser y virtud y la fuerza de su operación y movimiento, y no puede pasar de allí; así como el fuego o la piedra, que tienen virtud y movimiento natural y fuerza para llegar al centro de su esfera y no pueden pasar de allí, ni dejar de estar allí, si no es por algún impedimento contrario.

---

[153] *Méditations sur l'humilité et la pénitence*, I^{ère} Partie, 1ère considération.

[154] *L'Astrée*.

Pero Europa estaba copada de post-católicos antropocéntricos. Dondequiera y cuandoquiera que el hombre se encontrara, pretendía, y en parte habría podido, transformar ese punto espaciotemporal en un centro de investigación universal. Pero podía también olvidarse de que:

> La ciencia más acabada
> Es que el hombre bien acabe
> Pues al fin de la jornada
> El que se salva, sabe
> Y el que no, no sabe nada.

v. El barroco

Y empieza el barroco, cuando el saber cabal fue desigualmente alcanzado…

Los hombres creen esta vez conquistar el espacio por medio de llenarlo y sobrecargarlo de formas. Fracasan: se evidencia el contraste entre la inmensidad verdadera del espacio y la falsa del volumen y número. En el despliegue furioso de formas que constituye el rasgo más evidente del arte barroco no hay que ver tanto un signo de la conquista del espacio por la mente como la imposibilidad de la mente de cumplir finalmente esta conquista. En presencia del espacio, todo lo que ocupa espacio se achica o se descompone. La multiplicación pasa a ser división y la masa pasa a ser una pluralidad de partes. El espacio llenado queda inmensamente sobrepasado por el espacio sin llenar.

En la poesía barroca se manifiesta el gusto por todo lo que expresa la metamorfosis de las formas y las variaciones de la duración. Cada momento, como cada gota de agua que refleja el prisma, prueba su existencia más allá de la muerte en todos los demás instantes. Y este nacimiento y muerte perpetuos tienen por efecto formar un universo temporal donde todos los instantes viven su vida instantánea, pero no llegan jamás a constituir una trama continua de duración. Lo mismo ocurre con el espacio. Cada forma nace en él, y, naciendo, afirma una individualidad que la distingue de todas las otras; pero todas tienen la misma originalidad, de suerte que una clase de multiplicidad discreta se encuentra esparcida en el espacio sin jamás poder identificarse con él ni formar en sí misma una masa homogénea.

Como el macrocosmos está figurado por el microcosmos, y el arco iris por cada una de las gotas que lo componen, así la esfera inmensa del universo se reencuentra, disminuida pero curiosamente semejante, en los objetos de dispone la ciencia del hombre para reproducir en pequeño el espacio cósmico o el tiempo solar. Un planisferio, un mapamundi o un reloj son una inmensidad que se contrajo sin dejar de manifestar su totalidad circular. De esto se regocija el Padre jesuita François Binet:

> Así el arte ha dado a luz […] un Cielo y Paraíso portátil, un gran Universo en una nada de vidrio, el bello espejo donde la naturaleza se mira toda asombrada de ver que a ese punto el Arte haya sobrepujado y casi engendrado la naturaleza.[155]

De lo que se felicita este sacerdote es que el arte (o la ciencia) contrahaga la naturaleza y, para contrahacerla, la reduzca al mínimo, haciéndola no solo portátil, sino

[155] *Essai des merveilles de nature et des plus nobles artifices*, 9e ed., Lyon, 1636, p. 464.

transparente. Nada más frecuente entre los poetas barrocos que este proceso de reducción exactamente inverso a aquel por el que tan frecuentemente se esfuerzan por inflar su pensamiento y darle dimensiones universales. El estrechamiento del círculo de la existencia puede entonces ser una operación feliz, la llamada al retorno de fuerzas dispersas en un espacio demasiado vasto, la concentración en un objeto bien cercano que se pueda poseer. Pero las más veces en estos poetas barrocos la concentración tiene un sentido afectivo muy distinto y representa la catástrofe espiritual por la cual el ser que se había extendido desmedidamente se encuentra llevado a la virtual nulidad de sus verdaderas dimensiones. Es lo que aprovechan sabiamente los predicadores penitenciales católicos, y lo que vemos, por ejemplo, en el más dramático de todos los poetas barrocos, el poeta católico inglés Richard Crashaw. En una *Oda sobre la muerte del Sr. Staninough*, exclama:

> Come then youth, beauty, and blood, all ye soft powers,
> Whose silken flatteries swell a few fond hours
> Into a false eternity; come, man,
> (Hyperbolized nothing!) know thy span;
> Take thine own measure here, down, down, and bow
> Before thy self in thy idea, thou
> Huge emptiness contract thy bulk, and shrink
> All thy wild circle to a point! O sink…

El hombre es a la vez un abismo y un simple punto, es decir dos veces nada. En la falsa eternidad humana están encerradas apenas algunas horas, y su inflamiento ilusorio es lo que permite suponer que constituyen una totalidad temporal perfecta. La esfera se desinfla, las horas infladas instantáneamente se convierten en un simple instante. Instante bruto, desnudo, absolutamente aislado en el vacío de los tiempos, y el contrario mismo del instante eterno de Dios.

En otro poema Crashaw hace ver el tema de las pompas de jabón del cual insertamos un extracto pasado a prosa y traducido del latín:

> Esfera, no de vidrio sino más brillante y más frágil y más vidriosa que el vidrio: Yo soy la breve fantasía del viento; soy flor, pero flor del aire; astro, pero de agua marina, juego dorado de la naturaleza, extraña fábula y breve sueño […] Voy vagando, rebotando […] Soy un abigarramiento de nieves y rosas, de aguas, aire y fuego. Pintada, esmaltada y dorada, yo soy, ¡oh! no soy más que una nada.[156]

Impacta la similaridad con el poema anterior inglés del mismo autor. En ambos casos un inflamiento esférico ilusorio se disipa y todo retorna a la nada. Pero en este último ejemplo Crashaw dirige nuestra mirada a la existencia entera del hombre. La pompa de jabón vive una vida siempre renovada pero siempre discontinuada. Su duración es la más diferente posible de la de la esfera celestial o divina, porque la vida de la pompa es una vida siempre alterable, siempre alterada, una vida compuesta de una infinidad de pequeñas muertes y terminada finalmente por una total disolución.

Los herejes quietistas con su mal entendida máxima: «Dejad a Dios hacer», renunciaban a los deseos, los esfuerzos y los combates. Según ellos, siendo, como

[156] Cf. Jean Rousset, *La Littérature de l'âge baroque en France*. Corti, 1953, p. 138.

somos, pompas, es decir seres inconstantes e inconsistentes que no tenemos en nosotros mismos ningún principio de existencia y que estamos librados a todos los vientos, abandonémonos a todos los vientos; porque vienen todos del Señor, y hemos de ir allí adonde nos empujan. ¿Por qué no entregarse, en cambio, a Nuestra Señora, y ser tanto activo como inactivo bajo la conducción de Ella, Madre de la Sobrenaturalidad y de la Salvación? El alma esférica sí es comparable a la esfera de una pompa de jabón, frágil, inconstante, efímera y que es *mera superficie*. Sólo la Gracia la puede dejar en mejor forma, y hacerla sacar ventaja de sus mismas miserias extremas, convertidas en oportunidades de anonadarse ante la Majestad de Dios, y en lo profundo suyo, reencontrar el corazón donde reside Dios, y girar amorosamente en torno suyo y dentro de él. Bossuet declamaba:

> Y aunque estemos relegados en esta última parte del universo que es el teatro de los cambios y el imperio de la muerte; mucho más aún, aunque ella nos sea inherente y la llevemos en nuestro seno; así y todo, en medio de esta materia, y a través de la obscuridad de nuestros conocimientos que viene de los prejuicios de nuestros sentidos, si sabemos entrar de nuevo en nosotros mismos, encontraremos algún principio que muestre bien con cierto vigor su origen celestial y que no teme la corrupción.[157]

Las gotas de rocío son aún más pequeñas y frágiles que las pompas de jabón; pero su misma pequeñez las redime de su fragilidad porque se asemejan a las lágrimas de Cristo, redentoras de la Humanidad. Nos dice san Francisco de Sales que por la gracia divina somos transformados en perlas de un lustre proveniente de la luz celestial y no del mar. Bajo la forma de una lágrima, la inmensidad divina que viene a dar su brillo, su pureza y su misma configuración, a la humana pequeñez. El Cielo se refleja y hasta se encarna en lo minúsculo. La ensimismada gota de rocío, descarta todo contacto con el mundo externo, pero refleja otra esfera inmensa, e inmensamente alejada: Dios. La primera impresión parece ser la de una separación absoluta y, faltando todo medio intermediario, la del máximo de distancia entre la grandeza y la menudencia, entre la esfera de Dios y la del alma, y sin embargo, en su insignificancia, destella exclusivamente, la Esfera de Dios. Pese a su futilidad, es de la misma naturaleza que la inmensidad de donde brotó. Cuando ella se encierra en su redondez, allí mismo encierra la redondez del Inmenso; de suerte que cuando el sol viene a disolverla, no se desvanece, no hace sino perder su pequeñez y lanzarse al sol de Gracia y de la vasta Gloria divina.

Andrew Marvell, inverosímilmente presuntuoso, cree poder contener por la fuerza, con la palma de la mano, todos los momentos de dulzura amorosa. Y Abraham Cowlew dice a su musa que detenga el flujo del tiempo y constriña su corriente, y que como una bola de nieve lo consolide y cristalice en verso para hacer que el breve punto de tiempo de esta vida llene un hemisferio de la redonda eternidad…

Sin duda, durante todo el curso del siglo XVII, el pensamiento religioso mantiene la relación entre el «globo breve» de la existencia humana y la esfera de la eternidad. Con el cambio de siglo ese símbolo perece. La pequeñez está perdida en una inmensidad que no es más la divina sino la cósmica. Bernis encuentra la esferilla de la vida sensible desprovista de todo nexo causal o analógico con la gran esfera de la vida

[157] Bossuet, *op. cit*.

divina. Aquélla nace de un soplo, de un capricho anónimo; y carente de cualquier substancia propia, ella se contenta con ser aquello en que la convierten por turnos los colores del mundo exterior que ella refleja. Es un minúsculo evento sensible que reemplazan, sin razón aparente, otros eventos sensibles. Así no hay espacio ni tiempo posibles, a falta de continuidad y permanencia… Esto parece preanunciar este pensamiento de un científico contemporáneo:

> [El hombre] […] no es sino un accidente entre los accidentes, el resultado de una serie de azares de los que el primero y el más improbable fue la formación espontánea de esos extraños compuestos del carbono que se asociaron en protoplasma […] La especie humana pasará […] en este minúsculo rincón del Universo será anulada para siempre la grotesca aventura del protoplasma, aventura que, tal vez, ya se acabó en otros mundos, aventura que, tal vez, se renueve en otros mundos, por doquier sostenida por las mismas ilusiones, creadora de los mismos tormentos, por doquier también absurda, también vana, también necesariamente destinada desde el principio al fracaso final y a la tiniebla infinita.[158]

vi. Pascal y Descartes

Pascal ve una sola salida de la desesperación: pasar del conocimiento de sí al de Dios. El medio es Dios humanado y cognoscible. El punto de partida es, pues, el conocimiento de nuestra propia miseria. Y así habla Pascal:

> Al ver la obcecación y la miseria del hombre, al contemplar al universo entero enmudecido y al hombre sin luz, abandonado a sí mismo, y como descarriado en este rincón del universo, sin saber quién lo la colocado en él, qué es lo que ha venido a hacer, lo que será de él cuando muera, incapaz de todo conocimiento, me espanto como un hombre a quien se hubiese transportado dormido a una isla desierta y espantosa, y se despertara sin conocer dónde está, y sin remedio de salir de allí.[159]

¿Y Descartes? Para él, en cambio, el sujeto pensante, cancelando voluntariamente toda relación con el mundo, se descubre en sí mismo e inmediatamente posesor de su esencia, en un momento y lugar mental de plenitud perfecta, isla no desierta sino llena de substancia, y tal que no hace falta imaginar en torno de ella otras extensiones ni otros momentos…

¿Quién fue Descartes como filósofo? Veamos un pequeñísimo fragmento de la refutación de Descartes por el luminoso obispo de Soissons, Daniel Huet:

> Descartes pone como concedido lo que se busca. Busca si es, y con razón, porque quien quiere dudar de todas las cosas, también debe dudar si es, y de eso profesó dudar Demócrito. Entonces para probar que es, dice: «Yo pienso, luego soy». ¿Pero qué es aquel «yo»? Pues alguna cosa que es. Busca si es y asume que es. Por tanto asume lo buscado por concedido.
>
> Entonces, ¿qué es «yo pienso»? Es «yo soy pensante». Esto es componer este argumento: «Yo soy pensante, luego soy». Argumento que se reduce al de Crísipo «Si luce, luce; pero luce; luego luce». «Si soy, soy; pero soy; luego soy». Aquí asumo que soy para probar que soy y admito aquel círculo vicioso de argumentar.

---

[158] J. Rostand, *Pensées d'un biologiste*.

[159] *Pensées.*

> Además al decir que piensa, no solamente asume ser, sino que asume ser una cosa que actúa, en lo cual asume como cierta y confesa tanto la cosa que es como la acción de esta cosa. Sabemos que hubo varones agudos y doctos que en otro tiempo habrían respondido a Descartes sobre el hallazgo de este argumento, que ese «yo pienso» no es nada más cierto que todo lo demás que él tuvo por falso. Y con buena razón, porque quien duda si es, puede dudar si piensa. Y eso Descartes no lo pudo defender con otro recurso que el que él mismo se había quitado, a saber, la luz natural, a la cual había mandado negarle toda fe por completo. Es más: el fundamento de ese argumento es: «Quien piensa, es», y lo debió anteponer para que el argumento obtuviera esta forma legítima: «Quien piensa, es; yo pienso; luego yo soy». Y otra vez Descartes abandona lo prometido y falta a su palabra y asume por verdadero lo que no es menos dudoso que las demás cosas que guió a tener por falsas. Hasta tal punto es desmemoriado de su propósito magnífico y general de tener todas las cosas por falsas. Si hubiera perseverado constantemente en este propósito, como convenía a un filósofo, al momento de ocurrírsele a su espíritu ese «Yo pienso», lo habría tomado por falso al igual que lo demás. Y si por el contrario eso debía eximirse de la ley general de tener todo por falso, esa ley fue temeraria e incauta. Antes de someterle su espíritu habría debido juzgar si no había nada que exceptuarle.[160]

El *Cogito*, pues, no es una fuente de plenitud, aunque lo haya sido de hinchazón, auto-contradicción y empobrecimiento. Si, como lo cree Descartes, se trata primero de conocerse, el acto mismo del autoconocimiento, al contrario de lo que sostiene Descartes, nos lleva enseguida, siguiendo fielmente a la vez el método cartesiano y pascaliano, ora a la desesperación por comprensión de nuestra miseria, ora a la catástrofe obligándonos a lo imposible, es decir al conocimiento universal. Catástrofe útilmente reveladora de la inmensidad de nuestra ignorancia y de la totalidad de nuestro extravío. Porque si, por un lado, saliendo de su isla mental, el pensamiento ve crecer encima y alrededor de ella las dimensiones de un mundo que se abre infinitamente, por otro lado el ser que piensa, lejos de salir de su lugar, lo ve contraerse a medida que se agranda la esfera de la contemplación. Dos movimientos opuestos se llevan a cabo en un mismo momento: uno centrífugo por el que la periferia del universo circunscrito se sume más y más lejos del ser que ve y piensa; el otro, centrípeto, por el que todo espacio circunscrito tiende a acercarse del espectador, a identificarse en su atomicidad con el lugar que él ocupa y a reducirse con él a las dimensiones de un simple punto.

Las dimensiones del universo conocido fueron creciendo vertiginosamente con el tiempo. Desde Aristarco hasta el 1900 sólo se calculaban las distancias de la tierra a cuerpos celestes cada vez más alejados.

Los antiguos astrónomos griegos creían que el universo consistía en la tierra, el sol, la luna y los planetas, mas allá de lo cual estaban las estrellas fijas. Calcularon la distancia de la tierra al sol errando mucho por menos, debido a una premisa falsa. La verdadera distancia es de 149.600.000 kilómetros. La distancia entre nuestro planeta y su principal luminaria fue durante dos milenios la principal preocupación de los astrónomos para hallar el tamaño del universo. Bessel en 1838 dio un vertiginoso salto calculándolo en 10 ly (años luz), o sea, 94.607.304.725.808 km —un billón (latino) de

[160] *Censura philosophiæ cartesianæ.*

veces de la distancia estimada hasta entonces. En los dos siglos siguientes continuó la expansión del universo conocido:

1838	10 ly
1919	300.000 ly
1929	280.000.000 ly
1955	4.000.000.000 ly
1965	25.000.000.000 ly
1993	30.000.000.000 ly
2006	94.000.000.000 ly

Visto esto con el ojo de Pascal, el doble movimiento por el que de un lado todo huye hacia fuera, y del otro todo cae adentro, no tiene límites en nuestra imaginación:

> Pero si nuestra vista se detiene aquí, que la imaginación vaya más allá; antes se cansará ella de concebir que la naturaleza de suministrar. Todo este mundo visible no es sino un rasgo imperceptible en el amplio seno de la naturaleza. No hay idea ninguna que se aproxime a ella. Podemos dilatar cuanto queramos nuestras concepciones allende los espacios imaginables, no alumbraremos sino átomos, a costa de la realidad de las cosas.

De entrada, pues, se da la catástrofe; y es doble, porque las dos mitades de un mundo escindido se precipitan en caminos opuestos, en cuyo extremo, al fin de cuentas, el ojo y el espíritu no distinguen más nada. A medida que el ser pensante infla sus concepciones y se esfuerza por superarse, ve alejarse más allá de su pensamiento un universo cuyo límite finalmente no es ningún lugar. Al revés de esta huida infinita, se hace un movimiento no menos infinito de reimplicación por el cual cuanto sea visto, pensado y hasta imaginado en el interior de este universo total, refluye, se reabsorbe, se reencierra en el lugar donde uno está, en el punto que uno ocupa. Infinitamente más allá de toda percepción y todo pensamiento, hay una naturaleza cuya circunferencia no está en ningún lugar. E infinitamente más acá de aquella circunferencia, hay un rasgo, un punto, un átomo central, que es cualquier cosa y que se confunde con el espectador.

Así pues, la experiencia del conocimiento de sí mismo a través del conocimiento del universo desemboca en un fracaso absoluto, en la conciencia de un máximo de apartamiento. En uno de los extremos sólo queda un *ningún lugar* de circunferencia, y en el otro un *cualquier lugar* de centro. Como los aristotélicos y a diferencia de todo el pensamiento neoplatónico, para Pascal ser centro es estar situado en el punto más bajo, en el más relegado, en la peor de las posiciones, porque dondequiera que esté, siempre es la más alejada de los límites de la realidad.

Por eso, cuando Pascal retoma la frase «Es una esfera cuyo centro se halla por doquier y cuya circunferencia no se encuentra en ninguna parte», pero para expresar la concepción más rigurosamente subjetiva de un universo que es forzoso imaginar viendo desvanecerse de él en la distancia, a partir del punto central donde uno lo imagina, la periferia en la distancia, de suerte que entre el universo y uno mismo no cabe encontrar proporciones. Aquí, pues, centro y circunferencia no quieren de ninguna

manera significar una relación de figura; representan al contrario la imposibilidad de establecerla. En una primera versión, Pascal había escrito: «Nosotros no damos a luz más que átomos al precio de la realidad de esta *vastedad infinita*. Es una esfera *admirable*…» La esfera aquí no es Dios ni aún la naturaleza, sino la vastedad de lo que es; vastedad cuya infinidad se expresa precisamente por la imposibilidad de concebir sus límites a partir de cualquier punto donde uno se sitúe. De suerte que el gran *topos* plotiniano y medieval, retomado por Pascal, pierde significación. En lugar de representar, como en San Buenaventura, la realidad sobrenatural de un Dios que, estando a la vez por doquier y por encima de todo, es simultáneamente centro y circunferencia, él representa la condición del conocimiento humano, según la cual, dondequiera que éste se encuentre como centro, descubre estar él mismo siempre a la misma infinita distancia de la circunferencia de lo cognoscible.

Pero con todo, es verdad que con Pascal la esfera, en vez de representar la grandeza de Dios, representa la miseria del conocimiento humano. Si aquí ella ya no es símbolo de Dios, al menos todavía es símbolo del símbolo. Porque a continuación de la oración anterior, Pascal añade: «Finalmente, el que nuestra imaginación se pierda en este pensamiento es la mayor nota sensible de la omnipotencia divina.»

Así, para Pascal—según un pensamiento que él desarrolla más lejos—la esfera admirable, por lo mismo que es símbolo de la infinidad divisible del espacio, no se queda sin figurar también algo de la inmensidad indivisible de Dios, puesto que el espacio es una representación imperfecta pero sensible de aquella. Más allá de la esfera divisiblemente infinita de la naturaleza, hay pues un recuerdo de lo que la escolástica neoplatónica había concebido como la esfera indivisiblemente infinita de Dios.

El hombre es un punto, un átomo. A partir de este punto, igual e infinitamente, en círculos concéntricos que se desvanecen en la profundidad, se desenrolla un abismo espacio-temporal más allá del cual se extiende esféricamente la realidad más «abismal» todavía de Dios. Todo es vacío, todo es silencio, todo es distancia infinita: «La distancia infinita de los cuerpos a los espíritus figura la distancia más infinita de los espíritus a la caridad, porque ella es sobrenatural»[161]. En medio de estas extensiones, el átomo humano queda extraviado y tragado. Pero, tragado en el espacio, ¿no puedo afirmar que soy el centro de este espacio? ¿No era que soy «caña pensante»?

Aquí cabe comparar y oponer Pascal a Descartes. Porque la reducción universal de la realidad exterior al vacío de la extensión tiene cierta analogía con el mundo negativo, la especie de hueco interior, donde Descartes sitúa su *Cogito*. En la vasta nada causada por una duda hiperbólica gratuita, Descartes coloca contradictoriamente, como supuesto punto luminoso a partir del cual todo va a reaparecer, un pensamiento que no es el primero de la mente humana, pero que, supuestamente comprendiéndose, comprendería luego la extensión y el universo. En cambio el Dios pascaliano puso al hombre en el centro del mundo para que mirara más cómodamente alrededor suyo todo lo que hay en el mundo. Si el hombre es un punto, este punto es centro, y desde entonces, en cierto sentido, el espacio, el universo y el mismo Dios vuelven a hacerse

[161] *Pensées.*

comprensibles. Es posible una medida filantrópica (aunque no antropocéntrica) de la realidad total; por consecuencia todo, mi pensamiento y yo mismo, quedaríamos salvados.

Pero nada de por sí es salvado, y precisamente para apartar esta última posibilidad de la salvación natural, Pascal pasa a la segunda parte de su exposición: Cuando yo concebía la vastedad de las cosas como una esfera admirable, debía concebirme a mí mismo como su punto central. Pero ni bien dirijo la mirada al interior, a mí mismo, no soy más un punto ni un centro, soy aquello a partir de lo cual, interior y profundamente, debo ahondarme para encontrar el centro. Pascal parte a una segunda busca: la de los espacios interiores contenidos unos en otros ¡hasta llegar a lo infinitesimal!

> Quiero hacerle ver allí adentro un abismo nuevo. Quiero pintarle no solamente el universo visible, sino también la inmensidad que uno puede concebir de la naturaleza en el cercado de este resumen de átomo. Que allí él vea una infinidad de universos de los que cada uno tiene su firmamento, sus planetas, su tierra…

La escena ha cambiado manteniéndose idéntica; lo que ahora se revela es de nuevo un abismo: pero interior. En su movimiento hacia el abismo, el pensamiento no parte más aquí de un punto inicial y central: va a su búsqueda. En lugar de situar al hombre en el centro del despliegue excéntrico de su pensamiento hacia la circunferencia de las cosas, Pascual aquí lo describe como alguien que se dirige concéntricamente hacia el centro de ellas. Y en lugar de mostrar en la dilatación progresiva de la naturaleza la constricción correspondiente de todo lo que ella contiene, Pascual aquí muestra en el estrechamiento progresivo de su centro, la dilatación gradual de los puntos de vista sucesivos desde donde éste es contemplado. De suerte que de punto de vista en punto de vista y de objeto en objeto, a medida que el pensamiento se adelanta hacia la punta huidiza de lo ínfimo, el sujeto mismo de este pensamiento ve refluir sobre él cada objeto ampliado. El inflamiento de ellos es el de él. El hombre que mira, se convierte en montaña, tierra, firmamento, universo. O mejor dicho, al paso que el pensamiento se esfuerza por alcanzar en el término de su movimiento vertical el punto central de las cosas, éstas, levantándose de su profundidad, vienen una por una a extender e inflar la superficie, transformarla en una circunferencia que amenaza, ella también, ser infinita. Así el sujeto de este pensamiento ahora descubre estar del lado de más acá, atrasado, sin ser más centro, sino la periferia misma de lo que quiere contemplar. A partir de esta periferia el intenta penetrar, círculo tras círculo, las capas concéntricas que le velan la verdad central. Su mirada no diverge más en los espacios. Hace falta que la haga converger de todos los puntos de su superficie hacia un centro; y este centro es parecido a la punta de un inmenso cono dado vuelta cuyas líneas se hundirían indefinidamente en la profundidad. Profundidad que engloba mundos, pero que es ella misma englobada. Un universo dado vuelta se compone—como el otro—de esferas concéntricas, donde paradójicamente las gotas encierran globos y los insectos estrellas.

A este punto el hombre resulta ser un coloso, un mundo, un todo. Y como el centro de esta esfera está a una distancia infinita, la circunferencia misma de la esfera es infinita. Dondequiera que el hombre se sitúe, está siempre en la superficie de lo imperceptible: la localización de la circunferencia es total; la del centro, nula.

Así las cosas, la circunferencia es el hombre. El hombre se aparece a sí mismo como un coloso y como un mundo. Este mundo contiene al infinito, pero lo contiene sin comprenderlo. Así como no podía haber ninguna comprensión del mundo para quien se constituía su centro, así tampoco puede haber comprensión del mundo para quien se sitúa en la circunferencia si no llega jamás al centro. La ignorancia del mínimo es igual a la del máximo. De un lado como del otro hay ausencia de relación. La totalidad sin unidad equivale a la unidad sin totalidad. La *desproporción* absoluta es siempre la misma.

Cuando el hombre se pone en el centro, desaparece la circunferencia; cuando se pone en la circunferencia, no hay más centro. Las dos maneras de pensar terminan en la misma volatilización, en el mismo hundimiento. La única posibilidad de salir de la antinomia sería poder situarse *a la vez* en el centro y en la circunferencia; pero el hombre es incapaz de ello. De suerte que dondequiera que se ponga y comoquiera que piense, el mundo se le escapa en altura o en profundidad. Uno por vez, la circunferencia y el centro de las cosas no están en ninguna parte. Finalmente el hombre se encuentra en un mundo vaciado de todas las referencias posibles, en algún lugar, en el medio de una esfera cuya circunferencia y cuyo centro, «huyendo con una huida infinita», nunca están en ningún tiempo ni lugar. En todas las direcciones hay la misma igualdad de ignorancia. La catástrofe entonces parece total.

Es como si toda verdad y toda existencia absolutas se hubieran retirado a dos partes, a la infinidad de un límite circunferencial, o a la de una nada de grandeza. El hombre tiene por doquier el abismo infinito que no puede llenarse. Y según Pascal el pensamiento humano se había dado como tarea llenar el abismo, invadir el vacío, «buscar de las cosas ausentes el socorro que no se obtiene de las presentes», alcanzar—sin dejar nada escaparse de los medios intermediarios—el techo último y la punta primera de la realidad. Conocer es inflar el punto, prolongar las líneas, extender las superficies, dilatar las masas; o bien juntar todo en la captación de un principio. Pero hágase lo que se haga, este universo suena hueco. Todo lo finito se pierde en el infinito y es incapaz de llenarlo, pero no de atravesarlo, si se trata de la piedra lanzada al mar y que puede lo que no la inteligencia. Es que pasa con toda virtud como con todo conocimiento: una serie inagotable de matices las parcela en una infinidad de puntos de vista exclusivos que nadie puede abarcar ni unir:

> Cuando pretendemos llevar las virtudes hasta los extremos de uno y otro lado, se presentan vicios que entre ellos se insinúan insensiblemente, en sus sendas insensibles, por el lado de lo infinitamente pequeño; y también se presentan vicios, en multitud, por el lado de lo infinitamente grande —de modo que nos perdemos en los vicios y no vemos ya las virtudes. Caemos en la trampa de la perfección misma.

Según lo razonado, quedaríamos burlados, como por la perfección, así también por la verdad. El conocimiento moral y por igual el físico piden llenar el entremedio siendo a la vez centro y circunferencia: esto requeriría una agilidad prodigiosa: «un vistazo puro sin razonamiento»: el espíritu de fineza. Pero él no pasaría de un «repentino movimiento de uno a otro de estos extremos»; no habría circunferencia auténtica todos cuyos puntos estarían simultáneamente presentes al centro, sino una punta de ésta. Pero la punta del pensamiento no puede mejor que crear un círculo ilusorio. Los dos

extremos, centro y circunferencia, le están infinitamente alejados —aunque solamente para el hombre, único que, fijo donde está, no puede pasar más allá. Todas las cosas se tienen entre sí por un lazo natural e insensible que junta los extremos. El universo ya no está vacío: está llenísimo: sólo el hombre pone en él un vacío, insensible a la relación y al encadenamiento del todo y las partes, que es captada por la inteligencia divina.

Poco después de las palabras citadas, Pascal echa esta oración sin verbo que por su brevedad sugiere algo del relampagueo con que una idea verdaderamente divina, lejos de ir de uno a otro de estos extremos, inmediatamente los junta:

> El movimiento infinito, *el punto que lo llena todo*, el momento de reposo; infinito sin cantidad, indivisible e infinito.

Este citado pasaje está inspirado en Nicolas de Cusa, de quien podemos citar un pasaje afín:

> Puesto que el máximo es como una esfera infinitamente grande, vemos claramente cómo es la medida absolutamente simple y adecuada de todo lo que el universo contiene […] Dios es pues la definición única, absolutamente simple, del universo entero […] Él es el reposo absoluto, en el cual todo movimiento es reposo, y este reposo absoluto es la medida de todo movimiento, como la rectitud absoluta es la medida de toda circunferencia, y como el presente más grande, es decir, la eternidad, es la medida de todo tiempo.[162]

Dios es a la vez principio y límite infinito, centro y circunferencia. Pascal afirma del infinito-círculo y del principio-punto:

> Estas extremidades se tocan y reúnen a fuerza de haberse alejado, y se reencuentran en Dios, y en Dios solamente.[163]

Los extremos sólo se tocan y encuentran simultáneamente en una realidad indivisible de la cual el universo es el símbolo: no en la naturaleza ni para el hombre, sino en la sobrenaturaleza y para Dios. Las criaturas son incapaces de esta unidad infinita de Dios, por lo cual uno puede aprender a estimarse en su justo precio, y formar reflexiones que valen más que todo el resto de la geometría misma. El Dios de los cristianos «no consiste en un Dios simplemente autor de las verdades geométricas»; él las sobrepasa por una suerte de geometría divina en que los extremos coinciden y, coincidiendo, llenan todo el entremedio. «El abismo infinito sólo puede *ser llenado* por un objeto infinito e inmutable. «Es un Dios que *llena* el alma y el corazón de aquellos a quienes posee». Llenando el alma, «haciendo de medio» entre Dios y nuestra miseria, está la gracia de Jesucristo.

vii. El «Siglo de las Luces»

Pascal muere en 1662. Ocurren muchos cambios en dos generaciones, y llegamos al siglo XVIII. Atravesando las edades, el gran emblema del centro y de la esfera ha cambiado singularmente de sentido. Tenemos que no se aplica más a Dios exclusivamente, sino también al hombre, en quien, al igual que en Dios, los hombres

---

[162] *De la causa, principio et uno*, dial. 3.

[163] *Pensées et opuscules*.

descubren centro y esfera infinita. Pero —como pasará un siglo más tarde— con que la figura de Dios retroceda en el horizonte del pensamiento y la variedad del mundo aparezca en sí misma despojada de toda significación teológica, el símbolo del centro y de la esfera se reducirá a un simple esquema perspectivo. El hombre del siglo XVIII ya no abarcará con la mirada la esfera de Dios, sino la esfera de los conocimientos científicos desgajados de la salvación o por lo menos formación del alma. El ciclo divino pasará a ser simple enciclopedia.

La *Enciclopedia* anticatólica y antiintelectualista de Diderot de 1751 no es una enciclopedia pues no es una compilación encadenada ni sistematizada de todo el saber humano, sino un amontonamiento meramente alfabético y aleatorio de artículos elegidos arbitrariamente. Los abismales absurdos de los enciclopedistas siempre serán objeto del desprecio de todos los hombres que no piensan que son mera materia agitada, que saben que independientemente de los movimientos corporales pueden ser soberanamente felices, que creen que no hay más que Dios que pueda ser bien y todo bien y que no deliran al punto de persuadirse de que nadie es feliz amando y poseyendo toda bondad.

El *Discurso preliminar* a esta lamentable obra condenada por el parlamento francés el mismo año de su edición, puede valer como una introducción al «Siglo de las luces» al dar la idea de que el hombre posee por su propia inteligencia y análisis la capacidad de modificar las condiciones de la vida humana; como si la vida humana no fuera un encaminamiento hacia la Eternidad y como si las condiciones que primero toca modificar de ella fueran las materiales. La *Enciclopedia* pretendía exigir a la comunidad intelectual refinar el conjunto de las ramas del saber con referencia a los descubrimientos pasados o recientes. ¿Cómo «refinaría» el saber nadie, sino a partir de los primeros principios del saber, del refinamiento, y del ser tal como han sido explorados y aplicados por los grandes maestros de la filosofía perenne? De antemano pretenden poner manos a la obra con espíritu laico, naturalista, y antiteológico, con lo cual es irracional y perverso, y «decapita» mentalmente al Mismo Ser Subsistente en quien se apoyan los prolegómenos de todo conocimiento del mortal.

D'Alembert pretendía que «no hay sino la libertad de actuar y de pensar que sea capaz de producir grandes cosas, y ella no necesita sino Luces para preservarse de los excesos». ¿Libertad de actuar y de pensar? ¿«Luces»? Aunque el hombre sea libre de manejar su mente como sus manos, hay reglas inmutables a las que debe conformarse: la verdad es la regla de su mente, la lógica es la ciencia que expone sus leyes, y la autoridad acreditada, una guía necesaria y segura. ¿Uno sería «libre» estando libre de las tres? Hay una libertad de la mente que consiste en la disposición a admitir toda verdad nueva, a remplazar toda proposición no demostrada por otra cuya prueba será suministrada. Pero la libertad de mente no puede consistir en estar dispuesto a rechazar una verdad establecida. Esto dejaría la mente en un provisorio permanente. ¿De dónde vienen, cómo son, y qué efecto hacen las «Luces» que D'Alembert cree ser preservativas de los excesos en el actuar y pensar? El libre pensamiento es el pensamiento indeterminado; libre de sí mismo y destructivo también de sí mismo. Pensamiento vago que se niega vagando. Pasteur decía:

> El que no tuviera más que ideas claras sería seguramente un tonto… Las nociones más preciosas que esconde el espíritu humano están totalmente al fondo de la escena y en una media luz. En torno de estas ideas confusas cuya conexión se nos escapa, dan vueltas las ideas claras para extenderse, desarrollarse y elevarse… Si estuviéramos separados de este trasfondo, las mismas ciencias exactas perderían allí toda su grandeza.

La *Enciclopedia* lleva a creer que cuanto menos uno crea, más capaz de pensar libremente es: cuanto menos centro propio, más circunferencia propia… Se quedan sin nada.

En el siglo anterior, Giuseppe Battista, poeta marinista, describía a un caballero que regalaba a su dama un globo que representaba un principio de unidad. Es el símbolo de un pensamiento único y de un amor exclusivo. Pero también es el «móvil prisionero del viento». Para aquí, para allá, este pequeño mundo inflado de amor ha sido bamboleado en el vasto mundo y ha descripto curvas variadas. Pero la movilidad de los eventos está compensada por lo fijo del pensamiento. La redondez del globo conserva aún algo de la homogeneidad de la esfera eleática. Una misma substancia emotiva infla por todos lados este juguete que rueda por doquier. El globo sólo es un esbozo de globo: una forma sin cesar borrada y recomenzada, principio de variedad. Tal es, para el aspecto aún sano del siglo XVIII, la *gracia*, «aún más bella que la belleza». La gracia, o más bien las gracias, la movilidad del gesto, del matiz, de la inflexión, por la que una pluralidad sinuosa viene a tomar la parte de la continuidad circular y de la relación constante de ésta con un centro. Pero debemos notar que el esbozo o asomo de algo, aunque multiplique indirectamente ese algo, y con ello produzca variedad, la produce regida por ese algo.

Es significativo que en la novela *Tristam Shandy* el personaje que describe un carrete simbólico lo haga en el momento en que discurre sobre la idea de libertad. El carrete es una representación del pensamiento libre: libre de pensar lo que quiere y libre de no pensar más lo que no quiere pensar más. La línea sinuosa inventa a medida el ser liberado de la obligación de seguir una línea fija, el ser que se desvía de la ruta derecha y cuando quiere toma los atajos. La línea de la belleza es entonces también la de la libertad; en todo caso, de la libertad que consiste en seguir el propio capricho, en adoptar los itinerarios cambiantes que la fantasía propone al espíritu. —Hemos visto muchas aberraciones, crímenes y monstruosidades desde entonces hechas en nombre de caprichos de grupos humanos manejados por su frivolidad, necedad y perversidad. Nunca el propio capricho va a llevar a la belleza sino casual y precariamente. Esta libertad de espontaneidad está ella misma desmentida secretamente por un principio de *necesidad* que la domina. Si soy libre de seguir la curva de mi capricho, este capricho mismo está determinado de antemano por toda una mecánica de leyes externas e internas. La sinuosidad de mi pensamiento depende de las condiciones exteriores e interiores en que me encuentro, de las experiencias sensibles que me modifican y por fin de la ley de asociación de ideas que no me fuerza en para nada a fijar mi pensamiento, ni a hacerlo dar vueltas, ni a perseguirla en línea derecha, pero que la constriñe implacablemente, por la contigüidad de los puntos comunes, a pasar de una idea a otra, como se pasa de una curva cóncava a una convexa en el punto tangencial. Por consiguiente, la libertad del capricho sinuoso es totalmente ilusoria. Es

una variedad pasiva, una flexibilidad inagotable para pasar a ser aquello que el azar afeado por las malas pasiones manda que se sea.

El símbolo de la araña en su tela restablecerá la cohesión de la experiencia, pero a su nivel más bajo y fugaz que es el de la sensación. Es verdad que basta que el choque de un ala de insecto venga a hacer temblar al insecto diseñador y tendremos al animal despertado y llamado al sentimiento de la existencia, en un virtual «Siento, luego existo». Así, pues, la «sensación creadora» de la conciencia fluiría del exterior, pero surgiría «en el centro de la interioridad» de la araña, que autores barrocos toman como imagen del ser humano y a la que adjudican pensamiento no se sabe si poéticamente o realmente; tampoco si libre o deterministamente. Al ente arácnido el instinto le queda bien y a medida, y su entidad no puede crecer inmaterialmente. En cambio al animal racional el instinto, si es desordenado y «decide»—con influencia diabólica—del divinamente infuso intelecto, el instinto le queda pésimo, y lo deja pésimo, también incapaz de superarse en su entidad. Insinuar una mente humana zoomorfa encerrada en límites infranqueables y determinada por leyes ciegas, es insinuar la inexistencia de la verdad, y por ende de la ley moral.

Porque es centro, el alma de la araña existe pues en toda la tela. El centro es el momento y lugar en que se unen los hilos. Pero el centro *siente* en todos los rayos y por consiguiente en todos los puntos de la circunferencia. Buffon define al animal como «un centro al que todo se relaciona, un punto donde el Universo entero se refleja, un mundo abreviado»[164]. ¿Cuál es el mundo que abrevia la araña privada de intelecto, libre albedrío, y capacidad de participación de lo incorpóreo y de lo eterno? La sobre-exaltación cosmogónica de una sensibilidad desprovista de pensamiento jamás coincidirá con una posesión consciente o inconsciente del universal ni aún con una posesión consciente del particular, pero puede, al contrario, corromper la conciencia humana hasta la inutilización, como explica el Aquinate.

Ser como una araña muy potenciada y pensante es consumirse de pasiones dirigidas a bienes particulares contrarios al bien universal, cayendo en el pecado profundo permanente y rechazando el movimiento contrario de la ciencia acerca de esos mismos bienes particulares, con lo cual no sólo se distrae el hombre de la consideración de la ciencia (incluida la filosofía), sino que ésta consideración se inutiliza a fuerza de ser contrariada.[165]

Si el símbolo de la araña es de origen estoico, la concepción de un sentido especial que centralizaría la experiencia de todos los demás *organizándolos al servicio del intelecto*, viene en línea recta de Aristóteles. Y para el siglo XVIII el ser humano es un centro al que desemboca y en el que se sintetiza la realidad del exterior. Gracias a esta organización, el exterior está conectado con el interior y la circunferencia con el centro, aunque a pocos iluministas les interesen las connotaciones teológicas subyacentes. Dice Vauvenargues:

> Un espíritu extendido considera los seres en sus relaciones mutuas; capta de un vistazo todos los ramos de las cosas; las reúne en su fuente y en un centro común; las pone

[164] *Histoire naturelle*.

[165] *De malo* q. 3 a. 9 co.

> bajo un mismo punto de vista; por fin, derrama luz sobre grandes objetos y sobre una vasta superficie.[166]

A este centro común —este punto de vista de donde se captan los ramos de las cosas— se lo ve irradiar por doquier, en la contemplación de los objetos de arte y de las bellezas de la naturaleza como en las meditaciones filosóficas sobre el cosmos newtoniano. El siglo anterior la poetisa alemana Catharina Regina von Greiffenberg ya había concebido el arte como un desorden aparente que disimulaba un orden verdadero:

> El desorden del arte está lleno del orden más bello. Del centro de la esfera surge un punto de vista; tirándose los rayos hasta este punto, la forma unida aparece con una perfecta claridad.[167]

Si la obra de arte tiene un centro en torno del cual las otras partes se distribuyen para formar un todo, se hace posible analizar las relaciones que tiene el centro con las diferentes partes del todo y rehacer su síntesis. La obra de arte es un conjunto orgánico que debe comprenderse como tal. Una nueva suerte de apreciación crítica es posible, pues. Toda la crítica alemana, comenzando por la de Goethe y de Humboldt, sale de allí.

La teoría del arte de Goethe deja sin resolver no sólo el problema de la forma absoluta, sino también el de la misma crítica. Según la última intención de Goethe, la crítica de la obra de arte no es ni posible ni necesaria: podrá ser necesaria una indicación del bien y una advertencia del mal, y al artista que tiene una visión del prototipo le es posible un juicio apodíctico sobre obras. Pero reconocer la criticabilidad como un momento esencial de la obra de arte, es a lo que se niega Goethe. Desde su punto de vista es imposible la crítica metódica, es decir, objetivamente necesaria. Pero según los hechos, en el arte romántico la crítica no es solamente posible y necesaria, sino que en su teoría reside ineludiblemente la paradoja—un tanto aberrante—de apreciar más alto la crítica que la obra.

El inglés Addison hace reflexiones ingeniosas sobre el centro perspectivo y el objeto de arte. De todas las figuras arquitectónicas, da prioridad a las cóncavas y convexas, porque en ellas distinguimos una parte mucho más considerable que en otras, de su volumen:

> Vean el exterior de una cúpula; su mirada la abarca a medias; miren el interior de esta cúpula: de un vistazo captan todo su aspecto; la entera concavidad cae instantáneamente bajo su mirada, porque la vista es el centro que reúne y junta en sí los rayos de toda la circunferencia.[168]

Aquí Addison no parece decir nada que discrepe con Plotino, san Agustín o san Buenaventura. Pero para estos últimos, la razón final de esta belleza era la analogía entre el centro del círculo y la unidad divina cuya infinita riqueza se irradiaba en la creación. En cambio la apología estética del círculo por parte del intelectual del siglo XVIII sólo puede situarse en el ámbito del relativismo psicológico y del perspectivismo.

---

[166] *Introduction à la connaissance de l'esprit humain.*

[167] *Über die Tugend-Vollkommenheit Unvergleichlich-Schöne Aramena.*

[168] *Spectator*, Nº 415, 26 de junio de 1712.

Ciego e ingrato, el hombre de aquella época, paseando circularmente su vista por el mundo, descubre esferas y círculos en la naturaleza mayormente sin ver en ellos el reflejo y el hecho de Dios. De todos los escritores de aquel entonces, el que fue más sensible a las bellezas de los círculos naturales es Bernardin de Saint-Pierre. Lo conmueven los vuelos de pájaros, pétalos de flores, tronco y follaje de árboles, flores con pétalos de forma de rayos, ondulaciones de praderas al viento. Bernardin tiene en sumo grado el sentido de la relación *armónica* entre el círculo y el centro. Para él, como para Kepler, toda la naturaleza es una música de formas movientes, a su turno circunferencias y centros, que se combinan para producir el mismo efecto.

Aunque el hombre particular —Fulano o Mengano— no es ciertamente el centro de la creación incluidos los demás hombres, sí lo es el hombre universal, y mucho más exactamente que el sol. Todas las armonías de ésta se disponen en torno del hombre y sólo están combinadas para él. El hombre universal es el centro del mundo visible, porque es su *fin*. Desde este punto de vista el sol se hace periférico y el hombre central. Pero este punto de vista no es el original de la alegoría central-circunferencial toda iluminada e imbuida por la teología.

Si el hombre universal es el centro de la creación visible, Dios-Hombre lo es con infinitamente más título que cualquier hombre, y como el jefe de todos ellos. A Él dirige el cardenal de Bérulle las siguientes palabras, con un lado drástico comprensible para quienes lo rechazan, por mucho que originalmente fueran creados a su imagen:

> Si queréis haceros hombre, prefiriendo, por un secreto adorable de vuestro amor, la naturaleza más baja a la más alta, no escojáis la carne sacada de la masa del pecado, derivada de un Adán miserable y pecador, y no vengáis a la tierra contaminada del pecado. Haced un hombre aparte no derivado de los hombres, y haced un mundo y un paraíso nuevo para este nuevo Adán; puesto que habéis dignado hacer un paraíso y un mundo para el viejo Adán y para sus descendientes, que tan poco han honrado, amado y conservado vuestra gracia, vuestro amor y vuestro paraíso, obrad, ¡oh gran Dios! Conforme a vuestra grandeza y a vuestra sabiduría, y referid a Vos esta gran obra, y a Vos solo. Y como en Vos mismo no tenéis verdadera referencia sino a vos mismo, es decir, como en vuestra esencia no hay relación real sino entre las personas divinas, y no hay ninguna naturaleza ni persona creada hacia la cual tengáis una referencia real, haced también que el Verbo Humanado, esta suprema de vuestras obras, se os asemeje, y haced que esta obra que os incluye y contiene y de la que sois el centro y la circunferencia, no tenga referencia sino a Vos, no tenga referencia hacia los hombres y los pecadores que han querido separarse de Vos. Ellos no se refieren a Vos; que entonces esta obra no se les refiera. No hagáis cosa tan grande para cosa tan vil, tan miserable y tan alejada de Vos.[169]

En un plano muy inferior y profano, para Bernardin de Saint-Pierre y para Addison la armonía de las cosas no se deja captar a menos que uno comprenda que ellas fueron formadas para estar dispuestas en torno de un centro y de una mirada donde se juntan y se hacen inteligibles. Y lo que vale para las cosas de la naturaleza, vale más aún para ésta tomada en su totalidad. Addison conoce el viejo adagio sobre la esfera infinita cuyo centro está por doquier y cuya circunferencia en ningún lugar. Dios es el espacio, porque Él es por todas partes el centro del espacio y en este centro siente y ve todo lo

[169] *De l'État et des Grandeurs de Jésus-Christ*, Discours IX, § III.

que hay en el espacio. ¿Cómo percibe Dios el mundo según Addison? —Como quien es una suerte de mirada universal que abarca todo de golpe, un centro que está presente en todas las partes de la esfera y una ojeada general sobre el conjunto del espectáculo.

Hablando no de la ubicuidad sino de la eternidad divina, Condillac —curiosamente— reencuentra el mismo punto de vista:

> Podemos imaginar inteligencias que se aperciban de una sola vez de las ideas que nosotros sólo tenemos sucesivamente, y llegar en cierta suerte hasta un espíritu que abarque en un instante todos los conocimientos… *Será como el centro de todos estos mundos*… en un instante indivisible y permanente con los cuales coexisten los instantes de las criaturas.[170]

Es de notar por qué senda curiosa Condillac retoma aquí las concepciones de la antigua escolástica sobre el *totum simul*. El siglo XVIII no necesariamente ignora la teología, pero necesita repensarla en el cuadro de una filosofía sensualista y relativista.

Dios, con sólo mirar el mundo, puede constituirse su centro. Desde Newton, la ley de la gravedad da al hombre, centro de este sistema un grandísimo prestigio y un carácter infinitamente dinámico. La fuerza que atrae los planetas es el principio que regula todos sus movimientos. Ahora bien, este principio es inmediatamente comprensible, al menos en sus aplicaciones. El astrónomo ve el cielo obedecer a sus cálculos, por así decir. De suerte que se puede decir que el hombre, poseedor del secreto del universo solar, en pensamiento participa en su gobierno. El hombre es el rey destronado del universo visible aún sin mirarlo ni conocerlo, pero el solo mirarlo y conocer una ley general, no le dan un mayor status allí.

Matthew Prior contempla:

> O glorious nature!… Thy being is boundless, unsearchable, impenetrable… Wearied imagination spends itself in vain, finding no coast nor limit of this ocean, nor, in the widest tract through which it soars, one point yet nearer the circumference than the first centre whence it parted.[171]

Es un tema de Pascal. La circunferencia aparente del universo huye ante la mirada, aunque el centro aparente, el primer punto de vista donde uno se había colocado, parece menos un punto de partida que un punto de aferramiento.

Lástima que falta aquí profundizar que si Dios mira a quien hizo para que Lo mirara, Dios es mucho más que mirada: es Ley, Razón, Camino, Verdad, Vida.

Este siglo XVIII, interminable en el mal y que sólo engendrará otros dos mucho peores y menos rápidos en concluir, es relativista. Para él, la verdad consiste en una serie de puntos de vista, y el supremo de ellos, es el de Dios: pero —¡vaya coherencia!— esto, no sin connotaciones pluralistas *avant la lettre*, no impide que todos los puntos de vista sean verdaderos y que todos los lugares y momentos sean el centro de un círculo que envuelve alguna parte de la verdad. Animal, hombre, ángel, Dios forman una serie de campos perspectivos que varían según la longitud del rayo y la

---

[170] *Traité des sensations*.

[171] Matthew Prior, *Poems on Several Occasions*. Cambridge University Press, 1905.

nobleza de los seres, pero que siempre van de un centro a una circunferencia. Y el hombre de esa época quiere hacer variar el rayo variable e intentar extenderlo para acercarlo a los que están encima nuestro. Como lo mostró Arthur Lovejoy, la escala de los seres ya no es fija, como en Platón, sino que un vasto movimiento parece llevar progresivamente hacia arriba toda la creación. Esto es aplicado entonces de la realidad ontológica a la esfera o esferas de conocimiento. Tener conciencia del mundo es ante todo descubrir el punto donde uno está y luego aprender a sentir siempre más lejos *y extender la esfera de la propia conciencia.* Pero algunos no salen de la esfera estrecha que la naturaleza o su pereza les ha prescrito. Y de los que salen, ¿cuántos encuentran a Dios, en semejante ambiente religioso?

El ponzoñoso enciclopedista Diderot «se da cuenta» de que *todo* se mueve: el espectador, su mirada, los objetos y el espacio mismo donde todo está inserto. En éste todo se propaga y todo influye: el conocimiento, el sentimiento, la simpatía. El movimiento del pensamiento en Diderot, *opuesto per diametrum a la Convolución Católica que ha abandonado*, es precisamente *excéntrico*. A él le sería impensable que cada momento o punto de existencia se constituyese en un lugar cerrado en cuyo interior el corazón y el espíritu encontrarían suficiencia, *porque le falta Dios y la visión interna del corazón*. Se pierde la maravilla y paradoja del intelecto espiritual que todos poseemos, pero que sólo algunos *ponen en buen funcionamiento*. Nuestro intelecto ordenado por naturaleza nada menos que al *ser en cuanto ser* como su objeto propio, *puede* abarcarlo en un cierto sentido en su pensamiento en sus lineamientos generales. Por el mismo hecho de que levanta la pregunta del ser como un todo, la persona humana no es meramente parte del universo, sino un todo dentro del Todo.

viii. Rousseau

Henos aquí llegados al sofista Rousseau. Negó el pecado original, la maldad congénita del hombre, la bondad de la vida cívica, y hasta el valor del intelecto.

Así comienza el manipulador conceptual helvético intentando enaltecer y casi divinizar la voluntad general, como remedio divino contra siglos de vida cívica esclavizadora y como única verdadera salvación y potenciación del estado natural —con lo cual el pensador cree poder ponerse de Legislador del mundo como nunca lo hubo, tampoco Dios. Y nótese cómo aquí se encierra un desenfrenado libertinaje, una allanadora igualación y una hermandad superficialísima y grotesca; y se preanuncia la catastrófica Revolución Francesa:

> En tanto que varios hombres reunidos se consideran como un solo cuerpo, no tienen más que una sola voluntad relativa a la común conservación y al bien general. Entonces todos los resortes del Estado son vigorosos y sencillos, sus máximas claras y luminosas, no existe confusión de interés, ni contradicción; el bien común se muestra por todas partes con evidencia, sin exigir más que buen sentido para ser conocido.[172]

Que no sueñe el politólogo orgulloso: por más que varios individuos reunidos juntos se consideren miembros de un mismo cuerpo, su voluntad jamás será única, con lo

[172] *Contrato social*. Libro IV, cap. 1.

cual cae todo el resto de la declaración, hasta el bien común, y caído éste, que es la virtud, cae su fruto, la felicidad.

Rousseau tiene muchas reflexiones afines al tema del punto y el círculo (que es potencialmente el de la convolución) que en su caso son el yo y la naturaleza sensible. Para este filósofo, el hombre es un centro de vida expansiva que conviene considerar primeramente en sí mismo, independientemente de las regiones en las que está llamado a irradiar. Al principio este centro es el lugar a partir del cual, cuando tenga el poder para ello —y primero no lo tiene— el alma comenzará a expandirse. En aquella remota aurora, más bien necesitamos ser protegidos de invasiones. No tiene espacio alguno aún: ensimismada, incapaz de imaginar cosa alguna más allá de lo que la toca y rodea inmediatamente, el alma infantil se asemeja a un punto sin dimensión, a un centro sin periferia.

Todo debe ponerse a comenzar por este punto único. La exigencia de extensión que, según Rousseau, es la característica de toda alma humana, sólo es tan grande y tan total porque ella nació sin ese patrimonio. No lo tiene cuando está retirada en sí misma, pues por doquier está el exterior que le falta. Primera infelicidad rusoniana.

Pero sería un error imaginar que el ser humano comienza codiciando un bien exterior cuya carencia experimenta interiormente. Es al revés. Como entre los pitagóricos y neoplatónicos, el alma para Rousseau se afirma primero como un centro de energía incomparable. Si irradia y desborda, si se lanza más allá, ciertamente no es para adquirir el ser, sino más bien para difundirlo. Porque el ser ella lo posee dentro de sí misma; ella asiste a su brote; no puede contener su oleada.

Así y todo, de este exterior el niño ignora aún la naturaleza y las dimensiones. Pero de entrada el ve allí un campo que se abre para acogerlo. El exterior es el lugar donde se abrirá su ser. *Ninguna mención a la educación.* Así le respondió un objetor inteligente:

> El antiguo método era respetar la infancia del hombre, velar atentamente sobre sus primeros pasos, dictarle desde la cuna máximas para el espíritu y para el corazón, alimentarlo de la miel de la humanidad y la sal de la religión. El Plutarco moderno grita: «¡Abuso! ¡Prejuicio de origen!» Y dice: «Que la naturaleza tal como ella fue siempre, y tal como es hoy, esta madre tan sabia, tan inteligente, pague sola todos los gastos de la educación, que ella misma perfeccione su obra; que el hombre sordo a toda otra voz que la suya vuele impetuosamente sobre las alas chillonas de las pasiones: todo está hecho, todo está bien». El Reformador célebre pronunció: «Consejos, imitación, celo, emulación, gratitud, heroísmo, temor filial, industria, Providencia paternal, afecto, solicitud amistosa, sabiduría de un Mentor: no pasáis de palabras. […] Unidad de caracteres, identidad de educación, necesidad de pasiones, plena libertad de pensar todo, decir todo y hacer todo: éste es el catecismo a la moda, éste es el espíritu de un sistema que va —no podríamos saberlo mejor— con el de la igualdad de las condiciones.» ¿El sistema ha funcionado, va a funcionar? ¡Los hombres serían entonces como los brutos destinados a formarse en los haras![173]

[173] *L'Anti-Émile*. Lión, 1762.

Impresiona el contraste entre la concentración inicial del ser y su vasta dilatación a comienzos de su desarrollo. Es como un auge, un arrebato excéntrico. Pero este movimiento es menos el de un alma que planea imaginativamente en el espacio, que el de una inteligencia estrechamente ligada al cuerpo y dependiente de él para proceder a su expansión. Rousseau, sensualista, comenta:

> Nuestro pensamiento no va más lejos que nuestros ojos, y nuestro entendimiento no se extiende sino con el espacio que mide.[174]

Pero las sensaciones que experimenta el joven en expansión no tienen por fin exclusivo darle indicaciones sobre el mundo circundante. También le aportan informaciones continuas sobre él mismo. Sentir es sentirse. Primera falsa felicidad rusoniana, sin arrepentimiento. Sentir por doquier, es sentirse por doquier. ¡La sensación se declara Maestra universal de conducta humana por encima de la Religión verdadera revelada por Dios! Pero sí, para Rousseau la sensación es el medio universal gracias al cual el ser se difunde en el espacio y, difundiéndose allí, toma conciencia de sí mismo en todas partes. En la plenitud del mundo exterior se reencuentra pues la plenitud del ser íntimo. Son de la misma especie; sólo que el ser íntimo, considerado en sí mismo, aparece como replegado en su centro, en tanto que al exterior él se despliega, toma la medida de su desarrollo. Desde el centro del yo hasta las puntas últimas del paisaje abarcado por la mirada, se extiende un mismo medio que recorre el *pensamiento sensible.* El mundo circundante no ilumina el alma del adolescente confiriéndole por su belleza un suplemento de ser; ésta crea o recrea el paisaje que descubre y hasta distribuye la vida y embellece la belleza: todo con el solo toque de la mirada, como si éste tuviera el poder mágico de la luz. —Vaya, mucho podrá embellecerse el adolescente individualista que es su ley y maestro, y que desprecia a la sociedad, a la tradición, y a Dios.

> Las almas de los maestros del arte sagrado de formar al ser razonable no son indiferentes a lo que ven. Todavía velan por los educandos, a quienes legaron un celestial maná de inmortalidad, y se inquietan por transmitir a la posteridad el precioso depósito que debe ser sagrado para la novedad, la pasión, el perjuicio, la ignorancia y el fanatismo.[175]

El embellecimiento juvenil sigue forzosamente al estado civil, al estado civilizado, pero Rousseau lo aborrece.

> El bien y la justicia no son virtudes de convención: pero si el paso del estado de naturaleza al estado civil sustituye en la conducta del hombre la justicia al instinto y da a sus acciones la moralidad que les faltaba, de allí se puede inferir que despojado del estado civil el hombre no tenga ningún principio de rectitud ni equidad. Pero como Rousseau afirma que este estado civil no está fundado en la naturaleza sino en las convenciones, de allí él mismo debería concluir, que no hay ni justicia ni moralidad naturales. Por consiguiente, no más virtudes cuya semilla resida en el fondo de nuestros corazones. Así el solo capricho debe decidir de las virtudes y vicios, y suprimidas las convenciones, no hay nada de sagrado ni profano.[176]

---

[174] *Émile.*

[175] *L'Anti-Émile*.

[176] *L'Anti-Contrat Social.*

Bien pronto Rousseau cambia de parecer. Primero comprendía la sensación como el acto por el cual conciencia sintiente absorbe todo lo que tiene; ahora comienza a darse cuenta de que la misma sensación puede concebirse como el proceso por el que la misma conciencia sintiente se deja invadir y absorber por todo lo que la activa. En un sentido el hombre es una fuerza que todo lo llena, dilatada por todas partes; en otro sentido, los objetos de la experiencia sensible son los que, aspirando en ellos aquella fuerza, se sirve de ella para llenar el espíritu humano de sus características propias.

Para mejor comprender esta curiosa alternativa del pensamiento difuso, hay que recurrir una vez más al símbolo del círculo o de la esfera. En la experiencia del joven Rousseau, nada presenta una imagen más fiel de la dicha que el fenómeno de la «plenitud expansiva». Gracias a él se lleva a cabo en el universo el *despliegue delicioso del yo*. Desde este punto de vista el círculo o esfera del mundo sólo importa en cuanto abre al centro el campo donde hará carrera —¿con qué dirección y ayuda? La circunferencia no es sino el estado último presentado por la apertura del foco de fuerza. El «foco» alcanzará una bien pobre «circunferencia», ignorando las necesidades de un corazón cuyo deseo tan violento como es infinito, parece irritarse de los socorros insuficientes que quiere brindarle el espíritu y fatigarse de un estudio limitado como lo son aquellos a los que se encamina el espíritu humano. Cerca de ellos yo siento y confieso al instante que hace falta a este corazón inmenso, a este corazón inquieto, objetos hechos para él; él los busca, los reencuentra, encuentra un Ser supremo, encuentra hombres semejantes a él: la Ley habla y manda.

Pero cabe invertir el punto de vista, y mirar las cosas ya no en la unidad del centro de la conciencia sino en la multiplicidad infinita de aspectos que ellas ofrecen a la mirada fatalmente divergente. Entonces el pensamiento difuso ciertamente aparece en la dispersión de sus objetos simultáneos o sucesivos. Así la experiencia de la plenitud expansiva se metamorfosea en su contrario, en una experiencia de la dispersión o hasta desaparición del yo en una suerte de polvo hecho de minúsculos eventos sensibles. En lugar de ser una dicha, la difusión del alma pasa a ser entonces un sufrimiento y un peligro. Segunda infelicidad rusoniana, sin arrepentimiento.

¿Y la previsión? Pues comoquiera que la imaginación descubra al hombre los lugares del porvenir, esto forzosamente termina en el infortunio, pues incursionando en la duración invade el ámbito propio del sufrimiento. Cuanto más el hombre agranda el área en la que tiene el sentimiento de existir, más amplía el perímetro de sus penas. ¡Peor aún! En el mismo interior del espacio mental en que se difunde el pensamiento, el movimiento de la imaginación produce una ruptura de equilibrio y finalmente una grave distensión. Porque la invasión del futuro implica un abandono correspondiente del presente. Entre el presente en que el hombre está y el porvenir con el que sueña, se abre un hiato. El movimiento de propagación se ha convertido aquí en un puro movimiento de escisión *¿o de remordimiento reprimido?* La experiencia de la auto-propagación por la imaginación sólo puede conducir a la conciencia de la distancia radical que separa el alma de lo que ella desea, para extender un inmenso espacio hostil e infranqueable entre el centro imaginativo y las proyecciones imaginarias de éste.

Muy lejos de conducir a la felicidad, la expansión por las sensaciones y por la imaginación anticipadora tiene por fin inevitable la infelicidad, es lo que Rousseau aprende por experiencia y por comportamiento anticristianísimo y envenenamiento continental. Quien dice expansión, dice multiplicación de todos los males reales o imaginarios de que el hombre sufre. Rousseau condena el movimiento fatal por el que el hombre se hace sensible en toda la gran superficie. Y también aconseja:

> Comencemos por pasar a ser de nuevo nosotros, para concentrarnos en nosotros, para circunscribir nuestra alma con los mismos límites que la naturaleza dio a nuestro ser; comencemos, en una palabra, por reunirnos donde estamos, a fin de que buscando conociéndonos, todo lo que nos compone venga a la vez a presentarse a nosotros.[177]

Esta reunión del ser tiene un aspecto bastante inesperado en el apretamiento, en torno del ser, de los lugares habitados o frecuentados. Es superlativamente importante y típico este movimiento de repliegue y apretamiento, que es la inversa misma de la expansión antecedente. Su causa es una amarga desilusión, pero una desilusión supuestamente instructiva.

La imaginación dispersa, la memoria reúne. Ella lleva al hombre a su concentración primitiva, y le revela su ser esencial. Revive la esperanza, y hasta se forma una «dulce certeza» de descubrir en sí mismo, en el *centro*, y nada más que en el centro, una maravillosa suficiencia. Segunda falsa felicidad rusoniana. Pero el péndulo retorna. Tercera falsa felicidad rusoniana. Aquel que, desilusionado por el mundo, se retira en sí mismo, reencuentra en sí mismo una fuerza de sentimiento que le inspira el deseo de retomar el contacto con el mundo y de expandirse en él una vez más… pero marcado por una experiencia nueva. Sabe que el mundo no se gana por un movimiento unilateral ilimitado y desenfrenado. Habituado al desapego de la soledad y con sus sueños profundizados, ya no ve los seres y las cosas como objetos a adquirir ni etapas en el progreso de una conquista. Con ellos se hace posible establecer relaciones ya no basadas sobre codicias. Por consiguiente se revela una nueva especie de desahogo en el mundo, que no es mas la expansión de los sentidos conductora a la animalidad y al cinismo. Es la simpatía; uno de los temas más difundidos del siglo, como lo es la concepción del mundo bajo la forma de una plenitud abierta que la emoción recorre e impregna. ¡Qué poco se puede avanzar con ese esquema puramente sensual, vacío de lo más propio del hombre! ¡Qué lejos estamos del concepto aristotélico de que «el alma es en cierto sentido todas las cosas»[178]! Porque todas las cosas que son, o son sensibles o inteligibles, pero el alma es en cierto sentido todas las cosas sensibles e inteligibles, porque en el alma hay sentido e intelecto o ciencia, pero el sentido es en cierto modo todas las cosas sensibles y el intelecto o ciencia, las escibles.[179]

El amor de sí mismo —que, se sobreentiende, no ha de confundirse con el amor propio— tiene el lugar del centro. Es el punto a partir del cual se propagan los círculos del sentimiento. En *Emilio*, Rousseau da consejos altisonantes pero irrealizables en el distanciamiento de la Religión Revelada, para favorecer el desarrollo de la simpatía en el adolescente:

---

[177] *Lettres morales.*

[178] *De anima* III. 8, 431. b. 21

[179] Santo Tomás, *Sententia De anima*, lib. 3 l. 13 n. 1.

> excitar en él la bondad, la humanidad, la conmiseración, la beneficencia, todas las pasiones atrayentes y dulces que placen naturalmente a los hombres[180]

El personaje utópico *Julia* del autor analizado, es tal, que quienes la rodean tienen en sumo grado conciencia de la influencia radiante que ella ejerce sobre ellos:

> Tu corazón vivifica a todos los que lo rodean —le escribe un día Clara—, y les da por así decir un nuevo ser por el cual están forzados a homenajearla, puesto que no lo tendrían sin él.[181]

> He aquí lo que debe suceder a todas las almas de un cierto temple; ellas transforman, por así decir, a los demás en sí mismas; ellas tienen una esfera de actividad en la que nada les resiste: imposible conocerlas sin quererlas imitar, y con su sublime elevación ellas atraen a sí todo lo que las rodea.[182]

La simpatía que emana de la persona de Julia atrae a los seres, los penetra, los cambia y sin embargo los mantiene a distancia, en su lugar, que es el de los planetas en un sistema solar. En Julia, el autor suizo encuentra una imagen de la felicidad que se explicaría como un principio central de benevolencia que se irradia en los seres circundantes y los interioriza, de suerte que en ellos y en medio de ellos el espíritu se reencuentra como en un espacio interior emanado de él. Por la acción de la simpatía, se daría la unificación completa del espíritu y del medio en que está difundido, la unificación completa del centro y del círculo. Rousseau elige llevar la semejanza entre la plenitud del afecto humano y la eternidad divina a un punto especialmente estremecedor: hace morir a Julia en el instante preciso en que ésta lleva a la más alta conciencia del estado de simpatía que la une a su medio. En esto consistiría el milagro de la «simpatía»: transforma el espacio ambiente en un medio donde el espíritu se descubre instantáneamente difundido.

—Con increíble irrealismo y ficción o mejor dicho falsificación, Rousseau pretende que la mera «simpatía» natural y espontánea, que sólo oye la voz de sí misma, tuviera propiedades bellísimas de caridad sobrenatural nacidas y formadas espontáneamente de la naturaleza humana. Por lógica, fuera de un Dios Legislador y Soberano, hay sólo dos fuentes en que fundamentar la moral—*a fortiori* la simpatía heroica y sublime—: la naturaleza cruda y la sociedad, o una mezcla de ambas. Ni siquiera las mayores fuerzas y habilidades naturales ni sociales traen incorporadas instrucciones claras de su uso. Como bien apuntaba Hume[183], del estudio de *lo que es*, no puede inferirse el estudio de *lo que debe ser*.

Pero he aquí que lo que se dio de manera rarísima e imperfectísima antes del Cristianismo, lo que fue posibilitado por el Cristianismo mediante el culto del sublime Dios revelado y la recepción condicionada de su gracia santificante, eso «Julia» lo lograría por sí sola, con el solo antojo… Y Julia es acatólica, agnóstica —transfigurada por la pluma de su autor en ángel de luz. Rousseau roba el cuadro espléndido y borra la firma que es radicalmente católica. Lo que perfecciona al hombre, enriquece al

---

[180] *Emile*.
[181] *Nouvelle Éloïse.*
[182] *Ibid*.
[183] *Tratado de la naturaleza humana*.

mundo y glorifica el poder del Creador, como la sublime virtud proyectada en Julia, no ha de llevar un nombre indigno de sí, como lo es el de «simpatía natural espontánea». Julia es una encarnación del proyecto fanático de cultivar conciencia moral natural sin la guía y dirección de la reflexión racional y sinderética. Julia es la utopía de trazar un hermoso y grandioso círculo sin referencia alguna a un centro.

J. Rostand reconocía que de la dimensión celular humana ciega, si ella pudiera producir pensamiento y regir los destinos humanos, sólo se derivaría el fracaso total y las tinieblas infinitas.[184] Rousseau pretende que de esa misma dimensión sola se pueda derivar un dechado de virtudes.

Veamos cuál es la religión de Rousseau en sus propias palabras, y si será fuente de una sola «Julia» altísimamente unida a su medio por lo que parece interpretable como caridad infusa y heroica, propia del católico curtido en duras pruebas:

> Existe, pues, una profesión de fe puramente civil, cuyos artículos deben ser fijados por el soberano, no precisamente como dogmas de religión, sino como sentimientos de sociabilidad sin los cuales es imposible ser buen ciudadano ni súbito fiel. Sin poder obligar a nadie a creer en ellos, puede expulsar del Estado a quien quiera que no los admita o acepte; puede expulsarlo, no como impío, sino como insociable, como incapaz de amar sinceramente las leyes, la justicia y de inmolar, en caso necesario, su vida en aras del deber. He allí el límite invariable; no podría fijárselo con más exactitud.[185]

Pero la simpatía universal que sólo puede ser cristiana para ser auténtica, requiere una reciprocidad universal. El éxito del movimiento de expansión por la simpatía no es, pues, posible, sino en un universo en que todas las almas son sensibles, no solamente la que desea expandirse, sino también las que deben abrirse a su expansión. ¿Pero si hay negativa de una o muchas almas? Si a los círculos de emoción que se propagan ellas oponen el muro de su insensibilidad y dureza, ¿qué pasa? El movimiento es interrumpido, el círculo roto, la ola rechazada. Tercera infelicidad rusoniana, sin arrepentimiento. El mundo no es más una bella superficie líquida donde los círculos partidos del centro pueden ampliarse indefinidamente. Forma un límite, una barrera, contra la cual el sentimiento viene a chocarse. Expandirse, entonces, no es más comunicar por doquier la alegría expansiva de uno; es descubrir por doquier la maldad circundante y aprender que dejando su foco la alegría se transforma por doquier en dolor. Rousseau dice que si hay una sensibilidad activa que «busca extender y reforzar el sentimiento de nuestro ser», hay otra «negativa o repugnante que comprime o estrecha el ajeno […] De la primera nacen todas las pasiones amantes y dulces; de la segunda todas las pasiones odiosas y crueles.»[186]

Lo antedicho contradice el postulado rusoniano fundamental de la bondad natural humana. Si hay una «sensibilidad humana activa» negativa o repugnante, madre de todas las peores pasiones, ¿por qué se espera a que cada yo en años tiernos y de formación aprenda de la sola naturaleza y se expanda a su plenitud moral? Así

---

[184] J. Rostand, *Pensées d'un biologiste*, citado en Jean Onimus, «Teilhard de Chardin y la esperanza del mundo», *Janus*, N° 3, octubre-diciembre de 1965, págs. 19 y 20.

[185] *Contrato social.*

[186] *Dialogues*.

reconoce el ginebrino que este mundo es el ámbito de la agitación de los corazones mal comprendidos, la desilusión, el rechazo y mil heridas de todo tipo. Rousseau investido de una red de trampas y complots, encerrado en un círculo de opacidad y de silencio, descubre ahora una nueva especie de centro: la entidad odiada, que todo el círculo rechaza y de donde se aparta. El centro está solo. El centro es una cárcel, el círculo es una caja o una muralla. Muralla o abismo, tales son los dos términos por los cuales Rousseau designa ahora el espacio circundante *el espacio aislante*.

No obstante, una nueva expansión es un sueño de compensación. Al ser rechazado y apretado, aporta un espacio que, *aún ficticio*, es «deliciosamente» invadible y explorable, un espacio libre —que no pasa de una parodia tramposa de la fe y esperanza cristianas. Y cuando el tono del ensueño se alza, ese espacio se profundiza, se depura, se desembaraza de las fantasías que lo abarrotaban, y se revela más vasto que la misma extensión cósmica. Cuarta y final falsa felicidad rusoniana. Ha muerto.

ix. Revolución Francesa y Romanticismo

La Cristiandad europea y hasta americana es horriblemente sacudida por el cataclismo de la Revolución Francesa; corre por tierra la sangre de creyentes y aristócratas, y también cae por tierra sordamente un régimen milenario basado en Dios como autorizador de monarquías elegidas y como prototipo de todos los bienes.

Pío VI alertó lúcida y enérgicamente:

> A esta falsa y mentirosa palabra «Libertad», estos jactanciosos patronos de la humanidad enganchan otra palabra también falaz, «Igualdad». Es decir, como si entre los hombres reunidos en sociedad civil, por el hecho de estar sujetos a disposiciones variadas de ánimo y de moverse de manera diversa e incierta, cada uno según el impulso de su deseo, no debiera haber alguien que por la autoridad y fuerza prevalezca, obligue y gobierne, y llame a sus deberes a quienes se conducen de modo desarreglado, a fin de que la propia sociedad, por el ímpetu tan temerario y contradictorio de incontables pasiones, no caiga en la Anarquía y se disuelva por completo; a semejanza de lo que ocurre con la armonía, que se compone de la conformidad de muchos sonidos, y que si no consiste en una combinación adecuada de cuerdas y voces, se desvanece en ruidos desordenados y completamente disonantes.[187]

La combinación adecuada de cuerdas y voces según un punto de precepción y concepción, puede perfectamente reencontrarse en el eterno emblema central-circunferencial. En el plano político, como también en el cultural y moral, la no-centralidad total de la anarquía va de la mano con la no-circunferencialidad total de la disonancia, y ésta hace el juego a las peores guerras contra un Dios echado por la borda con sus creaciones institucionales históricas, naturales y sobrenaturales.

El romántico Tieck escribía sobre un alma sensible:

> Lo que en mi dolor más me deprimía era que la naturaleza y todos los objetos circundantes parecían tan fríos e insensibles. En mí se encontraba el centro de todas

[187] Consistorio Secreto del 17 de junio de 1793, en *Pii VI Pont. Max. Acta*, Typis S. Congreg. De Propaganda Fide, Roma, 1871, vol. II, pp. 26-27

> las sensaciones, y cuanto más yo me alejaba de mí mismo, más se apartaban unas de otras las sensaciones que en mi corazón se quedaban apretadas unas contra otras.[188]

Enseguida constatamos las novedades. El movimiento de simpatía sensual rusoniano no surte efecto; fracasa, como si los hilos que atan el foco de emisión al mundo exterior estuvieran cortados, y cerca del puesto emisor. Al dolor del héroe románticamente egocéntrico de Tieck responde la indiferencia del mundo, suficiente para paralizar el movimiento de expansión. ¿Pero no lo negó ella primero? Conque —¡cosa insólita!— el círculo no estaría espontánea e infaltablemente asociado al centro porque Dios es negado. Aparece netamente la conciencia de la no-identidad entre el yo-centro y el no-yo circunferencial: ¡por lo menos algo bueno: nos alejamos del panteísmo, aunque quejosamente! La naturaleza es de una profundidad fría y mal penetrable a la emoción caprichosa. La efusión del corazón por la que se pasa de sí mismo a un medio diferente de uno mismo, deja de ser el movimiento más fácil; ahora el centro debe ponerse esforzadamente a la busca del círculo y hacer frente a las defensas que levanta el no-yo como castigo del pecado original y de la hedionda irreligión y como ocasión de ascetismo. El aislado se lo buscó por lo pronto por hacerse centro. Y se abre otro misterio. Si la naturaleza externa se hace enigmática a un romántico a proporción de su extrañeza exageradamente percibida, su exagerada toma de conciencia de sí mismo se le carga de misterio a proporción de su vitalidad (desaprovechada y descontrolada). ¿Cómo conocería el romántico su yo, si no puede referirlo a nada conocido? Y no puede pues ha cortado sus rasgos de semejanza con el prójimo, y sus lazos de interdependencia con la sociedad y con Dios. El movimiento romántico se siente atraído por todo lo que tenga aires de iluminismo, esoterismo y ocultismo, elementos que abren una visión del universo muy distinta a la católica. En este sentido, hay que tener muy presente que los escritores románticos, visceralmente individualistas y ególatras, difícilmente acepten una ortodoxia basada en un cuerpo de dogmas y garantizada por la autoridad de una jerarquía que da razones para ser infalible.

Aunque no todos siempre piensen en esto, se impone a la mente que el orden es una condición de todo lo posible y pensable, incluido aquello que se aparta de él. Desde la antigüedad griega se lo concebía en política de manera semejante a la recta ubicación de los astros en astronomía y de las facultades humanas en psicología: donde los hombres no ocupan su puesto natural, se destruye la coordinación de las partes y se deshace la unión de la sociedad. Se requería que fueran desiguales las partes de un todo para que éste logre su bien, que es la integridad[189], y para que hubiera criaturas que reflejaran el poder divino de transmitir bondad[190]. Y, de hecho, con relación a otros, el hombre es por naturaleza dependiente y desigual en todos sus atributos, excepto la conciencia; y ésta misma no se despierta ni se desarrolla sino a partir de la sumisión total a lo que otros hacen, quieren y son. Y aún entre hombres adultos es natural y necesaria la desigualdad, pues la naturaleza tiende a conservarlos

---

[188] Ludwig Tieck, *Schriften*, Berlin 1828-1854.

[189] Cf. *Contra Gentiles*, III, cap. 94 n. 10

[190] Cf. *Contra Gentiles*, II, cap. 45, n. 4

mediante la relación entre el sabio destinado a prever lo conveniente a la conservación, y el simple destinado a implementar las previsiones del sabio[191].

El hombre romántico se cree centro con un énfasis nunca antes visto. No le importa que el mundo de los objetos se le haga a su imaginación inaccesible, él da por sentado que en el fondo de sí mismo hay algo de inasimilable a un objeto: el yo-sujeto, la parte «más auténtica» de su yo, o la que él de mejor grado reconoce por suya. Privado de la periferia aún intelectual, el romántico se va a familiarizar duraderamente con el yo, el centro. Es verdad que mucho antes del romanticismo la autoconciencia ya había alcanzado dos o tres veces en la historia del espíritu una calidad excepcional. Pero para Descartes y los más de los cartesianos el acto de conciencia tenía menos valor en sí mismo que como principio general de comprensión. Conocerse era un paso previo; conocer el mundo era el fin esencial. Apenas el yo se había asegurado de sí mismo (y de Dios) en el *Cogito*, él se apresuraba por salir de aquellas regiones introspectivas para extender al mundo y sus objetos el ejercicio y la aplicación del pensamiento. De la misma manera, los sensualistas se daban como fin, no aislar el sentimiento de sí en sí mismo, sino al contrario, confundirlo con las sensaciones provenientes del mundo externo. Con todas sus diferencias, las posiciones cartesiana y sensualista coincidían en la misma aversión a considerar al sujeto en sí, al sujeto sin objeto, el centro sin periferia. Hasta Rousseau coincidió en esto.

Otro exponente del romanticismo, Biran, durante mucho tiempo tendió a restringir la autoconsciencia al sentimiento intenso pero limitado del acto de voluntad por el cual ella se constituye y se mantiene en existencia. Pero a la larga, en la raíz misma del yo, en el acto voluntario, Biran distinguió la intervención intermitente de una voluntad más poderosa y profunda que la de la persona. Así, adentrándose en la profundidad del centro, creyó llegar al Dios que allí opera y habita secretamente. La intuición del hombre como fuente sagrada mezclada con la que Dios es, principio de una nueva expansión de vida, importa superlativamente en el romanticismo. Y fuera de Francia los románticos descubrían o reencontraban, aunque recortada, confusa y torcidamente, el carácter esencialmente religioso de la centralidad humana, que se encuentra en una influyente corriente reiniciada: el ocultismo, relacionado con Lucifer. La retirada panteísta en sí mismo, lejos de la naturaleza exterior, pasa a ser el principio mismo de un nuevo retorno hacia la naturaleza y, por consiguiente, de una nueva percibida plenitud del ser fuera del centro donde «se revigorizó».

Encontramos muchos ejemplos de esta «explosión desde el centro» en William Blake:

> Ver a un Mundo en un Grano de Arena
> Y un Cielo en una Flor Silvestre:
> Toma la Infinitud en la palma de tu mano
> Y la Eternidad en una hora.[192]

Esto visto a una luz católica sería maravilloso, sería una inmensa purificación y potenciación de la vista espiritual despertada con inteligencia y gran pureza.

---

[191] V. Comentario de Santo Tomás a la *Política* de Aristóteles, lib. 1 l. 1 n. 11.

[192] Auguries of Innocence.

Maravillosos los versos (mucho más largos), pero sólo podrían serlo coherentemente si hablaran de la maravilla que comparten: *la existencia* y *la presencia de Dios, sobre todo del Dios de la Fe*. Pero no, todo al revés: para el romántico típico el espíritu humano tiene tanto poder de dilatación como Dios pone en los objetos de la creación. Hay un despliegue del espíritu, como una plenitud de las cosas, y un ejemplo perfecto de lo primero sería el amor… *Recordamos la definición de Santa Teresita, muy distinta de esta egocéntrica romántica que hemos analizado. Ella decía: «Amar es darlo todo y darse uno mismo»*. Pero el movimiento de dilatación romántico difiere del rusoniano. La expansión del yo engendrada por el amor romántico tiene poco que ver con la vibración ondulatoria por la cual, a los ojos de los sensualistas, el centro de la vida comunica su agitación hacia fuera. El romántico quiere extender y acrecentar su ser interno. Y su amor es algo totalmente distinto de la pasión, y lo que se encuentra descubierto en su ocasión es la acción de una energía coexistente al ser mismo y quizás idéntica a él. El hombre es ante todo una fuerza generadora de sí misma. Es un punto viviente destinado a hacerse círculo. Lo mismo que la totalidad periférica hace converger sus rayos sobre el hombre, el hombre hace divergir sus rayos a la totalidad. La envergadura final del hombre no puede medirse si no se rastrea la metamorfosis progresiva que lo hace pasar del estado de punto al de círculo o esfera. Extenderse, es realizar su ser. Es hacer salir del punto central lo que en potencia se hallaba contenido en él.

> En la totalidad de cada hombre —dice Jean-Paul— resalta y centellea un punto esencial, un foco, un *punctum saliens*, en torno del cual las partes secundarias se dibujarán gradualmente.[193]

Y el amor del egoísta romántico, «por supuesto», será grandísimo y purísimo de por él mismo. ¡Qué lejos está esto de las palabras del Precursor: «Conviene que él crezca, y que yo mengüe»[194]! El agrandamiento del hombre por sí mismo y para sí mismo no hace sino repetir a los poetas hermético-platónico-humanistas del Renacimiento, que abrieron una profunda brecha con la escolástica si bien creyeron tender un especial puente oculto a la unión mística con Dios basados en Platón, pero también y caprichosamente en otros autores —y en la magia. Si un filósofo de la naturaleza quería describir y comprender la naturaleza, un mago quería investigar a ella y sus propiedades ocultas para dominarla. Las correspondencias neoplatónicas entre el *macrocosmus* —el mundo dotado de alma— y el *microcosmus* —el hombre— permitía a la magia ejercer su poder sobre una realidad que se veía en términos vitalistas y trascendentales. El platonismo renacentista es una forma de panteísmo: se considera que todo fluye intemporalmente de un principio supremo, «el Uno», inaccesible a la razón. La caterva platónica renacentista interpretó el Cristianismo en términos pseudofilosóficos y astrológicos y se interesó bien poco en Nuestro Señor Jesucristo como es. ¿Y cómo es Él? Pues Él es tal como llega al alma humana por medio exclusivo de Su Iglesia visible e invisible en estado de orden.

Neoplatónicos humanistas italianos, protestantes, y naturalistas rusonianos tienen en común, entre sus muchas divergencias, el propugnar un «Cristianismo del corazón»

---

[193] Jean-Paul Richter, *Sämmtliche Werke*. Berlín, 1841.

[194] Jn 3, 30.

sin ninguno, o un mínimo, ceremonial exterior, que cuando lo hay, es inventado. La religión pide necesariamente un ceremonial, aunque sea el más esencial; de lo contrario no podría subsistir mucho tiempo. Porque Dios pide el culto del corazón, por eso exige también el de los sentidos; uno no debe separarse del otro; y ha suministrado al culto exterior uniforme que él mismo pide, y que en lo litúrgico hace de esfera del punto del corazón, y orienta ampliamente a éste. Afectado un corazón sinceramente, no puede contener sus transportes al interior de sí mismo; los hace impactar, y los inspira así a su similares. Limitarse al culto exterior es una hipocresía; no predicar más que el culto interior es un falso celo, es dejar a cada uno ser dueño de tener religión, o no; y esto es todo lo que los libertinos piden, más hipócritas en eso que a quienes acusan de este defecto. ¿Y en qué sentido puede el culto del corazón, el culto puramente interior, ser uniforme, mientras no se muestre afuera bajo ninguna forma?

Volvamos al Romanticismo, particularmente en Lamartine. Es indeterminadísimo y paupérrimo el ser si se lo toma explícitamente, pero tomado implícitamente, aunque permanezca indeterminadísimo, es lo más rico que haya, pues implica todo lo que es, desde un grano de polvo hasta Dios, el infinitamente comunicador de determinaciones. Lamartine reencuentra o conserva algo del gran símbolo teológico del Círculo infinito: pero invirtiendo circunferencia y centro. Él ve en Dios «el círculo sin límite en quien todo está inscripto»[195]. Es naturalísimo al pensamiento efusivo de Lamartine un Dios periférico y esta periferia concebida bajo la forma menos determinada posible. Es dolorosa esta distorsión gravísima en quien ha dejado versos de sublime belleza que parecerían adorar al Ser Supremo según la Tradición. Pero no. Para él, el Padre de toda perfección es una circunferencia infinita en el sentido de que tiene contornos indefinidos y es infinitamente vago. Más aún: para él Dios es lo que está en una extremidad del pensamiento que dilatándose se diluye, de suerte que Dios es tal vez esta dilución final del pensamiento o desaparición del mismo cuando él agotó su poder de expansión. Ahora bien, en este lugar extremo donde el lance primero «viene a morir en las últimas playas», ¿qué queda? Queda un pensamiento que se desvanece en el mismo sentimiento de su debilidad, y un objeto que retrocede más aún, que se retira fuera del círculo, que se verifica inaprensible. Lamartine sale a la prosecución de aquello en lo que sueña, sabiendo desde la partida y cualquiera que sea la longitud de la carrera, que está derrotado de antemano…

Cuántos nuevos tristes defectos… ¿Por qué Dios no estaría en todas partes y sobre todo en el corazón del creyente? ¿Por qué sería «indeterminadísimo» si da determinación a todo lo determinado, y hasta influye al hombre de cerca de forma determinada? ¿Por qué habría que buscar a Dios lejísimos desesperando de la empresa? Si «el ser» significa esencia limitada, entonces —con buena razón— la Última realidad escapa tales límites. Santo Tomas evita este dilema, dado que para él el componente fundamental del ser es el acto mismo de existencia, que está más allá de todas las esencias, penetrándolas todas pero siendo irreducible a cualquiera de ellas.

Lamartine se contradice, pues comienza un poema de impactante belleza así:

---

[195] *La Chute d'un ange*.

Ici viennent mourir les derniers bruits du monde.
Nautoniers sans étoile, abordez ! c'est le port :
Ici l'âme se plonge en une paix profonde,
Et cette paix n'est pas la mort.[196]

—y, con eso y con todo, según él no hay puerto a que llegar, y él mismo es un navegante sin estrella. Todo es nieblas, sonidos que se alejan, disgregaciones, licuefacciones y evaporaciones hacia la nada. Lamartine interpreta al Gran Círculo divino como vago y huidizo (debería haber dicho «inaccesible»). Por ende lo refiere a él, lo ve como reaccionando ante él «huyendo». Si así manosea el concepto de Dios, ¿cómo trata el de sí mismo, supuestamente centro de aquel Círculo? En sus palabras: Como cuyos ojos son del Oriente, cuyo cuerpo es hijo del sol, cuyo espíritu es de los que llevan en si un instinto de luz. Esto se echa de ver sobre todo en su primer *Viaje*. Esta manera de sentirse a sí mismo «solar» quiere hacer de su propio yo un centro de energía activo, radiante, que, como el astro supremo, prodigue su ser sin aminorarse e inunde el universo de un fluido luminoso energético…

Es indeterminadísimo y paupérrimo el ser si se lo toma explícitamente, pero tomado implícitamente, aunque permanezca indeterminadísimo, es lo más rico que haya, pues implica todo lo que es, desde un grano de polvo hasta Dios, el infinitamente comunicador de determinaciones. Lamartine reencuentra o conserva algo del gran símbolo teológico del Círculo infinito: pero invirtiendo circunferencia y centro. Él ve en Dios «el círculo sin límite en quien todo está inscripto»[197]. Es naturalísimo al pensamiento efusivo de Lamartine un Dios periférico y esta periferia concebida bajo la forma menos determinada posible. Es dolorosa esta distorsión gravísima en quien ha dejado versos que parecen alcanzar grandes alturas de belleza y parecerían adorar al Ser Supremo según la Tradición. Pero no. Para él, el Padre de toda perfección es una circunferencia infinita en el sentido de que tiene contornos indefinidos y es infinitamente vago. Más aún: para él Dios es lo que está en una extremidad del pensamiento que dilatándose se diluye, de suerte que Dios es tal vez esta dilución final del pensamiento o desaparición del mismo cuando él agotó su poder de expansión. Ahora bien, en este lugar extremo donde el lance primero «viene a morir en las últimas playas», ¿qué queda? Queda un pensamiento que se desvanece en el mismo sentimiento de su debilidad, y un objeto que retrocede más aún, que se retira fuera del círculo, que se verifica inaprensible. Lamartine sale a la prosecución de aquello en lo que sueña, sabiendo desde la partida y cualquiera que sea la longitud de la carrera, que está derrotado de antemano… ¡Qué poco centro!

Con los románticos todo se da como si el pensamiento humano entregado a la centrifugalidad sin control se pusiera a dispersarse o a dar vueltas enloquecedoras. En el extremo del movimiento por el que el pensamiento escapa a sí mismo, éste o bien se desvanece en su fragmentación, o bien se abandona a una especie de vértigo demencial. Más de un romántico nos manifiesta el delirio del remolino o la auto-aniquilación por vaporización. Además de Lamartine, también Vigni, Nerval, Poe, Baudelaire, Mallarmé y Rilke. Pero también está el ejemplo inverso, el del espíritu que,

[196] *La Semaine Sainte à la Roche-Guyon.*
[197] *La Chute d'un ange*.

huyendo la centrifugalidad, cae en el exceso contrario. Es el caso de Guérin y Schopenhauer; también de Amiel, que llevará la excentricidad y concentricidad a extremos inimaginables.

x. Idealismo alemán

Kant llamó imposible la metafísica con argumentos empiristas, al paso de negar el empirismo porque niega toda necesidad en el conocimiento. Así, pues, sólo existe la ciencia del orden fenomenal y la física newtoniana se impone como necesaria. *El mundo para Kant es el mundo representado*, y antes de él todo sólo se habría dado tanteos falibles y hasta ciegos con conceptos. Se dice que Kant causó *una revolución o un giro en la metafísica* porque exigió proceder como si los objetos fueran regidos por nuestro conocimiento y no a la inversa, aunque haya ciertas condiciones estructurales —investigadas por la filosofía trascendental— que los objetos (los meros *fenómenos*) deben cumplir si han de ser cognoscibles. El *noúmeno*, en la filosofía de Immanuel Kant, es un término problemático que se introduce para referir a un objeto no fenoménico, es decir, que no pertenece a una intuición sensible, sino a una intuición intelectual o suprasensible. El término también ha sido usado para hablar de la cosa-en-sí, es decir, la cosa en su existencia pura independientemente de cualquier representación. El conocimiento objetivo solo puede ser real según aparece temporal y causalmente al pensador finito, pero no podemos alcanzar las cosas según son. La experiencia dará, sí, las relaciones que existen entre los hechos, pero como no nos enseña nada sobre la necesidad de estas relaciones, queda que la mente establezca entre los fenómenos estas conexiones necesarias por la aplicación de sus categorías de sustancia, causalidad, acción recíproca, etc.

La teoría kantiana explica seguramente la universalidad y la necesidad de los principios, pero sacrificando su objetividad afirmada naturalmente por nuestra inteligencia con no menos certeza que los dos caracteres anteriores. Al explicar esta objetividad de los principios, la reflexión filosófica debería incorporarse a la naturaleza y no contradecirla; si se llegara a poner de manifiesto que hay «ilusión natural», que nuestra naturaleza intelectual nos engaña, quedaría al menos por explicar esta ilusión. Y resulta que la objetividad de los principios **sí** se explica, no menos que su necesidad y su universalidad, si se admite la intuición abstracta del inteligible, tal como la concibió Aristóteles y la filosofía tradicional. —La negación de esta intuición llevó a Kant a admitir, bajo el nombre de juicio sintético a priori, juicios ciegos, sin motivo objetivo, actos intelectuales sin razón suficiente, como quien colocara lo irracional en lo racional, el no-conocimiento en el centro mismo del conocimiento. ¿Cómo la inteligencia impondría a ciegas a los fenómenos una supuesta inteligibilidad que no tienen? Nada prueba que los fenómenos, si vienen del exterior, cuadrarán siempre dócilmente bajo las categorías; ¿qué garantiza que el mundo de las sensaciones podrá siempre convertirse en objeto de pensamiento, y no presentará algún día la imagen del desorden, la casualidad y el caos? Kant pareció vivir dentro de un centro ciego de categorías a priori que jamás tendría utilidad ni circunferencia real.

El kantianismo como sistema debía dar nacimiento al idealismo absoluto. Bastaba para ello suprimir la «cosa en sí», aunque tenga que deducir del espíritu mismo este dato primero que Kant exigía a la acción misteriosa y contradictoria de un noúmeno.

Bajo los ojos del maestro envejecido, que protestaba, Fichte obró esta transformación. El realismo inconsecuente de Kant era tan insostenible, que muy pocos filósofos, como Herbart, le permanecieron fieles; pero la gran mayoría sigue a Fichte en su giro idealista: Schelling, Hegel, Schopenhauer. O sea que el kantianismo, dejando oscura y deliberadamente en suspenso la cuestión de la naturaleza del yo, abría el camino al panteísmo, que dirá: no hay más que un yo puro que se aparece a sí mismo gracias a las formas de la intuición bajo el aspecto de la multiplicidad; se lo puede llamar Dios (Fichte lo llamó el yo; Hegel, el espíritu o la Idea; Schopenhauer, la Voluntad; Hartmann, el Inconsciente). El panteísmo completaba así el idealismo absoluto que supone. Esta conclusión fue sacada también desde otro punto de vista. En efecto, la teoría subjetivista del espacio y del tiempo pareció conducir al monismo: el punto y la esfera son uno. Se razonó así: La multiplicidad supone el espacio y el tiempo; suprimid uno y otro, y todo se confunde, nada se distingue; el espacio y el tiempo —dirá Schopenhauer— son el verdadero principio de individuación. Pero entonces, fuera del tiempo y el espacio, que sólo conciernen los fenómenos, bajo el punto de vista metafísico, ontológico, no hay más que un ser: una enorme masa amorfa sin centro. Tan esencial es este razonamiento, que el kantianismo, en cuanto tal, desde entonces no tiene cómo existir, y para vivir está obligado a transformarse en idealismo puro.

Si llegamos a Fichte, ¿qué dice que resuene a la alegoría central-circunferencial? Nada edificante ni veraz. Dice que el hombre libre es un foco autónomo de luz y fuerza, una voluntad que se proyecta hacia fuera a partir de su contracción original. El yo se forma en su puntualidad inicial para irradiarse seguidamente en el círculo del no-yo. De esta manera aparece una primera solución al problema enunciado al comienzo de este capítulo. Si, en efecto, el mundo y el yo se distinguen y se oponen; si tomar conciencia de sí mismo como centro es tomar conciencia al mismo tiempo de la no-identidad de este centro-sujeto con el universo-objeto, ¿qué hay que hacer? Fichte responde: Hay que querer libremente la conformación de este no-yo al yo. Querer es actuar, y actuar es difundir el yo en el no-yo. Los siguientes delirios antropólatras son de la pluma de Fichte:

> La filosofía nos enseña a ir a buscar todo en el yo. […] En el yo reside la prenda asegurada de poder *extenderse fuera de sí* con un orden y una armonía infinitos a lugares donde ni el uno ni la otra existen todavía; de tal modo que al agrandarse la cultura del hombre, se agrandará al mismo tiempo la cultura del universo […] A cada momento de su existencia, *el hombre atrae a sí algún elemento nuevo en su círculo* hasta integrarlo todo allí; hasta que toda la materia porte la huella de su acción y todos los espíritus constituyan un único y mismo espíritu con el suyo.[198]

En 1794, más de trescientos años después de Pico de la Mirandola, Fichte pronuncia un discurso sobre la dignidad del hombre, imitado del gran florentino. Pero a identidad de temas no podía haber mayor diferencia de mentalidad. Para ambos el hombre es un ser libre. Pero el hombre libre de Pico usa de su libertad para modelarse a la imagen de la realidad macrocósmica: el hombre libre de Fichte se sirve de la suya para modelar el macrocosmos según la imagen suya propia. Uno transfiere al centro los recursos de la periferia, el otro da forma a la periferia a su antojo. En lugar de la

[198] *Sämmtliche Werke.*

oposición del yo y el no-yo, aquí tenemos la *imposición* del yo al no-yo. El hombre-centro es ahora una especie de proyectil prepotente inconsiderado. Tal es la solución de Fichte. Es toda a favor del hombre central y a expensas de la naturaleza periférica. Otros idealistas alemanes encontraron otras soluciones. Schelling plantea que el centro y el círculo sean de la misma naturaleza:

> El centro es el círculo entero, pero concebido sólo en su idealidad o en su afirmación; como la periferia es el círculo entero, pero concebido sólo en su realidad.[199]

La naturaleza en sí misma es un objeto sin sujeto, una circunferencia sin centro; desprendido de la naturaleza, el yo es un centro sin circunferencia. Pero basta reconocer la identidad del centro y de la circunferencia para realizar la síntesis del círculo. Es lo que nos muestran las matemáticas en la figura de un círculo tan pequeño que en él la periferia coincide con el centro.

La filosofía schellingiana de la identidad es, pues, una filosofía de la identificación de los contrarios. El pensamiento romántico alemán retoma las tesis célebres de Nicolás de Cues. Empero, las corrompe con un dinamismo humanista totalmente nuevo. Situando el No-Yo o la Naturaleza en la periferia y el Yo en el centro, ella reduce el círculo a una desnudez y vergüenza humanista ajena a todo Orden y Ordenador superior. El mundo se subjetiviza, porque, en el fondo, si el centro fuera el Yo, entonces el Yo, es decir la conciencia humana, reinaría sobre el círculo. Aquí ya no se trata de un círculo cósmico en que la tierra con sus criaturas estaría situada en el medio y el cielo empíreo en la circunferencia; menos aún se trata de un círculo teológico en el que Dios estaría en el centro y lo que le es más alejado, la materia, en la circunferencia. Se trata de un círculo propiamente epistemológico y homocéntrico en el que la naturaleza está puesta en la periferia porque ella es el objeto de un pensamiento que, siendo esencialmente un centro de actividad y de investigación, tiene por misión reconocerse poco a poco en cada una de las propiedades del círculo. —Si Fichte se inviste de divinidad que no tiene, Schelling se desviste de la superioridad del hombre con respecto al resto de la creación visible y se consagra a este resto…

Espejo de la circunferencia del macrocosmos natural, el centro del microcosmos humano revela a aquélla su perfección propia, lo mismo que la circunferencia, reflejando el centro, le reenvía una imagen de él infinitamente ampliada. Reflejándose en el círculo, el centro descubre su propia profundidad y, por consiguiente, la posibilidad de transformar ésta en extensión. Así lo quiso dictar Novalis:

> Llevamos en nosotros una tendencia singular a abrirnos en todos los sentidos a partir de un centro infinitamente profundo.[200]

Los escritos oscuros de Böhme tuvieron un fuerte efecto sobre Hegel. Böhme había escrito que la caída del hombre fue una etapa necesaria en la evolución del universo. Esta misma evolución fue el resultado del deseo de Dios de auto-conciencia completa. Hegel estaba fascinado por las obras de Kant, Rousseau, y Goethe, y por la Revolución Francesa. La filosofía moderna, la cultura y la sociedad parecían a Hegel plagadas de contradicciones y tensiones, como las que existen entre el sujeto y el objeto del

---

[199] *Sämmtliche Werke.*

[200] *Schriften.*

conocimiento, la mente y la naturaleza, el yo y el otro, la libertad y la autoridad, el conocimiento y la fe, la Ilustración y el Romanticismo. El proyecto filosófico principal de Hegel era tomar estas contradicciones y tensiones e interpretarlas como parte de una unidad integral, evolutiva y racional que, en diferentes contextos, él llamó «la idea absoluta» o *conocimiento absoluto*.

Según Hegel, la característica principal de esta unidad es que tuvo su desarrollo y manifestación en la contradicción y negación. La contradicción y la negación tienen una calidad dinámica que a cada punto en cada dominio de la realidad —la conciencia, la historia, la filosofía, el arte, la naturaleza, la sociedad— conduce a un mayor desarrollo hasta alcanzar una unidad racional que conserva las contradicciones como fases y sub-partes levantándolas (*Aufhebung*) a una unidad superior. Este conjunto es mental, porque es la mente que puede comprender todas estas fases y sub-partes como pasos en su propio proceso de comprensión. Es racional porque el mismo orden de desarrollo lógico subyacente reside cada ámbito de la realidad y es en última instancia el orden del pensamiento racional consciente de sí mismo, aunque sólo en las últimas etapas de desarrollo llegue a la conciencia plena. El todo racional y autoconsciente no es una cosa o un ser que se encuentre fuera de otras cosas o mentes existentes. Más bien llega a cumplimiento sólo en la comprensión filosófica de las mentes humanas existentes individuales que, a través de su propia comprensión, traen este proceso de desarrollo a una comprensión de sí mismo.

Es central en la concepción hegeliana del conocimiento y de la mente (y por tanto también de la realidad) la noción de *identidad en la diferencia*, es decir que la mente se exterioriza en diversas formas y los objetos que se interponen fuera de ella o le son opuestos, y que, mediante el reconocimiento de sí misma en ellos, está «consigo misma» en estas manifestaciones externas, por lo que son a un mismo tiempo mente y no-mente. Esta noción de identidad en la diferencia, que está íntimamente ligada a su concepción de la contradicción y la negatividad, es una principal característica diferenciadora del pensamiento de Hegel y el de otros filósofos.

Y volviendo al tema de este encabezado, la nueva concepción schellingiana del mismo —«El centro es el círculo entero, pero concebido sólo en su idealidad o en su afirmación»— tiene en Hegel una variante, y—dígase de paso—bien falsa y deletérea. El centro sería la conciencia rodeada del círculo de las ideas, conciencia que coincidiría con la Idea que se piensa (y devora) a sí misma y se ultrapasa y engrandece, y, según Hegel,

> aquellos cuya infinidad es el yo, son ellos mismos infinitos, reflexiones de sí mismos sobre sí mismos, no simples círculos, sino círculos que tienen su principio en otros círculos y son los círculos de estos círculos.[201]

En el sistema de idealismo absoluto de Hegel (a diferencia del idealismo subjetivo de Kant), el ser vacío es considerado pensamiento puro, el universo su desarrollo, y la filosofía su explicación dialéctica. Y como para Hegel el pensamiento puro coincide con el no-ser, y la idea misma, contradiciéndose, pretende ultrapasarse y transformarse en una idea más vasta, el pensamiento hegeliano puede concebirse bajo la forma de

[201] *Jenenser Logik.*

círculos nulos y anuladores crecientes que se entierran los unos en los otros. Ahí el Gigantesco Pozo Tragapozos que sería la circunferencia, no importa por sí mismo, sino el movimiento por el que el pensamiento suicidándose se dirige a ella y cree proyectar sobre ella una luz emanada de su propio foco que comenzó oponiendo el intelecto al Ser. Hegel cae en una manera de idolatría del entendimiento, de la intelección particular y condicionada. Al no comprender más la necesidad del Dios Creador y personal, él llega a hacer del conocimiento filosófico humano —que sigue siendo siempre conceptual y animal— el conocimiento absoluto.

Hegel arguye así su error principal y devastador[202]: «el Ser puro es indeterminación pura. Ahora bien, la indeterminación pura es puro no-ser. Luego, el ser puro es puro no-ser.» —Pero el término medio «indeterminación pura» está tomado en dos acepciones diferentes: en la principal designa la negación de toda determinación genérica, específica o individual, pero no la negación de la entidad (ideal o real) que supera las determinaciones genéricas de que es susceptible. En la menor, al contrario, la indeterminación pura es no solamente la negación de toda determinación genérica, específica e individual, sino también la negación de la entidad ulteriormente determinable. El argumento equivale pues a decir: «el ser puro es el ser indeterminado. Ahora bien, el ser indeterminado es puro no-ser.» —La menor es obviamente falsa. No se ve por otra parte por qué el devenir debiera salir de esta contradicción realizada, de esta definición de los contradictorios. Es necesario al contrario repetir con Aristóteles: «pretender que el ser y el no-ser existen simultáneamente, es admitir el eterno reposo, más bien que el movimiento eterno. No hay, en efecto, cosa alguna en que puedan transformarse los seres, puesto que todo existe en todo.»[203] Por fin, este intelectualismo absoluto de Hegel destruye toda ciencia. Todo razonamiento supone que cada una de las ideas que emplea represente una realidad que siga siendo la misma; ahora bien el principio de identidad no es ya para Hegel más que una ley de la lógica inferior, del entendimiento que trabaja sobre abstracciones, y no una ley de la lógica superior, la razón y la realidad. De allí se sigue que se puede afirmar o negar igualmente todo de todas las cosas, que todo el mundo dice la verdad y que todo el mundo miente, y que uno mismo reconoce su mentira. —Por lo demás, Hegel mismo reconoce que «si es verdadero decir que el ser y el no-ser son uno, es igualmente verdadero decir que difieren y que uno no es el otro». Por tanto, no se puede ya decir nada. —Si no es destruir toda ciencia, es no asignarle más que un valor muy relativo, y no conservar de ella más que el nombre. Si el principio de identidad y no-contradicción carece de valor objetivo, el panteísmo evolucionista tiene causa ganada, y la realidad fundamental es el devenir. Si, al contrario, la universalidad absoluta y la objetividad de este principio se imponen, la realidad fundamental deberá ser identidad pura, *Ipsum esse subsistens*, puro ser, o puro acto, pura perfección. Por ende deberá incluso ser trascendente, es decir, esencialmente distinta del mundo que, en cuanto a él, es compuesto y cambiante. Así respondió el prestigioso Instituto Católico de París al *Apelo*

---

[202] Este párrafo está tomado y traducido de Réginald Garrigou-Lagrange, entrada «*Dieu*» en el *Dictionnaire apologétique de la foi catholique*. IIª Parte: La demostrabilidad de la existencia de Dios. Cap. iii.: Prueba de la demostrabilidad. 5º La objeción hegeliana (intelectualismo absoluto) contra el principio de identidad.

[203] IV Metaf. cap. 5.

de los intelectuales alemanes a las naciones civilizadas, cuando ya había comenzado la Primera Guerra Mundial:

> La filosofía alemana, con su subjetivismo de fondo, con su idealismo trascendental, con su desprecio de los datos de sentido común, con sus compartimientos estancos entre el mundo del fenómeno y el del pensamiento, entre el mundo de la razón y el de la moral o la religión, ¿no preparó el terreno a las pretensiones más extravagantes de hombres que, llenos de confianza en su propio espíritu y que se tenían a sí mismos por seres superiores, creyeron tener el derecho a elevarse sobre las normas comunes, o de plegarlas a su imaginación?
>
> ¿Kant no puso como principio que cada uno debe actuar de modo que sus actos puedan erigirse en norma universal, dejando a la conciencia individual el cuidado de juzgar si se cumple la condición?
>
> ¿Hegel no afirmó la equivalencia o la identidad del hecho y el derecho?
>
> Nietzsche, aunque hiciera algunas reservas sobre la cultura alemana, ¿no preconizó por su teoría del superhombre, con un cinismo brutal, el derecho de la fuerza? El materialismo sin vergüenza del monismo evolucionista y el panteísmo latente o explícito de los filósofos idealistas y teóricos subjetivistas de la religión, al servicio uno y otro del orgullo germánico, ¿no contribuyeron a presentar en el alemán el tipo más acabado de la raza humana, ante quien todos los demás sólo tienen que inclinarse —el tipo en quien lo divino encontró la más alta realización?
>
> Producidos ellos mismos por el temperamento intelectual y moral de los alemanes, tal como lo han formado los cuatro siglos pasados desde la Reforma protestante, estos principios a su vez han consolidado las tendencias de este temperamento, y su influencia, más o menos, se ha extendido a todos.[204]

¡Qué lejos estamos de aquel larguísimo tiempo en que todo en el universo tenía sentido para el hombre! Un sereno orden presidía sobre la tierra circundante, y los cielos arriba giraban en sublime armonía. Todo lo que uno ve y oye y sabe es un aspecto de una verdad última. Las mejores mentes filosóficas y científicas probaron que esto es así. Los conceptos del universo musical y de la Gran Cadena del Ser, nacen de los fundamentos de nuestra cultura y fluyen a través de la tradición Católica para persistir todavía, aunque y desafiados por modas intelectuales deletéreas, al Renacimiento privado de sobrenaturalidad católica, y a la Ilustración privada de moralidad sociocultural y sedienta de extravagancias estrepitosas. El Romanticismo fue una bomba explosiva, llena de pasiones desordenadas, contra la percepción respeto perceptivo de aquel orden universal tan maravilloso y tan desperdiciado. «*Et sine ipso factum est nihil*»[205], palabras de las que la Glosa citada por el Doctor Angélico da una traducción alternativa:

> «Sin él se hizo la nada» —es decir el pecado, porque el pecado es nada, y se convierten en nada los hombres cuando pecan, como dice la Glosa en ese mismo lugar.[206]

Occidente mismo fue despidiendo de sí la mejor parte de su legado moral y político, primero sobrenatural, luego natural. Perdieron malamente el trono del sano juicio, creyendo ver en su «original» pérdida de razón una gran conquista de poder. ¡Qué horrorosa exuberancia de juegos humanos intelectuales y morales en burla de la sindéresis, cada vez más engañosos, más tortuosos, y más autodestructivos aunque tengan fases mezcladas de dulzonería! Los que no quieren obedecer a Cristo en su

---

[204] *Boletín del Instituto Católico de París*, el 25 de noviembre de 1914, p. 192.

[205] Jn 1, 3.

[206] *De malo*, q. 1 a. 1 s. c. 3

sindéresis dándole amorosamente sus títulos de Rey de Gloria, lo obedecerán como Rey de Justicia, que jugará con ellos y se burlará de ellos en el infierno: «Mas aquel que reside en los cielos se burlará de ellos; se mofará de ellos el Señor»[207].

xi. Ideologías e ideocracias

De la sangre derramada por la Revolución Francesa brotaron las *ideocracias* al servicio de la *mentira*: la corrupción espiritual que acompaña el desplazamiento revolucionario de los parámetros del bien y el mal por criterios pseudocientíficos de progreso y reacción. Esto sigue impulsos por crear un mundo gobernado según las leyes de la necesidad histórica para eliminar el conflicto y el «mal». Proyectan la reconstitución ideológica del hombre y del mundo. Se fundan en una falsedad radical u ontológica que lleva al esfuerzo de superar el orden natural mismo, lo cual es una forma de rechazo de la verdad conocida como tal—un pecado contra el Espíritu Santo. La *mentira ideológica* es la versión más radical, consciente, intensa y consistente de la modernidad. Sus practicantes fabrican un mundo surreal de discurso y práctica ideológicos: una «antiesfera» sostenida sobre alfileres, sobre el pánico, y sobre el silencio obsecuente. Esta surrealidad apunta a tapar la brecha que separa un mundo natural resistente al capricho de la voluntad revolucionaria, a los supuestos requerimientos de la necesidad histórica, y a la aspiración revolucionaria de la ideología también. Pero el mundo natural inevitablemente retorna. El alma humana como entidad racional y moral arraigada en un orden natural de cosas, es accesible y cognoscible. Todo el rechazo moderno a esta verdad evidente, ha perdido la prueba del despotismo ideológico, aún el positivista que se extiende al mero—pero profundo y crucial—orden educativo en naciones laicistas. La ideología confirma la naturaleza moral del hombre. Solzhenitzyn escribe: «Para hacer mal un ser humano debe por lo pronto creer que lo que hace es bien, o bien, que es un acto bien considerado en conformidad con la ley natural. Afortunadamente está en la naturaleza del ser humano buscar una *justificación* de sus acciones»[208]. Pero —¡ay!— esta misma tendencia a justificar, abusada e invertida, permite y exige la intensificación de la brutalidad. «La ideología es lo que da al maleficio su justificación largo tiempo esperada y da al malhechor la necesaria constancia y resolución. Es la teoría social que ayuda a hacer parecer sus actos buenos en lugar de malos en sus ojos y en los de otros, de manera que él no oiga reproches y maldiciones sino que reciba elogio y honores.»[209]

xii. Liberalismo, socialismo, existencialismo

La primera ideocracia revolucionaria abierta fue el liberalismo, sobre el cual nos hemos extendido más arriba. Éste —como observaba Solzhenitsyn en su Discurso de 1993 ante la Academia Internacional de Filosofía de Liechtenstein— comienza con una negación *dogmática* de que el cuidado del alma pueda ser parte del arte legislativo[210]. El pequeño punto queda a la intemperie, sin esfera contenedora y conductora. El espíritu de los peores revolucionarios pasa del «centroide» de los recónditos antros de

---

[207] Sal 2, 4.

[208] *Gulag 1*, 173.

[209] *Ibid. 1*, 174.

[210] Daniel J. Mahoney, *Aleksandr Solzhenitsyn, The Ascent from Ideology.* Oxford, 2001.

su corazón al «esferoide» de la luz de la vida pública, de la consolidación de la falsa legitimidad, y de la procura de placeres de muerte espiritual oculta, fomentados por la tecnología y la pornografía. Nuestro centro no sólo es Dios y la sindéresis, sino la muerte corporal, en la que estamos enterrados ya desde ahora y que es una eterna cuestión nuestra que entraña la razón de ser de todo, la existencia de Dios y el más allá. La moderna sociedad de las masas descentradas se dedica a apartar los ojos de los hombres de la muerte. En eso mismo los entierra espiritualmente más hondo en vida, haciéndolos esclavos de la rutina —palabra derivada de «ruta». Pierden toda referencia al punto y a la circunferencia, se dejan deslizar en línea recta «sin peso ni equilibrio»[211] moral, sin alma ni gracia ni creatividad ni virtud. Como Lucifer a nuestros primeros padres, el demonio del tecnocentrismo parece prometer a sus patronos: «Seréis como dioses, conocedores del bien y el mal», pretendiendo con su fruto, en completa separación de la introspección y autodisciplina, hacer automática o milagrosamente «más bondadosa» la naturaleza humana. Los seres humanos habitan un universo moral donde el bien y el mal son posibilidades siempre presentes: necesitan un Conductor. El tecnocentrismo seductor ha hecho al hombre más soberbio de lo mucho que era antes, y en muchos casos mucho más perverso. El bienestar también le quitó al hombre el sentido de que, tomado en particular y concreto, es sólo un punto limitado del universo, si bien libre. Comenzó a creerse el centro de sus entornos, de su «esfera», sin adaptarse a sí mismo ni a la esfera ni al centro relativo de ésta que es el hombre universal y abstracto imagen de Dios, sino adaptando en lo posible la esfera a su misma particularidad concreta miserable. El liberalismo engendró el socialismo y el existencialismo.

Más tarde llega la ideocracia revolucionaria del socialismo, y va predicando que, como el hombre es por la fuerza de las cosas un lobo para el hombre[212], hace falta un Estado fuerte que se imponga y que controle el orden social en todo, negando entre otras cosas la creación de riquezas, de espacios para la espiritualización, expansión y conservación de la cultura y de élites honestas, imaginativas, lúcidas, y valientes, persiguiendo la noción de privacidad fundamental para el cultivo de la responsabilidad y el ascenso moral y espiritual de la personalidad, y postulando la eventual reforma del ser humano para acabar en la sociedad sin Estado del hombre nuevo perfecto. Como consecuencia, la mentalidad socialista es una mentalidad de *circunferencia materialista toda vengativa y centro-descentro brutalista todo negativo*, una mentalidad de ciudadela asediada, una mentalidad paranoica donde todos lanzan sospechas y acusaciones contra todos y donde emplean abundantemente su mitología social y el potente resorte de la emoción a fin de justificar los peores golpes torcidos. Rinden un culto al Estado y a sus siervos tanto más intenso y desligado de la realidad vivida, cuanto ennegrecen la sociedad en general y el sector privado en particular.

Bien recientemente, por fin, la ideología revolucionaria del existencialismo, que afortunadamente no se hizo ideocracia, llega predicando que el mundo es absurdo y sin sentido y enseñando la *actitud existencial* de un sentido de desorientación y confusión ante un mundo así. No gozan de centro ni circunferencia ni pueden ni

[211] Revelación de Sor Lucía de Fátima sobre las almas condenadas en el infierno.

[212] Hobbes, *Leviathan.*

quieren gozar de entrambos, aunque tengan una circunferencia toda puesta en el vacío y un centro todo puesto en la oscuridad. Así se expresaba Heidegger:

> Inmediata y regularmente el *Dasein* se comprende a partir de lo que comparece en el mundo circundante y de lo que es objeto de ocupación circunspectiva. Esta comprensión no es un mero conocimiento de sí mismo que simplemente acompañase a todos los comportamientos del *Dasein*. Comprender significa proyectarse hacia una determinada posibilidad del estar-en-el-mundo, es decir, existir como tal posibilidad. De esta manera, el comprender, en cuanto comprensión común, constituye también la existencia impropia del uno.[213]

En definitiva, el «nunca-centro» del hombre más la «nunca-circunferencia» del mundo, sólo tienen ser como posibilidades proyectadas de mi poder-ser, como comportamientos fluctuantes de mi propio yo; y éste mismo sólo es comportamiento constitutivo hacia sí mismo. Todo es tiempo; pero el tiempo no es en realidad; es sólo en el pensamiento que los existencialistas mismos en lo posible privan de permanencia y «arrojan en el mundo».

Curiosamente, el existencialista Sartre, que fue otro practicante de la mentira ideológica y autoproclamado filósofo de la «libertad», repetidamente enalteció el socialismo soviético en sus formas estalinistas y post-estalinistas como representando de la causa de la humanidad en marcha, y como el primer paso necesario para la reconciliación del hombre con el hombre.

xiii. El Concilio Vaticano II

Las aguas viciadas del liberalismo y de la herejía intelectual sofisticada neomodernista (con una vertiente existencialista en Rahner), también fueron, a su manera, «ideológicas». Desde ellas, mediante la fuerza no de la opresión directa sino de la apostasía y siguiente falsificación de la gigantesca estructura visible de la Iglesia, el Conciliábulo Vaticano II comienza con estas palabras rebosantes de falsedad y maldad:

> Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo.[214]

Esto no es así, y rompe ficticia y propagandísticamente—aunque no realmente—el cerco que rodea, define y protege a la Iglesia como el Huerto Cerrado del Cantar de los Cantares[215]. Por cierto, los gozos de los hombres de nuestro tiempo (heredero de tantas degeneraciones) *en sí mismos* y *en lo material* y hasta *en el mal*, no son a la vez gozos y esperanzas y determinaciones del alma de los católicos, sino suma angustia y abominación.

La Iglesia sigue siendo un pleno redondel centralizado en su unidad, como enseña San Cipriano sobre la unidad la Iglesia:

---

[213] *Sein und Zeit*. Traducción castellana de Jorge Eduardo Rivera.

[214] Constitución pastoral *Gaudium et spes*.

[215] Cant 4, 12.

> El sol tiene muchos rayos, pero su luz es una; muchas son las ramas de un árbol, pero uno es el tronco, bien fundado sobre sólidas raíces; muchos son los arroyos que fluyen de la fuente, pero aunque la abundancia del caudal parezca difundirse en pluralidad, se mantiene la unidad en el origen.[216]

La luz es una… Cada nuevo pronunciamiento de la verdadera Iglesia es luz de la misma luz que los pronunciamientos anteriores. El Conciliábulo Vaticano II no es luz de esa luz; es fuego fatuo de las tinieblas exteriores.

xiv. Los escépticos postmodernos

Orientarse bien ante y hacia la verdad es concomitante con la rectitud e integridad personal y lo demuestran los que lo niegan —por ejemplo, achacando arbitrariedad a una o en todas las partes donde no hay arbitrariedad. Los «modernos», hijos de la Ilustración naturalista, empezaron intentando, infundados, discernir la verdad objetiva sin recurso a la verdad teológica ni metafísica, denigrándolas como culturalmente contingentes y, en último análisis, supersticiosas: pero incoherentemente creían en una verdad supracultural a la que se podía acceder. Y los hijos de los modernos, los postmodernos, afirman que la realidad objetiva no pueda ser captada por la invención humana contingente del lenguaje, cualquiera que sea su tema—olvidándose de que si tiene un tema no es una invención humana. George Steiner habla de la ruptura de «la alianza entre la palabra y el mundo», a la cual hasta hace poco habían adherido aún los escépticos más apasionados.

La postmodernidad desacredita la ciencia moderna y la antiquísima creencia en una verdad objetiva como invenciones culturales de los dominantes, y desacredita la racionalidad moderna exaltada por la Ilustración como mero «logocentrismo». Pero la postmodernidad también exacerba los vicios de la modernidad, que ya negaba la verdad objetiva fuera del ámbito natural de lo que existe en el mundo conocido; y en eso ciertamente erraba fundamentalmente, porque si la realidad última es circular y encerrada en sí misma, la ciencia que busca la verdad natural, aún inadvertidamente, debe funcionar con potencialidades no oriundas del mundo natural. Sin mentes inmateriales independientes de nuestros cerebros materiales, y con la realidad natural como todo lo que hay, no hay base para afirmar los trascendentales del Ser desde el punto de vista que fuera. Y si la modernidad negaba los valores, la postmodernidad niega los hechos, denigrados como un mito extraño del pensamiento enciclopedista. Y así, según las palabras de Stephen Marcus en crítica de Michel Foucault, la postmodernidad marca

> un momento que está llegando a pensar de sí mismo que es «post-todo»: post-moderno, post-histórico, post-sociológico, post-psicológico… Nos hallamos en el punto en que hemos rechazado los sistemas de pensamiento de los siglos XIX y XX, en el momento en que se nos han vuelto viejos sin haberlos trascendido con nueva verdad, y sin haber descubierto nada comparable en magnitud que pudiera reemplazarlos».[217]

---

[216] San Cipriano, *Sobre la unidad de la Iglesia*.

[217] Crítica del libro *Locura y Civilización* de Michel Foucault aparecida en el *The New York Review Of Books* del 3 de noviembre de 1966, titulada «En Alabanza de la Locura».

Ante los derrumbes completos, a veces disyuntivos, a veces conjuntivos, de la modernidad y la postmodernidad, sólo quedan una salida: la Premodernidad Medieval que, «como un solo hombre», como un solo punto unido en la luz y en la visión, amaba la Esfera Intelectual Infinita en vez de desecharla para «no descubrir nada comparable en magnitud que pudiera reemplazar» conocimientos infiltrados de esa mentalidad desechadora.

xv. Los nuevos ateos

Del liberalismo, socialismo y existencialismo, nacidos, en distintas generaciones, de la Ilustración, salieron a luz, tras la catástrofe extraña de las Torres Gemelas, los «nuevos ateos». Si reivindican los principios de la Ilustración, deberían estudiar sus consecuencias; en cambio, se concentran en atacar rabiosamente el teísmo. El totalmente despreciable Christopher Hitchens afirma: «La religión lo envenena todo» y «Pienso que la religión debería tratarse con ridículo, odio y desprecio, y reclamo ese derecho»; esto último con vivas de aprobación en un salón de audiencias espacioso de la Universidad de Toronto. El ganador de un Premio Nobel, Steven Weinberg, dijo: «El mundo necesita despertar de la larga pesadilla de la religión. […] Todo lo que nosotros los científicos podamos hacer para debilitar el arraigo de la religión debería hacerse, y de hecho puede ser nuestra mayor contribución a la civilización.» Muchos otros expresan sentimientos igualmente satánicos en altas posiciones del mundo. La ciencia atea no se limita a secularizar hasta el último rincón del mundo habitado; quiere reemplazar a Dios con otra cosa, y esa no es sino ella misma, la ciencia atea. Pero si detestan todo concepto de un Dios creador y sobrenatural, ellos mismos creen en un dios puesto en las leyes de la naturaleza, o en alguna clase de inteligencia natural cósmica que evolucionó más que nosotros en inteligencia. Bajo la excusa de la necesidad de ser «críticos», seleccionan lo que han de criticar, y hacen bastante peor que «criticar». Fanáticos con anteojeras y bien escasos de luces, creen en las objeciones tan sumisa y celosamente como otros creen en los dogmas, pero sin justificación que se sostenga. Hipócritas, suelen quebrar el principio científico elemental de seguir las pruebas hacia donde llevan. Y el mismo origen de la ciencia los refuta, pues, como decía C. S. Lewis, los hombres se hicieron científicos porque contaban con encontrar ley en la naturaleza, y esto porque creían en un Legislador. Los ateos creen en leyes inteligentes que crean seres ordenadamente estructurados, vivientes y pensantes, y en una inteligencia humana que resulta de la evolución. El filósofo estadounidense Alvin Plantinga refuta estas sinrazones tajantemente:

> Si Dawkins tiene razón en decir que somos el producto de procesos naturales privados de mente y de guía, entonces nos dio una fuerte razón para dudar de la confiabilidad de las facultades cognoscitivas humanas y por ende, inevitablemente, a dudar de la validez de cualquier creencia que ellas produzcan —inclusive la propia ciencia de Dawkins y su ateísmo. Su biología y su creencia en el naturalismo parecerían, pues, estar en guerra recíproca en un conflicto que no tiene absolutamente nada que ver con Dios.

Esto de Dawkins no es solamente ridículo: es nihilista, destruye la posibilidad de la verdad, y es asesino de la mente.

xvi. Salida del laberinto

No estamos con la mente en blanco. Aprovecharemos, además del paradigma central-circunferencial que nos refiere a Dios como «firma» suya, otro con que él guarda semejanza y que también debería referirnos a Dios: el laberíntico, originario de la mitología griega, que reproducido y reabsorbido por la Edad Media reproduce y reabsorbe en un proyecto sobrenatural, y elabora en sus individuos la propuesta de una conversión a través del recorrido, meditativo y arrepentido, de un camino intrincado y peligroso, de una sucesión de muchas crisis, que despliegan una sola crisis fundamental y medial. El laberinto va de la circunferencia al centro, no por un rayo directo, sino del modo más indirecto y largo posible, mediante tortuosísimas y enredadas vueltas con varias disyuntivas y vías muertas, de manera que el centro, bien oculto y retraído, parecería por momentos «no estar en ninguna parte» a pesar de estar en todas por comandar por doquier su búsqueda en un medio cargado de dificultades y frenos. Este gran recorrido es posible y loable a nivel natural, y eminente a nivel sobrenatural por la Luz de la Gracia: San Agustín es prueba viviente de ello en sus *Confesiones.* Así comienza la entrada *Labyrinthe* del mejor diccionario de arqueología cristiana de nuestros días, que transcribimos castellanizada:

> Los laberintos que nuestros antepasados trazaron en piedras negras y blancas sobre el suelo de muchas iglesias son sin duda la expresión de un pensamiento cristiano. Los meandros interminables que hay que seguir para ir desde su entrada, que figura la de la vida humana, a su centro, símbolo de la Jerusalén celestial, simbolizan las lentitudes, los retrasos, las tribulaciones que debe soportar el cristiano antes de merecer y obtener la recompensa eterna.[218]

Lejos de aprobar o respetar el caos laberíntico y la inmoralidad abismal y tenebrosa del mundo moderno, el verdadero cristiano de hoy puede y debe usarlo para conocerse mejor a sí mismo y conocer a Dios y meditar sobre sus vías, y convertirse a ellas.

Boecio concluía una hermosa oración a Dios con las palabras «Tú eres a una el Comienzo, la Portador, el Guía, el Sendero y el Fin». Las anomalías contemporáneas permiten a nuestro Divino Bien subsistente ser para nosotros, a través de nosotros y en medio de nosotros durante nuestra existencia mortal, hoy más que nunca, Dios-Portador, Dios-Guía y Dios-Sendero. De maneras parciales, grupales, locales, Dios mismo ofrece a las almas inocentes, sólo necesitadas de instrucción, nuevos vuelos que tomar con su propia sindéresis en tiernísimo amor a Él y desconsideración del mundo corruptísimo que está a punto de recibir el primer rayo justiciero de la bóveda celeste. Pero queda otra opción diametralmente opuesta:

> Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo. […] has eso y vivirás. [219]

Y el gran científico, teólogo y cardenal danés converso Niels Stensen tenía como uno de sus lemas:

> Grande es quien tiene amor grande.

---

[218] H. Leclerq, entrada «Labyrinthe», *Dictionnaire d»Archéologie Chrétienne*, París, 1928.

[219] Lc 10, 27-28.

Así pues, adecuadamente (grandemente en sentido cualitativo) convoluciona quien ama mucho y bien, y amar bien es amar primero a Dios y luego por Él. Esto vale eminentísimamente para la Virgen Madre de Dios. Justo antes de la visión final del poema, Dante hace pronunciar por San Bernardo el elogio de Nuestra Señora:

> Se reanimó en tu vientre el Santo Amor
> Y a su calor, en paz eternamente,
> ha germinado esta Divina Flor[220].

El amor que se reencendió en el vientre de la Santísima Virgen, es la esfera inmensa de la Divinidad que reaparece misteriosamente en la esfera estrecha de un cuerpo humano.

Y Dante concluye su sublime viaje con estas palabras sobre la centralidad absoluta de la Caridad:

> Cual pensativo geómetra procura,
> Sin hallar el principio que le mueva,
> Del círculo encontrar la cuadratura;
> Así me hallaba ante visión tan nueva,
> Queriendo comprender cual se adunaba
> La imagen, con el cerco y con su prueba.
> Con mis alas, tan alto no volaba,
> Cuando mi mente nueva luz hería,
> En que su voluntad se condensaba:
> Faltó la poderosa fantasía;
> Mas movió, como rueda por sus huellas,
> Deseo y voluntad, en armonía,
> El Amor que al Sol mueve y las Estrellas.[221]

*La restauración convolucionaria aprovecha el dinamismo grandísimo del «*ordo inversus*»*

Por orden inverso (in-verso: dirigido hacia dentro de sí mismo, o hacia sí mismo dentro de algo) se entiende en general el movimiento por el que algo parte de un punto y al regresar se conecta al punto de partida. También puede explicarse así: Si orden es la debida sucesión, entonces orden inverso sería entonces la sucesión dada vuelta, e implica que haya un orden recto.

No es convolución propiamente dicha aunque tenga rasgos en común. El orden inverso es un todo que podría designarse movimiento reiterativo, restaurador o giratorio. No pocas veces se lo representa como círculo dividido en dos semicírculos con direcciones opuestas y por ende interpretado como movimiento ascendente y descendente. La imagen esquemática se presta para su expresión en innumerables figuras concretas; por ejemplo, en el ave fénix que resucita de su ceniza, o la circulación sanguínea.

---

[220] *Paradiso*, Canto XXXIII, 7. Versión castellana de Bartolomé Mitre.
[221] *Ibid.*, 133-145.

Toca determinar qué vale como orden inverso. Debe tratarse de una modelación concebida o imaginada de una ocurrencia como «descenso» y «ascenso», que además es un «retorno» que se caracteriza por seis rasgos distintivos:

1. Es a través de un movimiento
2. que es interpretado como espacial —vertical u horizontal—, y que por tiempos también se deja interpretar temporalmente,
3. está integrado por dos movimientos parciales, que
4. son inversos y
5. en ellos el punto de partida del uno es idéntico, correspondiente o, en determinada manera, semejante al punto final del otro.
6. Por fin, el movimiento puede pensarse como repetible.

Esto no podría darse en el movimiento de un péndulo, que tiene constantemente dos puntos de inmovilidad. Hay una continuidad. Y para pasar a través de un punto extremo sin detenerse, es necesario un giro. Lo que aleja este orden inverso de la convolución es la completa irrelevancia del centro del círculo. Pero nuestro conocimiento de la realidad exterior bien puede llamarse una continua o frecuente circulación que implica circularidad.

El orden inverso puede presentarse como un movimiento que se da en un objeto como orden de la naturaleza; entonces puede tratarse de la imaginación de un movimiento real. Pero también cabe ver el orden inverso en el conocedor mismo como *ordo quoad nos*; entonces puede tratarse de un movimiento que no tiene contrapartida en el objeto por conocer —entonces eso puede ser regreso producido por método analítico y sintético. Hay mucho para deducir cuando ambos órdenes —natural y cognoscitivo— están ligados entre sí y participan conjuntamente en el orden inverso.

Un sacerdote jesuita tomista estadounidense nos ofrece el siguiente panorama general:

> El ser, que es por lo que «la naturaleza» en su totalidad y variedad es lo que es, es el correlativo objetivo último del impulso de la mente de saber; es aquello que la define como intelecto. El intelecto es radicalmente *para* el ser, está orientado a él por una afinidad, aptitud o «connaturalidad» innata para con el ser. Como corolario —el otro lado de la correlación— el ser mismo es *para* la inteligencia. Su significado y cumplimiento últimos le requieren ser llevado a la luz de la conciencia, ser desvelado, es decir, revelado a la mente.[222]

A esa correlatividad de órdenes, hay una de ordenamiento interno dentro de cada orden, y en esto son claramente órdenes inversos: lo que es primero en el orden del ser, resulta posterior con respecto al orden del conocer, y viceversa. Nos lo dicen el mayor filósofo de la Antigüedad y su mayor continuador:

[222] W. Norris Clarke, *The One and the Many*, cap. II, § III.

> Según el Filósofo, las cosas posteriores según la naturaleza, son las primeras conocidas en cuanto a nosotros.[223]

A esto se adjunta que el orden del conocer no solamente forma un orden inverso con el orden de la naturaleza, sino también tomado por sí solo. El punto es que el movimiento que hace un orden inverso a partir del orden del conocer, es equi-direccional al orden de la naturaleza. Eso ha llevado a un pensamiento epistemológico influyentísimo. Es la prueba del saber producido en el orden del conocer sobre el orden de la naturaleza. Si el orden inverso se realiza en el marco del orden del conocer, el orden de la naturaleza también es conocido realmente.

Pero por fascinante e impresionante que haya sido esta idea, numerosos pensadores contemporáneos temen neciamente que en la mayoría de los casos se divise en la estructura lógica del orden inverso del orden del conocer el hecho de que no se pueda contar con la bondad cognoscitiva del saber producido en el orden inverso, y alegan *falacia del consecuente*.

Se han ofrecido dos «soluciones»: O bien renunciar a la distinción definitiva del saber producido en el orden inverso achacándole deficiente univocidad. Quienes así lo deciden pueden constatar perfectamente que hay una verdad, pero contestan que ésta no se deja determinar unívocamente en el marco del orden inverso del conocer. O bien rehuir la supuesta falacia del consecuente en el orden del conocer. Para esto segundo hay varias posibilidades: dos pueden destacarse. Una comienza con las exigencias que hay que plantear a la parte del orden del conocer que forma uno inverso con el de la naturaleza. En términos generales, esto se refiere a la relación entre $a^a(B_i)$ y $a^e(B_i)$, que quedaría puesta bajo exigencias tan estrictas, que la falacia del consecuente dejaría de ser una amenaza. Esta solución deja al orden inverso intacto; pero se vuelve menos aplicable al orden del conocer. La segunda «solución» toma un camino completamente divergente. Para resolver el problema de la certeza, se dirige contra el orden inverso como un todo, alegando que su ayuda es fundamentalmente improductiva de certeza, por mucho que él sirviera en otros casos de la producción de saber en el orden cognoscitivo.

Si desde la Antigüedad, en las más variadas disciplinas (teología, lógica, filosofía de la naturaleza y hermenéutica), la figura de pensamiento del «orden inverso» garantizaba ante todo certeza, desde el comienzo de la modernidad se echa de ver una transformación funcional suya que corre paralela a las formas modificadas de la metáfora. Pero perdió plausibilidad en el siglo XVIII y se fraccionó en dos interpretaciones negativas: filosófica y hermenéutica. A ésta última le parece vicioso y ella alberga su discusión como problema de círculo del entendimiento. Esta caída fraccionada del orden inverso provocó una serie de intentos de restitución (Kant, Hegel, Fichte, Schelling, Goethe, Schleiermacher, Ast y otros). En Kant encontramos el orden inverso como prueba en la filosofía con respecto al problema del orden del hallazgo, de la probación y de la exposición. En Fichte el orden inverso aparece como equi-direccionalidad del orden del conocer con el orden de la naturaleza. En Novalis el orden

---

[223] Santo Tomás de Aquino, *Comentario a Boecio sobre la Trinidad*, parte 1 q. 1 a. 3 s. c. 2, citando a Aristóteles, *Anal. post*. I c.2, 71 b 33-72 a 5.

inverso es un procedimiento discursivo indirecto que modela las categorías discursivas básicas en su discursividad bajo la idea controladora de que brotan de una fuente no-discursiva. En Hegel el orden inverso aparece como un círculo de círculos sin punto de inicio ni fin. En Schelling se va de la inversión del orden inverso a la reversión de la unidad del principio. En Goethe se da la fragmentación de Homero como la de la luz junto con el rechazo de la relación de eminencia y la implementación de un sentido direccional en el orden inverso. En Schleiermacher se da el orden inverso renovado de la construcción mental a posteriori como prueba de la comprensión. En Friedrich Ast se da el llamado círculo hermenéutico en la interacción de método analítico y sintético. Las interpretaciones hermenéuticas muy diferentes que hemos visto pueden subdividirse en dos grupos: unos se aferran el carácter de prueba del orden inverso (o sea: el descomponer para acertadamente recomponer) para la verdad del saber aunque sea a base de concepciones que modifican muchos elementos; otros prefieren la disolución de la equi-direccionalidad del orden del conocer y de la naturaleza. Con ello entonces también se muestra que la plausibilidad que fue reconocida o negada al orden inverso para determinados ámbitos del saber, se produce de suposiciones que ya no parecen determinadas por concepciones tradicionales cristianas, aunque tengan ciertas semejanzas estructurales con éstas. Es sugestiva la visión de que el arte es el orden inverso de la moral.

La renovación convolucionaria es infinitamente más sabia que la innovación revolucionaria

La Revolución en el sentido político-cultural más corriente entraña siempre un poderoso elemento de novedad. Sin embargo, la perversidad de la Revolución no tiene su fundamento en la novedad. Por otra parte, la novedad no es intrínsecamente perversa o nociva.

Dondequiera que haya causalidad, hay novedad. Toda realidad que comienza se debe a una realidad preexistente, pero no se identifica con ella ni se reduce a ella. Cuanto más poderosa es una causa, mayores son sus efectos, y más el estado nuevo de las cosas se diferencia del anterior. Cuanto más novedad hay —o sea, más realidad irreductible—, más elevada debe ser la causa de lo nuevo. Podemos, pues, inferir de la novedad en cierto modo absoluta del acto libre la excelencia de la voluntad.

La novedad *simpliciter* no presenta problema moral alguno. El problema aparece con la novedad ilusoria, infundada, desarraigada, separatista y destructiva. Y esta novedad es perversa y vituperable no ante todo por ser nueva, sino ante todo por ser esas cinco cosas. El mal no está en el ser que ella es, sino el ser que ella no es y debería ser y en el hecho de que ataca al ser que ella ataca. Más que una «novedad» es una «no-conservación»; más que un nuevo fulgor es un apagamiento. Es hostilidad y venda para no ver lo eterno; quita más que pone; a veces descomunalmente más; a veces ni siquiera pone algo positivo y real.

La novedad positiva suele equipararse a la renovación o perfeccionamiento. Esta novedad es apenas asequible a la pobreza humana, y en última instancia y absolutamente hablando sólo puede darse como don y efluvio de Dios, Fuente de todo

el ser. La novedad temporal genuina, y por excelencia la novedad eterna, suprema, perfecta y sobreabundante de la visión y posesión esencial del Ser Subsistente, inagotable y eternamente presente, vienen del mismo Dios.

Las calificaciones de la presencia o ausencia de una «sed de novedad» en un sujeto humano y en una sociedad, varían en extremo según la novedad en cuestión y la misma sed de ella sigan o abandonen las normas de la naturaleza y de la Revelación, y según cuánto y cómo las sigan o las abandonen. Esta cuestión requiere mucha meditación, discernimiento y teocentrismo.

¿Podría el furor revolucionario innovador contar entre sus causas, de algún modo y en alguna medida, una pésima comprensión y ejecución de un ansia intrínsecamente excelente de un Día nuevo, inefable y maravilloso, ansia que sólo puede dirigirse válidamente al Reino de Dios?

Bossuet hablaba de «ese deseo vago e inquieto», resto del estado sobrenatural al que fuéramos elevados y «que hace nacer en todos los hombres un amor increíble de la novedad».

Hay la mutación requerida por las exigencias inagotables y siempre nuevas del Bien inmutable y la mutación buscada por sí misma como un bien, y hasta como el Bien supremo: este auto-desfasaje, reflexionado por algunos y deliberadamente buscado por muchos, es el estigma impreso en la Historia Moderna. Filosóficamente hablando, advertimos que la Revolución Anticatólica puede parafrasearse como una gigantesca corriente histórica de un modo de ser humano voluntariamente refractario al Ser y arrastrado por el mero devenir y parecer, en el plano teórico y práctico, cultural y político. En cambio el espíritu que haya de vencer esta corriente debe, en el mismo devenir de su producción, definirse como gran promotor y amigo del Ser y no como gran contrariador y enemigo del devenir. Ha de moverse, sí, pero desde la Permanencia de Dios —o dicho de otro modo, desde Dios que es su propia Permanencia, y en Él y hacia Él. La inmovilidad superior divina, lejos de la inmovilidad inferior o inercia de la potencia pasiva más imperfecta aun que el movimiento, estriba en el acto que no necesita ser premovido ni accionado para actuar. Inmóvil y por Quien —aunque no de parte de Quien— todo se mueve, Dios es Su misma Acción.

Reflexiones sobre la «Recirculación» en Mariología

El concepto del epígrafe enseña que Dios en la Salvación actúa de modo paralelo e inverso al proceso que llevó a la ruina espiritual del género humano. Si Eva posibilitó y abrió el proceso de nuestra ruina creyendo al diablo con mente dudosa y consintiendo libremente a sus perversas sugestiones en desobediencia de Dios, María posibilitó y abrió el misterio de nuestra Salvación obedeciendo a Dios con viva fe y con su consentimiento libérrimo a la Encarnación del Verbo.

Este principio cabe bien en nuestro contexto. Podemos sentar algunas bases que sin resumir en modo alguno el cuadro sobrenatural y trascendente de la Salvación del mundo de las plagas titánicas de la Revolución Anticatólica, sí son lo menos que se puede y debe decir al respecto, y son una firme certeza. Dios solamente posibilitará y

abrirá el remedio de la Revolución Anticatólica de modo paralelo e inverso —y con espíritu infinitamente superior en poder, sabiduría y bondad— a cómo ésta marchó desde el siglo XIV hasta nuestros días. Y ésta marchó, a partir del hombre, excluyendo a Dios de la vida humana de manera libre, desafiadora y progresiva en intensidad y extensión. Es verdad que hay mucho más que decir y estudiar sobre esto, en especial, tal vez, sobre un trágico y esquivo momento de eclosión y grado de prevalencia y crecimiento del mal moral a dimensión social. ¿Qué es ese momento y ese grado, y cómo se explican? Porque ciertamente los hay. Pero sea lo que fuere de sus íntimas causas y complicadas coyunturas, la Revolución Anticatólica bien puede resumirse así: EXCLUSIÓN SOCIAL RADICAL DE DIOS. Y semejante exclusión sólo puede ser revertida entonces del modo paralelo e inverso: a partir de Dios, recibiendo y aceptando los individuos y la sociedad suficientemente a Dios en su vida de manera libre, fiel y progresiva, en intensidad y extensión. Cómo, y sobre todo cuándo este proceso se entrecruce con un castigo providencial exterminador que excluya de la faz de la tierra por parte de Dios de una porción de la humanidad, es imposible saberlo.

La amable y vital preposición «con»

«Con» se deriva del proto-indoeuropeo «*kom*», y significa, como los prefijos de las palabras, entre otras cosas, compañía y cohesión. Queda especialmente simbolizado por el arco, el círculo, y la esfera. El prefijo supuestamente contrario «contra—», se deriva también del proto-indoeuropeo «*kom*» al que se le añade el sufijo «—*tra*».

Uno de los nombres de Nuestro Señor Jesucristo fue dado muchos siglos antes de su Encarnación por el profeta Isaías: *Emmanuel* — עמנואל[224].

Emm/Im = con; *anu* (sufijo pronominal) = nosotros; *El* = Dios.

Para Ovidio, el «dios con nosotros» era la conciencia. De hecho, es en la conciencia donde el hombre siente claramente que todo su ser está ligado con Cristo. Se aviva e ilumina la conciencia en el seguimiento de Cristo. Aún podría decirse que la conciencia no tiene palabra propia. La palabra de Cristo (revelación natural, revelación sobrenatural, llamamiento de la gracia) se hace llamamiento mediante la voz de la conciencia. De por sí la conciencia es un cirio sin luz: Cristo es quien le comunica luz, y por ella alumbra e ilumina[225].

En el caso propio de la Virgen, el hecho de estar Dios con Ella se magnifica a una unidad corporal y moral estrechísima con Dios. Un «con» total y extremo, no puede menos que implicar un «en» de la misma índole. La misma Virgen goza de una unidad consigo misma derivada de su unidad con Dios, pues toda Ella está unida y hasta es su propia sindéresis, que es donde Ella más es sí misma. No es de extrañar que María sea saludada «*Ave Maris Stella*». Su unidad puntual consigo misma, con la luz de la razón superior contemplativa y con Dios, le otorgan esa condición.

---

[224] Is 7, 14.

[225] Bernhard Häring.

Hay una estrecha correlatividad entre el nombre *Emmanuel* de Nuestro Señor y la naturaleza de la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo de aquellos *con quienes Dios está capitalmente* por su profesión de Fe, aunque no esté *en todos ellos* por la Gracia. Y Dios *está con* un papa infaliblemente por aquella promesa suya a los Apóstoles: «Y estad ciertos que yo mismo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos»[226]. Y Dios está con los suyos como con quienes están bajo el papa. Debemos este enlace principalmente a Nuestra Señora. Ella dio las provisiones inmediatas necesarias para que el Verbo se hiciera carne para la Redención perpetuada e institucionalizada en la Iglesia. Y debemos a Nuestra Señora la Gracia, que tuvo origen en Ella y dimana de Ella a toda la Iglesia. Y si Dios está con nosotros, nosotros estamos con aquello nuestro por donde nos llama a Él: la sindéresis, que veremos.

Es notorio que en momentos clave de la Santa Misa, el sacerdote saluda al pueblo diciendo «*Dominus vobiscum*», «El Señor esté con vosotros». Se refiere a la presencia del Señor en el medio de la Iglesia. La frase puede entenderse ora como un deseo: «Que el Señor esté con vosotros», o como una declaración: «El Señor está con vosotros». Debemos entender esta breve alocución sacerdotal como una afirmación solemne y gozosa de la presencia del Señor en medio de los fieles. Por su gracia Cristo está presente y vivo en cada bautizado porque Él es la Vid y nosotros los sarmientos[227].

Con los buenos, *con* lo bueno y *con* el Bien, lo ideal es estar del todo, en pura y absoluta conjunción, la cual implica también una cierta inhabitación, un «en». En cambio, con los malos y con lo malo sólo puede estarse a medias, en mezcla de agregación con disgregación, pues lo malo es en sí mismo una disgregación. Por eso no puede haber una «convolución para el mal».

El «nosotros» («-*anu*») de una comunión eclesial dirigida por Bergoglio recibe como por ósmosis todo lo que él *entiende hacer y hace* a la Iglesia y contra la Iglesia llevado por Satanás. Dios («*El*») es llamado —vana y sacrílegamente— a estar con («*emm/im*») con ellos como si fueran suyos, en *com*-unión. La parte dirigente de ese «nosotros» está sin Dios y contra Dios en su pretensión de ser el fundamento visible de la Iglesia.

En su comentario[228] al libro de Aristóteles *Sobre el cielo*, Santo Tomás de Aquino afirma que su maestro prueba por las palabras de Empédocles que del dominio de amistad proviene el giro global del cielo, pues el movimiento del cielo en cierto modo envuelve conjuntamente («*convolvit*») todo en uno. A esto se refiere mucho más tarde Dante Alighieri en el verso final de su *Paraíso* y de toda la *Divina Comedia*: «El Amor que al Sol mueve y las Estrellas».

A la preposición «con» corresponde el llamado divino unitivo a venir, allegarse; a la preposición «sin», corresponde la condena divina despedazadora a irse, retirarse. San Buenaventura medita:

---

[226] Mt 28, 20.

[227] Jn 15, 5.

[228] 2-24-3.

> ¿Qué puede pensarse de más lamentable y terrible que la palabra «Iros»? ¿Y qué puede expresarse de más deleitable que la palabra «Venid»? Son dos voces de las cuales nada podrá oírse de más horrible que la una ni de más jocundo que la otra.[229]

La solución convolucionaria de Nuestro Señor Jesucristo

Así enseña el maravilloso místico medieval flamenco Juan de Ruysbroek:

> el hombre tiene en su fondo una inclinación natural al bien por una centella del alma y por la suprema razón, que siempre desea el bien y odia el mal. Por estos medios Dios mueve a todo hombre variadamente según la necesidad de cada uno, por gracia de la que previene, no de la que merece, y así la dispone y hace apta para recibir la otra gracia meritoria de la vida eterna. Cuando el hombre cumple con lo que puede, entonces pertenece a la suma bondad de Dios completar esta obra. Entonces viene una luz más alta de la gracia de Dios de manera perpendicular como el sol instantáneo del sol, en el que el alma se funde, Esta es una operación de Dios oculta e intrínseca que conmueve al alma con todas sus fuerzas por encima del tiempo. Y así también termina la misma gracia preveniente, y comienza aquella otra que es una luz sobrenatural.[230]

Cristo ve a los suyos del mundo envueltos hasta la asfixia por un poder contrario a Él y que tiende a envolver y dar vuelta el orden natural y sobrenatural al que se puedan aferrar. Ante esto, ¿qué haría el Buen Pastor? Pues al movimiento revolucionario opondría la Convolución, movimiento absolutamente unificado consigo mismo, cuyo centro integrante infinitesimal es inmóvil. Él «convolucionaría» hacía sí —Rey y Centro de los corazones—, por mediación de su Madre Santísima, a los que siguen su propuesta.

El último «Dulce Cristo en la tierra», jerárquicamente uno con su Maestro, nos da enseñanzas sugestivas y hasta imperativas acerca de la influencia de éste sobre las almas, y la responsabilidad de éstas para con Él; y veremos reaparecer en ellas el rasgo convolucionario:

> Hay profundas desarmonías en el hombre nuevo creado por el progreso; pero, por muy llenas de peligros que éstas estén, no son tales como para justificar la desesperación de los pesimistas a ultranza, ni la resignación de los inertes. El mundo puede y debe ser devuelto a la armonía primitiva, que fue el tema del Creador desde el principio, cuando participó sus perfecciones a su obra. La firmeza suprema de esta esperanza radica en el misterio de la Navidad: Cristo, Dios y hombre, el autor de toda armonía, visita su obra. ¿Cómo podría la criatura desesperar del mundo, si Dios mismo no desespera; y si el Verbo Divino, por quien fueron hechas todas las cosas, se hizo carne y habitó entre nosotros, para que finalmente resplandeciera su gloria propia del Hijo único del Padre?[231] ¿Y cómo podría resplandecer la gloria del Creador y Restaurador de todas las cosas en un mundo fundado necesariamente sobre contradicciones y desarmonías? El mundo creado y terminado, sigue, por así decir, el curso y las leyes del océano de la eternidad divina sobre el cual necesariamente navega. Con razón San Agustín, con muchos otros sabios, antiguos y modernos, afirma que en el mundo, aún creado y

[229] San Buenaventura, *Soliloquium*, caput III

[230] Juan de Ruysbroeck, *De Ornatu spiritualis desponsationis*. Liber primus, de vita activa. Prologus. (11)

[231] cf. Jn 1, 3ss

> contingente, rige una ley suprema y eterna, de la que recibe su consistencia y dignidad. Es, de hecho, la ley eterna que eleva la creación, de por sí finita, a la dignidad de reflejar lo infinito y eterno. Lo hace mediante el orden esencial ínsito en todas las cosas, y mediante la coherencia y armonía íntimas que resuenan en el mundo.[232]

Paradójicamente, Cristo para protegernos nos pide que lo protejamos dentro de nosotros, como se colige de este hermoso discurso del último papa:

> Cristo invita los corazones generosos a defenderlo, como de Niño Él, el Omnipotente, quiso necesitar defensa contra las insidias que lo amenazaban. Pero aquí no entendemos hablar sola o principalmente de los peligros materiales […] menos visibles son otros peligros permanentes: Cristo, vida del alma, está amenazado y perseguido en las almas. Las ilusiones, los prejuicios de la ignorancia, la falsa ciencia, las calumnias, las insinuaciones malévolas contra su Iglesia y su doctrina, contra la piedad de los fieles y la frecuencia de los Sacramentos, turban y asuelan la mente y el espíritu y conducen a la infidelidad. Y no a menor daño concurren las pasiones, las tentaciones, las seducciones, que, pervirtiendo los corazones, echan de ellos a Cristo. ¿Qué debéis hacer vosotros, queridos hijos? Defended a Cristo con la palabra, con el ejemplo, con la práctica de las virtudes, a que os guía y empuja el fervor de vuestra fe; pero defendedlo y custodiadlo ante todo en vosotros mismos, porque nadie puede lisonjearse o presumir de estar al seguro de todo peligro. ¡Qué triunfo se llevarían los enemigos de Cristo, el día que lograran desterrarlo del corazón y del alma di sus más valerosos guardianes con el error y el pecado! Mantener la defensa de Cristo en vosotros os hará más fuertes y resistentes para continuarla en los demás con la majestuosa dignidad de vuestra vida personal, con la caridad que se difunde y la bondad edificante de vuestra conducta social.[233]

La Oración Pascual de Cristo al Padre, y la Convolución

Ahora incluiremos algunos versículos de la hermosísima oración que elevó Cristo al Padre estando en el umbral de su dolorosísima Pasión reconciliadora:

- «SANTIFÍCALOS EN LA VERDAD. LA PALABRA TUYA ES LA VERDAD MISMA»[234]. Cristo había pedido que el Padre preservara del mal a los fieles, pero esto no habría bastado si no se perfeccionaran en el bien. Pide «Santifícalos en la verdad», esto es, en Él, Hijo suyo, que es la Verdad, haciéndolos partícipes de su perfección y santidad, y también pide que esta santificación en la verdad ocurra por el envío del Espíritu Santo en la verdad, esto es, en el conocimiento de la verdad de la Fe y de los mandatos paternos. ¿Cómo ocurriría esto sin la Convolución Católica? La preservación de los fieles «para que sean una misma cosa», como en círculo o esfera, tiene su compleción convolucionaria, aunque no su efecto infalible, en la perfección del conocimiento de la verdad de la Fe y de los mandamientos según una enseñanza privada de toda sombra de falsedad, y por ende, mortal contra toda herejía, y contraria a la Roma Apóstata.

---

[232] Pío XII, Mensaje de Navidad de 1957 —el último suyo.

[233] Discurso de Su Santidad Pío XII a la Guardia Noble Pontificia. 29 de diciembre de 1943.

[234] Jn 17, 17.

- «ASÍ COMO TÚ ME HAS ENVIADO AL MUNDO, ASÍ YO LOS HE ENVIADO TAMBIÉN A ELLOS AL MUNDO»[235]. «Yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que pertenece a la verdad, escucha mi voz»[236]. Por lo tanto es necesario que testifiquen en la verdad. El diálogo montiniano, cabalmente anti-convolucionario, revolucionario y desintegrador, es aberrante a la razón en cuanto opuesto al recto fin que tiene un diálogo, aún en el plano meramente natural, como ya enseñaba Platón en estos términos: «La realidad en sí de cuyo existir damos razón, sea interrogando, sea respondiendo, permanece siempre invariable e igual a sí misma».[237] ¡Cuánto más aberrante no será el diálogo montiniano transferido al plano del *rationabile obsequium* de la fe, hasta su origen divino!
- «RUEGO QUE TODOS SEAN UNA MISMA COSA»[238]. ¿Cómo lo serían sino convolucionariamente y convolucionados o, si existiera el término, «convueltos»? Porque, como los platónicos, cualquier cosa que fuere tiene unidad de donde tiene bondad, y tiene bondad de su centro encumbrado y cumbre centralizada. Ahora bien, ¿de qué bondad común derivarían su unidad religiosa (y no meramente afectiva o social) los católicos y los acatólicos? Es bueno aquello que causa la conservación de una cosa, pero ninguna cosa es conservada sino por ser una. Nótese que la conservación material y administrativa de una congregación puede aplicarse a fines pésimos.
- «COMO TÚ, ¡OH PADRE!, ESTÁS EN MÍ, Y YO EN TI»[239]. Algunos son una misma cosa, pero en el mal, unida no por amor sino por interés o fanatismo, lo cual a los postcatólicos no les inspira especial miedo ni precaución. Por eso Dios no pide esta unidad, sino aquella según la cual los hombres son unidos en el bien, a saber, en Dios, su centro y cumbre. Según San Hilario, esto puede referirse a la unidad de la naturaleza: no que la misma naturaleza en número esté en nosotros con el Padre y el Hijo como está en ellos, sino que nuestra unidad se dé por asimilarnos a aquella divina naturaleza por la que el Padre y el Hijo son una misma cosa. En este modo, el «como» significa cierta imitación. Y de allí es que somos imitados a la imitación del amor divino.
- «Y CONOZCA EL MUNDO QUE TÚ ME HAS ENVIADO»[240]. La unidad que es el fin de la preservación de los fieles como en un círculo irrompible, tiene como su fin la expansión universal de la Fe, necesariamente convolucionaria a partir de la Iglesia en círculos concéntricos crecientes, no su mezcla con la infidelidad: implica la extinción del error, no el diálogo receptivo con él.

---

[235] Jn 17, 18.
[236] Jn 18, 37.
[237] Fedón 78d. La permanencia de algo en su identidad se simboliza con una esfera, como lo hacía Parménides.
[238] Jn 17, 21.
[239] Ibid.
[240] Jn 17, 23.

Supra-Convolución quieta y móvil de María tras concebir a Dios

Matemáticamente Leibniz[241] observaba que *cualquier* punto exterior al círculo o esfera está reflejado en un lugar *específico* del interior. En la proyección a través de la asociación de la esfera inversa, en el interior de ésta las reflexiones de los objetos exteriores, cuanto más alejadas, se hacen siempre más pequeñas y convergen siempre más densamente hacia su centro. *Realmente*, la esfera «máxima» que contiene el universo finito pueden ser reflejada perfectamente dentro de una esfera «intermedia» (aunque puede ser de cualquier dimensión también minúscula) continente como otra esfera «mínima» contenida que es, a la central, tan pequeña cuanto el universo esférico es grande. Nada exterior a esa esferilla que refleja *el universo físico* podría proyectarse a su interior *realmente*, pero la proyección de un punto exterior hacia dentro de la esfera única establecida como patrón de cálculo (pues no habría una «máxima» ni «mínima») o de un punto interior hacia fuera de la misma, tiene infinitas variaciones y, como dotada de un telescopio y microscopio infinitos, se extiende al infinito y a lo infinitesimal *mentalmente*.

Möbius demostró además que esta clase de correspondencia puntual deja ver propiedades extraordinariamente notorias e importantes: no sólo son perfectamente invertibles, sino que en ella también se reflejan mutuamente círculos y esferas, y que por fin el ángulo bajo el cual se cortan los elementos lineales y planos de cualquier figura, en la proyección inversa se mantiene inalterado, de manera que la figura primaria y su reflexión inversa siempre deben ser semejantes en las partes mínimas. Algo especialmente sugestivo de la simbología del método de Möbius es que cada par de puntos que se reflejan mutuamente está en relación musical y armónica con ambos puntos del diámetro circular o esférico.

Cuando alguien está adentro de un círculo, el lado convexo de éste le está completamente escondido bajo la cobertura cóncava; cuando él está afuera, a la inversa, el lado cóncavo está escondido bajo la cobertura convexa. Ambos lados están tan inseparablemente referidos uno al otro, como el lado espiritual y corporal del hombre. Parménides tomaba el ser como una esfera perfecta y absolutamente homogénea fuera de la cual no hay nada. Y un lema suyo era τὸ γὰρ αὐτὸ νοεῖν ἐστίν τε καὶ εἶναι[242]: Es en efecto una sola y misma cosa que uno piensa y que es. En esta traducción, el «sujeto» de uno de los dos infinitivos es como el objeto del otro. Aristóteles emplea la misma sintaxis cuando habla de una «actividad difícil de captar, pero que bien puede existir». Tenemos un caso en que Aristóteles emplea el mismo giro (aunque de manera negativa) para hablar, como Parménides, de la existencia y del pensamiento. El Filósofo escribe[243]: Εἰ οὖν αδύνατον ἐστιν καὶ εἶναι καὶ νοῆσαι χρόνον ἄνευ τοῦ νῦν […] La traducción se impone: «Si entonces es imposible que el tiempo exista, es igualmente imposible que uno piense, sin el «ahora […]» En fragmentos posteriores, estrechamente relacionados con éste, el intelecto es presentado como el instrumento de la mirada encandiladora que unifica las cosas ausentes con las

---

[241] Cf. Friedrich Eckstein, *Die Flucht in das Unendlichkleine – eine Leibniz-Studie*. Viena, 1931.

[242] Poema de Parménides, Fragmento III,

[243] *Phys*. VIII, 1, 251b19-20

presentes por un lado, y por el otro, como el instrumento bajo prohibición de introducir un corte o una separación entre ente y ente. El intelecto debe contemplar las cosas sensibles de manera igual, lo cual hace que cesen el aislamiento y la dispersión de las cosas sensibles, Parménides afirma la homogeneidad del ente, que excluye todo cambio y toda génesis. Los entes presentes (próximos, a la vista) son «viables», sólidamente establecidos, no cambian. La captación directa de la presencia o de la proximidad no puede ponerse en duda. Pero al mismo tiempo, también hay que constatar que gracias al intelecto las cosas ausentes «se manifiestan» munidas de esta solidez que las pone al abrigo de todo cambio que sería ora el hecho y resultado de la generación, ora el de la muerte y corrupción. Ésta es una afirmación implícita de la oposición entre los dos niveles del conocer: el sensorial y el que es justamente el dominio del intelecto, en la medida en que el fragmento le atribuye no solamente la captación de las cosas presentes, sino igualmente la captación de la *manera* como estas cosas presentes se ofrecen: la solidez y la certeza. El νοός, intelecto, parece implicar la idea de movimiento, movilidad, versatilidad, en compañía de otras características. San Clemente Alejandrino interpreta que el νοός tiene la potencialidad de hacer presentes la fe y la esperanza, cuyos objetos están ausentes, y hacer visibles las cosas invisibles al ojo; y combina prodigiosamente la intuición con el movimiento seguro y luminoso en las vías de la racionalidad. Nuestra Señora cumplió en grado eminentísimo con todo esto que fue un preludio de la *philosophia perennis*.

Santo Tomás de Aquino tiene palabras afines:

> […] puesto que lo que en Dios está sin ninguna imperfección se encuentra en las criaturas con algún defecto, por eso si atribuimos a Dios algo que se encuentra en las criaturas es necesario que suprimamos completamente lo que pertenece a la imperfección, de tal modo que quede solamente lo que es propio de la perfección, ya que únicamente según ésta la criatura imita a Dios. Afirmo, pues, que la ciencia que se encuentra en nosotros tiene ciertamente algo de perfección y algo de imperfección. A la perfección pertenece su misma certeza, ya que lo que se sabe por ciencia es conocido con certeza; pertenece en cambio a la imperfección el discurso del intelecto desde los principios a las conclusiones, sobre las cuales se da la ciencia; este discurso, en efecto, no acontece si no porque el intelecto, conociendo los principios, conoce las conclusiones solamente en potencia; si las conociese en acto, allí no habría un discurso, ya que el movimiento no es más que el paso de la potencia al acto. […][244]

Pero en nuestra Era de Gracia, bien se pudiera añadir al intelecto parmenideano estas palabras del Ángel de la Escuela:

> […] la fe perfecciona a la razón considerada en sí misma, en la medida en que es especulativa de lo verdadero; de donde, lo propio de ella no es formar a las virtudes inferiores, sino ser formada a partir de la caridad, la cual forma también a las otras virtudes, incluso a la misma prudencia, en cuanto que aún la misma prudencia razona acerca de las cosas que dicen relación al fin, sobre la naturaleza del fin que es objeto de la caridad.[245]

---

[244] *De veritate*, q. 2 a. 1 ad 4

[245] *Op. cit.*, q. 14, a. 5 ad 11.

Y mucho más recientemente, esta observación del Papa «*Lumen in Cœlis*», León XIII:

> Por lo cual, los que unen el estudio de la filosofía con la obediencia a la fe cristiana, razonan perfectamente, supuesto que el esplendor de las divinas verdades, recibido por el alma, auxilia la inteligencia, a la cual no quita nada de su dignidad, sino que la añade muchísima nobleza, penetración y energía.[246]

El infeliz pseudopapa Juan Pablo II, en el tercer párrafo de su encíclica sobre la Fe y la Razón, dice las siguientes palabras aguachentadas, volubles y ambiguas al respecto:

> El hombre tiene muchos medios *[ambiguo]* para progresar en el conocimiento de la verdad, de modo que puede hacer cada vez más humana *[ambiguo]* la propia existencia. Entre estos destaca la filosofía, que contribuye directamente a formular la pregunta sobre el sentido de la vida y a trazar la respuesta: ésta, en efecto, se configura como una de las tareas más nobles de la humanidad. El término filosofía según la etimología griega significa «amor a la sabiduría». De hecho, la filosofía nació y se desarrolló desde el momento en que el hombre empezó a interrogarse sobre el por qué de las cosas y su finalidad. De modos y formas diversas *[ambiguo]*, muestra que el deseo de verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre. El interrogarse sobre el por qué de las cosas es inherente a su razón, aunque las respuestas que se han ido dando se enmarcan en un horizonte que pone en evidencia la complementariedad de las diferentes culturas en las que vive el hombre *[ambiguo]. Nota: Ni una referencia a la verdad acerca de la verdad, ni mucho menos acerca de la Fe que es la Suprema Verdad asequible al hombre en esta Era Cristiana.*

Rebobinando hacia el luminoso Parménides, los lectores que llegaron varios siglos después de él interpretaron erróneamente en su pasaje una identidad del pensar y del ser. Es falso que el pensar haga al ser (salvo los entes de razón); es verdadero que los humanos no podemos menos que pensar en lo que es. ¡Nuestra Señora, que nos sobrepuja como el Cielo a la tierra, no pudo menos que concebir y humanar de su inmaculada sangre y en sus purísimas entrañas a Aquel que Es la Existencia misma! Y lo que es más impresionante aún, ¡Él no pudo encarnarse sino en Ella!

Ahora adoptamos una teoría de la conciencia que incorpora los elementos intelectualistas tomistas y los voluntaristas franciscanos: la teoría totalista del teólogo alemán contemporáneo Bernhard Häring.

> La teoría totalitaria de la conciencia, que es la adoptada por nosotros, parte de dos conceptos fundamentales: la semejanza a Dios del intelecto práctico, en la que hacía hincapié el tomismo, y la inclinación natural de la voluntad y el corazón del hombre hacia el verdadero bien, tal como la ha desarrollado la tradición agustiniana y franciscana.
>
> Pero el último resorte de la conciencia no puede explicarse ni por la naturaleza de la inteligencia ni por la de la voluntad consideradas aisladamente; lo que nos da su explicación es más bien la unión de entrambas en la sustancia misma del alma, en donde realizan la más acabada imagen de Dios.

[246] León XIII, Encíclica «*Æterni Patris*». Roma 1879.

> Sin duda hay una diferencia real entre la sustancia, la inteligencia y la voluntad del alma; pero es un hecho que no pueden vivir separadas. Sin duda el conocer y el querer pueden ir por caminos opuestos (lo que muestra que son finitos), pero ello no puede ser sin provocar en la sustancia del alma, en donde están íntimamente ligados, una profunda herida, que disloca el alma. Esa herida clama por su curación, que no es sino el restablecimiento de la unidad reclamado también por la imagen divina.
>
> Estando el entendimiento y la voluntad unidos en la sustancia del alma, el entendimiento no puede menos de sentirse afectado cuando la voluntad, siguiendo sus oscuras «razones», va en su contra; igualmente la voluntad se conmueve dolorosamente cuando repudia el conocimiento claro del entendimiento y se deja seducir por el falso brillo de las cosas. Pero lo más doloroso es para la sustancia misma del alma, que como fundamento radical y unitario de sus potencias, es la que resulta afectada directamente por la separación. Allí radican los primeros remordimientos de conciencia, remordimientos acaso inconscientes. La imagen de Dios tiembla ante el peligro en que está de ser destruida la semejanza divina.
>
> La conciencia, empero, no es simple cuestión de unidad en la totalidad de las facultades del alma. La conciencia moral requiere el total enfoque del alma humana hacia la verdad y el bien objetivo. El hombre no llega a ser perfectamente mío en sí mismo, mientras entre él y el mundo del bien y de la verdad no reine perfecto acuerdo. El reino de la verdad y del bien no podría hacer oír su voz imperiosa en el corazón humano si el entendimiento no estuviera íntimamente emparentado con ellos. Tampoco la voluntad se sentiría polarizada por el bien si no hubiera sido creada para ir tras él, si el valor moral conocido y la voluntad no se emitiesen un mismo mensaje de amor. El intelecto especulativo tiene su parentesco con la verdad, pero no deja por ello de sentir el atractivo amoroso del bien. La voluntad, por su parte, está hecha para el amor, pero no para un amor cualquiera; estando íntimamente ligada al entendimiento en la sustancia misma del alma, está hecha para el amor al verdadero bien.
>
> Para concluir, podemos definir la conciencia moral diciendo que es el instinto espiritual de conservación que impele al alma a buscar la unidad total. Aspira el alma a su intrínseca unidad, mas no la consigue sino poniéndose plenamente de acuerdo con el mundo de la verdad y del bien.
>
> Goza el alma de perfecta unidad interior, y por lo mismo de perfecta salud, cuando no sólo la inteligencia se abre y se da a los verdaderos valores, y la voluntad se entrega al bien conocido, sino cuando su misma sustancia personal recibe el toque de la fuente viva de la verdad y del bien, cuando el alma, allá en su más profundo centro, se une con el Dios vivo, a cuya imagen fue creada y cuya acción la mantiene en la verdad, en el bien y en la unidad.[247]

La expuesta magnífica teoría corresponde como ninguna con las exigencias convolucionarias o sinelécticas del alma humana. La sustancia personal es el centro de la esfera que recibe el toque de Dios por la inteligencia y la voluntad, y la misma sindéresis es explicada «totalitariamente», lo cual podría traducirse como «globalmente» y «esféricamente». La esfera centrada moral… *What's in a name!*

Algunos autores entienden por sindéresis una chispa de Dios mismo puesta en el alma. Entre ellos los hay que se basan en una misteriosa visión del primer capítulo de

[247] *La ley de Cristo I*. Barcelona 1961.

Ezequiel para postular la sobrehumanidad y hasta divinidad de la sindéresis. Este es el trecho veterotestamentario:

> [4] Y miré, y he aquí que venía del norte un torbellino de viento, y una gran nube, y un fuego que se revolvía dentro de la nube, y un resplandor alrededor de ella; y en su centro, esto es, en medio del fuego, una imagen de un personaje, tan brillante como de ámbar. [5] Y en medio de aquel fuego se veía una semejanza de cuatro animales; la apariencia de los cuales era la siguiente: Había en ellos algo que se parecía al hombre. [6] Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas. [7] Sus pies eran derechos como los de un hombre, y la planta de sus pies como la planta del pie de un becerro, y despedían centellas, como se ve en un acero muy encendido [8]. Debajo de sus alas, a los cuatro lados, había manos de hombre; y tenían caras y alas por los cuatro lados. [9] Y se juntaban las alas del uno con las del otro. No se volvían cuando andaban, sino que cada uno caminaba adelante según la dirección de su rostro. [10] Por lo que hace a su rostro, todos cuatro lo tenían de hombre, y todos cuatro tenían una cara de león a su lado derecho; al lado izquierdo tenían todos cuatro una cara de buey; y en la parte de arriba tenían todos cuatro una cara de águila.

De la sindéresis puede hacerse una prueba de la existencia de Dios. El aguileño Le Febvre de la Boderie, que ya hemos visto, poetiza:

> Puis donc que j'ai prouvé que l'élite du bien,
> Et le mépris du mal, en tous hommes n'est rien,
> Sinon le mouvement de la seule Pensée:
> Puisque l'affection n'est au cœur commencée,
> Mais en l'entendement, par ce tenue fumet
> Que l'âme du cerveau dedans le cœur transmet:
> Puisque les premiers traits des règles naturelles
> Reluisent en l'esprit, tout ainsi qu'étincelles
> Ou atomes volants aux rayons du soleil:
> Et puisqu'ils n'entrent point par l'oreille ni l'œil,
> (Autrement je dirai que ces lois volontaires,
> L'ordre et l'honnêteté seraient élémentaires,
> Et que les animaux terrestres et brutaux
> Tireraient comme vous le vrai d'avec le faux:
> Car votre sens est tel, qu'il n'a la connaissance
> Sinon de ce qui est de semblable substance)
> S'ensuit qu'il est un Dieu, le premier des Esprits,
> Lequel a dedans vous ces Principes écrits.
> C'est la grand'Loi qui veut en nature portraire,
> Qui commande le droit et défend le contraire:
> C'est la raison première, et la raison en toi
> Quand elle est confirmée, est une juste loi.[248]

San Gregorio comenta que «muchos según Platón refieren lo racional, lo irascible y lo concupiscible —que él llama λογικόν y θυμικόν y ἐπιθυμητικόν— al hombre, león y becerro, poniendo la razón en el cerebro, la iracundia en la vesícula y la concupiscencia en el hígado, y ponen la cuarta propiedad sobre éstas y fuera de éstas, la que los griegos llaman συντήρησις —sindéresis— que es la chispa de la consciencia,

[248] *Encyclie des secrets de l'éternité*, Cercle III.

que ni en Caín se extingue». Y el Canciller Felipe, Maestro del Maestro Alejandro de Hales, dice: «La sindéresis es una potencia habitual que se comporta como una luz extrínseca que es uno y lo mismo con la potencia intelectual». San Alberto Magno dice que la luz de la sindéresis es aquella a la que se refiere David al decir: «Impresa está, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro»[249].

La sindéresis suele asociarse analógicamente con un punto o chispa; sin embargo, en Nuestra Señora, única que estaría dotada de una especial convolución en puntos interiores intra-esféricos y extra-esféricos según descubre Leibniz, también puede tomarse como una esferilla donde dejan su reflejo puntual feliz todos los actos de glorificación de Dios por parte de Ella. La esfera colosal e incomprensible de los mayores de esos actos, estaría proyectada dentro de la esferilla como una micro-esferilla incomprensiblemente pequeña, y sin embargo dentro de la cual siempre sería posible adentrarse más; pero por lo mismo porque proyecta hacia adentro la frontera esférica de los actos de glorificación de Dios por parte de María, la micro-esferilla es ella misma una frontera, dentro de la cual sólo cabría Dios. Los actos de glorificación de Dios por María estarían proyectados dentro de la esferilla de su sindéresis, pero no también dentro de la micro-esferilla de Dios: pero ese «espacio infinitesimal inalcanzado» puede ser visitado, en pasos asintóticamente sumados, por la humildad en la que siempre es posible una mayor profundidad, un mayor anonadamiento. Ahora bien: eso mismo sería proyectado «afuera del afuera» con una expansión del límite de la glorificación de Dios por su Principalísima Criatura…

Así se cumplirían los opuestos armónicos: «porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava»[250] y «Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es todopoderoso»[251]. Espiritualmente, Nuestra Señora existiría en dos dimensiones y maneras correlativas y complementarias. Por lo primero, estaría situada en la dimensión sinderética[252] minúscula, asintótica[253], de actos de abismamiento y de humildad o «pureza de espíritu» hechos puntos de número desconocido, a la menor distancia posible —según esto pueda comprenderse en la inmaterialidad— del divino centro centralísimo, exactísimo, armoniosísimo, ardentísimo y perfecto dentro de la esferilla de su propia sindéresis «envolvente» del Centro «Geométrico» de la Esfera del Ser, donde lo infinitesimal coincide con lo divino infinito. Por lo segundo, por una simultaneidad inversa complementaria, se hallaría reflejada en dimensión doxológica[254] mayúscula como un punto simultáneo en espacios espirituales y morales —de número desconocido y grandeza absolutamente incalculable— fuera de la esferilla interior inmaterial de su propia sindéresis… ¡Y qué proporciones musicales armónicas resultarían de la proporción entre las líneas entre cada par de puntos sinderético-doxológico y el diámetro esférico de la sindéresis divina de Nuestra Señora!…

---

[249] Sal. 4, 7.
[250] Lc 1, 48.
[251] Lc 1, 49.
[252] Relativa a la sindéresis o hábito práctico de los principios —afín a la conciencia moral.
[253] Que se acerca siempre más, pero a velocidad disminuyente, sin jamás llegar.
[254] Relativa a la glorificación de Dios.

Tanto a nivel «micro» como a nivel «macro»; tanto por su anonadamiento sinderético contractivo como por su ardor doxológico expansivo, el Corazón de María es un Grandísimo Sol: El sol que ilumina este mundo visible, y que le es como el corazón, es todo luminoso, todo luz, y la fuente de todas las luces de los otros astros que están en el cielo. El Corazón de María está completamente rodeado, completamente lleno y completamente penetrado de luz, pero de una luz incomparable más brillante y más excelente que todas las luces del firmamento. El es todo luz, y es después de Dios la primera fuente de todas las luces que iluminan el cielo de la Iglesia.[255]

Según Fechner, cuando las esferas de proyección invertida se han vuelto infinitamente pequeñas, cuando se han despojado de todo su tamaño extensivo y en adelante sólo representan relaciones cualitativas, surge el carácter, como la única síntesis pura de lo múltiple, y se muestra cómo calzan entre sí por un lado la unidad extramental pura del universo de las cosas y por otro lado la unidad intramental extramentalizada del mundo de los conceptos, pues el alma es todas las cosas: ejemplarmente las sensibles e icónicamente las inteligibles.[256] ¡Cuántas relaciones cualitativas y cuántos caracteres se acumularán entonces en Nuestra Señora a distancia asintótica del centro de su esfera sinderética! ¡Qué cúmulo de maravillas!

Según Aristóteles comentado por Santo Tomás, en todas las cosas que son comunicadas musicalmente la velocidad hace sonido agudo y la lentitud grave, y dándose más de un sonido por determinada proporción numérica, resulta la armonía. Cuanto una estrella se mueve en mayor círculo, lo hace tanto más velozmente, lo cual ocurre cuanto más lejos está de los polos; o, entre los planetas, del sol.[257] Nuestra Señora similar en todo lo perfecto con una estrella, combinaría en su convolución la carencia actual de partes, su mutación no según el sujeto sino según la razón, la velocidad casi infinita del amor a Dios, la lentitud infinitesimal de la quietud interior y cercanía al Polo Norte, y la musicalidad.

Por cuatro puntos no situados sobre el mismo plano siempre se podrá hacer pasar una esfera, pero sólo una. El cuadrado quebrado en su diagonal, es símbolo de la mortalidad, y la esfera, de la eternidad. Una vida mortal sólo será cruzada en sus cuatro puntos por una vida inmortal, feliz o infeliz. ¡Trate el alma de colocarse en la esfera mariana inmortalizante como en un molde, según decía el glorioso San Luis María Grignion de Montfort! Como el sonido de los cuerpos celestiales, el de Ella conserva y vivifica; y es imperceptible al humano oído a menos que éste sea elevado y depurado.[258]

El teorema de Poincaré, demostrado por primera vez en 2003 por el ruso Grigori Perelmán, sostiene que la esfera (ideal entre sus homeomorfos) es la única variedad compacta tridimensional en la que todo lazo o círculo cerrado se puede transformar en un punto, y en el que no puede haber un agujero. Ninguna otra variedad tridimensional

---

[255] San Juan Eudes, El corazón admirable de la Madre de Dios, Libro II, cap. 3

[256] Proclo, proposición CXCV del *Libro de las causas.*

[257] Santo Tomás, *In De caelo*, 2-14-3

[258] *Op. cit*, 2-14-6.

comparte dicha propiedad de la esfera. Esto parecería transportar nuestra imaginación y emoción a un estrato alegórico, y ver algo así como un triunfalismo de la Esfera, capaz de reducir todo lazo a un mero punto, y la integridad de la misma, incapaz de contener un solo agujero. La Esfera parecería así la Reina de las variedades compactas tridimensionales. ¡Cuán lejos está de ella este mundo lleno de lazos que no se pueden encoger, y lleno de agujeros! ¡Qué compleja ingeniería llevará repararlo! Pues debe primero repararse el deformado y destrozado corazón humano.

El cardenal Nicolás de Cusa no solamente diviniza la esfera, sino las tres dimensiones de ella, que así carecería de dimensionalidad y direccionalidad:

> En la esfera infinita hallamos tres líneas máximas que concurren en el centro: de longitud, de anchura y de profundidad. Pero el centro de la esfera máxima se iguala con el diámetro y la circunferencia. Así, pues, mediante aquellas tres líneas el centro se iguala con la esfera infinita; más aún, el centro es todas ellas, es decir, longitud, anchura y profundidad. Y así será máximo simplicísimo infinitamente, y toda la longitud, anchura y profundidad, que en él mismo hay, son un máximo simplicísimo e indivisible.[259]

Así como el hombre se deleita según el olfato en los olores de las rosas y los lirios pero no otros animales, porque esta clase de olores convienen a los hombres por sí mismos, en cambio a los demás animales no les convienen los olores ni se deleitan en ellos sino por causa del relleno del estómago, lo mismo que los colores.[260] Algo paralelo ocurre entre el hombre espiritual, o propiamente dicho con respecto a Nuestra Señora, que no alimenta el hambre material. «Las flores son una declaración orgullosa de que un rayo de belleza vale más que todas las utilidades del mundo»[261].

Por dos puntos de una esfera distanciados al máximo (diametralmente opuestos) y que dan el mayor espacio posible a cualquier cuerpo tridimensional, pasan infinitos círculos máximos. Por cualesquiera otros dos puntos de una esfera, pasa un solo círculo máximo. ¿La creatividad infinita, eventualmente de virtudes, depende del máximo viaje circular posible? Así, si un gran Héroe-Líder-Maestro consiguiera como el único rodear al máximo posible, con su entendimiento y su amor, la Gran Esfera llena de cráteres y pestes, de la Humanidad desgraciada y doblemente caída en Pecado Original y en Revolución —Si consiguiera por la amplitud de su espíritu darle un Remedio Global Restaurador, entonces por cualesquier dos puntos opuestos de su Máximo Recorrido, podría pasar un número infinito de otros tantos círculos de Remedio Global Restaurador, número que se reduciría de infinito a mero uno si el círculo del Recorrido observador no fuera uno máximo.

Como la criatura es limitada en lo doxológico[262], habría en ese mismo ámbito una esfera externa máxima cuyas dimensiones es imposible comenzar a calcular, donde pudieran llegar puntos, y esos, al no estar infinitamente distantes del centro de la esfera, no estarían proyectados en él y habría dentro de esa esfera, una de

---

[259] *La docta ignorancia*, Libro I, cap. 23.

[260] *Op. cit.*, 2-14-7.

[261] Ralph Waldo Emerson.

[262] Referente a la glorificación, en griego δοξολογία.

dimensiones mínimas a cuyo interior no pudieran proyectarse puntos del exterior. Pero la humildad y la intención de amar a Dios pueden compensar esa causa.

La Virgen no podría hacer un acto sinderético que no refleje uno doxológico ni sea reflejado en él, ni hacer un acto doxológico que no refleje uno sinderético ni sea reflejado en él. La correlatividad es necesaria, aún si en un momento la Virgen se decida sólo por una de las dos clases de virtudes sin decidirse simultáneamente por la clase correlativa.

Apenas pronunciado el «*Fiat*» de la Virgen y retirado el Ángel, ocurren cosas que nos piden hablar por negación más que por afirmación, porque cosas tan divinas como la Encarnación tienen condiciones propias de la naturaleza de Dios, que es anunciado más alto por la teología llamada negativa que por la que es positiva y afirmativa. Tomaremos algunas líneas del eximio Cardenal de Bérulle:[263]

> La Virgen recién fecundada por el Espíritu Santo y tomada por Madre por el Hijo, entra en un movimiento celestial y en un descanso divino. En este movimiento y reposo, Ella está no en una acción, sino en un estado: porque su ocupación es permanente y no pasajera. Ella está, no en un estado, sino en una acción: porque lo que pasa en ella es vivo y penetrante hasta el meollo de su alma. Ella está, no en una acción, no en un estado, sino en un nuevo ser: porque lo que hay en Ella es vivo como la Vida misma, es cosa substancial, íntima y profunda como el ser. Ella está, pues, en un nuevo ser, pero en un ser que porta ser y no-ser juntamente. Y la Virgen está como en un no-ser de sí misma, para hacer lugar al ser de Dios y a su operación: porque Dios quiere estar en ella y operar en ella la principal de sus obras. Así, ella no es, no vive, no opera: Dios es, vive y opera para tomar Él mismo un nuevo ser, una nueva vida, y hacer en la Virgen una operación semejante a la que él opera desde toda la eternidad en sí mismo: operación que se acerca a las emanaciones divinas más de lo que pudiera ninguna otra.
>
> Ahora bien, si la operación supone el ser y lo sigue, y si hay una relación de influencia y de excelencia entre la operación y el ser, ¿cuál será este nuevo ser comunicado a la Virgen, que se relaciona a tamaña operación? ¿Cuál será esta vida, fuente de vida, y fuente de una tal vida? ¿Cuál será el poder, la plenitud y la actualidad de esta vida, que debe cooperar dignamente con la Santísima Trinidad, a formar un nuevo principio de vida y de gracia para el mundo? […] Ella entra en una condición que la eleva tanto por encima de sí misma, como antes estaba elevada por encima de los demás. Ella es una creación nueva del nuevo mundo, y aún la primera criatura de este mundo nuevo.

El mundo viejo en que vivimos, tiene cualidades dignas de notar, que ya había advertido Aristóteles:

> Como en la misma esfera se designan diversos círculos acerca de los mismos polos, un círculo es tanto menor y más lento, cuanto más cercano al polo, así como entre los círculos puestos concéntricamente, tanto uno es menor y más lento, cuanto más cerca está del centro. Por eso el centro y los polos son indivisibles y totalmente inmóviles. La esfera no tiene planicia por ningún lado, sino que por todas partes se apoya en un punto, o sea, en un ángulo, para moverse velocísimamente en círculo. Además una

[263] *Vie de Jésus*, Chap. XVII.

> esfera retendrá al máximo su propio lugar, porque ninguna parte suya comenzará a ser sino donde fue otra.[264]

¿Qué de esto existe sublimado en el mundo nuevo? No lo sabemos, pero ciertamente se mantendrían al máximo las perfecciones, la gradualidad, la concentricidad, la inmovilidad axial, la retención local máxima y la indivisibilidad central y polar. Escudriñe más el que quiera…

Parte de la Convolución Católica es sacar enseñanzas de la Revolución Anticatólica

¡Cómo resplandece la humildad de Dios en su Creación! Sacó de la nada un mundo donde necesariamente habría el mal, aceptando así fracasar en algo Él mismo. Dios debe soportar el envilecimiento de Su propia imagen, a la que la sustancia del ser deforme o perverso refleja a su modo y pese a todo. Añádase a esto una humildad más profunda aún en la razón de la aceptación divina del mal: el respeto de la autonomía de sus criaturas a las que deja a sus propios comportamientos sin violentarles jamás su naturaleza.

Los celos son desconocidos al Todopoderoso; Él da a su criatura el ser ella misma en el orden del actuar como en el del existir. La deja en manos de su propio consejo, es decir, la remite a sus leyes.

Bien podría decirse que semejante respeto cuesta caro a la Gloria divina, especialmente en nuestros pecados, que no sólo hieren Su obra o Su semejanza, sino los lazos de amor que nos ha brindado. Dios se expone a los golpes, como Su Hijo. El fracaso de su obra por la razón de nuestras ofensas podría darle bastantes motivos de cruel obsesión.

Pero Dios soporta el mal porque Él es puro, y nosotros se lo reprochamos porque no somos puros. El mal está a nuestro nivel; nos amenaza en el prójimo y en nosotros mismos. Pero el mal no amenaza a Dios; Dios sabe reducirlo y hacerlo servir al bien. No lo ve sino bajo la figura del bien, ya sea de la Misericordia o de la Justicia.[265]

También desde un punto de vista discursivo y horizontal caben hallazgos valiosos en las crisis modernas, como en toda crisis. «Crisis» en su sentido originario de distinción, decisión, juicio, implica los dos bienes más inestimables y divinos del ser humano: intelecto y libertad. ¿De dónde puede resonar la palabra «crisis» sino de la luz del intelecto, y cuál puede ser su destinatario sino el corazón y la voluntad? ¡Gracias, Señor, por las crisis! Ellas dan sentido a la juventud y a la ancianidad; ellas dan ocasión para el entusiasmo, la madurez y la experiencia, para la generosidad y la sabiduría. Ellas son un distintivo y hasta un privilegio del género humano, extraña a los fulminantes ángeles y a los brutos animales.

La Edad Media de algún modo reproduce y reabsorbe en un paradigma y proyecto sobrenatural la vieja alegoría griega del *laberinto,* como los suelos de sus catedrales.

---

[264] Santo Tomás de Aquino, Comentario al Libro sobre el cielo y el mundo de Aristóteles, 2-11-6 y 2-13-2

[265] R.P. Sertillanges, *Le Problème du mal*., cap. 2, «D»où vient le mal?». Montaigne. París, 1951.

Ella elabora en sus individuos la propuesta de una conversión a través del recorrido, meditativo y arrepentido, de un camino intrincado y peligroso, de una sucesión de muchas crisis, que despliegan una sola crisis fundamental y medial. Este gran recorrido es posible y loable a nivel natural, y eminente a nivel sobrenatural por la Luz de la Gracia: San Agustín es prueba viviente de ello en sus *Confesiones.* Así comienza la entrada *Labyrinthe* del mejor diccionario de arqueología cristiana de nuestros días, que transcribimos castellanizada:

> Los laberintos que nuestros antepasados trazaron en piedras negras y blancas sobre el suelo de muchas iglesias son sin duda la expresión de un pensamiento cristiano. Los meandros interminables que hay que seguir para ir desde su entrada, que figura la de la vida humana, a su centro, símbolo de la Jerusalén celestial, simbolizan las lentitudes, los retrasos, las tribulaciones que debe soportar el cristiano antes de merecer y obtener la recompensa eterna.[266]

Lejos de aprobar o respetar el caos laberíntico y la inmoralidad abismal y tenebrosa del mundo moderno, el verdadero cristiano de hoy puede y debe usarlo para conocerse mejor a sí mismo y conocer a Dios y meditar sobre sus vías, y convertirse a ellas.

Es de máxima importancia y utilidad teórica y práctica consignar que la corrupción de la naturaleza social humana que va en dirección extrovertida de una raíz a muchas ramas, avanza *también*, en una nueva dirección introvertida, desde las ramas hacia la misma raíz de donde partió primero.

Las propiedades fundamentales de la civilización son las primeras, mas también las últimas en corromperse. Esto se debe a su grandeza y su vigor intrínseco. Si el sol sufriera una pérdida de energía, su debilitamiento precedería a una glaciación mortífera general; mas su propia extinción total la sucedería.

Monseñor Miguel de Andrea nos da otra metáfora que viene muy a propósito para explicar este punto de vista importante:

> En la medida que desaparece la Religión, el arrepentimiento cesa. El mal se viste primero, como una túnica. Después se bebe como el agua. Y al fin penetra los huesos como el aceite. Se adquiere el hábito de faltar a la virtud, de faltar a la palabra, de faltar al honor, sin sentirse reo de injusticia. Es el estado más desesperante a que puede llegar la humanidad, porque en esas condiciones no reacciona. Y cuando ya no reacciona, se muere; y hoy se muere; mejor dicho: ¡se mata, porque ella misma se desangra![267]

Podríamos dar una tercera metáfora de esta realidad con el caso de la hidrofobia, que avanza lentamente desde las terminales de los nervios hasta el cerebro, punto en que produce la muerte.

La religiosidad y la intelectualidad —la contemplación— son el fundamento de todo hombre, de toda civilización y, con la infusión divina gratuita de la Religión Revelada, *a fortiori* lo son de la Civilización Católica. De la corrupción de esas facultades fundamentales se sigue la corrupción psicológica, familiar, educativa, cultural, social,

---

[266] H. Leclerq, entrada «Labyrinthe», *Dictionnaire d»Archéologie Chrétienne*, París, 1928.

[267] *El Evangelio y la actualidad*. Sermón dominical pronunciado en la Parroquia de San Miguel Arcángel, Buenos Aires, el domingo 8 de octubre de 1939, decimonono después de Pentecostés. Editorial Difusión.

moral, política, y no en último lugar religiosa de la mayoría de los hombres modernos y de su personalidad y actividad, como una enfermedad se extiende de una raíz a las ramas. Y es aquí donde importa hacer la observación adicional de que esa enfermedad *retorna* de las ramas a la raíz, es decir, de las actividades, ámbitos y cualidades del hombre a sus facultades fundamentales y, dentro de estas mismas de lo menos profundo a lo más profundo. Este reflujo nos enseña dos cosas importantes:

1. Cómo aquellas cosas que en otro sentido tienen razón de ramas adquieren ahora razón y función de raíces segundas, que importan mucho como fundamentos segundos de la Revolución Anticatólica ya se trate de hábitos individuales, o de la constitución cultural de la sociedad.
2. Cómo aquello mismo que en otro sentido tiene razón de raíz primera —el alma en cuanto sujeto— adquiere a su turno razón de punta final.

El producto final de la Revolución Anticatólica no consiste en un estado de cosas ilegítimo, liberal e igualitario, ni en placeres nocivos, ni en crisis de cualquier índole, ni en hábitos o actividades del alma, sino en la ruina profunda y sustancial de las almas humanas.

Del lado temporal de tan triste fenómeno dan algún indicio las afirmaciones de algunos autores posmodernistas de que, tras haber asistido a una subjetiva «muerte de Dios», la Humanidad está asistiendo finalmente a una «muerte del hombre» objetiva. Y es verdad que el hombre en su esencia metafísica de animal racional se ha convertido en una especie en extinción. Esto tiene precedentes. Ya alrededor de 1700 se había perdido el viejo pensamiento religioso que mantenía una relación entre el «globo breve» de la existencia humana y la esfera de la eternidad. Así privada de toda significación y energía, desaparecía del lenguaje teológico y filosófico el símbolo de la esfera infinita, de suerte que la esferilla en la que se forma el pensamiento humano quedaba condenada a flotar sin asideros y sin modelo, *y a revelar más gravemente su insignificancia*.

Aprovechamiento convolucionario de la primera vía tomista: Primer motor

La Revolución Anticatólica se explica por la corrupción de la voluntad humana. Pero la corrupción de la voluntad humana es uno de los posibles movimientos o mutaciones de la misma. Y todo movimiento o mutación, ya sea sustancial o accidental, espiritual o sensible, local, cualitativo o cuantitativo, generativo o corruptivo, apunta a un ser absolutamente inmóvil, primer motor al que no afecta ningún género de movimiento o mutación., pues todo lo que es movido, es movido por otro, y es imposible remontar al infinito la serie de los motores actual y esencialmente subordinados.

El devenir es la misma ausencia de identidad; es una unión sucesiva de lo diverso. Esta unión sucesiva de lo diverso no puede ser incondicional; negarlo sería negar el principio de identidad y decir que elementos de por sí diversos pueden de por sí ser uno —p. ej. que la ciencia, que *de por sí* no es la ignorancia ni se le une ni la produce,

puede *de por sí* producirla. Decir que el devenir es su propia razón es poner la contradicción al principio de todo.

Toda voluntad humana comienza a querer ciertas cosas que anteriormente no quería y esto se verifica por excelencia en el movimiento al movimiento revolucionario anticristiano. Es verdad que ella misma se mueve según que al querer el fin, se reduce a sí misma a querer lo que hace al fin. Pero la voluntad humana no ha sido siempre una volición superior al fin; de por sí ella no contiene su primer acto sino en potencia: cuando éste aparece, le trae algo nuevo, un devenir. Para hallar la razón de ser realizadora de este devenir y del ser mismo de este acto, hay que remontarse a un motor superior que sea su actividad misma, que actúe de por sí, y que por consiguiente exista de por sí, que sea el Ser mismo. Sólo el Ser mismo puede rendir cuenta del ser de un devenir que no es de por sí. Por consiguiente, es necesario afirmar que la voluntad necesita arrancar del impulso de algo exterior que la mueva para su primer movimiento, como concluye Aristóteles en un capítulo[268] de la Ética a Eudemo[269].

Aprovechamiento convolucionario de la segunda vía tomista: Causas eficientes

Sólo por la causa y en la medida en que Dios imprimió amplitud, profundidad, complejidad, fuerza, alcance, y otras notas intrínsecamente positivas al alma humana, puede usurpar esas dimensiones y propiedades la afección revolucionaria que asalta al alma y se establece en ella. Esto permite —y hasta exige— hallar al Dador del ser hasta en lo abismal y tenebroso, como proclamaba el rey profeta:

> Admirable se ha mostrado tu sabiduría en mí;
> se ha remontado tanto, que es superior a mi alcance.
> ¿A dónde iré yo que me aleje de tu espíritu?
> ¿Y a dónde huiré que me aparte de tu presencia?
> Si subo al cielo, allí estás tú;
> si bajo al abismo, allí te encuentro.
> Si al rayar el alba me pusiere alas, y fuere a posar en el último extremo del mar,
> allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra.
> Tal vez, dije yo, las tinieblas me podrán ocultar;
> mas la noche se convertirá en claridad para descubrirme en medio de mis placeres.
> Porque las tinieblas no son oscuras para ti, y la noche es clara como el día:
> oscuridad y claridad son para ti una misma cosa.[270]

La Revolución Anticatólica es una corrupciòn que, como muchos lo sufrimos, «vino para quedarse», y eso hace rato. La corrupción súbita o paulatina en las instituciones inicialmente protectoras de la ley y con ella del ser humano sociopolítico, o en una suma forzada de percepciones, intelecciones y voliciones de un agregado humano, sólo es dañina porque la esencia humana original se mantiene dada en su llamado inicial divino profanado y a menudo frustrado.

---

[268] Eth. Eudem. VII, c. 14.

[269] *Suma teol*. I-II, q. 9, a. 4.

[270] Sal 137, 6-12.

Cada influencia cósmica necesaria a la conservación de un cuerpo y alma humanos es el resultado de una serie de causas ordenadas conocidas o desconocidas, cuya existencia consta, y esta serie supone un ascenso de anillo en anillo en el mismo presente hasta una fuente primera de toda actividad sin la cual no subsistirían ni el ser humano psicocorporal y social, ni las leyes de su intelecto, ni las operaciones de su vida, ni los tipos de organización de su sociedad.

Esto nos lleva a la fuente no sólo de la naturaleza humana, sino del ser participado, a una causa eficiente suprema que no necesita ser causada ni conservada, causa de todo lo que no existe de por sí, de todo lo que no es su propia actividad mas pasa de la potencia al acto. Esta causa está presente por todas partes, pues debe alcanzar todos los seres no solamente para moverlos, sino para conservarlos en el ser.

Un teólogo herético objeta que en el caso de la procreación humana hay causación, la explicación de la generación se termina en un solo agente humano, por lo cual concluye que no hay razón fuera de la astronomía arcaica para creer que el hombre en la generación es un miembro de una tal serie; y si no lo es, entonces por supuesto tenemos en el mismo sentido una causa incausada: pero ésta es el progenitor humano y no el creador del mundo.

J. Donceel discrepa y enfatiza una causalidad persistente porque las causas de la existencia deben ser constantemente influenciadas por su propia causa de existir, si han de existir y ser funcionales. Tales causas son activas sólo en cuanto son activadas en el momento presente por alguna causa primera. Sin una primera causa de la existencia (*causa essendi*), no habría ninguna actividad. Un ser existente que es la primera causa eficiente de todas las restantes causes será necesariamente el acto puro. La primera causa es la causa de la existencia actual de todas las cosas finitas, en cuanto existen. La actividad de la primera causa es la preservación o manutención de todo en existencia. Las restantes causas son segundas, y sólo explican, que tales limitados seres existentes ejercen causalidad entre sí. El solo padre o madre no son causa de la existencia de su hija, sino solo causa de la procreación de la hija en cuanto cierta materia entrará en una forma dada. La causa incausada mantiene en existencia las causas segundas, éstas causan la actividad, y los efectos —entre ellos: el ser humano criminalísimo revolucionario —sobre todo el puesto en el poder y dotado de fuerza de odio— y su aberrante, al paso que insignificante, red de influencias pervertidoras de la Humanidad.

Aprovechamiento convolucionario de la tercera vía tomista modificada. Incluyendo premisas de Fe, no demuestra la existencia de Dios, sino la necesidad de la Convolución Católica.

Encontramos que los seres humanos civilizados modernos pueden ser o no ser revolucionarios anticatólicos, pues pueden ser abandonados, o protegidos o convertidos, y consecuentemente es posible que sean o no sean revolucionarios anticatólicos. Es imposible que los seres humanos sometidos a tal posibilidad existan siempre, pues lo que lleva en sí mismo la posibilidad de no ser de un modo, en un tiempo no fue así. Y en un tiempo no hubo Revolución Anticatólica. Si, pues, todos los

seres humanos llevan en sí mismos la posibilidad de ser, en cambio y para mejor, convolucionarios —a quienes llamaremos en este contexto «teocéntricos»— y éste hábito se recibe de un ser inteligente, hubo un tiempo en que al menos Alguien fue teocéntrico. Pero siendo así, también ahora alguien es teocéntrico, porque San Gabriel profetizó: «y su reino no tendrá fin»[271], y Nuestra Señora: «ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones»[272]. Si, pues, alguien es teocéntrico, es imposible que nadie empezara a serlo; porque si así hubiera sido, nadie lo sería ahora; y esto es absolutamente falso. Luego no todos los teocéntricos son sólo posibilidad; sino que es preciso alguno necesario. Todo teocéntrico necesariamente tal encuentra su necesidad en otro, o no la tiene. Por otra parte, no es posible que en los teocéntricos necesarios se busque la causa de su necesidad llevando este proceder indefinidamente. Por lo tanto, es preciso admitir Alguien que sea absolutamente teocéntrico, cuya causa de su necesidad no esté en otro, sino que él sea causa de la necesidad de los demás. ¿Quién estaría por necesidad intrínseca centrado en afecto en Dios, sino Dios?

Aprovechamiento convolucionario de la cuarta vía tomista
Gradación de los seres

La cuarta vía de demostración de la existencia de Dios por Santo Tomás de Aquino, que parte de los grados de los seres, se puede aplicar a todo ser imperfecto. Así tenemos que la misma situación a que la Revolución Anticatólica ha reducido el mundo de hoy nos demuestra la existencia de Dios, nos permite inferir la eminencia y la existencia de Dios. Para esto, seguiremos las enseñanzas del gran tomista Garrigou-Lagrange[273].

Cuando una perfección cuyo concepto no implica imperfección se encuentre en grados diversos en diferentes seres, ninguno de los que la poseen en grado imperfecto basta para rendir cuenta de ella, hace falta que ella tenga su causa en un ser superior que es esa perfección misma. «Pero este *más* y este *menos* se dice de las cosas en cuanto que se aproximan *más* o *menos* a lo máximo.»[274]

Quien dice *imperfección*, dice composición o mezcla de una perfección y de lo que la limita. Este límite puede ser, ya lo contrario de la perfección, ya su privación, ya su negación. Es evidente que ninguna perfección comporta *de por sí* un límite, y sobre todo tal límite.

La unión de una perfección y de su límite, no siendo incondicional, exige pues una razón de ser extrínseca: «donde hay diversidad no se puede formar un todo si no es

---

[271] Lc 1, 33.

[272] Lc 1, 48.

[273] *Dictionnaire Apologétique de la foi catholique*, entrada «Dieu», por R. Garrigou-Lagrange, O.P. IIIe Partie. — Les Preuves de l'existence de Dieu. 6° Preuve par les dégrés des êtres. a. La preuve dans toute sa généralité, 2°. Col. 1051-1052.

[274] *Suma teol.* I, 2, 3, co.

por una causa que lo unifica. En cambio, Dios no tiene causa.»[275] (Negarlo sería identificar lo que no tiene en sí su razón de ser, o bien con lo que no es (ni necesita razón de ser), o bien con lo que es de por sí (y no necesita razón de ser extrínseca); dudar de ello sería dudar de la distinción que separa lo que es sin ser de por sí, lo que no es, y lo que es de por sí. «Todo compuesto, como todo devenir, exige una causa.»

Esta razón de ser extrínseca, realizadora, no se encuentra en el sujeto al cual convienen la perfección dada y su límite. Y lo que se encuentra en un ser sin pertenecerle según lo que lo constituye en propio, es en él algo causado; en efecto, no poseyendo ese carácter de por sí e inmediatamente (*per se et primo*), no puede poseerlo sino condicionalmente, por un otro, y al fin de cuentas por un otro que lo posee *de por sí e inmediatamente*, según lo que lo constituye en propio, *secundum quod ipsum est.* Dondequiera que haya diversidad y composición, hay condicionamiento, hasta tanto se llegue a la identidad pura. Sólo puede existir de por sí aquel que tiene la existencia por lo que lo constituye en propio, aquel que es el ser como A es A, que es el *Ser mismo* o la existencia misma, *Ipsum Esse subsistens*[276]

Ahora bien, en el hecho de la Revolución Anticatólica ciertamente vemos la unión condicional de perfecciones con límites de las mismas, sobre todo límites de contrariedad. Vemos por ejemplo manifestaciones imperfectísimas de unidad, de justicia, de ciencia, de triunfo, mezcladas (a menudo con predominio de las últimas) con discordia, injusticia, ignorancia, fracaso.

Aprovechamiento convolucionario de la quinta vía tomista
Orden del universo

Para demostrar la existencia de Dios se puede partir no solamente del orden del mundo físico, sino de todo ser en el que se encuentre una parte ordenada a otra. Así será posible elevarse a una inteligencia que será su intelección, y mucho más, que será el inteligible siempre actual que ella contempla, el Ser mismo.

San Agustín decía:

> cuando en la oración se pone la verdad de manifiesto, lo que pertenece al oficio de enseñar, no se hace por medio del discurso ni se atiende a que deleite el discurso o la verdad, sino que por sí misma, porque es verdad, deleita ya patente. De aquí nace que muchas veces deleitan también las cosas falsas cuando se descubre y se convence que lo son; no deleitan porque sean falsas, sino porque se aclaró que eran falsas; deleita, pues, el raciocinio con el cual se demostró esta verdad.[277]

En el torrente de la Revolución Anticatólica, se encuentra, ciertamente, *desorden moral profundo*: pero éste sólo puede reconocerse como una falta de orden moral, y ese reconocimiento es él mismo un orden. Pero además hay un orden en el hecho de

---

[275] *Suma teol.* I, 3, 7. co.

[276] *Dictionnaire Apologétique de la foi catholique*, entrada «Dieu», por R. Garrigou-Lagrange, O.P. IIIe Partie. — Les Preuves de l'existence de Dieu. 6° Preuve par les dégrés des êtres. a. La preuve dans toute sa généralité, 2°. Col. 1051-1052.

[277] *La doctrina cristiana*, Parte IV, cap. 12, § 28

que el desorden sea tal, y desordene, y lo haga para mal y frustración de sus agentes. La necesidad de la causa final se impone a todo agente. El encuentro del convolucionario católico con el revolucionario anticatólico podrá ser fortuito, pero cada uno actuará por un fin. Citemos aquí un breve fragmento del Aquinate:

> La voluntad no solamente tiene por objeto el fin último, sino también los otros fines. Ahora bien, ocurre acerca de los otros fines, que la voluntad sea y no sea recta, porque los buenos se dan fines buenos, y malos los malos, como está dicho: «Cual cada uno es, tal le parece el fin»[278] [279].

Notemos las últimas palabras tomadas del Estagirita: Cada uno se representa el fin según él es (bueno o malo en el grado y el modo que sea). El revolucionario anticristiano se representa el fin como revolucionario y anticristiano. Ese ordenamiento entre cualidad personal y cualidad final (falsa) en el que es difícil decir cuál es la sucesión temporal, ciertamente sólo puede haber sido puesto por una inteligencia de operación universal e infalible: Dios.

Santo Tomás resume la prueba en estas palabras:

> La quinta se deduce a partir del ordenamiento de las cosas. Pues vemos que hay cosas que no tienen conocimiento, como son los cuerpos naturales, y que obran por un fin. Esto se puede comprobar observando cómo siempre o a menudo obran igual para conseguir lo mejor. De donde se deduce que, para alcanzar su objetivo, no obran al azar, sino intencionadamente. Las cosas que no tienen conocimiento no tienden al fin sin ser dirigidas por alguien con conocimiento e inteligencia, como la flecha por el arquero. Por lo tanto, hay alguien inteligente por el que todas las cosas son dirigidas al fin. Le llamamos Dios.[280]

El Super-Ser de Dios domina las diferencias de los seres, hasta las más profundas. El bien y el mal no escapan a esta dominación. Ambos deben servir, cada cual según los medios de su naturaleza. El mal da ocasión al bien; el bien reabsorbe el mal y vuelve sus efectos en su propio sentido, y por medio de ambos se ejecuta el Plan Eterno. Puede entonces decirse que en este mundo hay males —y la Revolución Anticatólica es uno de ellos—, pero no hay mal global. Para el juicio global el mal reabsorbido sólo tiene el carácter de *límite* inherente a la condición creada, y Dios no puede crear sino criaturas. El último horizonte de la Obra Divina sólo encierra lo perfecto en su línea pura.

La Convolución como remedio contra la Revolución Anticatólica es posible a almas que no han hecho especiales progresos ascético-místicos

El recogimiento es un remedio divino contra la Revolución Anticatólica. Quienes no lo puedan alcanzar sino imperfectamente, pueden de todos modos contrariar ese maldito poder promoviendo en otros al menos el conocimiento de verdades candentes, cruciales, sobre la Iglesia, que los coloquen en estado favorable a su salvación eterna.

---

[278] Aristóteles, *Ética III*.

[279] *Cuestiones disputadas sobre las virtudes*, q. 1 a. 5 arg. 2

[280] *Suma teól*. I, 2, 3 co.

Un anónimo ha presentado un tema relacionado con el aspecto introvertido del nuestro: la alegoría de los siete castillos concéntricos que el alma tiene la potencialidad de abrir paulatinamente en sí, hacia adentro. Y dice así:

> Puso Dios para todo hijo de Adán siete castillos, dentro de los cuales está Él y fuera de los cuales está Satanás ladrando como el perro. Cuando el hombre deja que se abra brecha en uno de ellos, entra por él Satanás. Conviene, por tanto, que los vigile y guarde con todo cuidado, particularmente el primer castillo, pues mientras permanezcan incólumes y en pie de cimientos no hay mal que temer. El primero de los castillos, que es de *cándida perla*, es la mortificación del alma sensitiva. Dentro de él hay un castillo de *esmeralda*, que es la pureza y sinceridad de intención. Dentro de él hay un castillo de *brillante loza*, que es el cumplimiento de los mandamientos de Dios positivos y negativos. Dentro de él hay un castillo de *piedra*, que es la gratitud a los beneficios divinos y la conformidad con el divino beneplácito. Dentro de él hay un castillo de *hierro*, que es el dejamiento en las manos de Dios. Dentro de él hay un castillo de *plata* que es la fe mística. Dentro de él hay un castillo de *oro*, que es la contemplación de Dios.[281]

Hay más de un católico hoy, que aún sin títulos ascético-místicos, vigila su alma y cumple con la primera pero importante «esfera-castillo» de la Convolución: la mortificación del alma sensitiva mediante la profunda sobriedad y el duro trabajo. Con ello está preparado a abrir en sí las siguientes, si se decide por la oración vocal y mental. El «castillo de oro», en la doctrina dionisiana convolucionaria, sería un infinitesimal e infinito punto dorado, la chispa del alma.

Relación del católico respecto de la Revolución Anticatólica: ¿sin, fuera, o contra?

Una etimología errada, pero bonita y sugestiva del «*Ave*» del Avemaría, es que está compuesto del prefijo negativo griego «*a-*» y de la interjección latina de dolor «*væ*» —de manera que significaría «sin ay». Pero si pudiera expresarse lo contradictorio o contrario del ay o del dolor, ¿acaso serviría el prefijo «*contra-*» para formar la palabra «contra-ay», como algunos forman la de «Contra-Revolución»? ¡Nunca! María «contradice» y «contraría» también el nombre de Eva por la reversión, no por una especie de superdeterminación hostil u hostilidad superdeterminante como sería «Antieva».

La cualidad (que es un *esse in* absoluto) sólo se relaciona con algo —como sujeto a *mero* término a los que dicha cualidad inhiere— y se hace en el sujeto fundamento de ese relacionamiento (que es un *esse in* relativo), en cuanto adquiere razón de potencia activa o pasiva, o sea, en cuanto es principio de acción o pasión (padecimiento); más si actualiza dichas potencias. La potencias activa y pasiva, relacionadas como están según una cualidad, son comparables. Entre las propiedades de las relaciones está la de admitir contrariedad, o sea, diferencia máxima, y contradicción, o sea, negación exacta.

En filosofía aristotélico tomista, las cosas que difieren dentro de la misma especie, si alcanzan la diferencia máxima, se consideran *contrarias*. Pero las cosas que difieren

---

[281] Santiago Sebastián López, *Contrarreforma y barroco: Lecturas iconográficas e iconológicas*.

en género no son comparables por distar más de lo que haría falta para que se las admita diferir más o menos. Se considera como contradictorio de una cosa el resto de aquello de lo que se puede hablar, incluida la nada y Dios. La contrariedad, en un sentido, es la diferencia perfecta, pues en cada género lo máximo es lo mismo que lo perfecto, fuera de lo cual no puede tomarse nada.

Lo contrario de un mal tiene la virtud de ser *lo más diferente de él* dentro de la misma especie. Lo contradictorio de un mal tiene la virtud de *ser todo lo otro de él y ser su negación*, y si ese mal es único y completo, de estar vacío de todos sus vicios y no compartir siquiera su género.

En términos de contrariedad, el hombre más vicioso y el más virtuoso difieren entre sí dentro del género «moralidad» mas que cualquiera de ellos del sol. En términos de contradicción, San Miguel está contrapuesto a todo lo que no es Él y no tiene nada que ver con ellos ni con nada suyo, como que está en otro género, aunque tenga ser y espiritualidad.

La contradicción en realidad está incluida en todas las demás formas de oposición como algo anterior y más simple. Cada opuesto tiene por su propia razón la negación del otro. La privación es una cierta contradicción, como cuando alguien no tenga lo que está hecho para tener, ya sea de cualquier modo, o de un modo determinado. Sin embargo ésta no es la contradicción absoluta, sino cierta contradicción, pues por su propia razón la contradicción no requiere ni la aptitud ni la existencia de algún sujeto: se verifica de cualquier ente o no ente: decimos que no ven ni el animal ni el leño ni el no ente. Si la oposición de contradicción es absolutamente inmediata, la de privación es inmediata en algún ente recipiente.

Algunas privaciones son contrariedades. De dos contrarios, uno siempre es privación, pero no pura, por compartir un mismo género. Una privación, según lo que ella es, no recibe aumento ni disminución; por eso sólo puede llamarse privación perfecta en razón de alguna naturaleza que tenga perfecta distancia al hábito (contrario). Así, no toda privación de lo blanco es contraria a lo blanco, sino la privación que le es más distante, y que hay que fundar en alguna naturaleza del mismo género (el color). Así decimos que lo negro es lo contrario de lo blanco. Las especies contrarias de un mismo género por fuerza tienen algunas diferencias constitutivas; así el blanco es color disgregativo de la visión, y el negro congregativo, y estas diferencias son anteriores al blanco y negro. Dentro del género «religión», lo católico es salvador del alma y lo anticatólico condenador, y estas diferencias son anteriores a lo católico y anticatólico.

La relación no tiene contrario ni es susceptible de mayor o menor intensidad, aunque sí lo sean sus términos relativos. La relación de contrariedad es la diferencia máxima[282]. Toda relación se funda en la privación y el hábito[283] como especie de la categoría cualidad. El fundamento positivo de toda relación es la cualidad; pero sólo en cuanto la cualidad es principio de acción o pasión[284]. Por tanto toda contrariedad

[282] Aristóteles, *Metafísica*, Libro X, cap IV.

[283] *Ibidem*, Libro X, cap IV.

[284] In Metaphysicam Aristotelis Commentaria, Libro V, lección 17, ¶ 1005.

supone en el sujeto la existencia al menos potencial de la acción y pasión y, anteriormente, de la cualidad.

Partiendo de otro punto de vista, también se verifica que lo que conviene a un ser por el hecho de estar en contacto con otros lo ordena a estos seres contiguos como correlativos que dan materia a su influencia: acción, —o a cuya influencia está dado: pasión. Los predicamentos accidentales de cantidad, cualidad, acción y pasión *fundan* el de relación; los restantes de haber, tiempo, lugar y situación *se fundan* en él. La sustancia en cuanto sustancia no tiene contrario, y la contrariedad sólo se da entre accidentes o entre sustancias *por* accidentes.

La convolucionariedad, contrariedad a la Revolución Anticatólica, y, más básicamente, *a Satanás*, también puede ser y predicarse de manera irreductible como accidente de relación fundado en accidentes reales de cualidad y potenciales o reales de acción o pasión de un sujeto y de un término *del mismo género humano*, pero respecto de Satanás es una *contradicción*: es todo lo que es *no-él y no-suyo*.

La convolucionariedad como accidente de contrariedad y de contradicción existió en los sujetos de inhesión católicos, personales o impersonales desde que estuvieron en relación de contigüidad con la Revolución Anticatólica que entró en existencia en Europa alrededor de 1300. Dicha contrariedad se funda en una cualidad que es principio de acción o pasión; en cambio dicha cualidad y principio de acción o pasión *no se funda en ninguna contrariedad, ni puede predicarse ni menos definirse como contrariedad ni como lo contrario de cosa alguna*.

Algunos corolarios de lo anterior

1. Por lo que el sujeto católico en cuanto tal se relaciona como contrario y contradictorio a la Revolución Anticatólica, es una *cualidad principio de acción y pasión*, pero no una acción —p.ej. la malhadada «contrarrevolución»— ni una relación —p.ej., la contrariedad o contradicción a la revolución—. Y la cualidad en que se funda la contrariedad —es decir, diferencia máxima— entre el sujeto católico y la Revolución Anticatólica, no es un odio. Es y se llama simplemente *conformidad con Dios*, su principio y requisito es la Gracia y su perfección es la santidad. Si dicha cualidad fundamenta llamar a su sujeto convolucionario, no se agota en ese carácter. «Católico» dice más que «no-revolucionario», y «revolucionario» dice más que «no-católico».
2. La *relación* del sujeto individual de poder católico al grupo de sujetos de Revolución Anticatólica es por lo pronto una *contrariedad*; esto es, una diferencia máxima entre dos cualidades de un mismo género. También es una *contradicción*; esto es, una relación de negación completa. Como relación, no es susceptible de intensidad ni de cualidad, aunque se funde en cualidades contrarias católicas y anticatólicas susceptibles de intensidad en su sujeto (por participación la primera y por corrupción la segunda). Cada término de la relación puede ser más o menos intensamente aquella cualidad suya en que se funda su relación de contrariedad al otro término, pero su contrariedad o contradicción como relación no puede ser más o menos intensa.

3. La *acción* que se desprende de la cualidad del sujeto católico en cuanto tal, sólo puede ser esencialmente una, incida o no sobre cualquier acción ajena perversa. Desde que apareció la Revolución Anticatólica a principios del siglo XIV en Europa, añadióse a la esencia de la acción católica el accidente de relación de incidir sobre la diferentísima y perversa acción de ese nuevo poder radicalmente desafiante de la Religión de Dios. La acción católica ante la acción revolucionaria es consecuente primariamente a la cualidad católica de un sujeto y secundariamente a la cualidad revolucionaria —manifiesta por una acción— de un término.
4. Si ante la Revolución Anticatólica como término que presenta materia a la influencia del sujeto católico, éste por su cualidad gratuitamente concedida es principio de acción y sujeto de contrariedad, ante ese mismo poder como sujeto éste también es necesariamente, por aquella cualidad, materia de influencia y principio de padecimiento *(passio)* y término de contrariedad: víctima o mártir. Por otra parte, y de muy otro modo, también es materia de influencia y principio de padecimiento, pero como término de afinidad, el sujeto anticatólico revolucionario ante los grupos de la Revolución Anticatólica que también son antirracionales y antihumanos.

Cristo, Sujeto Primero de las cualidades católicas y convolucionarias

Es de rigor destacar que el sujeto propio de las cualidades católicas sobrenaturales es Nuestro Señor Jesucristo. El hombre católico es sujeto de dichas cualidades por participación *gratuita* accidental. Pero hay algo importante que señalar con el Doctor Angélico y el Doctor de la Gracia:

> Las criaturas están realmente relacionadas a Dios según su substancia, como a su principio y fin, y dicha relación es una cosa en la criatura. Si algunas relaciones se dicen ser de Dios, es sólo *per accidens*. No por cierto por un accidente que exista en Dios, como dice Agustín, sino según algo que existe fuera de Él, que accidentalmente se compara a Él.[285]

Es imprescindible también notar que en Dios —único Ente que es Acto Puro, sin potencia alguna— las cualidades son Él mismo. Son, pues, a muy diversos títulos, sujetos de las cualidades católicas, que pueden tomar razón de acción o pasión:

1. Cristo, Dios Humanado, Principio Superior Subsistente y Primer Sujeto, Fuente Única e Inagotable, Agente Principal y Fin Último que participa Su Realidad gratuitamente y según quiere;
2. El sujeto humano, principio inferior recipiente, agente secundario y fin relativo
3. En cuanto a las múltiples *producciones* que de algún modo o en alguna medida corporifican o reflejan cualidades católicas, constituyen sus *términos y substratos.*

La respuesta de Nuestro Señor Jesucristo en su naturaleza humana a aquello que primero Lo contraría (pues nada podría contrariarlo en su divinidad por no haber comunidad de género), dista mucho de hacer del adorable Camino, de la adorable Verdad y de la adorable Vida que Él proclama ser, o de cualquier perfección, orden o

[285] Santo Tomás, *De potentia* q. 6, a. 8 ad 6

inspiración suya, o de cualquier aspecto de todo ello, una «Contra-Revolución». La relación de contrariedad y contradicción pasiva se da en la cualidad humana y divina de Nuestro Señor Jesucristo con respecto a todo lo anticatólico de dos modos:

1. Como *accidente real de relación de contrariedad* existente en Su cualidad *humana*, y además existente no absolutamente sino con respecto a algo exterior. Como hombre Nuestro Señor Jesucristo, Rey, Víctima y Juez, sí está en Sí mismo relacionado con la Revolución Anticatólica como sujeto por acción —mediante inagotables gracias de protección y reparación para con los suyos entre sus enemigos— y como término por pasión —de la que son aspectos importantes, sagrados y ejemplares su invencible fortaleza, su magnánima paciencia y su radical e invariable aversión a ella.
2. Como mera *relación de razón accidental y analógica* de Su Persona *Divina* que con el Padre y el Espíritu Santo es Acto Puro y como tal sin mezcla de potencia ni accidente ni relación predicamental: existente no sólo *en sí*, como las sustancias contingentes racionales e irracionales, sino también único que existe *por sí*. Hablando simple y llanamente, en cuanto Dios, Nuestro Señor Jesucristo no está relacionado con la Revolución Anticatólica por relación de contrariedad ni por ningún accidente, aunque sí lo está éste a Él *por contradicción, siendo absolutamente no-Él y no-suyo*. Por otra parte, toda la perfección que tiene para los seres de este mundo el ser relaciones o estar en relación, Dios la tiene eminentemente por la realidad absoluta de Su esencia misma.

En la relación de contrariedad mutua (por su naturaleza humana) y de contradicción no mutua (contra su naturaleza divina) entre Nuestro Señor Jesucristo y la Revolución Anticatólica, Él y los agentes de ésta son sujetos y términos, y son fundamentos la Santidad de Él y la perversidad de éste. La relación surge del fundamento cuando es puesto el término: así, la convolucionariedad surge de Nuestro Señor Jesucristo cuando es puesto la Revolución Anticatólica, y su contrariedad y contradicción (pasiva: el ser contradicho, no el contradecir predicamentalmente) a toda rebelión e infidelidad surgió mucho antes cuando fue puesto Él mismo. De ahí el anuncio del anciano Simeón a la Santísima Virgen acerca de su Divino Hijo:

> Este está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción; una espada traspasará tu alma; a fin de que sean descubiertos los pensamientos en los corazones de muchos.[286]

Diferentes modos como, según Aristóteles, cosas y personas cristianas y anticristianas pueden llamarse contrarias.[287]

1. Cosas que tienen en sí mismas privación o posesión, por ejemplo, la Anticristiandad y la Cristiandad.
2. Cosas o personas que en efecto causan privación o posesión, como el revolucionario que por la Revolución Anticatólica causa la descristianización del

[286] San Lucas, II, 34-35.

[287] Cf. Santo Tomás de Aquino, *Sententia Metaphysicae*, lib. 10 l. 6 n. 4

hombre contemporáneo, y Cristo que causa su cristianización primera o posterior a la primera.

3. Cosas o personas que son virtualmente las causas activas de privación o posesión, tales como hombres, instituciones y producciones tendientes a descristianizar o cristianizar al hombre contemporáneo.
4. Cosas que son adquisiciones de los atributos mencionados, tales como los procesos de irse descristianizando o irse cristianizando.
5. Cosas que son las pérdidas de éstas, tales como la destrucción de la descristianización y la cristianización.
6. Cosas que no sólo expresan las relaciones mencionadas a los contrarios primarios, sino que también tienen las mismas relaciones a contrarios subsecuentes; por ejemplo, si dijéramos que el anticristiano revolucionario y Cristo son contrarios porque tienen las mismas relaciones a cosas contrarias que se siguen, como la descristianización y cristianización respecto del hombre contemporáneo, las cuales son llamadas contrarios en sí mismas, porque incluyen la privación y la posesión; como si dijéramos que la revolución y la Convolución son contrarias porque tienen lo anticristiano y lo cristiano, que también se llamaban contrarios por incluir privación y hábito.

III. PARTE:
LA ANUNCIACIÓN EN SU VIRTUD NOVÍSIMA ELIMINADORA DEL PSEUDOPAPADO

La Iglesia está rodeada del círculo perfecto y final de la doctrina apostólica

Hay un paralelismo entre el «Llena de Gracia» dicho por San Gabriel a su superior María Santísima —que fue un saludo como nunca lo hubo ni lo habrá, y el único Evangelio o Evangelización (Εὐαγγελισμός) de Dios Padre reservado a la sola Virgen— y el «Predicad el Evangelio a toda criatura» dicho por Cristo Redentor Triunfante a sus inferiores los apóstoles. Lo primero es un hecho consumado que dio inicio a la Cabeza de la Iglesia; lo segundo, el ideal a lograr en lo posible lo idéntico a lo de lo primero: llenar el mundo de Gracia, extendiendo la Iglesia bajo el reinado de su Cabeza invisible y de la visible. En ambos casos hay, en cumplimiento o en llamado, *esfericidad*, la plenitud de volumen de sobrenaturaleza para una misma superficie y la apertura de los ángulos inscriptos, símbolo de la apertura de la caridad. En el primero, Dios se aplica a María para encarnarse, en el segundo, Él aplica su Encarnación para que muchos se salven de mucho malo. De Jesús encarnado en María, como de un Sol increado circunscripto dentro de un sol creado de incomprensible grandeza y perfecta congruencia, salen infinitos rayos y más de los necesarios para la solución de los problemas que enfrenta el católico en su vida real.

Algunos se quedan en la Iglezuela Postcatólica como tradicionalistas mejores que ella, que, dentro de la esfera máxima de ella, guardarían lo mejor de ella en medio de la profanación y la turbiedad. Eso es algo contradictorio, y lo inverso del único caso pensable. El católico, aún el santo, es siempre menos santo que su Iglesia, y en todas partes su Iglesia lo envuelve y cobija y protege y nutre para que sea lo más santo posible.

Es malsano y temerario quedarse adentro de la Iglezuela Postcatólica buscando en ella «restos y trozos de unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad» con que abastecerse. Si no es esférica y plenamente católica, y si adentro de ella hay que por así decir establecer otra esfera menor, aquella mayor, conocida como sospechosa y no confiable no es **nada** católica y es **mortalmente peligroso** persistir en ella.

¿Cómo el contenido va a ser mejor que el continente, si el continente es divino o divinamente asistido, y tiene razón de fin, perfección, punto o superficie de llegada?

El sedevacantista que está en la verdadera Iglesia Católica, aún miniaturizada y eclipsada, está en un entorno de pura seguridad religiosa y de santificación; está en una Iglesia mucho mejor que él, y en vez de buscar «trozos buenos» que tomar en una imposible «Iglesia en ruinas», tiene como trabajo quitarse trozos malos del alma. Las siguientes dos citas ayudarán a comprenderlo. Explica el Doctor Angélico:

> Todo continente tiene razón de fin, en cuanto lo contenido termina en su continente. Lo imperfecto por naturaleza es contenido por lo perfecto. Por eso hace falta que el movimiento circular contenga los demás movimientos como lo perfecto lo imperfecto. Y por esto el movimiento circular es el fin de los demás movimientos, de manera que el mismo movimiento circular no tenga ningún principio ni fin por donde empiece o termine de moverse, sino que se mueva incesablemente por tiempo infinito.[288]

Santo Tomás también explica que el movimiento circular es el del cuerpo que tiene el complemento de su especie y existe en su lugar propio.[289]

Por su parte observa la gran mística, filosofa, científica y musicóloga Santa Hildegarda:

> Por eso también ves un esplendor blanco como la nieve y translúcido como cristal refulgir en torno de la imagen de aquella mujer desde el vértice de su cabeza hasta su garganta. Porque a la Iglesia, que es la Esposa Incorrupta, la circunda la doctrina apostólica, que enunció la candidísima Encarnación de Aquel que descendió del Cielo al seno de la Virgen y que es el fortísimo y lucidísimo espejo de todos los creyentes. Y esta enseñanza, que refulge tan espléndidamente en torno de la Iglesia, la rodeó desde el principio: desde el tiempo en que comenzó a ser edificada hasta el tiempo en que quedó habilitada para deglutir el alimento de vida.[290]

De lo antedicho se desprende que la doctrina apostólica, que es el círculo (u esfera) máximo y universal de la Iglesia, es a todo lo que está «adentro» su razón de ser y de estar allí, y es su perfección y por así decir su «ideal».

El fin de la Iglesia nos lo explica lúcidamente un jesuita francés del siglo XIX:

> El fin de la Iglesia considerado generalmente es que en ella y por ella los hombres sean dirigidos y llevados a la consecución y posesión de Dios, fin último, y así a la salvación eterna. […] El fin último de la Iglesia es el mismo fin último de los hombres, el de la creación y reparación, o bien Dios mismo en por conseguir y poseer eternamente por los hombres individuales. […] por una razón por lejos diversa, la Iglesia y el Estado están ordenados y tienden a este fin último. En efecto, la Iglesia por sí misma y por la acción propia prosigue y alcanza este fin y termina en él, como que ella sola, por la acción que a ella sola es propia, genera y regenera, instituye e informa, confirma y nutre, lava y libra de pecados, ilumina y dirige, lleva de la mano e introduce a los hombres, a la consecución de Dios.[291]

Y en menos palabras dice un canonista alemán reciente:

> El fin de la Iglesia es el bien sobrenatural que ha de ser tenido por modo humano en toda la latitud de ella; es la división y actuación concreta del bien sobrenatural que determina la estructura interna de la Iglesia.[292]

---

[288] Santo Tomás de Aquino, *Comentario a «De caelo»* de Aristóteles, 2-1-4.

[289] *Op. cit.*, 1-4-5.

[290] Santa Hildegarda, *Sci vias*, Quinta visión, Segunda parte, cap. 1. Fragmento.

[291] *De Matrimonio et potestate ipsum dirimendi Ecclesiae soli exclusive propria*. Auctore Joanne-Petro Martin, Presbytero S. J. Apud Perisse Fratres, Bibliopolas, Lugduni/Parisiis 1844

[292] Wilhelm Bertrams, Quaestiones fundamentales iuris canonici, 1969

Veamos cuánto dista de estos dos fines de la Iglesia, general y último, aquello por lo cual la Iglesia existe, o sea, su fin, según le Iglezuela Postcatólica:

> En Dios la Iglesia existe para los demás y, por tanto, está abierta a todos.[293]
>
> La Iglesia existe para el mundo.[294]
>
> La Iglesia existe para la humanidad. La Iglesia no reclama para sí ninguna autoridad terrenal, sino la que le permite servir a los hombres y amarlos.[295]

Nótese que la Iglezuela Postcatólica, en esos tres importantes enunciados, no dice que existe para el hombre *en cuanto objeto de mandatos teocéntricos y de influencias salvíficas*, sino *el hombre a secas…*

Para ser papa se requiere quererlo

Decíamos que la revolución anticatólica y la Convolución Católica son contrarias porque tienen respectivamente lo anticristiano y lo cristiano, que también se llaman contrarios por incluir privación y hábito. Pues bien, Bergoglio, por contrariar, contradecir y excluir el hábito objetivo de procurar el Bien de la Iglesia, tiene el hábito contrario, lo cual lo hace incompatible con la recepción del carisma indiviso y pleno —como un círculo sin corte consigo mismo— de la autoridad sobrenatural de guiar a los católicos. Además, Bergoglio tiene la misma relación a la descristianización que Cristo a la cristianización, con lo cual Bergoglio es contrario a Cristo y mal puede ser su representante y su copiloto.

Ambrosio Catalino, brillante teólogo antiluterano[296] encuentra en textos de San Agustín y otros santos un paralelismo entre María y Pedro en cuanto representantes y prototipos de toda la Iglesia y de cada fiel. Al responder María al «*Dios te salve, María*» con las palabras «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*», en Ella los fieles piden y consiguen la Encarnación del Autor de la Fe y la Gracia: el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Al responder Pedro al divino Fundador de la Iglesia conocido como tal: «*Tú eres Cristo, el Hijo de Dios Vivo*», en él los fieles —¡y eminentísimamente María misma!— piden y consiguen, además, la Fundación de la Sociedad jerárquica que propone la Fe y la Gracia y dispone los medios para recibirla: «*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y te daré las llaves del Reino de los Cielos*».

Los pseudopapas postcatólicos no dicen con su voluntad gubernamental y magisterial al divino Fundador de la Iglesia Católica conocido como tal: «*Tú eres Cristo, el Hijo de Dios Vivo*». Nos fundamos en la obra polémica de Santo Tomás contra los errores de los griegos cismáticos, donde dice que todos los errores de los herejes tienden principalmente a derogar la dignidad de Cristo.[297] Y demuestra cómo cada

---

[293] *L'Osservatore Romano*, 11 a 12 en 2009.

[294] XLVIII Congreso Eucarístico Internacional. Guadalajara, 14 de octubre 2004.

[295] Conclusión de la tercera sesión del Concilio Vaticano II. Discurso de Pablo VI, 21 de noviembre 1964.

[296] Ambrosius Catharinus, *2ª disputatio, § 5*.

297 *Contra errores Græcorum*, pars 2 pr.

herejía de algún modo deroga la dignidad de Nuestro Señor Jesucristo. Los pseudopapas postcatólicos lo hacen de muchas y odiosas maneras, de las cuales quizás la peor es su ecumenismo, que se atreve a llamar optativo a Nuestro Señor Jesucristo y a elegir libremente entre muchas una Religión de preferencia, pese a que ésta sólo puede ser una, pues la religión es el conjunto de nuestros deberes para con Dios, y estos deberes son los mismos para todos los hombres, como que dimanan de relación entre la única naturaleza divina y la única humana. Si Dios deja muchas religiones habilitadas para ir a Él y hasta se sirve de ellas, no hay una sola relación cultual formal entre el hombre y Dios, y, supuesta la religiosidad del hombre por su consciencia moral y su inmortalidad, la fragmentación de las revelaciones de Dios respecto de sí mismo y del culto debido a Él, implicaría la fragmentación de Dios, y con ello, su inexistencia. ¿Cómo Dios, viendo a los falsos papas ecumenistas radicalmente infieles y malintencionados, e irreconciliables con lo más elemental de la esencia de la Iglesia, les respondería a sus desafíos cristológicos y eclesiológicos gravísimos: «*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y te daré las llaves del Reino de los Cielos*»? Lo superior puede comunicarse a lo inferior y lo perfecto a lo imperfecto, pero nunca lo contrario a lo contrario fijo. La potestad, que conlleva hábito, de apacentar la Iglesia puede comunicarse a un hombre de muchos defectos, pero nunca a un hombre fijamente contrario a esa potestad y ese hábito por estar fijo en el hábito contrario que es la destrucción del primero. La potestad papal se explica como un enorme anillo que une a Cristo en el Cielo con la persona del Papa en su naturaleza caída y rodeada de este bajísimo y miserable mundo. Si en el que estaría destinado a ser Papa y ocupa el lugar que ocuparía como Papa, contraría el Reinado de Cristo sobre la Iglesia por la Doctrina de la Fe y la práctica o recepción de los sacramentos, ***corta*** el anillo sacrílegamente, y queda un agujero donde habría habido un Papa.

El Ángel dijo *Ave*, María respondió *Fiat*, así comienza y se explica la Génesis del Nuevo Hombre y Nuevo Mundo.

Una enormidad depende del consentimiento de María, según expone San Bernardo[298]:

> Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no era por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que lo envió. También nosotros, los condenados infelizmente a muerte por la divina sentencia, esperamos, Señora, esta palabra de misericordia. Se pone entre tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos librado si consientes. Por la Palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y a pesar de eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida…
>
> No tardes, Virgen María, da tu respuesta. Señora Nuestra, pronuncia esta palabra que la tierra, los abismos y los cielos esperan. Mira: el rey y señor del universo desea tu belleza, desea no con menos ardor tu respuesta. Ha querido suspender a tu respuesta la salvación del mundo. Has encontrado gracia ante de él con tu silencio; ahora él prefiere tu palabra. El mismo, desde las alturas te llama: «Levántate, amada mía,

[298] Homilía 4 sobre «*Missus est* «, n. 8-9

> preciosa mía, ven…déjame oír tu voz»[299]. Responde presto al ángel, o, por mejor decir, al Señor por medio del ángel; responde una palabra y recibe al que es la Palabra; pronuncia tu palabra y concibe la divina; emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna…
>
> Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. Si te demoras en abrirle, pasará adelante, y después volverás con dolor a buscar al amado de tu alma. Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento. «Aquí está la esclava del Señor, -dice la Virgen- hágase en mí según tu palabra.»[300]

Una enormidad depende también del consentimiento, del «*Fiat*» del designado al papado: que la Iglesia esté en Orden, que se definan cuestiones controvertidas, que se condenen errores nuevos sutiles y que sus enemigos puedan ser arrancados. En el caso de Bergoglio, ha ocurrido algo paralelo y antagónico al «*Fiat*» mariano:

- Díjole el Cónclave de 2013: «Salve, Bergoglio, lleno eres de la designación de apacentar la Iglesia».
- Respondió Bergoglio: «Acepto»
- Díjole Cristo: «Salve, Bergoglio, lleno serás de la potestad de apacentar mi Iglesia y yo seré contigo, si consientes».
- Respondió Bergoglio: «He aquí el esclavo de Satanás, hágase en mí y por mí contra tu palabra y tu ley».
- Y Bergoglio se hizo antipapa, y habitó entre los impíos, los modernistas, y los lefebvristas.

María, el ente, las cuatro notas eclesiales, y el Innombrable de Roma

La Virgen Santísima goza de la plenitud del ser participado, y esto en un grado que no podemos comenzar a calcular. En ella se cumple lo que dice Santo Tomás[301] sobre el modo expreso general que acompaña a todo ente, modo que puede ofrecerse de dos maneras: una, en cuanto que acompaña a todo ente en sí; otra, en cuanto que acompaña a todo ente en orden a otra cosa. Si es de la primera manera, serálo, o porque expresa en el ente algo afirmativamente, o negativamente. Ahora bien, no hay nada dicho afirmativamente en sentido absoluto que pueda encontrarse en todo ente, sino su esencia, por la cual se dice que es; y así, se impone el nombre *cosa,* que difiere del de *ente,* en que **ente** se toma del acto de ser*;* y el nombre de **cosa***,* en cambio, expresa la quiddidad o esencia del ente. Por su parte, la negación que sigue a todo ente absolutamente, es la *indivisión:* a ésta la expresa el nombre de **uno***;* uno, en efecto, no es más que el ente indiviso. Pero, si el modo del ente presenta el segundo carácter, a saber, por orden de una cosa a otra, esto a su vez puede suceder de dos maneras. La una, en o por la división (distinción) de una cosa de otra; eso lo expresa el nombre de **algo***;* así que, así como al ente se le dice uno en cuanto que es indiviso en

[299] Cant 2,13-14.
[300] Lc 1, 38.
[301] Santo Tomás, *De Veritate*, I, 1.

sí, así se le dice algo en cuanto que es distinto de otros seres. La otra manera es por la conveniencia de un ente respecto de otro; lo cual no puede tener lugar más que si se trata de algo que tiene capacidad para tener conveniencia con todo ente. Tal ser es el **alma**, que, en cierta manera, es todas las cosas[302]. Cosa, uno, algo, alma… las tres primeras palabras parecerían triviales, y sin embargo, teniendo María una esencia que la hace ser Sí misma, ¿qué gran «Cosa» es? Siendo indivisa, sobre todo moralmente por correspondencia perfecta con su propia sindéresis, ¿qué gran Uno es? Estando distinguida de todo lo demás, y por eminentísima superioridad e intachabilidad, ¿qué gran Algo es? Finalmente, conviniendo Ella con todo ente, y siendo Ella virtualmente toda ente, incluido el de Dios y el de cada uno de nosotros exceptuadas sus fallas, ¿qué gran Alma es?

Ella es la *Cosa realísima y afirmativísima sobre todas aquellas cosas cuya esencia no está trastocada*: «*Flower of alle thing*» decía un himno medieval inglés; digna de la más alta e intensa admiración. Es el ente de todos los entes participados, el ente «católico», del griego *καθολικός* (general, universal), de *καθόλου* (esto es, *καθ' ὅλου*), por lo entero, en general, como un todo: *κατά* (respecto de) + *ὅλος* (todo). En esto realiza la nota eclesial de la *catolicidad*. Bergoglio la niega a Dios mismo, y además, por su archi-ecumenismo y su desfigurada pseudo-misericordia incondicional que se hace cómplice de los peores vicios, es un sub-ente entre todos los entes humanos moralmente degradados, a quienes abraza recibiendo y dando degradación.

Ella es el gran *Uno* creado. Porque, como dicen los platónicos, todo toma su unidad de aquello a partir de lo cual tiene su bondad. En efecto, el bien es lo que puede conservar la realidad; ahora bien, ninguna realidad se conserva sino por el hecho de ser una, y una consigo misma. Y por eso el Señor, pidiendo la perfección de sus discípulos en la bondad, pide que sean *uno*. Así realiza la nota eclesial de la *unidad*. ¿Qué bien busca Bergoglio? El bien individual y social, como ya lo enseñaba Aristóteles, es la virtud, y las virtudes son fuerzas distintivas, excluyentes y duraderas. Ciertamente no promueve ninguna de ellas el demagogo sonriente del «sí» a todos y todo —menos a los tradicionalistas y a la Tradición que es justamente condición de los buenos valores conservados en la educación y, más aún, condición de la sobrenaturalidad, y con lo uno y lo otro, condición de la virtud que hace a lo bueno que hace a lo uno. Bergoglio, carente de virtud y bondad, vive en la fragmentación interna y en la esquizofrenia.

Ella es el *Algo*, la *Realidad*, el *Algún Mundo sin igual*, que Dios distinguió del resto; que separó de toda imperfección, para que fuera al fundamento moral de la Iglesia, para que así como en ella la sindéresis fuera aquello en lo cual Ella fuera más sí misma, así Ella misma fuera Aquello en lo cual la Iglesia unida a Cristo es más sí misma. El anclaje en esto es a lo que llama la palabra *Iglesia*, que en griego significa «Llamado a salirse de donde se está hacia ella», pues fuera de la Iglesia sólo puede estarse en la profanidad y la naturaleza caída en el mejor de los caos. Cabe notar que María estaba tan bien colocada espiritualmente en la Anunciación, que el Arcángel la llamó, no a salirse, no a ir, sino a alegrarse de dónde estaba, Ella que comenzó a existir salida del pecado. La llama a concebir al Hijo de Dios y Jefe de la Iglesia, y la

[302] Aristóteles, Libro III sobre el alma.

llama a ser Ella Llamadora, también, exactamente desde donde está… En la Iglesia como Cuerpo de Cristo distinto de Él, María es aquello en lo cual la Iglesia es más sí misma y está mejor puesta y dispuesta. Así realiza la nota eclesial de la *santidad*. Bergoglio, en cambio, toma lo más vil y lo más sublime como indistintos entre sí, fundiéndolos más que cínicamente en el sacrilegio y la putrefacción. Niega a lo santo *inviolabilidad y soberanía*, le niega el status de *separación* que está en su propia etimología, le niega razón de vivir y ser y hasta le niega identidad.

Y, ¡oh! ¡el *Alma* de María, que es virtualmente Dios y todo! Citaremos a la gran visionaria de Ágreda, preconizada por Santa Teresa de Ávila:

> Con armonía y hermosura de todos los hábitos virtuosos estaba el alma santísima de María tan ilustrada, ennoblecida, enderezada al bien, y al último fin de la criatura; tan fácil, pronta, eficaz y alegre en el bien obrar, que si fuera posible penetrar con nuestra flaca vista aquel secreto tan sagrado de su pecho, fuera el objeto más hermoso y admirable de todas las criaturas y de mayor gozo después del mismo Dios. Todo estaba en María Purísima como en su propio centro y esfera: y así tenían todas estas virtudes su última perfección… La virtud de la sindéresis nace en nosotros con la misma naturaleza racional. Es un conocimiento que la luz de la razón tiene de los primeros fundamentos y principios de la virtud y una inclinación a ella que a esta luz corresponde en nuestra voluntad […] En la Reina Santísima fue esta virtud natural o sindéresis excelentísima; y de los principios naturales infería con suma y profunda claridad las consecuencias de todo lo bueno, aunque fuese muy remoto; porque discurría con increíble viveza y rectitud. Para estos discursos se valía de la noticia infusa de las criaturas, especialmente de las más nobles y universales: los Cielos, Sol, Luna y Estrellas, y disposición de todos los Orbes y Elementos; y en todos discurría desde el principio al fin, convidando a todas estas criaturas a que alabasen a su Creador y llevasen al hombre tras de si hasta darle este mismo conocimiento que por ellas podía alcanzar y no lo detuviesen hasta llegar al Creador y Autor de todo.

Y así María realiza en cierto modo la nota eclesial de la *apostolicidad*: su cualidad de mensajera enviada por su misma alma a todos los entes, y especialmente los humanos. Ella reveló a Santa Brígida:

> Hasta que está el hombre debajo de la tierra, no me aparto de él; y si se anima a romper las cerraduras, le salgo al encuentro como su sierva para servirle, y como Madre para ayudarle.

En cambio Bergoglio proscribe el proselitismo como «estúpido» y frustra en lo posible todos los esfuerzos porque la Iglesia y su Verdad Rectificadora y Salvífica se expanda, al menos por sí misma y sin la cooperación de él, entre quienes no pertenecen a Ella (con lo cual va mucho más allá de descuidar la enseñanza divino-apostólico-magisterial). Deja todas las libertades a los errores, que, según Santo Tomás, son engendros monstruosos de un intelecto que rompió con los primeros principios… y, si dichos errores son religiosos, inspiran este dictamen a Pío IX:

> […] ¡qué muerte peor hay para el alma que la libertad del error!, decía ya San Agustín[303]. Porque ciertamente quitado todo freno que retiene a los hombres en la senda de la verdad, y abalanzándose ya su naturaleza hacia el mal, con verdad

[303] San Agustín, *Epist. 166*, cap. II.

> decimos que está abierto **el pozo del abismo**[304] **del cual vio subir San Juan el humo que oscureció el sol y salir las langostas que invadieron la amplitud de la tierra**. Porque de allí nacen la turbación de los ánimos, la corrupción de los jóvenes; de allí se infiltra en el pueblo el desprecio de las cosas santas y de las leyes más sagradas; de allí, en una palabra, para la república, la peste más grave que cualquiera otra: la experiencia, ya desde la más remota antigüedad, lo ha comprobado en las ciudades que florecieron con las riquezas, el imperio y la gloria y que cayeron con sólo este mal, a saber: la libertad inmoderada de las opiniones, la licencia de los discursos, la avidez de lo nuevo.[305]

Pero en la Iglesia Jesús es un Dios conocido que quiere darse a conocer más y más. Por eso está escrito «*Será llamado Hijo del Altísimo*» y no meramente «Será Hijo del Altísimo». Aparecerá como Hijo del Altísimo y lo será en las mentes y bocas abiertas a Él, *pase lo que pase*.

Infalibilidad de la Iglesia[306]

Dios quiso formarse la Iglesia del género humano, al que ennobleció hasta el punto de enviar a su Hijo encarnado para redimirnos por su muerte para que pasáramos a ser nosotros su cuerpo y él nuestra cabeza, y hasta el punto de hacernos templo del Espíritu Santo. Pero habría sido en grado extremo indigno de la magnificencia de Dios edificar tan magníficamente a la Iglesia si aquel sobre quien ella se edifica —EL PAPA— pudiere fallar. La Iglesia no sería ni estable, ni fructuosa, ni decente. Además, Dios quiso triunfar sobre el demonio y los réprobos valiéndose de la Iglesia como de un ejército cuyo jefe es el mismo Cristo, que la dirige por sí mismo en la dimensión invisible de la Gracia y la dirige por el Papa en la dimensión visible del gobierno y la enseñanza. Sería ignominioso para el ejército y para el mismo Dios que la Iglesia fuera vencida y más por sus representantes.

Si por una parte la hermosura de todas las cosas —que debemos creer con seguridad que emana de alguna fuente de auténtica hermosura— y por otra parte una conciencia interior de difícil identificación, exhortan, por así decir, a los mejores ánimos a buscar y servir a Dios, no debemos desesperar de que exista alguna autoridad, constituida por Dios mismo, sobre la cual apoyarnos, como sobre un escalón seguro, para acercarnos a Dios. Basta considerar qué es el hecho de que Dios inhabite su Iglesia magníficamente y difunda en ella y por ella los rayos de Su verdad —lo cual también es llamar a todo el mundo por ella y en ella a un culto magnífico y solidísimo de su verdad— para convencerse de que debe haber al menos en potencia y raíz tal autoridad y estabilidad en lo que es su Iglesia.

Si Dios hace todo en número, peso y medida, debe ordenar muy por encima de toda otra obra la redención por la cual Él mismo se hizo hombre. Pertenece a la hermosura de la obra y de su orden que sea grande, distinguida por diversas partes, y que sea

---

[304] Ap. 9, 3.

[305] Encíclica «*Quanta cura*», que contiene el «*Syllabus*» que Ratzinger pretendió desafiar y abolir…

[306] Estos cuatro párrafos están tomados de escritos libres de error del franciscano medieval Pedro Olivi, con adiciones nuestras.

una, sin discontinuidad alguna, y que desde su principio pasando por el medio hasta su fin último esté dispuesta en suma proporción: cosas que no pueden darse si desde el inicio de la Iglesia que empezó en Abel hasta que Cristo venga a juicio hubiera alguna discontinuación o ruptura de la misma Iglesia.

Además, cuando las cosas quedan privadas de su fin, se dicen vanas y desordenadas. Pero Dios hizo todo para el uso de los hombres, y máxime de aquellos de quienes sería hecha la Ciudad Superior. Así, no quedamos plenamente ordenados a la alabanza del Dios altísimo ni al fin último de la felicidad eterna sino por intermediarios elegidos por Él. Por lo tanto, en la hora en que estos intermediarios no sirviesen a aquellos sino sólo a los réprobos, en esa misma hora quedarían de algún modo inutilizados para su fin. Y en el caso del Jefe infalible de la Iglesia Católica, estar inutilizado para su fin equivale a no tener su presunto rango, pues el cumplimiento del fin del Papado es inseparable de sus sujetos verdaderos y condición *sine qua non* para que lo sean.

La triple potestad inherente a la Iglesia

> Cristo es la Cabeza que mueve y dirige todo el organismo de su Cuerpo Místico, sobre el que ejercita su triple potestad de enseñar, gobernar y santificar el cuerpo entero y cada uno de quienes lo componen.[307]

Esta triple potestad es la ley primordial de toda la Iglesia Infalible:

> Nuestro Señor Jesucristo estableció como ley primordial de toda la Iglesia la triple potestad, que dio a los Apóstoles y a los sucesores de éstos, a saber la potestad de enseñar, de gobernar y de santificar a los hombres.[308]

En este caso «ley» significa tanto «regla o principio que emana de Dios y que se impone al hombre y a su consciencia» como «regularidad general constatable». La triple potestad de Cristo es imprimida a la consciencia de la Iglesia, y, al mismo tiempo, por una cierta paradoja, es elemento esencial de la misma naturaleza de ella, de manera que una institución a la que le falta oficialmente la triple potestad plena e infalible en su primer principio visible por parloteársele el error y tiranizársela hacia el antropocentrismo y profanársela en sus ritos, no puede ser la Iglesia de Cristo.

Estando ausente la triple potestad en los sucesores apóstatas de Pedro, la misma se mantiene, de manera extraordinaria e imperfecta, y con terribles privaciones para los fieles, en Cristo, pero se mantiene.

Concluiremos este encabezado citando a un brillante y denodado obispo sedevacantista:

> El cardenal Franzelin habla de la comunión en su obra *De Ecclesia Christi*. Primero describe la triple unidad de la Iglesia Católica. La primera es la de la fe y profesión en la Iglesia universal por la cual todos adhieren a las mismas verdades católicas y las

---

[307] Pío XII, Discurso para la Clausura de los Ejercicios Espirituales en el Vaticano, 9 de diciembre de 1944.

[308] Encíclica «*Mystici corporis*»: AAS 35 [1943] 209).

> profesan. La segunda es la unidad de sacramentos por la cual todos los fieles están unidos entre sí y forman un cuerpo de Cristo. La tercera es la unidad de comunión en la vida social, por la cual se muestra teórica y prácticamente, y se reconoce, que todas las iglesias particulares y los fieles individuales son miembros de una sociedad religiosa. Estas tres unidades corresponden a la triple potestad concedida a la Iglesia por Cristo.[309]

Encarnación e Iglesia

Retomemos nuestro tema del Avemaría y la Encarnación con relación a la Iglesia Católica:

- *La Iglesia continúa no sólo aquello que la Encarnación obra, sino aquello que la Encarnación es*, con lo cual tiene, en cierto sentido, una sobrenaturalidad elevada al cuadrado. Explicitemos:

a) *La Iglesia continúa la Encarnación en su constitución misma*. Así como en el Verbo encarnado hay algo visible y algo invisible y lo visible nos revela el principio que lo anima, así el cuerpo de la Iglesia está animado por el Espíritu de Jesucristo. En nuestros tiempos únicos y trágicos la visibilidad de la Iglesia está eclipsada, virtualmente extinguida, y se deja ver una institución apóstata usurpadora instalada en los puestos apostólicos materiales de la Iglesia sin que la anime el Espíritu de Jesucristo ni se revele por ella ningún principio divino.

b) *La Iglesia continúa la Encarnación en su fecundidad.* La Iglesia no sólo es el Cuerpo Místico de Cristo, sino que él es el Esposo fecundo de ella, y si ella en cuanto cuerpo está subordinada a su jefe, como esposa participa en su majestad, ejerce su autoridad y es dispensadora de las gracias. En nuestros tiempos únicos y trágicos la Iglesia está en estado de privación, sin autoridad apostólica en acto, y si dispensa gracias, lo hace en los reductos sedevacantistas.

c) *La Iglesia continúa la Encarnación en la predicación de la Verdad* y nos habla con la infalible autoridad de Jesucristo. En nuestros tiempos únicos y trágicos la Iglesia está en estado de privación, sin autoridad apostólica en acto, y su mona imitadora y cruel usurpadora sólo difunde herejías abominables. Pero la prédica de la Verdad se mantiene en los reductos sedevacantistas.

d) *La Iglesia continúa la Encarnación en la comunicación de la vida*, en particular por vía de los sacramentos. Nuevamente, esto ha desaparecido de la órbita romana usurpada por apóstatas, pero sobrevive en los reductos sedevacantistas.

e) Por fin, *la Iglesia continúa la Encarnación en la divina mediación de la plegaria y el sacrificio*. Esto único sobrevive en lo mejor, más conservador de la Eclesialidad Postcatólica, así como en el sedevacantismo[310]

---

[309] Mons. Sanborn, «*Communion*».

[310] *Dictionnaire de Théologie catholique*, artículo: Jésus-Christ, col. 1359ss

La Anunciación Angélica rectamente expandida por la suppositio *de la Casa de Jacob, sólo resulta en papas verdaderos*

El Serafín San Gabriel se llama en original hebreo: «Mi fortaleza es Dios». Y realmente en sus meras palabras muestra su fortaleza pues derrota una conspiración religiosa astutísima y violentísima.

El celebérrimo y clásico lógico medieval Pedro Hispano —futuro papa Juan XXI— llama a la más básica clase de suposición lógica «suposición natural»: ésta es la capacidad que tiene un término general significante de suponer (hacer las veces de) aquello a lo que el término se aplica, sea lo que sea. La Casa (οἶκος) de Jacob en sentido alegórico —¡pero no menos sólido y verdadero!— hace las veces de la Santa Iglesia Católica, en la cual reina Cristo —en el trono de David— invisible y principalmente por sí mismo, y visible y vicariamente por sus papas —en el trono de Pedro, antítipo de David como viéramos. Todo Papa es parte eminente —esto es, vicerreinante— de la Casa de Jacob donde reina Cristo eternamente. La Casa de Jacob no es una aglomeración popular-democrática, sino un linaje de reyes y tiene como principal extensión a los papas, y sólo como extensión derivada, sus fieles —los beneficiarios de la dinastía. *Lo que es verdadero de los Papas —que vicerreinan todos en la Casa de Jacob— es verdadero de la Casa de Jacob, y lo que la Iglesia Católica recibiría o rechazaría de candidatos papales, pasaría a formar parte o no, de la Casa Real y Regitiva de Jacob.*

Esto está corroborado por una cita del santo profeta Ezequiel que el infalible papa Pío VII se atribuye a sí mismo como papa, y consecuentemente, la atribuye a todos los papas:

> ¿Quién de nosotros, venerables Hermanos, no se sentiría emocionado y animado ante estas palabras que Dios nos dirige por el profeta Ezequiel: «Ahora bien, hijo de hombre, yo te he puesto a ti por centinela en la casa de Israel. Las palabras que oyeres de mi boca se las anunciarás a ellos de mi parte. Si cuando yo digo al impío: 'Impío, tú morirás de mala muerte', no hablares al impío para que se aparte de su mala vida, morirá el impío por su iniquidad, pero a ti te pediré cuenta de su sangre.»[311] Esta sentencia, lo confieso, me excita y aguijonea noche y día; ella no permitirá jamás que yo desempeñe con indolencia o timidez las funciones de mi ministerio, y yo prometo, aseguro, que no solamente seré vuestra ayuda y apoyo, sino también vuestro jefe y guía.[312]

Así, el contenido de las palabras del Ángel habría supuesto lógicamente este otro expandido:

> ¡Dios te salve, ¡oh llena de gracia!, el Señor es contigo! Sábete que has de concebir en tu seno, y tendrás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y sentado en él reinará en la casa de Jacob, Pedro, los Leones, los Gregorios, los Clementes y los Píos eternamente, y, tras la gran tribulación[313], la acefalía[314] del plano

---

[311] Ez 33, 7-8.

[312] Encíclica Diu Satis, 15 de mayo de 1800.

[313] Mt 24, 21. Cf. Jer 30, 7: «¡Ay! que aquel día es grande y terrible, ni hay otro que se le parezca; tiempo de tribulación para Jacob , de la cual será al fin librado.»

visible, y la reducción numérica de dicha casa[315], Tu Inmaculado Corazón triunfará y el Reino de tu Hijo no tendrá fin.

Los falsos papas sólo resultarían de una «Anunciación Angélica» inverosímilmente blasfema por una suppositio *imposible de la Casa de Jacob.*

Si los Pseudopapas del Conciliábulo, Arquitectos y Focos de Apostasía Universal Sistemática hubieran sido papas, y recapituladores del Catolicismo, en las palabras del Arcángel habría estado implicado y supuesto el siguiente horrendo contenido de horrendo estilo, destructor de todo el mensaje:

> ¡Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo! Sábete que en esto y en el que te parezco ser yo, los católicos ilustrados y avanzados del día de la renovación tendrán un mito dentro del cual encontrarán y proclamarán un *kerygma* determinado por la visión desde el hombre que lo reciba: por así decir, has de concebir en tu seno, y tendrás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será sencillo, y será llamado Hijo del Gran Misterio, que le dará el trono de su padre David, y sentado en él presidirá temporalmente en la casa de Jacob, Roncalli, Montini, Luciani, Wojtyla, Ratzinger y Bergoglio, casa que se enviciará por largos siglos de triunfalismo constantiniano y de influencia sobre la política hasta que llegue el concilio renovador que la quitará de en medio, casa en la cual subsistirá la iglesia extendida a las casas de los hermanos separados, casa cuya principal ocupación será el hombre[316], casa que hará toda diálogo, se autodestruirá, y dejará entrar en sí el humo de satanás[317], casa donde la presidencia optativa de Jesús ayudado por su Dios[318] en nuestra verdadera concepción de la fe, no en sentido objetivo, sino en el sentido subjetivo, como expresión de una actitud interior de tender, tendemos[319] a que tenga inicio y lugar.

Consecuencias finales

¡Los pseudopapas, si fueran papas, destrozarían retroactivamente la Anunciación Angélica ocasionadora de la entrada en existencia del Salvador del género humano extendido en la Iglesia dirigida por lugartenientes asistidos por Él! ¡Dirían que dicha anunciación los presupuso reinando por comisión en el Reino de Dios militante! ¡Pudrirían, burlarían, envenenarían la promesa, por estar incluidos en el Trono de David y la Casa de Jacob! Pero eso que harían —o mejor dicho, que habrían implicado que haya sido hecho— si fueran papas, es imposible que lo hagan ni que lo impliquen

---

[314] Os 3, 4-5: «Porque los hijos de Israel mucho tiempo estarán sin rey, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar, sin efod, y sin terafines, y oráculos, y después de esto volverán los hijos de Israel en busca del Señor Dios suyo, y del descendiente de David, su Rey y Salvador, y buscarán con santo temor y respeto al Señor y a sus bienes en el fin de los tiempos.»

[315] Mt 24, 22.

[316] Juan Pablo II.

[317] Tres afirmaciones de Pablo VI sobre la Iglesia Católica.

[318] Más de una vez Ratzinger ha dicho la expresión blasfema: «El Dios de Jesús».

[319] Benedicto XVI, *Spe salvi.*

hecho, por lo que **NO** son papas. En términos lógicos, dado el *modus tollens*, negado el consecuente, se niega el antecedente.

Si el Reinado eterno de Cristo anunciado a María por el Arcángel incluye como virrreyes a personajes destructores, desviadores y desfiguradores de ese Reinado, dicho Reinado es vano, contradictorio, destructivo y perecedero, y ni siquiera es un Reinado. Pero como el Reinado eterno de Cristo anunciado a María no es en absoluto ninguna de esas cosas, no incluye a aquellos personajes como virreyes.

Enseña el Filósofo, comentado por el Ángel de la Escuela:

> Todo lo que tiene operación propia, existe con vistas a su operación, porque cada cosa desea su perfección como su fin, y la operación es la última perfección de una cosa; en efecto, en el 2º libro *Sobre el alma* de ha dicho que la forma es el acto primero, y la operación el acto segundo, como la perfección y el fin del operante. Y esto es verdadero tanto en las cosas corporales como en las espirituales como los hábitos del alma; y tanto de las naturales como de las artificiales.[320]

Ahora bien, la causa formal de la Iglesia[321] es la unión de los fieles con su Cabeza divina, unión que es la unidad del Cuerpo Místico de Cristo, y se actualiza por la Fe. La operación propia de la Iglesia con vistas a la cual Ella existe, es la Propagación de sí misma, Reino de Dios, en la tierra. Basta que no **obre** eso una institución eclesial, para que no sea la Iglesia Católica, independientemente de que diga herejías *ex cáthedra*. Todo lo que se obra en la Iglesia, es obrado por Cristo. Las operaciones invisibles —dones, carismas— son obradas por Cristo en sí mismo, y las operaciones visibles —Magisterio, canonizaciones, leyes disciplinarias— son obradas por Cristo en el sucesor de Pedro[322]. Ahora bien, lo que ha obrado la Iglezuela Postcatólica, ha estado en las antípodas de ser propio de la Iglesia Católica, y lo dice muy claro Mons. Donald Sanborn;

> Tales son los frutos del Vaticano II. Consecuentemente, los católicos lo miramos con puro asco y maldecimos el día en que fue concebido en el cerebro modernista de Juan XXIII. Desde entonces nuestras vidas han sido desdichadas. La hazaña de Ratzinger y su comitiva ha sido meter un garfio en un motor de Verdad que funcionaba a las mil maravillas perfectamente aceitado y vibrando armoniosamente; —destrozar un precioso y cristalino vaso de decencia y rectitud; —profanar un cáliz dorado de belleza sobrenatural con la torpeza de sus herejías. Han destruido nuestro mundo católico y nuestras vidas católicas.[323]

Hay más para reflexionar en el trasfondo inicial. Al consentir María con su «*Fiat*» a la Encarnación del Verbo, consintió a la constitución de la Iglesia Verdadera del Verbo Encarnado, que le fue anunciada por el Ángel en las palabras «*Casa de Jacob*». Esta iba a incluir a jefes mundanos, vanidosos y hasta —raramente— inmorales: pero todos ellos jefes verdaderos por su consentimiento en la triple potestad de gobernar, enseñar y santificar a los fieles, aunque fuera inactiva y se limitara a hacer ellos acto de

---

[320] Santo Tomás *In De cælo*, 2-4-5

[321] Torquemada, *Summa*.

[322] Ambrosius Catharinus, Disputa personal con Lutero.

[323] Mons. Donald Sanborn, *Saving the Baby.*

presencia católica en una estructura jerárquica. La Virgen consintió perfectamente en aquel futuro consentimiento imperfecto pero suficiente para mantener el orden en la Iglesia. En cambio disintió del disenso de los futuros pseudopapas encargados por Satanás de destruir todos los bienes posibles de la Iglesia, en dogma, moral, culto y espiritualidad y reducirla a un resto pequeñísimo que apenas puede arrastrarse por tierra.

Así las cosas, por *modus ponens*, si es cierta la Anunciación Angélica, es cierto por igual que ellos son pseudopapas. Afirmado el antecedente, se afirma el consecuente. El valor, la fuerza, la energía incomprensiblemente intensa de la Anunciación Angélica *teogónica y eclesiogónica*, revela claramente, por su propia formulación confrontada con la actualidad, la no-papalidad de los usurpadores neomodernistas de Roma: en otras palabras, por ahora en los meros argumentos, **LA ANUNCIACIÓN ANGÉLICA ECHA DE PLANO A LOS PSEUDOPAPAS DE LA SANTA SEDE.**